

COLECCIÓN DE CLÁSICOS CANARIOS

L. TORRIANI

DESCRIPCIÓN
DE LAS
ISLAS CANARIAS

Traducción, Introducción y Notas

por

ALEJANDRO GIORANESCU

Con 60 Ilustraciones



GOYA EDICIONES

SANTA CRUZ DE TENERIFE

1959

X



GOYA EDICIONE

PUBBLICAZIONE	ITALIA
	118302
N. 297	297173



TORRIANI

DESCRIPCIÓN DE LAS CANARIAS

COLECCIÓN DE CLÁSICOS CANARIOS
Bajo la dirección de AL. CIORANESCU
II

L. TORRIANI

DESCRIPCIÓN DE LAS CANARIAS

LEONARDO TORRIANI

DESCRIPCIÓN E HISTORIA DEL REINO DE LAS ISLAS CANARIAS

antes Afortunadas,
con el parecer de su fortificaciones

Traducción del Italiano,
con Introducción y Notas, por
ALEJANDRO CIORANESCU



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
1959

© GOYA EDICIONES
Depósito legal T F 223
Impreso en
Goya Artes Gráficas
Dr. Allart, 26 - 32 Tenerife

I N T R O D U C C I O N

LA obra del cremonés Leonardo Torriani, que hoy presentamos en traje español a los historiadores y a los curiosos en general, es una de las fuentes históricas más interesantes para el conocimiento del pasado canario. Su existencia ha sido conocida desde hace muchos años y, por decirlo así, desde siempre, pues su contemporáneo, el padre fray Alonso de Espinosa, mencionaba ya en 1594 la existencia de «Leonardo Turian, ingeniero, que con sutil ingenio y mucho arte escribe la descripción destas islas».¹ Repetida por Núñez de la Peña,² la noticia se hallaba así integrada en la bibliografía insular, pero sólo como un *pium desiderium*, como una obra de que se sabía que había existido en su tiempo, pero que estaba fuera del alcance de los investigadores, ignorado durante varios siglos su paradero.

¹ Fray ALONSO DE ESPINOSA, *Del origen y milagros de la santa imagen de Nuestra Señora de la Candelaria*, Santa Cruz de Tenerife 1952, pág. 87 (libro III, cap. 1). Se sabe que la primera edición de esta obra se publicó en Sevilla, en 1594; pero la obra estaba ya escrita en 1591.

² JUAN NÚÑEZ DE LA PEÑA, *Conquista y antigüedades de las islas de la Gran Canaria*, Madrid 1676.

Al renovarse los métodos de los estudios históricos durante el siglo XIX, y al concederse a las fuentes la importancia y el interés que les seguimos atribuyendo, volvió a despertarse la curiosidad hacia esta obra capital de la historiografía isleña. René Verneau tuvo la ocasión de consultarla, aunque indirectamente, y de obtener copia de parte de su texto y de algunos dibujos, que más tarde cedió al Museo Canario de Las Palmas.¹ Agustín Millares Torres la menciona en su obra.² Antonio María Manrique tuvo comunicación, por medio del entonces director de la Biblioteca Nacional de Lisboa, don Gabriel Pereira, de la existencia de la copia lisboeta de la obra italiana, y la participó a la Real Sociedad Económica de Tenerife;³ y se puede decir que, si no se pensó desde entonces en sacar copia y en mandarla imprimir en las islas, parece ser porque se estaba esperando igual resultado de parte del conocido investigador alemán Birch, o de lord Bute, quienes se sabía que habían estudiado el mismo manuscrito, con independencia el uno del otro, y sin haber llegado a concretar el resultado de sus estudios en forma de trabajo publicado. En 1928, el profesor L. Bourdon había sacado copia del manuscrito de Coimbra, con intención de publicarlo en la colección de la Universi-

¹ RENE VERNEAU, *Rapport sur une mission scientifique dans l'archipel canarien*, en «Archives des Missions scientifiques», XI (1887); y *Cinq années de séjour aux îles Canaries*, París 1891, pág. 72. Sobre todos los antecedentes del conocimiento de Torriani en las islas, cf. sobre todo A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales en las islas Canarias* vol. II, Madrid (1948), págs. 334-56.

² AGUSTÍN MILLARES TORRES, *Historia general de las islas Canarias*, vol. II, Las Palmas 1893, pág. 163.

³ «Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País», núm. 22, de 28 de mayo de 1899.

dad de dicha ciudad; pero tampoco llegó a realizarse este proyecto.¹

Por fin, fue mérito del conocido investigador austriaco, Dominik Josef Wölfel, el haber publicado por primera vez el texto de la obra de Torriani. Su edición, que conocen bien los investigadores canarios,² y cuyo mérito y utilidad son igualmente evidentes, tuvo, sin embargo, la mala suerte de publicarse en pleno período de guerra, de modo que su difusión fue sumamente deficiente. La mayor parte de sus ejemplares se perdieron por efectos de la misma guerra, de modo que incluso las grandes bibliotecas que lo poseen se pueden contar con los dedos de una sola mano. Donde más número de ejemplares llegó a repartirse fue sin duda en Canarias, debido a las amistades y relaciones personales del investigador; pero, así y todo, en las mismas islas, donde era natural despertase su edición mayor interés, son muy contados los poseedores de tan preciosa publicación. Si se añade a esto la circunstancia de haberse publicado el texto en italiano, con una traducción alemana, que sólo ayuda muy poco a los lectores españoles; el faltar en dicha edición numerosos capítulos, que se publicaron únicamente en una revista italiana de especialidad y prácticamente inasequible; el haberse dejado de publicar un gran número de documentos iconográficos, que todavía siguen inéditos; y el haber escapado a las indagaciones del editor casi toda la informa-

¹ LÉON BOURDON, *L'éruption du Teguseo-Tacande, décrite par L. Torriani*, en «Hespéris», XXXVII (1950), pág. 118.

² LEONARDO TORRIANI, *Die Kanarische Inseln und ihre Urbewohner, eine unbekannte Bilderhandschrift vom Jahre 1590, im italienischen Urtext und in deutscher Uebersetzung herausgegeben von Dr. Dominik Josef Wölfel*, Leipzig 1940. En 8.º de 323 páginas.

ción referente a la persona del autor, a su biografía y, en particular, a su estancia en las islas; se comprenderá por qué hemos creído oportuna la publicación en español de la importante obra del ingeniero italiano.

Leonardo Torriani

La familia de los Torriani, de antigua alcurnia en Lombardía, tuvo extensas ramificaciones, que no es posible ni útil estudiar aquí. De una rama establecida en Cremona descienden los dos Torriani que interesan por haber vivido y trabajado en España, Giovanni o Juanelo y Leonardo Torriani. El primero, conocido constructor de relojes y autor del famoso ingenio que surtía de agua a la ciudad de Toledo, sólo figura aquí porque su nombre se ha relacionado alguna vez con el segundo, debido a la identidad de su apellido y de su patria.

Juanelo Torriani vivió de 1500, más o menos, hasta al 13 de junio de 1585, fecha en que falleció en Toledo, siendo sepultado en la iglesia del Carmen Calzado.¹ Había empezado a servir a Carlos Quinto en 1529; pero no consta su pre-

¹ Sobre Juanelo, cf. sobre todo EUGENIO LLAGUNO Y AMIROLA, *Noticia de los arquitectos y arquitectura en España*, vol. II, Madrid 1829, págs. 100-5 y 245-58; FELIPE PICATOSTE, *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI*, Madrid 1891, págs. 317-19; JEAN BABELON, *Gianello della Torre, horloger de Charles-Quint et de Philippe II*, en «Revue de l'Art ancien et moderne», XXXIV (1913), págs. 269-78; F. J. SÁNCHEZ CANTÓN, *Juanelo Torriani en España*, en «Revista de la Sociedad española de Excursiones», XLI (1933); y A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias*, vol. II, págs. 365-67. No se ha señalado el elogio que de él y de su reloj astronómico hace su compatriota ALESSANDRO LAMI, *Sogno*, Cremona 1572, págs. 58-60.

sencia en España antes de la abdicación del Emperador, a quien dicen que acompañó en su retiro de Yuste.¹ Los pormenores de su biografía sólo nos interesan aquí en la medida en que pueden servir a ilustrar su posible relación con Leonardo. Añadiremos, pues, que la única heredera de Juanelo fue su hija, Bárbara Medea Turriano, quien falleció por abril de 1601, y tuvo dos hijos, al parecer naturales: Juanelo, quien falleció en 1597, dejando en gran miseria a su mujer y a sus hijos, y Gabriel, quien murió de un mosquito en la guerra de Sicilia, año de 1616.

En la introducción de su mencionada edición, D. J. Wölfel apuntaba la posibilidad de que Leonardo Torriani fuese hijo de Juanelo; y, con independencia de su tra-

¹ La entrada en servicio de Juanelo en 1529 se certifica por la crónica de B. SACCI, *Historia Ticinensis*, VII, 17 (en I. G. GRAEVIUS *Thesaurus antiquitatum et historiarum Italiae*, vol. III, 1, Leyden 1704, col. 710). Con motivo de la coronación del César en Bolonia, se le enseñó un reloj astronómico que años antes había sido construido para Gian Galeazzo Visconti, pero que había dejado de funcionar. Al querer el emperador que alguien lo arreglase, nadie se atrevió a comprometerse; «*unus accessit Ioanes Cremonensis, cognomento Ianellus, adspectu informis sed ingenio clarus, qui tantum opus speculatus, refici posse machinam dixit*». El Emperador le encargó la fabricación del reloj, que tardó veinte años en trazarla, y tres años y medio en ejecutarla. Hemos indicado todos estos detalles, para decir que no creemos, con los demás biógrafos de Juanelo, que el encargo que se le dio de fabricar un reloj para el Emperador fuese una verdadera entrada a su servicio. Juanelo siguió viviendo en Italia, donde trabajaba como relojero en la ciudad de Milán, en 1550 (cf. «*Archivio storico lombardo*», XIII (1903), págs. 201-2); y sólo uno o dos años después, es decir, poco tiempo antes de la abdicación de Carlos Quinto, al pasar los 23 años que sabemos tardó la fabricación de su reloj, se fue a presentarlo al Emperador, quedando después a su servicio, y en el de Felipe II.

bajo, la misma hipótesis se le había ocurrido, años antes, a Guido Battelli. La suposición tenía pocos visos de probabilidad, vistas las fechas en presencia. Hoy sabemos que el autor fue hijo de Bernardo Torriani.¹ No podemos afirmar si hubo algún parentesco entre Juanelo y Bernardo. Esta relación es naturalmente posible, y hasta cierto punto probable; pero también es posible que este parentesco sea muy lejano, dada la gran cantidad de Torriani o Turianos que encontramos en Cremona y en Milán, a partir del siglo XIII.²

¹ En 1 de junio de 1588, estando en La Laguna, por presencia del escribano Benito Ortega, Torriani otorgaba poder a Jerónimo Resta, italiano residente en Madrid, y a Francisco de Cuevas, vecino de Burgos, para que en su nombre pudiesen cobrar los bienes que «pertenecían a Bernardo Torriani, mi padre, difunto, vecino que fué de Milán, y a mí me pertenecen como su hijo legítimo y universal heredero». Al principio de la misma escritura se llama a sí mismo «Leonardo Torriani milanés». (Archivo Histórico provincial de Santa Cruz de Tenerife, vol. 402, fol. 173). De este documento, inédito reproducimos la firma que aquí se publica.

² Las fuentes para la biografía de Leonardo Torriani son, sobre todo, JOSÉ APARISI Y GARCÍA, *Biografía de ingenieros que existieron en España en el siglo XVI. (Continuación del informe sobre los adelantos de la Comisión de Historia en el archivo de Simancas, III)*, en «Memorial de Ingenieros», VI (1851), págs. 82-87; F. SOUSA VITERBO, *Diccionario histórico e documental dos architetos, engenheiros e constructores portugueses ou a serviço de Portugal*, vol. III, Lisboa 1922, págs. 145-48; y A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales*, vol. II, págs. 343-444. Las páginas fundamentales de Aparisi García han sido felizmente completadas por Sousa Viterbo en la parte referente a las actividades de Torriani en Lisboa, y por Rumeu de Armas con el capítulo canario de la biografía del autor. En las indicaciones que siguen, sólo resumimos las anteriores aportaciones. Se ignora la fecha exacta del nacimiento de Torriani. Aparisi indica su edad, en dos lugares diferentes, pero de tal modo que, según su primera indica-

Leonardo Torriani nació, pues, en una de estas ciudades, por el año de 1560.¹ No sabemos dónde hizo sus estudios. En 1582 estaba al servicio del emperador Rodolfo II. El primer documento que sobre él conocemos es una real cédula de Felipe II, fechada en Estremoz, el 27 de febrero de 1583, por la cual le mandaba 150 ducados para gastos de viaje, con objeto de presentarse a la Corte de España, donde había sido invitado como ingeniero militar. Se supone que en esta su designación como servidor del rey intervino «la mano protectora» de Juanelo;² pero la verdad es que no sabemos si el viejo más que octogenario disponía de bastante crédito, en su soledad de Toledo, para intervenir en favor de una persona a quien, aun si la suponemos deudo suyo, no había visto jamás.

Un año más tarde, la real cédula expedida en Madrid, a 18 de marzo de 1584, nombraba a Leonardo ingeniero del Rey en la isla de La Palma, y le mandaba que «luego en res-

ción, resultaría que Leonardo nació en 1561, y en 1559 según la otra. La fecha de 1560 nos parece la más probable. A. Rumeu de Armas considera las mencionadas indicaciones como contradictorias, y propone «retrasar unos años su nacimiento».

¹ Lo más probable es que haya nacido en Cremona, dada la calidad que afirma en el mismo título de la obra que aquí publicamos. La calidad de milanés, con que consta en el documento que más arriba se menciona, así como en otro documento, publicado por SOUSA VITERBO, *Diccionario*, vol. III, pág. 147, no es contradictoria con la anterior. La ciudad de Cremona pertenecía, en efecto, al dominio de Milán; y una persona natural de Cremona, como suponemos lo era Leonardo Torriani, era milanesa para efectos jurídicos, como los que se persiguen en los documentos mencionados. Sin embargo, el hecho de que el padre de Leonardo haya vivido y fallecido en Milán no excluye de plano la segunda posibilidad.

² A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales*, vol. II, pág. 368.

civiendo ésta, partáis y vayáis a la ciudad de Sevilla, y desde ally, embarcando en el navyo que se ofreciere, a la dicha ysla, y llegado allá veáis y reconozcáis el dicho puerto della y el sitio eminente y en el sitio que más cómodo y espacioso os pareciere que conviene, tracéis y fabriquéis el dicho muelle y torreón».¹ La misión que así se le encomendaba respondía a una petición hecha por el cabildo de la isla, por mediación de su mensajero, el regidor Benito Cortés de Estopiñán; y, a cambio de su servicio, se pagaba al ingeniero un salario de un escudo por día.

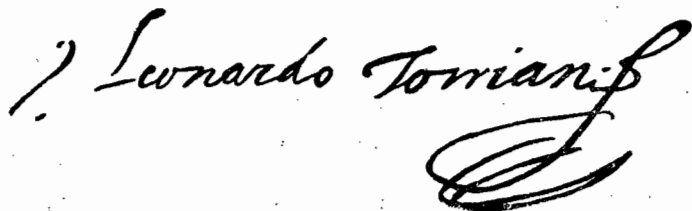
Torriani embarcó en el mismo navío que llevaba a Tenerife al nuevo gobernador de la isla, Juan Núñez de la Fuente, y llegó a dicha isla en agosto de 1584. De allí se trasladó a La Palma, donde residió hasta el verano de 1586. Durante este tiempo hizo los proyectos del muelle del puerto, y según parece inició su construcción, pues al salir de la isla dejaba instrucciones al mismo Cortés, veedor de la fábrica del muelle, para la continuación de la obra. También proyectó por aquel entonces la construcción de una torre en La Caldereta; pero este último proyecto no llegó a realizarse.

Al llegar a la Corte, Torriani presentó su informe, y volvió a ser enviado a Canarias, con más amplios poderes y con una misión bastante más importante: la de visitar todas sus fortificaciones e informar sobre la mejor manera de completar el sistema defensivo del archipiélago. Se le señalaba un salario mensual de 40 ducados, además de una mer-

¹ La real cédula ha sido publicada por A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales*, vol. II, págs. 369-70, cuya relación, fundada en numerosos documentos inéditos, seguimos en nuestra exposición.

ced de 300 ducados para los gastos de su viaje. La real cédula que lo recomendaba a la autoridad local, fechada en Aranjuez, en 20 de mayo de 1587, había sido precedida por una minuciosa instrucción, de 7 del mismo mes, en que se le indicaban los principales puntos del programa que debía realizar.¹ A consecuencia de esta orden, Torriani se trasladó a Lisboa, y de allí a Santa Cruz de La Palma, donde llegaba el 20 de agosto de 1587, iniciando así una residencia de casi seis años, durante la cual adquirió los conocimientos y, en su caso, las impresiones que forman el caudal de la presente obra.

En La Palma se quedó Torriani poco menos de tres meses y medio, en cuyo tiempo reunió materiales y se for-

A handwritten signature in dark ink, reading 'Leonardo Torriani'. The signature is written in a cursive, flowing style with a large, decorative flourish at the end.

Firma de Torriani (1588)

mó una opinión sobre las fortificaciones de la isla. Redactó y envió a la corte tres memoriales, un *Discorso della fortificazione dell' isola della Palma*, una *Informazione del porto di Tazzacorte dell' isola della Palma*, y otra *Della quantità de' materiali e valore della fortezza della Caldereta*; y también tuvo tiempo para chocar con el Cabildo y con el teniente de gobernador Jerónimo de Salazar, en todo

¹ Cf. L. DE LA ROSA OLIVERA, *Documentos sobre la estancia de Torriani en Tenerife*, en «Tagoro» (1946), págs. 207-20.

cuanto se refería a su misión, y sobre todo, como era normal, en lo referente a los gastos ocasionados por las obras previstas, y a las cantidades de dinero que Torriani necesitaba personalmente. Esta última circunstancia quizá sea suficiente para explicar el juicio particularmente severo que, en el capítulo dedicado a la isla de La Palma, hace el autor de los habitantes, y sobre todo del gobierno de dicha isla.

El 1 de diciembre de 1587 pasó Torriani a Tenerife, en cuyo cabildo fue recibido el 17 del mismo mes, acordándose seguidamente los créditos necesarios para su estancia y designándose los regidores que debían acompañarle en su visita. En compañía del gobernador Juan Núñez de la Fuente visitó y estudió las fortificaciones del puerto de Santa Cruz, trazó el diseño del lugar de La Cuesta; y pasó después, en febrero y marzo de 1588, a visitar los demás puertos y fortificaciones de la isla. Siguió en la isla hasta el 9 de junio siguiente, en cuyo intervalo de tiempo quizá haya hecho un viaje a La Gomera, que consta haber conocido, pero sin que podamos fechar con seguridad su estancia en ella.

El 10 de junio desembarcaba Torriani en el puerto de Las Palmas, siendo recibido por el concejo de la isla y por el gobernador Álvaro de Acosta, dos días más tarde. Se desconocen los demás pormenores de su estancia en Gran Canaria, sabiéndose solamente que dicha estancia se prolongó hasta 1593, es decir, por espacio de unos cinco años, en cuyo espacio de tiempo tuvo la posibilidad de familiarizarse con todos los problemas de las islas. De regreso a España, recibió comisión para inspeccionar las fortificaciones de la plaza de Orán, en compañía del capitán general don Gabriel Niño de Zúñiga, abonándosele 400 ducados para gastos de su viaje. De regreso, visitó de paso las fortificaciones de Cartagena, y la real orden de 21 de diciembre

de 1594 dispuso volviese a la Corte. Meses más tarde, fue enviado con el capitán Francisco de Narváez a Berbería, en comisión cerca de los reyes de Cuco, sin que conozcamos los pormenores de dicha misión.

La real orden de 22 de julio de 1596 dispuso su traslado a Portugal, para continuar la obra del castillo de Viana, según el trazado ya dado por otro arquitecto militar, también italiano, fray Tiburcio Spanocchi, más conocido con el nombre hispanizado de Espanochi. El 1 de agosto estaba ya en Viana. A partir de aquel momento, la vida de Torriani transcurre en Portugal, con breves interrupciones, durante las cuales varias misiones temporales lo llamaron a Castilla, Galicia o Andalucía. Dejamos de repetir los demás pormenores de su biografía, que figuran en fuentes fácilmente asequibles a cualquier lector, tanto por esta razón, como porque no añaden nada a la comprensión de la obra que aquí analizamos, y por no poder enriquecer con ningún dato nuevo este período de la vida de Torriani, el mejor conocido, y sin duda el más interesante desde el punto de vista de sus actividades constructivas.¹

¹ Además de las fuentes mencionadas sobre la biografía de Torriani en general, cf. sobre su estancia y actividad en Portugal, las obras siguientes, que no han sido utilizadas por los últimos biógrafos: AUGUSTO VIEIRA DA SILVA, *Torre do Bugio e Forte de Santo Antonio da Barra*, en «Boletim da segunda classe de la Academia das Ciencias de Lisboa», XX, 2, pág. 797; L. MAGGIOROTTI, *L'Opera del genio italiano all'estero. Gli architetti militari, III, Architetti militari italiani nella Spagna*. Roma 1939; y del mismo L. MAGGIOROTTI, *Architetti militari italiani in Portogallo*, en *Reale Accademia d'Italia. Relazioni storiche fra l'Italia e il Portogallo. memorie e documenti*, Roma 1940, págs. 421-32, y GUIDO BATTELLI, *Una famiglia di architetti militari italiani in Portogallo*, en «Bollettino dell'Istituto storico e di Cultura dell'Arma del Genio», núm. 11 (di-

Sólo diremos aquí que sus actividades de arquitecto militar fueron numerosas, y que lo que, en Canaria, quedó en el papel, en la mayoría de los casos, se transformó en realidades tangibles en la orilla del Tajo; que a él se deben las fortificaciones de Cascaes, de Cabeza Seca, el castillo de São Antonio, la torre de São Lourenço do Bugio, en la desembocadura del Tajo, la iglesia de São Vicente da Fora, los trabajos de conducción de aguas y otros importantes trabajos de arquitectura civil en Lisboa; que falleció en dicha ciudad, año de 1628, cuando tenía unos 69 años de edad; y que de su matrimonio, contraído en Lisboa, con doña María Manoel, dejó dos hijos: Diego Turriano, quien gozó a partir de 1630 la plaza de ingeniero mayor del reino de Portugal, que había sido de su padre, y fray Juan Torriano, profesor de matemáticas en la Universidad de Coimbra y arquitecto de gran reputación en su tiempo, autor de los planos del convento de Santa Clara de Coimbra, del de la Estrella en Lisboa, de varias capillas en las catedrales de Vizeu y de Leiria y de otros edificios de interés artístico e histórico.

Así, lejos de ser un desconocido, Leonardo Torriani, autor de importantes obras arquitectónicas, ingeniero mayor de Portugal durante 30 años (1598-1628), es un perso-

ciembre 1939), págs. 73-75. Señalamos, además, que la *Enciclopedia italiana*, vol. XXXIV, Roma 1937, pág. 570, publicó sobre Torriani una nota que reproduce lo esencial de SOUSA VITERBO; y que en THIEME-BECKER, *Allgemeines Lexicon der bildenden Künstler*, vol. XXXIII, Leipzig 1939; págs. 501-2, se dedica al mismo una nota bastante extensa y precisa. Nada nuevo en las varias notas que sobre Torriani publicó ARTURO FARNELLI, *Viajes por España y Portugal*, 2.^a edición, Roma 1942, vol. I, págs. 171, 246-47, 297; y vol. II, pág. 20.

naje que había llamado la atención de los historiadores, incluso antes de conocerse y estudiarse su obra, que aquí presentamos. Otra composición suya, un *Parecer que da Torriani sobre la navegación del río Guadalete a Guadalquivir y a Sevilla (1624)*, escrito por orden de Felipe IV, se ha publicado desde 1844, en el tomo V de la conocida *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.¹ Cabe repetir, por consiguiente, que la biografía de Torriani se conoce actualmente con suficiente detalle y que, si no hemos insistido más en sus pormenores, no ha sido por la dificultad de reunir los datos, sino para no repetir una vez más cosas conocidas y fácilmente asequibles para los curiosos.

La obra

La *Descripción e Historia del reino de las islas Canarias* es el resultado de la misión y estancia de Torriani en dichas islas. Su misión no consistía solamente en informarse, sino también en presentar al Consejo y al Rey el resultado de su pesquisa y sus pareceres sobre las fortificaciones de las islas. Las instrucciones del 20 de mayo de 1587, más arriba aludidas, indicaban claramente su cometido: «de todas las demás cosas que os pareciere devéis ser informado, para hallaros capaz de todo lo hecho»; y, por otra parte, «habiéndolo así cumplido, me enviaréis particular relación de todo y de vuestro parecer, con las plantas y diseños de

¹ Según se podrá ver más adelante (cap. LXIX), Torriani prometía también una obra sobre los volcanes, que no parece haber escrito y de la que, de todos modos, no hay más noticias de las que él da en el pasaje indicado.

lo que fuere necesario, en el primer pasaje de navío que se ofrezca, quedándoos con un tanto dello».¹

Se trata, por consiguiente, de una relación oficial y de interés práctico. Al escribir su *Descripción*, Torriani no ambicionaba hacer obra de historiador o de explorador, sino que representaba una situación de hechos, con el objeto de fundar en ella los proyectos de obras y reformas que se le habían encargado. A decir verdad, su trabajo, tal como se nos ha conservado, es una recopilación tardía, probablemente después de terminada su misión, de los informes que periódicamente había enviado a la Corte sobre cada uno de los particulares de interés que había estudiado en su viaje de inspección. Conocemos hoy día varias de estas relaciones particulares, que se conservan, con toda su correspondencia oficial, en el Archivo Nacional de Simancas. Hay, entre ellos, además de las memorias enviadas desde La Palma y mencionadas más arriba, otra sobre la artillería de dicha isla, un *Discorso della fortificazione dell' isola di Tenerife*, otra sobre los materiales y gastos previstos para reconstrucción de la fortaleza de Santa Cruz, y así sucesivamente; la mayor parte de dichas memorias, acompañadas por los correspondientes dibujos, mapas y planos de fortificaciones en proyecto. Es de suponer que, de conformidad con sus instrucciones, Torriani había conservado duplicados de aquellas memorias, y que, al acercarse el fin de su misión, había decidido reunir todos aquellos materiales dispersos en una memoria de conjunto, abarcando todas las necesidades militares de las islas y, por consiguiente, todos los detalles de la misión que se le había confiado.

¹ «Tagoro», pág. 209.

Resultado de esta compilación de materiales ya comunicados a la Corte, es la *Descripción* que aquí publicamos. Su manuscrito fue enviado al Rey, o, por lo menos, suponemos que le fue enviado, pues para ello había sido concedido; pero no sabemos donde habrá parado, puesto que nadie lo ha visto ni hay mención de su existencia. Es posible que el rey, que entonces lo era Felipe II, lo haya dejado en las colecciones reales del Escorial, y que haya desaparecido, quizá con motivo del incendio que diezmó aquellas colecciones, pero todo ello es hipótesis; y también es posible pensar que Torriani, llamado a desempeñar funciones muy diferentes y definitivamente apartado de Canarias y de sus fortificaciones y problemas de defensa, dejó de presentar aquella memoria, que para él tenía ahora escaso interés y, desde el punto de vista oficial, sobraba, pues ya se podía considerar cumplido su cometido con las memorias parciales que antes mencionamos.

Sea como fuere, el manuscrito autógrafo que hoy conocemos es el que, después del fallecimiento del autor, quedó en posesión de su hijo, fray Juan Turriano, a quien antes mencionamos. A la muerte de éste, ocurrida en 9 de febrero de 1679, el manuscrito pasó con sus demás libros al convento de São Bento de Coimbra, y de allí a la Biblioteca de la Universidad de Coimbra, en donde hoy se conserva. Allí lo copiaron el profesor Bourdon y, por medio de fotocopias, Dom. J. Wölfel, autor de la primera edición de su texto. Ya antes del estudio del mencionado manuscrito por el Sr. Wölfel, el benemérito investigador canario don Simón Benítez Padilla había sacado del mismo fotocopias, que se conservan en el Museo Canario de Las Palmas, y que son las que hemos utilizado para nuestra traducción.

Conocido el manuscrito de Torriani por los investiga-

dores portugueses, es natural hayan sido ellos los primeros en pensar en su publicación. Desde finales del siglo XVIII, fray Francisco de São Thomaz, benedictino del mencionado convento de São Bento y socio corresponsal de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, sacó una copia fidelísima del manuscrito original, con exacta reproducción de todos sus dibujos, con la intención de publicarla en italiano con versión castellana. Al fracasar esta empresa, por muerte, en 1797, del superior del convento, quien había sugerido aquella publicación, fray Francisco propuso a la Academia a que pertenecía una edición italiana con traducción portuguesa, que tampoco llegó a realizarse; y, después de varios avatares, el manuscrito de fray Francisco llegó a posesión de la Biblioteca Nacional de Lisboa, donde tuvo primero la signatura B. 17.11, y actualmente el número 892 de la sección de Reservados. Esta copia fue la que conocieron primero los investigadores canarios o interesados en el conocimiento del pasado canario, con exclusión, hasta hace poco, del manuscrito original, de Coimbra.¹

A base de éste último, el Dr. D. J. Wölfel dió su mencionada edición de 1940, hasta ahora la única que reproduce el texto original.² Dicha edición merece todos los elogios,

¹ Para más detalles, cf. la amplia introducción de D. J. WÖLFEL.

² Al publicar dicha edición, sin conocer toda la bibliografía de que más arriba se hizo mención, el Dr. Wölfel creyó haber sido el descubridor del manuscrito de Torriani. Ello dio lugar a una discusión de prioridad bastante áspera, aunque justificada en sus términos generales, sobre todo por parte del mencionado prof. L. BOURDON, y de C. GINI, *Gli aborigeni delle Canarie secondo un manoscritto italiano del Cinquecento*, en «Genus», IV (1940), págs. 125-32, quien afirma que los hechos están «in contrasto con la parola «ritrovamenro» (*Auffindung*) che egli adopera a questo proposito, e soprattutto con la qualifica di «sconosciuto» (*unbekannten*), che egli, nel titolo della sua opera, dà al manoscritto».

y no es el menor el deber constatar que inaugura una verdadera revolución de los estudios históricos sobre Canarias, al llamar la atención sobre una fuente histórica de primera importancia, y prácticamente desconocida o, por lo menos, inaccesible a los investigadores. Sin embargo, las circunstancias en que vio la luz la edición de Leipzig han mermado considerablemente su interés, en primer lugar por la escasa circulación de sus ejemplares. Por otra parte, un gran número de capítulos, referentes a las fortificaciones de las islas, han sido suprimidos en la edición de Wölfel, siendo recogidos posteriormente en una publicación de circulación, si es posible, todavía más limitada.¹ En fin, el texto publicado por Wölfel, a pesar de la escrupulosa reproducción del original, contiene un cierto número de errores de lectura o, en su caso, de imprenta, que alteran a menudo el significado o, por lo menos, dejan en duda la exactitud de la traducción que lo acompaña. Por todas estas razones, hemos preferido utilizar en nuestra traducción la fotocopia del manuscrito original de Coimbra, que nos ha sido cortésmente facilitada por el Museo Canario de Las Palmas, gracias a la benévola intervención de don Simón Benítez Padilla.

¹ Cf. D. J. WÖLFEL, *Leonardo Torriani e le fortificazioni nelle isole Canarie sul finire del 500*, en «Bollettino dell' Istituto storico e di Cultura del Arma del Genio», Roma, núm. 15 (1942), págs. 26-72. Un capítulo (el XXV) que se omitió en la edición, probablemente por error mecánico, fue en fin publicado por EMILIO HARDISSON, *Un capítulo inédito de la «Descrittione de l'isole Canarie» de Leonardo Torriani*, en «Revista de Historia» núm. 8 (1947), págs. 217-21. Cabe añadir que el capítulo adicional, referente a la isla de Madera, ya había sido publicado en *Arquivo historico da Madeira*, vol. I, págs. 120-24; y que el cap. LXIX fue traducido al francés y estudiado por L. BOURDON, *L'éruption du Teguseo-Tacande (leí de La Palma)*, en «Hespéris» XXXVI (1950), págs. 117-38.

Su Composición

La *Descripción* de Torriani se compone de tres elementos diferentes, que intervienen en la formación de cada uno de los capítulos dedicados a las distintas islas del archipiélago canario. Son estos elementos la descripción, la fortificación y la historia.

El primer elemento es el cuadro general del segundo. Para sentar la oportunidad de una determinada fortificación, y también para justificar la traza de su parecer, el autor necesita, antes de hacerlo, una presentación de las condiciones geográficas y de los elementos materiales con que se debe contar. Por consiguiente, es natural que su parecer se funde en una descripción de los lugares; y, evidentemente, esta parte de su memoria se apoya en observaciones personales, en mediciones y cálculos originales, que se repiten para cada isla. Estas descripciones son, sin embargo, de modestas proporciones y de escaso interés, pues el autor suele referirse solamente a aquellos hechos que tienen interés para el aspecto principal del tema que lo preocupa, y que es la traza de las fortificaciones insulares.

Este segundo elemento de la *Descripción* es, materialmente, mucho más importante que el anterior. Dado el origen de la obra, y la finalidad que se persigue con ella, se comprende que el autor insista, con todos los detalles que se pudieran desear, en proyectos de fortalezas, de torres y de bastiones, que eran la única justificación de sus actividades en Canarias. Incontestablemente, para la historia del archipiélago y la formación de su sistema defensivo, tenemos aquí un documento de primerísima importancia, completado por los trabajos inmediatamente posteriores, y en parte contemporáneos, de Próspero Cazorla, y más tarde

por los de Lope de Mendoza. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el interés histórico de este segundo elemento de la obra de Torriani tiene matices diferentes, según se trate, en sus pareceres, de observaciones sobre circunstancias pasadas o presentes, o de proyectos para un porvenir, que en muy pocos casos resultó tal como en su imaginación lo trazaba el ingeniero italiano. Es cierto, en efecto, que sus trazas, por más que resulten atinadas y proporcionadas con el objeto que se perseguía, no tuvieron la suerte de realizarse y quedaron en estado de proyectos.¹

En fin, el elemento histórico es sin duda alguna el que constituye el mayor interés de la obra de Torriani. Desde el punto de vista que él mismo había adoptado en su memoria, así como a la luz de la misión que cumplía en las

¹ Cabe añadir, que normalmente, se atribuye a la obra de Torriani otra clase de interés, que ha llamado ya la atención de muchos investigadores, y es el de documento antropológico y etnológico sobre los antiguos canarios. No hablamos de él, no sólo porque tal aspecto escapa a nuestra competencia, sino también porque la autoridad de Torriani en esta materia no deja de ser dudosa. Desde este punto de vista, no podemos sino suscribir al juicio de C. GINI, *Gli aborigeni delle Canarie* pág. 126: «Vi sono passi in cui egli evidentemente indulge ai difetti del tempo o si rivela privo di senso di autocritica, così che è da domandarsi se veramente le notizie da loro fornite sui caratteri fisici e psichici degli aborigeni, sui loro costumi e sul loro ordinamento sociale meritino la considerazione che il Wölfel loro attribuisce». Sus noticias al respecto son reproducción, a veces imperfecta, de otras fuentes, de que más abajo hablaremos. En cuanto a sus dibujos de personajes y frajes indígenas resulta difícil decir si merecen crédito; pero no debe olvidarse que Torriani los hizo después de 1590, con los elementos que en aquella época tardía podía conocer, y probablemente con mucha imaginación. De todos modos, el estudio de estas noticias de Torriani no parece haber conducido a los resultados que se podían esperar.

islas, se puede considerar que este último elemento de su trabajo, lejos de ser tan interesante como los anteriores, parece más bien una superfluidad. El pasado de las islas, en efecto, difícilmente podría considerarse como una justificación o como una aclaración del tema de las fortificaciones. Así lo había pensado el mismo autor, quien, en su dedicatoria al Rey, empieza disculpándose por haber introducido en su memoria aquellas digresiones históricas, que son para nosotros la parte más valiosa de su obra, y que, oficialmente, se hallaban fuera de lugar en el parecer de un ingeniero de Su Majestad. La disculpa que aduce Torriani es que la simple descripción y el parecer técnico hubiesen dado por resultado una composición fría y de difícil lectura; y sólo para amenizarla, agregó a su memorial la parte histórica, que dice haber sacado de «los monumentos de las letras».

Si no nos equivocamos al querer interpretar la significación de esta sonora expresión, «los monumentos de las letras» quieren decir que, al componer su *Descripción*, Torriani tuvo la posibilidad de completar fácilmente los datos de su memorial, con una serie de detalles históricos, sacados de una composición de que tuvo conocimiento, y que le pareció bastante interesante, como para extractarla y mezclarla con los elementos de su propia relación. A esta feliz circunstancia se debe la obra histórica del ingeniero italiano, una de las primeras fuentes sobre el pasado canario, y, después del *Canarien*, la primera obra extranjera enteramente dedicada a las islas. Pero, antes de proceder al examen de los méritos de Torriani como historiador, conviene estudiar su modo de trabajar y el posible empleo que hizo de sus fuentes, puesto que resultaría difícil juzgar su interés o su veracidad, antes de conocer su grado de originalidad y los instrumentos de trabajo de que podía disponer.

Apenas si se precisa añadir que sus fuentes son difíciles de identificar, y que sólo sabemos de ellas lo poco que él mismo juzgó conveniente decirnos. Si reunimos todas sus referencias, hallamos, además de la mencionada indicación de unos «monumentos de las letras», una alusión a «los que toscamente recogieron algunas cosas de estos bárbaros» (cap. XXIV), otra a «aquéllos que recogieron los restos de estas noticias» (cap. LX), y la mención del doctor Troya, canario, autor de una obra histórica en que había un capítulo sobre la historia primitiva del Hierro (cap. LXIV). En los demás casos, sus alusiones son todavía menos precisas: «algunos han pensado» (cap. XXX), o «refieren algunos escritores» (cap. LXV); e incluso algunas veces parece quejarse de que «estas cosas... no fueron encomendadas a la memoria de lo escrito» (cap. XXV), y dejar las cosas de menor interés para «que otros las escriban» (cap. LI).

Evidentemente, las propias indicaciones del autor son insuficientes y no nos permiten hacernos una idea exacta de la importancia y del interés de su documentación histórica. Las demás luces que eventualmente se puedan sacar sobre las mismas, por medio de la comparación de los datos de Torriani con la tradición histórica de Canarias, serán forzosamente hipotéticas; así y todo, dado el interés del tema, tanto para la historia en general, como para la justa apreciación de la obra de Torriani, trataremos de indicar la posición de éste último dentro de la historiografía insular.

Parece bastante evidente la circunstancia de que Torriani representa, de una manera muy general, un caudal de datos y de noticias muy parecido al de la historia de Abreu Galindo. Esta afirmación quizá no necesite examen más detallado, tanto por haber sido unánimemente admitida por los historiadores, como por hallarse suficientemente

ilustrada por medio de las notas críticas que acompañan el texto de Torriani. Pero, al mismo tiempo, éste último autor presenta una grande conformidad con el libro conocido de fray Alonso de Espinosa, en la mayor parte de los detalles que se refieren a las isla de Tenerife y a su conquista.¹ Si se examinan las notas que acompañan los cap. L y LI, se verá que, a pesar de su parecido y, en ciertos casos, de su identidad, los dos autores siguen a menudo rumbos muy diferentes, y que Torriani introduce alguna vez datos que no pueden venirle de Espinosa, y que, en cambio, figuran en Abreu Galindo. Ello hace probable la hipótesis, que ya se ha apuntado alguna vez, de que los tres historiadores sigan una fuente común, completándola e interpretándola, o seleccionando sus datos de modo más o menos personal, única explicación plausible de su parecido al mismo tiempo que de sus divergencias.²

La obra de Torriani es de 1592, es decir, de los últimos meses de su estancia en Canarias;³ la de Espinosa, publicada en 1594, estaba ya lista para imprimir en 1591; y la de Abreu Galindo, terminada en 1602, probablemente pertenece más o menos a los mismos años que las dos primeras. Por consiguiente, si admitimos la existencia de una fuente

¹ Según más arriba queda dicho, Espinosa conoció el proyecto de Torriani, que menciona en su obra, siendo ésta la primera mención de la *Descripción*.

² Cf. A. RUMBU DE ARMAS *Piraterías*, II, pág. 346: «más natural parece que ambos se inspirasen en una fuente común». Es curiosa la declaración de WÖLFEL, pág. 35: «Wir eine wirklich enge Beziehung der beiden Texte nicht feststellen können».

³ La fecha de la obra de Torriani ha sido determinada por WÖLFEL, págs. 17-18, y más precisamente por A. RUMBU DE ARMAS, *Piraterías*, vol. II, págs. 359-60.

común para estas tres obras históricas,¹ implícitamente admitimos la existencia de una composición histórica de cierta envergadura, y tratando la historia de todas las islas de Canaria, anteriormente a 1590. Sobre esta obra no sabemos casi nada; y todo cuanto podemos adelantar se funda en probabilidades y en deducciones lógicas, sin que ello quiera decir que las cosas pasaron forzosamente así.

La fuente a que aludimos debía forzosamente comprender la historia de todas las islas, puesto que, además de las coincidencias evidentes de los tres historiadores al tratar el tema de Tenerife, Torriani y Abreu Galindo coinciden sistemáticamente al hacer la historia de cada una de las siete islas; lo que indica que en cada uno de aquellos capítulos siguen la misma fuente común. Dicha fuente debe ser posterior al año de 1553, pues tanto Torriani (cap. XXXVI) como Abreu Galindo (pág. 153) mencionan la obra de Pedro Luján, *Diálogos matrimoniales*, que se había publicado en el mencionado año de 1553.² También parece probable que

¹ En la introducción de ABREU GALINDO, pág. XIX, al tratar de las relaciones de Abreu Galindo con las crónicas de la conquista de Gran Canaria, hemos indicado que o bien todas procedían de una fuente común, o las cuatro crónicas de Gran Canaria procedían de la obra de Abreu Galindo, como únicas soluciones que nos parecían posibles; y al mismo tiempo, sin excluir la primera posibilidad, indicábamos nuestra preferencia por la última solución. Esta opinión, por más que siga siendo muy provisional, en espera de otros estudios más profundizados, no contradice a la que aquí ofrecemos, por tratarse en el caso presente de las relaciones exclusivas de Abreu Galindo con Torriani y con Espinosa; y en el caso anterior, de sus relaciones con las cuatro crónicas de Gran Canaria.

² También consta en Torriani (cap. I del apéndice) y Abreu Galindo (pág. 14) la autoridad de Pedro de Medina, cuya obra se publicó en 1548; pero las dos citas no parecen tener la misma procedencia.

dicha fuente no fuese posterior con muchos años a esta fecha, por ser ésta la última coincidencia de cronología entre Torriani y Abreu Galindo: todas las obras posteriores a esta fecha, que constan en Abreu, tales como Támara (1556), Garibay (1571), Illescas (1573), Guevara (1575), Chaves (1576), etc., son desconocidas para Torriani y, probablemente, para la fuente que él seguía. Creemos, pues, que la obra que sirvió de fuente a Torriani (y, con él, a Abreu Galindo y a Espinosa) fue escrita en Canarias, alrededor de 1560. Esta fecha parece confirmarse también por otros indicios, por ejemplo, por ciertas correspondencias de sus datos con la obra de Juan de Barros, de donde parecen proceder, y que fue impresa por primera vez en 1552;¹ o por el hecho que Bartolomé de Las Casas declaraba terminantemente, hacia 1555, que no existía ninguna historia de Canarias, ni en latín ni en español.²

¹ No podemos consultar actualmente la crónica de Barros, que falta en nuestras bibliotecas. Sólo nos hemos podido servir del extracto que de ella hace Las Casas, en su *Historia de Indias*, I, 17-27. Mencionamos, entre los datos que parecen proceder de Barros y haberse transmitido a la historiografía isleña, todo cuanto tradicionalmente se supo en Canarias sobre Juan de Béthencourt y Maciot (naturalmente, con las adiciones de la crónica de Juan II); la existencia de 14 000 hombres de pelea (Barros dice «en todas las islas»; su traductor debió de comprender «en Gran Canaria»); la costumbre canaria de cebar las mujeres por casar, para que fuesen gordas; la costumbre de cederlas a los nobles, durante la primera noche; la vileza de los carniceros; la existencia, en Tenerife, del trigo, y de «ocho o nueve linajes o bandos»; la calificación de los antiguos palmeros de «menos políticos y razonables»; etc. Todos estos datos, comunes a los autores isleños, no figuran, que sepamos, en ninguna fuente anterior a Barros.

² Fray BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de Indias*, I, 17 (edición de A. Millares Carlo, Méjico 1951, vol. I, pág. 90), al introducir su serie

Si ello es así, parece fuera de duda que la obra de que se trata es la historia perdida del doctor Troya, a que antes hemos aludido. El doctor Antonio de Troya, hijo de Alonso de Troya y de Lucía Pérez y sobrino del canónigo Diego de Troya, había nacido en Las Palmas, donde había recibido el bautismo, en el sagrario de la catedral, en 3 de enero de 1530. No sabemos dónde cursó estudios; sólo sabemos que volvió de la Península doctor en Leyes, y que se estableció en la isla de La Palma, donde lo hallamos en 1565, casado con Elena de Salazar. Fue recibido abogado de la Real Audiencia de Las Palmas, en 7 de junio de 1566¹ y volvió después a Santa Cruz de La Palma, donde falleció, probablemente por mayo de 1577. Tuvo los hijos siguientes:

Lucrecia, bautizada en San Salvador de La Palma, en

de capítulos sobre Canarias, justifica su digresión por la circunstancia de que «muchos y aun quizá todos los que hoy son, y menos los que vinieron, no saben ni por ventura podrán saber cuándo ni cómo ni por quién fue celebrado su descubrimiento». Más adelante, I, 22 (pág. 122), repite que escribió sobre Canarias, «por que haya dellas noticia alguna en nuestro vulgar castellano, pues ni en él, ni en historia escripta en latín se hallará escripto tan particularmente ni tan a lo largo lo que aquí habemos dicho de ellas». Es sabido que Las Casas tuvo, en cierto momento de la composición de su obra, un verdadero interés para rehacer la historia de la conquista de Canarias, por razones políticas que no cabe analizar aquí; y que, al tratar de hacerlo, sólo pudo utilizar la historia de Juan de Barros, cuyo empleo sirve para fechar los capítulos referentes a Canarias. Al saber que el autor estaba relacionado con los ambientes canarios, por los Peñalosa, parece natural pensar que, de haber existido una crónica de la conquista de Canarias o una historia de Canarias por los años en que él escribía, hubiese podido conseguirla con relativa facilidad.

¹ Cf. J. ALVAREZ DELGADO, *El doctor Troya*, en «Revista de Historia», VIII (1942), págs. 104-5, único estudio que identifica al autor de la crónica perdida.

8 de febrero de 1566, quien casó por 1590 con el regidor de la isla, don Pedro Bahamonde de Lugo;

Francisco, bautizado en 11 de septiembre de 1567;

Catalina, bautizada en 21 de octubre de 1568;

Alonso, bautizado en 12 de agosto de 1571;

Luis, bautizado en 24 de julio de 1572;

Francisca, bautizada en 5 de enero de 1574,

Elena, bautizada en 16 de febrero de 1576;

Antonio, bautizado en 17 de agosto de 1577, póstumo.

La tutela de sus hijos menores pasó en Santa Cruz de La Palma, por presencia del escribano Bartolomé Morel, en 4 de junio de 1577.¹

Éste es el autor de la obra histórica de que se sirvieron, uno detrás del otro, Espinosa, Torriani y Abreu Galindo. El conocer su ficha biográfica, por desgracia no suple la pérdida de su obra. Es posible, sin embargo, que dicha obra aparezca un día, pues hay razones para suponer que hubo de ella más de una copia. De todos modos parece posible afirmar que los datos de Torriani, así como los de Abreu Galindo que coinciden con él, vienen de la obra histórica del doctor Troya, escrita allá por 1560; como también es posible que las demás obras de carácter histórico insular, y en particular las crónicas de Gran Canaria, procedan directamente de Troya. En cuanto a las fuentes de que se habrá servido el mismo doctor Troya en su trabajo, cabe recordar las que indicamos al estudiar la obra de Abreu Galindo. También es posible que la decisión de escribir la histo-

¹ Hemos dado estos datos, por ser completamente desconocidos. El autor, naturalmente, no figura en la *Bio-bibliografía de escritores canarios* de Millares Carlo. Por otra parte, es cierto que éste es el único Troya de Canarias que fue doctor, y que no cabe confusión de personas.

ria de Canarias arranque, como en el caso de Bartolomé de Las Casas, de una lectura de Juan de Barros.

Su valoración

Al tratar de interpretar históricamente la obra de Torriani, no debe olvidarse que el autor no es y no pretende ser un historiador. Su ambición se cifra en cumplir con la misión técnica que se le ha confiado; por lo demás, le faltan muchas cosas, para que pueda ser un historiador.

Torriani era, como todos los intelectuales del Renacimiento más o menos tardío, un enciclopedista fuertemente empapado en escrúpulos clásicos. Por una parte, para él, como para todos los humanistas, la leyenda y la mitología se confunden a cada paso con la realidad vivida. Así, el canal que separa la isla de Lanzarote de la de Fuerteventura, le llama a la memoria en modo casi automático la leyenda de Friso y del vellocín de oro (XIX). Las murallas de Babilonia son para él algo como «las murallas por excelencia» (XIV); y los tipos arquitectónicos de moradas de los antiguos canarios son pretexto para apreciaciones sobre los Siglos de Oro y de Cobre (XXXI). Por consiguiente, nada raro, si las ficciones de Tasso referentes a la hermosa Armida y a su jardín mágico tengan valor de documento histórico para nuestro autor, quien busca la exacta situación de dicho jardín, y la encuentra en la isla Graciosa (cap. VII); o si las agradables invenciones de Ariosto, con sus Prusiones y Finaduros, reyes de Canaria en tiempos de Carlo Magno, son indicaciones que Torriani recoge sin vacilar (cap. XXXIX). Su formación humanística, al mismo tiempo que le inspira un profundo respeto para todo lo escrito, y más aun si se trata de obras maestras de autores unánimemente admirados, le

impide aplicar un criterio objetivo y distinguir la ficción de la historia, que, para aquellos tiempos, era también una arte y, por consiguiente, una ficción.

Por otra parte, su cultura científica se resuelve en Torriani, como en Cardano, como en Leonardo da Vinci y como en otros numerosos científicos humanistas, en una serie de pesados escrúpulos astrológicos, que observa con verdadera religiosidad y que hoy día nos hacen sonreír. Para nosotros o, por lo menos, para aquéllos de entre nosotros que no creemos en la astrología, la parte de su obra que rinde homenaje a estas ideas es la más inútil y totalmente falta de interés. El intento de reducir el mapa de Canarias a la figura del Cancro, a lo sumo, puede divertir; pero la pretensión del autor, de explicarlo todo a base de influencias de los astros, el intento de hacernos creer que la elección de la ciudad de Las Palmas para residencia de la Real Audiencia se debe a «la exaltación de Júpiter en el signo del Cáncer», que la conquista de las islas por los españoles es resultado de la conjunción del mismo Júpiter con el Sagitario, y toda la serie de defectos y vicios que achaca a los habitantes de cada isla en particular, como consecuencia de las mismas influencias benignas o malignas (cap. XLII), pertenecen a un determinismo que, para nosotros, ha perdido toda clase de interés.

En fin, el último defecto de Torriani, al querer considerarlo como historiador, es la falta de interés para el tema histórico que trata, y para el ambiente que describe. La estancia de Torriani en Canarias fue sólo resultado de una misión, y probablemente, desde su punto de vista, debió de considerarla como una especie de destierro o residencia forzosa. Los cuatro o cinco años que pasó en las islas, de todos modos, no son resultado de una libre deci-

sión del autor, sino de una obligación de servicio; y, al juzgar por los ecos que dejó en su obra, dichos años no le dejaron un grato recuerdo. Sus juicios sobre las islas y los isleños carecen de amenidad. El nombre de Afortunadas se debe a una «fama mentirosa» (cap. I). Las islas son sumamente pobres (cap. XIV) y a esta pobreza se añade la falta de armonía (cap. XVII). Los versos del Tasso:

*Es cierto que son feraces y hermosas y alegres,
pero también se mezcla con la verdad mucha mentira,*

le parecen de excelente aplicación (cap. LXIX). Los habitantes de La Palma, en cuya isla sabemos que hizo dos estancias, en épocas diferentes, son «gente vanidosa, fastuosa, soberbia, imprudente, inconstante e infiel en sus amistades» (cap. LXX) y sus gobernadores son «jóvenes escolares de pocas letras y de menor prudencia, los cuales gobiernan a su antojo» (cap. LXX). Y, por si fuera poco, la mala influencia de las estrellas ha puesto en los habitantes de todas las islas una copiosa serie de vicios, que el autor particulariza de tal modo (cap. XLII), que no es posible no tildarle de ingratitude para con la tierra en que había vivido durante años, y con el país que allí le había enviado. Incluso en lo que se refiere al objeto más preciso de su misión, es decir, la traza de las futuras fortificaciones de Canarias, se adivina su total falta de confianza en la realización de sus proyectos, tanto por la pobreza y falta de acuerdo (cap. XVII), como porque «estas naciones no gustan ni de comodidad, ni de seguridad, ni de hacer cosas útiles para los demás, ni de dejar la fama de sus buenos pensamientos» (cap. LVI). Es difícil creer que debajo de estos juicios están solamente los indicios y las sentencias sin apelación de la astrología; más

bien se debe tratar de una especie de rencor, debido a circunstancias que en este caso son indiferentes, pero que serán, como en el caso arriba mencionado de su experiencia palmera, relacionado con los problemas materiales de su estancia y de su misión. Es cierto, de todos modos, que Torriani no escribe con amor, ni siquiera objetivamente, la historia y descripción de las islas.

Sin embargo, hay que añadir que se cometería una injusticia, al tratarle, como hasta aquí lo hemos venido haciendo, de historiador. Ya hemos dicho en lo anterior que Torriani no tiene la fibra del verdadero historiador. El valor de su obra no reside, por consiguiente, en la personalidad, por otros aspectos interesantísima, del autor, sino en el caudal de datos que su trabajo nos transmite y que, más allá de la persona y de los conocimientos de Torriani, vienen de su fuente perdida. El mayor interés de la *Descripción* le viene, por consiguiente, de la reconstitución que permite, en parte y por medio de la comparación con las demás fuentes, de la antigua crónica, del doctor Troya o de quien fuese. Históricamente hablando, Torriani no es más que un intermediario, y como tal debemos juzgar su aportación.

Desde este punto de vista, también se pueden poner algunos reparos a la obra del ingeniero italiano. Torriani no parece haber sido buen conocedor del español; toda su correspondencia con la Corte se hizo en italiano por su parte, y no tenemos nada de su mano, en español.¹ Por otra

¹ No hace falta añadir que no estamos de acuerdo con las conclusiones de D. J. WÖLFEL, pág. 21, quien considera que los diez años de estancia en España le habían hecho olvidar su italiano, y que «für Torriani Italienisch doch schon eine Sprache zweiten Assoziationsranges geworden war». Si así fuese, lo más lógico hubiera sido que escribiese en español su correspondencia oficial.

parte, su compilación, al conceder un lugar al aspecto histórico de su *Descripción*, limitó este elemento de su trabajo, de modo que sólo admitió un extracto muy resumido de la fuente que empleaba. Entre posibles errores de traducción (del español de la fuente a su italiano) y simplificaciones a veces excesivas del texto original, la versión que Torriani da de los hechos no inspira siempre una completa confianza. Así, cuando indica que «cada uno de los reyes de Canaria tenía doce consejeros» (cap. XXXII), forzosamente vacilamos a admitir esta afirmación, al considerar que Abreu Galindo atribuye seis consejeros a cada uno: es fácil que la frase de Abreu Galindo: «los doce consejeros de la guerra, que llamaban *gayres*, y había seis en Telde y otros seis en Gáldar» (pág. 151), frase que suponemos más o menos idéntica en su fuente, haya sido estropeada por Torriani, por efecto de una mala comprensión o de un error mecánico. De igual modo, cuando pretende que, antes de ir a pelear entre sí, los antiguos canarios «tomaban licencia de un capitán llamado *sambor*» (cap. XXXV), creemos que se trata de otra mala traducción del original, en donde *sabor* debía de significar «consejo» y no «capitán». Como ejemplo de rapidez inexacta de la reproducción de su fuente se puede mencionar el episodio del capitán Lázaro vizcaíno y de la rebelión de los herreños (cap. LXV), muy resumido y muy diferente, si se le compara con la versión de Abreu Galindo. En otros casos, su conocimiento incompleto de las islas ocasiona equivocaciones materiales, tales como la confusión de La Victoria con La Matanza (cap. III), o la idea de que Alosó Fernández de Lugo procedió en La Palma «como lo había hecho en Tenerife» (cap. LXVIII), donde todavía no había desembarcado. En fin, su sintaxis, que hemos tratado de restablecer en lo posible, presenta deficiencias que pare-

cen ocasionadas por cierto descuido o rapidez en el trabajo.

Ello no obstante, la obra de Torriani sigue siendo una de las más valiosas históricamente, para comprender el pasado de las islas, así como los arduos problemas de la historiografía canaria. A pesar de la brevedad de sus indicaciones, que son constantemente más concentradas y más reducidas que en Abreu Galindo o, en su caso, en Espinosa, su versión es para nosotros de un inapreciable valor, no sólo como comprobante de los anteriores, sino también porque a menudo contiene indicaciones complementarias, interpretaciones diferentes, sugerencias que completan felizmente nuestros conocimientos. El mismo hecho de que Torriani escriba su obra sin la intención de elogiar o de hermostrar, es una garantía de que su reproducción de la fuente, defectuosa por otros conceptos, no está embargada por escrúpulos localistas o personalistas, como en el caso de ciertas crónicas de la conquista de Gran Canaria. Si se añade el interés de sus otros dos elementos, el descriptivo y el militar, se comprenderá que su obra merece el interés que desde el momento de su publicación en el texto original no ha dejado de suscitar entre los historiadores, así como entre todos los lectores cultos de las islas.

En fin, el mayor mérito de Torriani, de que nada hemos dicho hasta aquí, y que es probablemente el principal objeto de sus esfuerzos y de su cariño, es su actividad de ingeniero topógrafo y, en su consecuencia, su colección de dibujos, esquemas, planos y mapas de Canarias. Todas las objeciones que hasta aquí hemos suscitado a su obra, representan reservas sobre aspectos que, evidentemente, merecen el mayor interés desde nuestro punto de vista y en que hubiéramos deseado mayor escrupulosidad por parte del autor.

Pero, al mismo tiempo, desde el punto de vista del objeto perseguido por Torriani, se trata de un interés secundario de su obra, pues su misión consistía en proponer trazas y pareceres. Esta misión ha sido admirablemente cumplida; y a ella le debemos el album más rico y más fértil del pasado canario, tanto en lo que se refiere al aspecto geográfico de las islas y de sus ciudades y villas como en la reproducción de trajes antiguos, y en la representación de las fortificaciones canarias, existentes o solamente al estado de proyecto. Más que todo, sus mapas y sus planos de ciudades no son simplemente un regalo para los ojos y una curiosidad para la inteligencia, sino que se trata de un verdadero trabajo histórico, de un inapreciable documento que proporciona al investigador la imagen concreta de realidades muertas desde hace casi cuatrocientos años, y que completa elocuentemente los datos secos y descarnados de los documentos. Esta documentación se reproduce aquí por primera vez en su integridad; y estamos seguro de poner a disposición de los lectores, canarios y de fuera, al mismo tiempo que un verdadero album que se caracteriza por su pintoresco, un valioso instrumento para vivificar la historia y retraer al espíritu la vieja imagen de un pasado curiosamente materializado y transformado en realidad vista.

ALLA MAESTA DEL RE CATOLICO

*DESCRITTIONE ET HISTORIA DEL REGNO DE LISOLE
CANARIE GIA DETTE LE FORTVNATE CON IL PARERE
DELLE LORO FORTIFICATIONI*

DI LEONARDO TORRIANI
CREMONESE



Portada del manuscrito de Torriani

A LA REAL Y CATÓLICA MAGESTAD DE
FELIPE II,
NUESTRO SEÑOR, REY DE LAS ESPAÑAS
LEONARDO TORRIANI, CREMONÉS

P R O E M I O

HABIÉNDOME ordenado Vuestra Magèstad, en años pasados, que hiciese la descripción de las Islas Canarias, me pareció que tan pequeñas tierras, destacadas del África, así solas, por la pequeñez del asunto, no podían serle sino de poco agrado. Y así, al encontrar en los monumentos de las letras con qué hermosearlas, me determiné añadirle la historia y los acontecimientos que en ellas pasaron, hasta a nuestros tiempos, con los pareceres y los dibujos de sus fortalezas.

También describiré las ciudades y los puertos, para mayor aclaración de las mismas. A esto he añadido la isla de Antilla,¹ la Madera, Puerto Santo y la costa de Berbería, con el verdadero lugar de los montes Atlas,² aprovechándome de los trabajos ajenos y de las más verídicas observaciones que pude hallar, puesto que la incomodidad y los peligros

¹ *Antilla*: otro nombre tradicional de la isla fabulosa de San Borondón, cuya «descripción» forma el capítulo I adicional.

² El capítulo referente a la exacta ubicación de los dos montes Atlas, si es que se escribió, no se nos ha conservado, por faltar al manuscrito original uno o más folios, al final; por cuya ausencia también queda truncado el anterior capítulo, referente a Berbería.

del mar, la dilación del tiempo y la cuantía de los gastos no me dieron lugar a poderlas ver y medir. Con las cuales tuve mucho trabajo, pues tuve que corregir las falsas observaciones de los mareantes, tanto por medio de la altura del polo, como por las posiciones de los triángulos planos, esperando ora sobre los montes, ora en las puntas o promontorios, los momentos despejados y serenos, para poderlas ver. Además, también encontrará Vuestra Magestad en este libro algunas curiosidades dignas de su grandeza: que sólo en éstas me detuve, para ser breve, y para adornarlo tan sólo con aquellas cosas que fueran más dignas de presentarse a su divino ingenio, sin haberme preocupado demasiado el aparentar que no soy solamente historiador, ni exclusivamente geógrafo, ni tampoco simple arquitecto militar.

Reciba, pues, Vuestra Magestad, este pequeño regalo, el cual no pretende mostrarse, hinchado de ambición, por las espléndidas plazas, ni aspira a la inmortalidad, con buscar los aplausos de la fama, o la eternidad de la imprenta; sino que solamente, lleno de humildad y de reverencia, mira como a su único objeto a las reales manos de Vuestra Magestad; en las cuales (así como está, escrito a mano), se siente feliz, por esperar todo favor y protección de Vuestra inenarrable benignidad, y por prometerse cuanto de parte de tan grande Rey y Monarca se puede desear. Y yo, a los pies de Vuestra Magestad, lleno de júbilo por haberle agradado este mi humilde servicio, a cambio de tanta merced (rogando a Dios le dé felices años de vida, con acrecentamiento de la cristiana Monarquía, bajo la invicta y gloriosa corona de las Españas), de nuevo le ofrezco el corazón más devoto y con suma reverencia le beso las manos.

CAPITULO I

Si las Islas Canarias son las verdaderas Afortunadas

LAS islas Canarias, que antes decían las Afortunadas, son célebres entre las que baña el mar, desde el Oriente índico hasta el Occidente mauro, por la mención que de ellas hicieron antiguos poetas, historiadores y geógrafos; los cuales, inducidos por la benignidad del cielo, que las gobierna con blandos influjos y temperies, creían que las tierras, incultas y sin labrar, producían abundancia de toda clase de frutos, y que se vivía en ellas pingüemente, sin molestia de los rayos estivos del sol, ni del frío que el invierno lleva a los que viven fuera del tercer clima, bajo las Osas. Creyeron que sus moradas eran beatas, las cuales fueron cantadas por Homero, bajo el nombre de Campos Elíseos.¹

De estas islas escribieron Estacio Seboso;² Juba, rey de Numidia; Plinio; Solino; Pomponio Mela; Tolomeo; Estra-

¹ El texto original parece alterado, de modo que su construcción resulta poco correcta: *Le cui stanze cresero esser beate; delle quali da Homero sotto il nome dei Campi Elisii cantate furono.* El autor quiso escribir: *Le cui stanze cresero esser beate; le quali...*

² Los escritos de Estacio Seboso y de Juba se han perdido; pero la parte de los mismos que se refería a las islas Canarias, ha sido extractada por Plinio. Los demás autores (menos Plutarco, historiador y moralista), son los clásicos de la geografía.

bón; Plutarco, y otros; los cuales, por el poco conocimiento seguro que tenían de ellas, erraron en sus escritos, de modo que, más tarde, algunos dudaron si eran éstas las Islas Felices nombradas por los dichos escritores. Sin embargo, ello no debe extrañar, si pensamos que en aquellos primeros tiempos ellas no eran frecuentadas ni por gente de lejos, ni por cercanos, como en nuestros días, para que hayan tenido de ellas un conocimiento exacto (debido al ser entonces desconocida casi toda la costa del África que baña el Océano); pero los dichos escritores, siguiéndose el uno al otro, repitieron lo que la fama mentirosa dictó a los primeros que de ellas escribieron fabulosamente.

Que éstas sean las verdaderas Afortunadas, tenemos muchas autoridades, además de lo que más adelante se dirá. Plinio, concorde con Juba,¹ quiere que éstas se coloquen frente a la Mauritania occidental, aunque haga mención, de manera confusa, de varias Afortunadas. Estrabón y Tolomeo piensan de igual modo, y que ellas señalan el término occidental de la parte que ellos conocían de toda la tierra, y que por ellas pasa el primer meridiano. Solino sigue a Plinio y a Juba; y aunque Mela tenga lo mismo, dice éste último: «Frente al monte Atlas están las Afortunadas».²

Plutarco, en la *Vida de Sertorio*, llama las Islas Beatas,

¹ *Concorde con Juba*, debe entenderse que, en este particular, Plinio no hace más que repetir las indicaciones de Juba. Cf. PLINIO, *Historia naturalis*, VI, 32; texto reproducido y analizado por JUAN ALVAREZ DELGADO, *Las Islas Afortunadas en Plinio*, en «Revista de Historia», XI (1945), págs. 26-61.

² La cita del texto de POMPONIO MELA, III, 11, no es directa, sino que altera el original latino, de igual modo que la misma cita hecha por ABREU GALINDO, I, 2, pág. 17; lo que indica que en ambos autores se trata de una cita indirecta, a base de una fuente común.

Atlántidas, del monte Atlas; y esta célebre montaña está colocada por Plinio a distancia de cinco grados del solsticio de verano. Pero éste es el Menor, el cual (según Juan León Africano) se levanta sobre el mar Océano, cerca de la ciudad de Messa, en 29 grados y 30 minutos de altura del polo, frente a la isla de Alegranza. El Mayor ha sido situado por Tolomeo en 23 grados, lo que es falso, puesto que (según los escritores más autorizados) el Atlas Mayor está al Poniente, sobre el Océano, en 25 grados de latitud y 2 de longitud, de la costa del mar hacia Levante, es decir, al interior, a 120 millas de distancia del Cabo de Caballos;¹ de cuya altura inaccesible, Ovidio en sus *Metamorfoses*, imitado por Plinio, dijo en aquellos dos versos:

*Crevit in immensum (sic Di statuistis) ² et omne
cum tot sideribus coelum requievit in illo.*

Y aunque estas islas estén situadas debajo de nuestro polo, en tres grados más que el Atlas Mayor, no por ello podremos decir que ellas no están enfrente de ambos, sino

¹ Las indicaciones referentes a los dos montes Atlas se parecen, sin ser idénticas, con las de ABREU GALINDO, I, 2, pág. 17. Las principales diferencias consisten en no mencionar este último autor la autoridad de Juan León Africano; y en llamar Meca, la ciudad que en Torriani se llama Messa. Juan León Africano, con su verdadero nombre Hasan Ibn Mohammad al-Wassân al-Fâsi, es autor de un libro *De totius Africae descriptione libri IX*, Amberes 1556, en 8.^o

² OVIDIO, *Metamorfoses*, IV, 661. *Sic Di statuistis* falta en el ms. original, bien por tratarse de un olvido del autor, o por ser un inciso sin interés para el sentido de la frase. Su traducción:

*Se levanta en la inmensidad, según lo ordenaron los dioses,
y el cielo con sus estrellas descansa sobre él.*

que están más cerca de ellas que cualquier otra isla. En efecto; navegando hacia Mediodía, rumbo a las islas Górgonas,¹ o sea del Cabo Verde, no se hallarán otras islas, más que la de Cerne (que tiene cinco estadios de circunferencia, frente a Arguín,² que fué hallada por Hannón el cartaginés), y otras tres, a las cuales llaman los portugueses, a la una la Blanca, por ser arenosa, a la otra la de las Garzas, y la tercera la del Corazón, según afirma Alvise da Mosto. También hay algunas más, muy pequeñas, las cuales, por carecer de nombre propio, estuvieron comprendidas bajo el nombre común de las Hespérides (por Hespero, promontorio de Cabo Verde).

Después, a mano izquierda, en dirección de la tramontana están otras tres islas, dos de ellas frente al cabo Cantín (que es donde empieza a dar la vuelta la costa hacia Oriente, en dirección del Estrecho de Hércules), y la otra entre éstas y las Canarias, casi enfrente de Alegranza. Las dos más alejadas son Madera y Puerto Santo, y la tercera la Salvaje, la cual se halla apartada, sola, para señal de los mareantes. Madera, por su abundancia y feracidad, y por su temperie, era digna de incluirse entre las demás Afortunadas; que quizá en nuestros tiempos no lo es, por estar habitada por los portugueses.³ Solino pone otras tres islas

¹ Las Górgonas o Górgades se identifican tradicionalmente con las islas de Cabo Verde.

² Arguín es el actual Cabo Blanco. Sobre la identificación de Cerne, cf. WÖLFEL, pág. 48, nota.

³ En cierto modo, el autor incluye Madera entre las Afortunadas, al introducir al final de su relación, una descripción de dicha isla y de la de Puerto Santo. En cuanto a la observación que sigue, y según la cual, Madera ya no es Afortunada, «por ser habitada por portugueses», es difícil decidir si se trata de una intención epigramática, o de la simple constatación, que la historia de dicha isla no sigue igual rumbo que la de Canarias

Afortunadas, entre las Casiterides, en el océano Cantábrico, frente a Galicia; pero, como de estas islas no se hace mención en los escritores más antiguos, ni tampoco se hallan en el mar Atlántico, sino en otro clima, muy alejado de éste, no las tendremos en consideración; como tampoco hablaremos de muchas otras cosas que algunos escribieron de las Afortunadas, para evitar todo cuanto nos podría ocasionar confusión.

CAPITULO II

Del número de las Canarias y de sus nombres

P LINIO sólo hace mención de seis islas Afortunadas.¹ A la primera la llama Ombrión; a la segunda, Junonia; a la tercera también Junonia, pero Menor; a la cuarta, Capraria; a la quinta, Nivaria; y a la sexta, Canaria. Dice también que Junonia Mayor está lejos de Cádiz 750 millas. La Palma, que es la última de estas islas hacia Occidente, se halla a 780 millas de Cádiz, eso es, 30 más de lo que pone él; de cuya poca diferencia sacamos que ésta es la Junonia Mayor. Por esta razón, como también por decir que la primera se llama Ombrión, es de creer que empezó a contar desde Poniente, dirigiéndose hacia Levante.

De ésta nos dice que tiene en los montes un charco y que sus árboles son parecidos a la férula, de los cuales ² se

¹ Las seis Afortunadas aquí mencionadas son las que refiere Juba, seguido por Plinio. El problema de su identificación es muy arduo y ha dado lugar a numerosas hipótesis y controversias. Según la más reciente de estas tentativas de identificación, en el mencionado trabajo de J. ALVAREZ DELGADO, Ombrión sería la Gran Salvaje; Junonia, La Palma; Junonia Menor, La Gomera; Capraria, El Hierro; Nivaria, Tenerife; y Canaria, Gran Canaria. Según el mismo investigador, Lanzarote y Fuerteventura no figuran en esta lista, por mencionarlas Juba (y con él Plinio) debajo del nombre particular de islas Purpurarias.

² *De los cuales*, en el original *da' quali*; Wölfel leyó *da' quale*, que sólo se puede referir al antecedente *férula*; pero, a pesar de ello, su traducción es exacta.

saca el agua: de los árboles negros, el agua amarga, y de los blancos, el agua de beber. La isla del Hierro es casi tan occidental como La Palma, tiene en sus montes un charco, y el agua de beber la sacan de un árbol, que se dice *til*, de *tilia*, que los griegos llamaban *phillura*; y, si pensamos bien, se puede decir que la palabra se corrompió y llegó a decirse *férula*,¹ o parecida a ella. Verdad es que la *férula* no es un árbol, sino una pequeña caña, de la cual, que sepamos, no se saca agua; salvo si Plinio tuvo conocimiento de las cañas muy gruesas que se hallan en la isla Gilolo, en las Indias Orientales, las cuales están llenas de agua de beber, según refiere Antonio Pigafetta, vicentino, en la relación del viaje que hizo alrededor del mundo.² Pero, como sobre este particular se tratará más extensamente en su lugar, sólo diremos que por esta razón debemos creer que Ombrión es la isla que hoy se llama del Hierro.

Siguiendo hacia Levante, nombra Plinio a las dos Junonias. La Mayor, como acabamos de decirlo, es La Palma, cercana a ésta del Hierro, y la Menor es La Gomera, que también es más pequeña, y situada casi entre las dos. De allí salta un poco en dirección noreste, a Capraria, que es la que llamamos Fuerteventura, porque frente a ella pone a la conocida Nivaria, que tomó su nombre de la nieve que

¹ El razonamiento del autor debe entenderse del modo siguiente: Plinio dice que en la isla Ombrión se saca agua de una especie de *férulas*; en El Hierro se saca el agua de un árbol cuyo nombre, *til*, viene de *tilia*; *tilia* en griego se dice *phillura*; y de ésta última palabra deriva *férula*; por consiguiente, cuanto dice Plinio se aplica bien a la isla del Hierro.

² Antonio Pigafetta, natural de Vicenza, acompañó la expedición de Magallanes, y describió su viaje en una relación dirigida al gran maestro de Rodas y publicada por primera vez en 1536, con el título *Il Viaggio fatto da gli Spagnuoli attorno al mondo*.

casi continuamente posee. Esta Nivaria es Tenerife, situada en medio de las tres ya mencionadas, la cual con su eminente altura, cubierta durante casi todo el año con mucha o poca nieve, parece, con su soberbia, que tiene el imperio de este mar. Canaria no cambió nunca su antiguo nombre, del cual recibieron el suyo todas las demás.

Al principio ¹ Plinio, con la autoridad de Seboso, pone junto a la isla Capraria la Pluvialia, que es la séptima habitada, eso es, la que llamamos Lanzarote; porque es cierto cuanto él dice, que en aquélla no hay agua, más de la que llueve. Pero hay que abandonar la falsa distancia que él calcula hacia Oriente, hasta Cádiz, en 750 millas, porque no son sino 630: en esto, y en las distancias que pone entre una y otra isla, se apartó mucho de la verdad, como hombre que escribió atrevidamente.²

De estas dos islas parece que habló Plutarco en la *Vida de Sertorio*, cuando dijo: «Dos están divididas por un breve espacio de mar», porque en efecto la distancia de una a otra no pasa de nueve millas; pero no está a 10 000 estadios de Libia, como él escribe,³ sino a 1010 solamente, en dirección del Levante. Los antiguos sólo hacen mención de siete islas, posiblemente porque son siete las habitadas, o por

¹ No se comprende la razón de este *al principio*, que Wölfel dejó de traducir.

² Después de *atrevidamente* sigue en el manuscrito un espacio borrado por el autor; quizá decía algo como: *escribió atrevidamente de cosas que no sabía*, audacemente scrisse [di quello che non sapeva]; porque *escribió atrevidamente* parece formar una frase truncada.

³ Los investigadores modernos consideran que las Afortunadas mencionadas por Plutarco no se pueden identificar con las Canarias, sino con las dos islas de Madera y Puerto Santo.

ser mayores que las demás. Los modernos hablan de diez, pero en realidad son once, siete habitadas y cuatro ¹ desiertas, que son: Alegranza, Santa Clara, Graciosa, Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, La Gomera, El Hierro, La Palma, y la isla de Lobos, situada entre Lanzarote y Fuerteventura.

¹ *Cuatro*: enmendamos el manuscrito original, que lleva *cinque*. El islote al norte de la Graciosa no se llama Santa Clara, sino Montaña Clara.

CAPITULO III

Por qué estas islas fueron llamadas Afortunadas y después Canarias

ESTAS islas antiguamente (según Plinio y otros) fueron llamadas Afortunadas por la grandísima feracidad y abundancia de frutos, por la constancia del clima, por los vientos suaves y húmedos,¹ y por la pureza y templanza del aire; cuya humedad creía Plutarco que era tal, que bastaba para alimentar suficientemente a todos, sin plantar ni cultivar. Están situadas en la zona templada, donde el sol, en el solsticio de verano, se acerca hasta en cuatro grados y medio de su cenit. Están aireadas por el boreas, la tramontana y la galerna, los cuales, con el frescor que llevan consigo y con la humedad del grandísimo mar que las baña por todas partes, hacen su morada agradable y muy alegre. Por lo cual no es de maravillar, que los antiguos bárbaros creyeran que aquí estaban los verdaderos Campos Elíseos, en el borde de la última tierra conocida por entoncés, y en la región más apacible y más tranquila de las que se conocen hasta hoy, entre las que descubre nuestro polo en su rotación; de las cuales Homero, pensando, según la común opinión, que las almas después de la muerte venían aquí a

¹ *Húmedos*: interpretamos así la palabra del original (*soavi et rudagosi venti*), por creer que *rudagosi* es error de pluma, en lugar de *rugiadosi*. Wölfel tradujo *mässig* (templado).

recibir el premio que en vida merecieron por sus obras, dijo así, cuando pone a Proteo a vaticinar la muerte de Agamemnon:

*Sed te in Elysium Campum et in fines terrae
Immortales mitterent, ubi flavus Rhadamantus est;
ubi facillima vita est hominibus.
Non nix neque hiems multa, neque unquam imber,
sed semper zephyri stridule spirantes flatus
Oceanus mittit ad refrigerandum homines.*¹

Y el famoso Torcuato Tasso, que para nosotros es un segundo Homero (quien en Grecia quizá hubiera sido el primero), haciendo alusión a lo cantado por el príncipe de los poetas, puso en boca de la Fortuna este hermoso discurso sobre las Islas Afortunadas:²

*Ecco altre isole insieme, altre pendici
scoprian al fin, men erte ed elevate;
ed eran queste l'isole Felici
(così le nominò la prisca etate),
a cui tanto stimava i cieli amici,*

¹ HOMERO, *Odisea*, IV, 564-69: «Los inmortales te enviarán a los Campos Eliseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamante. Allí se vive dichosamente; allí jamás hay nieve ni invierno largo, ni lluvia, sino que el océano manda siempre las brisas del Céfito, de sonoro soplo, para dar a los hombres más frescura» (Traducción de Luis Segalá y Estalélla, Barcelona 1910, pág. 61).

² El en original: *Dell'isole Fortunate altamente alla Fortuna in questo modo ne fece favellare*. Wölfel traduce altamente por *laut* (en voz alta); creemos que se refiere más bien a la magnificencia del discurso. Por lo demás, es equivocación de Torriani el haber puesto este discurso en boca de la Fortuna, quien es solamente uno de los personajes que «descubren» las islas, más precisamente, quien dirige a ellas a los demás viajeros.

*che credea volontarie e non arate
quìvi produr le terre, e 'n più graditi
frutti non culte germogliar le viti.*

*Qui non fallaci mai fiorir gli olivi
e 'l mel dicea stillar da l' elci cave
e scender giù da lor montagne i rivi
con acque dolci e mormorio soave,
e zefiri e rugiade i raggi estivi
temprarvi sì, che nullo ardor v' è grave;
e qui glí Elisi Campi e le famose
stanze delle beate anime pose.¹*

Así, estas islas tomaron el nombre de Felices y Afortunadas, por la clemencia y el favor del cielo; no, como las

¹ Los versos son de Tasso, *Jerusalén libertada*, XV, 35-36. Reproducimos a continuación la traducción que de estas octavas dio el célebre Cairasco y Figueroa, y que menciona, en el mismo lugar que Torriani, ABRÉU GALINDO, I, 3, pág. 22:

*Otras islas se ven, que blanco velo
las ciñe en torno, menos elevadas;
llamólas, por su fértil cielo y suelo,
la antigua edad las islas Fortunadas,
y tan amigo suyo estimó al cielo,
que de su voluntad, no cultivadas,
las tierras entendió dar nobles frutos
y las incultas vides sus tributos.*

*Siempre decía florecer la oliva,
destilar de las piedras miel sabrosa,
y con murmullo blando el agua viva
bajar del alto monte presurosa,
templar el aire la calor estiva,
de suerte que a ninguno es enojosa;
y en fin por su templanza, lauros, palmas,
ser los Campos Eliseos de las almas.*

Gorgonias, de las mujeres monstruosas que vivían en ellas o, como las Purpurarias, de la púrpura de Getulia que allí llevó Juba o, como las Herpérides, de Hespero, rey de Mauritania, o, como las Casitérides, del plomo ¹ o, como las Baleares, de Balo, compañero de Hércules, o del tirar con la fronda. Pero por qué se llamaron después Canarias, la verdad de ello no se sabe.

Algunos dicen que tienen su nombre de Cam, hijo de Noé; pero, si es así, ¿por qué no se llamaron Cananeas? Otros quieren que sean dichas así por el dulcísimo canto de los gárrulos pajaritos que se hallan en ellas, en tanta abundancia, que los llevan hasta a los últimos términos de las Indias Orientales y Occidentales. Algunos modernos quieren que se les nombre así por su fertilidad en cañas que producen azúcar.² Otros dicen que Canaria fué llamada Grande antiguamente, por ser muy redonda y espaciosa, y por el valor y nobleza de los habitantes, y porque está colocada en medio de las demás, como capital. En lo demás, veo que tomaron el nombre de la Gran Canaria año de ...,³

¹ Curioso descuido del autor. El nombre de las Casitérides viene, como es sabido, de su riqueza en estaño, en griego *κασσίτερος*.

² La hipótesis es anacrónica, pues la caña de azúcar era desconocida en Canarias, anteriormente a la conquista. Cf. la nota de Wölfel, pág. 55. El mismo Torriani lo sabe, según se puede ver más abajo, cap. XXVIII, donde, al mismo tiempo, se indica el autor de esta hipótesis, Antonio de Nebrija.

³ La fecha quedó en blanco en el manuscrito. Cf. ABREU GALINDO, I, 14, pág. 72: «En esta jornada dio Juan de Betancor a esta isla el epíteto y nombre de Grande, que le dura hasta hoy, y le durará. Año de 1405 se le dio el nombre». Como se puede ver, si no nos equivocamos al suponer que los dos autores reproducen una fuente común o, por lo menos, dos textos parecidos, sacan de ellos versiones muy diferentes.

cuando fueron conquistadas por los cristianos. En ella fué establecida la iglesia catedral, y el rey don Fernando, que es quien entonces reinaba en Castilla,¹ fundó en ella la Audiencia; y de esta isla, como de su capital y metrópoli, los cristianos de la Gran Canaria dieron su nombre a las otras islas.²

¹ La real cédula de erección de la Real Audiencia de Las Palmas es del 5 de julio de 1527. Por consiguiente, es inexacto que fue Fernando el Católico quien fundó dicho tribunal, siendo así que en aquella fecha reinaba Carlos I.

² Cf. ABREU GALINDO, I, 3, pág. 23: «Como de la más calificada, toman las demás el nombre, llamándolas Canarias».

CAPITULO IV

Quiénes fueron los primeros habitantes de estas islas

SI queremos buscar el origen de tanta antigüedad, sobre la cual no nos ha dejado memoria ningún escritor, en ningún idioma, salvo los griegos y los latinos, tenemos que dar vuelta muy en atrás, y averiguar cuáles fueron, entre los nietos de Noé que poblaron la tierra, los que llegaron a estas islas; o, si no fueron de los nietos de Noé, quiénes fueron, según otras opiniones, como en su lugar se dirá.¹ Lo que, por las muchas diferencias, no dará satisfacción a todos; pero que cada uno se quede con la opinión que más le gustare, que no tiene mucha importancia ni, por mi parte, tengo preferencia alguna entre todas ellas.

Moisés, en el capítulo X del Génesis, al tratar de la generación de los hijos de Noé, que habían nacido antes del diluvio, dice que Jafet tuvo a Gomero, a Magog, a Madai, a Javan, a Tubal, a Masoch y a Tiras; Gomero hubo a

¹ Hemos preferido una traducción analítica, pero más clara, a la concisión algo oscura de Torriani: *o fra altri, secondo vari pareri, come si dirá. Fra altri* está evidentemente puesto en alternativa *con fra i primi nepoti di Noé*: a los primeros pobladores de Canarias hay que buscarlos o entre los nietos de Noé, o entre otros, según varían las opiniones de los escritores. Sin embargo, la traducción de Wölfel es muy diferente de la nuestra.

Asquenaz, a Rifat y a Tergoma; Javan hubo a Elisa, a Tarsis, a Cethim y a Dodanim, los cuales repartieron las islas a las gentes en toda su región, y a cada uno dentro de su nación, según su lengua y su familia. Beroso Caldeo, en su libro de las *Antigüedades*, pretende que Jafet condujo colonias a África, las cuales, según opinión común de los africanos, fueron hijos de Gomero, su primogénito; y por ello en nuestros días muchos pueblos de África se llaman gomeros.

También dice Beroso¹ que en la partición que hizo Noé entre sus nietos de las partes de la tierra, a Gog le tocó la feliz Arabia Sabea, con Sabo, su padre; a Tritón la Libia; a Cur, la Etiopía; a Getulo, la Getulia; y a Jafet el viejo, el África atlántica; y como, según Moisés, les tocaron las islas según sus regiones, les habrán tocado también éstas, que están frente al Atlas; y entre ellas, La Gomera quizá haya tomado el nombre de Gomero.

Estamos persuadidos de ello, porque Gomero dió su nombre a todos los lugares adonde su abuelo Noé había antes enviado colonias formadas por sus hijos. Prueba de ello es que, cuando Noé envió a Asia, en las Indias Orientales, a algunos de los hijos de Gomero, Gallo, la ciudad que ellos edificaron, fué llamada Comera, y aquellos pueblos se dijeron comeros, como se halla en Tolomeo y en otros geógrafos, aunque, corrompiendo la palabra y cambiando la *g* en *c*, no dijeran Gomera, sino Comera. Bedis, ciudad en

¹ Es sabido que la obra del pretendido Beroso es una compilación de fray Giovanni Nanni, más conocido con el nombre de ANNIO DE VITERBO, *Berosus de antiquitatibus, seu defloratio Berosi chaldaica*, París 1509. De esta obra se hicieron numerosas reediciones.

la costa del mar Mediterráneo, edificada por los africanos, fué dicha por los españoles Vélez de la Gomera; y según Tito Livio, en el libro X de la historia de la fundación de Roma, Clusio, ciudad de Toscana, fué llamada Comersolo y edificada por pueblos comeros. Lo mismo se podría decir de todas las regiones y ciudades del mundo, que tomaron su nombre de quien las pobló o las restauró.

Además de todo esto, se prueba que las antiguas habitaciones de estas islas fueron hechas por descendientes de Gomero, porque los moradores de las mismas vivían en cuevas bien labradas y abiertas con mucha industria en los montes, debajo de la tierra; por lo cual se puede suponer que observaban la ley dada por Noé después del diluvio. Según Beroso, era esta ley que nadie fabricase casa alta ni ciudad alguna, y que todos viviesen en carros (o sea en tierras portátiles), como lo hacen muchos de los pueblos africanos, y en cuevas, como hacen éstos y usan¹ los que moran en el monte Atlas y otros de África; a cuya mucha antigüedad alude Vitruvio Polión, en el segundo libro de su *Arquitectura*.

Además, por prohibición de Noé, no podían fabricar más de una sola torre, que entre ellos consideraban como metrópoli; y de ellas se ven dos hoy día en estas islas, una muy vieja en la ciudad de Gáldar, en Gran Canaria, y la otra en La Palma,² que menciona Plinio; y con él

¹ *Usan*, en el original *usano*; palabra que Wölfel transcribió *noano*, lo que resta sentido a su traducción.

² La existencia de una torre en La Palma no está comprobada; su idea se debe a la identificación que establece Torriani de Junonia Mayor con La Palma, y de la afirmación de Plinio, de que en Junonia Mayor había un edificio.

consueñan Dionisio de Halicarnaso, Diodoro y otros más.

Algunos pretenden que estas islas se quedaron después desiertas y casi desconocidas, durante muchos años, y que más tarde las volvió a descubrir Juba y las pobló con numidas; así como, según Plinio, parece que también halló otras islas, frente a Autolola, provincia de Etiopía en la costa del océano Occidental, en donde había dispuesto que se tiñese la púrpura getúlica.¹

Otros dicen que, mientras los africanos eran súbditos de Roma, mataron a los legados romanos; y los romanos, después de castigar a los caudillos de la rebelión, cortaron la lengua a sus seguidores y a las mujeres, y los mandaron a poblar estas islas; de donde resultó, según la opinión de éstos, que los descendientes de estos africanos usaron un lenguaje diferente de todos los demás; y, a pesar de que siguiese pareciéndose mucho más al africano que a cualquier otro, dicen que los hijos que nacieron de padres y madres mudos dieron nombres a las cosas, así como la naturaleza se los inspiraba; de modo que tanto creció entre ellos la confusión de las lenguas, que (casi como los de la torre de Babilonia), un pueblo no comprendía al otro.²

Otros, siguiendo por otros rumbos, creen que una de estas islas fué poblada por cartagineses, por aquello que escribió Aristóteles en su libro *De las maravillas del mundo*:

¹ PLINIO, *Historia natural*, VI, 31, 199: «Paucas insulas modo constat esse ex adverso Autololum a Iuba repertas, in quibus Gaetulicam purpuram tingere instituerat».

² Esta tradición figura en todos los antiguos historiadores canarios, sin que se pueda determinar su origen. Cf. las notas a ABREU GALINDO, I, 5, pág. 30.

el cual cuenta que ciertos mercaderes cartagineses, navegando por muchos días más allá del estrecho de Hércules, encontraron una isla que hasta entonces no había sido descubierta, habitada solamente por fieras y llena de árboles maravillosos; que parece que es lo mismo que escribió Plinio, donde dice: «Allí los árboles crecen hasta 140 codos; y las islas están infestadas por las fieras». Esta isla dice Aristóteles que es abundante en grandes ríos, y que es fértil y abundosa en toda clase de productos, y muy alejada de la tierra firme de África. Se cree que ésta es la Gran Canaria, por la cantidad de aguas que tiene, y de árboles maravillosos; y aunque Aristóteles la ponga muy alejada de África, no supo la distancia mejor que los que después de él escribieron.

Daniel Barbaro,¹ electo de Aquilea, y Gema Frisio suponen que aquella isla que fue hallada por los cartagineses, era una de las de Indias Occidentales, descubiertas por Colón; cosa que es muy difícil de admitir, puesto que dichas islas se hallan muy alejadas del estrecho de Hércules, tanto que aquellos mercaderes, que seguramente no sabían efectuar tal viaje, hubieran necesitado no sólo muchos días, sino muchos meses, y quizá no hubiesen podido volver a casa; porque en aquellos tiempos la navegación no había llegado a tanta práctica y a tanta seguridad como llegó después de inventada la brújula y el astrolabio;

¹ El nombre de Daniel Barbaro es error, en lugar de ERMOLAO BARBARO, *Castigationes Plinianæ*, Roma 1492. La segunda obra mencionada es GEMMA FRISIUS, *De principiis astronomiæ et cosmographiæ*, Louvain 1530, en 4^o, obra en que se comprende un capítulo *De orbis divisione et insulis rebusque nuper inventis*. Es sabido que la identificación a que se alude aquí, había sido propuesta por primera vez por Gonzalo Fernández de Oviedo.

aunque desde antes de Aristóteles, los fenicios fueron los primeros que empezaron a navegar con alguna ciencia y con cartas marinas.

Este autor pretende, además, que los cartagineses encontraron en dicha isla un aire templadísimo y abundancia de todos los frutos de la tierra; y estas dos cosas no se hallaron en ninguna isla de América, puesto que están colocadas, casi todas y las mejores de ellas, en la zona tórrida, donde el sol les quita la sombra dos veces al año, y las hace tan calientes y destempladas, que son insalubres¹ y sepultura para los hombres. Los productos de la tierra, antes de haber sido descubiertas, tampoco eran como los nuestros de Europa, sino que eran muy diferentes; pero después los españoles llevaron a ellas las semillas, que en algunas de ellas se dan tan bien como en España. Las islas de Cabo Verde están situadas en la misma zona tórrida, en el mismo clima, más destempladas y más insalubres que las otras, y faltas de toda clase de productos y de comodidades para vivir.

Tolomeo y otros geógrafos creyeron que toda la parte desde este paralelo hacia la equinoccial era quemada por el sol e inhabitable (o de mala habitación, según la interpretación de Giuntino),² quizá por haberse dejado engañar por la autoridad de Ovidio, en las *Metamorfoses*, en el verso que dice, al hablar de las zonas:

¹ *Insalubres*, en el original, *inferme*. Wölfel copió bien, pero comprendió *inferno* (Hölle). *Productos*, en el original *frutti*; pero casi toda la palabra ha sido cortada, en el manuscrito, por la cuchilla del encuadernador. Wölfel copió *fiumi* (Flüsse, ríos), que carece de sentido.

² Se trata sin duda del comentario de Francesco Giuntini a la obra de JUAN DE SACRO BOSCO, *Sphaera*, Amberes, 1573.

*Quarum quæ media est non habitabilis æstu;*¹

o por el que escribió Virgilio, en la *Geórgica*, tratando de las mismas:

*Quinque tenet coelum zona, quarum una corusco
Semper sole rubens, et torida semper ab igni.*²

Aristóteles, Alberto Magno y muchos otros filósofos creyeron como los poetas, que la zona tórrida era inhabitable, contra la opinión de Avicena y la experiencia de los modernos, los cuales concuerdan en que debajo de la zona tórrida hay moradas templadísimas. Lo mismo afirma San Isidro, en el primer libro de sus *Etimologías*, quando dice que el Paraíso está colocado debajo de la equinoccial, en lugar amenísimo y templadísimo; y esto se debe explicar porque, cuanto más nos acercamos a la equinoccial, tanto menos varían los días artificiales, y el frío de la noche permanece de tal modo, que el día próximo no tiene calor nocivo.³

Júpiter, en Homero, para descansar, busca a los etíopes, que viven sobre el Océano, padre de los dioses; lo cual alude evidentemente a cuanto escribieron los árabes de la felicidad del célebre desierto Haiz, situado en el mismo paralelo que los etíopes occidentales y de muchos otros lugares de Etiopía, y de esta parte del mar Atlántico. Y, aunque

¹ OVIDIO, *Metamorfoses*, I, 49: «De las cuales la de en medio es inhabitable por el calor».

² VIRGILIO, *Geórgicas*, I, 233: «Tiene el cielo cinco zonas, de las cuales una está colorada por un sol siempre flagrante, y siempre es tórrida por causa de su fuego».

³ Esta curiosa explicación coincide con la de ABREU GALINDO, I, 3, pág. 20.

existan otros países y otras islas Afortunadas, como la que descubrió el griego Jambolos, frente a los etíopes australes, descrita por Diódoro. Sin embargo cuando estas Afortunadas se conocieron, todos creían que no se podía pasar más allá del Cabo Hespero, en dirección de la equinoccial; y la prueba de ello es que Marco Varón, al hablar de África que entonces se desconocía, dijo:

*Clauditur Oceano, Lybico mari, flumine Nilo;*¹

lo cual pasaba en tiempo de Octaviano Augusto; y por la misma razón Tolomeo, que vivía 143 años después del nacimiento del Salvador, no se atrevió a decir que el África se podía circunnavegar.

Todo esto demuestra claramente que de todas las partes conocidas por los antiguos, no hay ninguna que fuese más templada o más amena que estas islas Afortunadas. Por tanto, debemos creer que Aristóteles escribía de estas islas de Canaria, y propiamente de la Gran Canaria, puesto que ninguna otra es más templada que ella, y en ríos, fuentes, frutas, árboles y riquezas excede con mucho a las demás que tomaron su nombre de ella.

Por esta razón, dice Aristóteles que la gente de Cartago empezó a abandonar su propia ciudad, para irse a vivir en la nueva isla; y para remediar a este inconveniente, la república publicó un edicto, que nadie pasase a ellas, pena de la vida, considerando que, de haber continuado aquello por breve tiempo, los ciudadanos hubiesen dejado la ciudad completamente desierta.

Muchos años después, al enviar esta misma república

¹ «Está limitada por el Océano, el mar de Libia y el río Nilo».

a Hanón con una armada y con gente a poblar el África y a reconocer el circuito de la misma, él, por temor al edicto no se atrevió a acercarse a las Afortunadas, sino que siguió, su rumbo y vió las Górgonas, a pesar de hallarse éstas últimas más alejadas de tierra firme. Por ello, autores de mucha solvencia creen firmemente que los cartagineses vinieron a estas islas. Y también se comprende de esto, por qué los canarios fueron hombres prudentes,¹ estudios, animosos, tuvieron rey, apreciaron la religión, la nobleza y la castidad, y en costumbres fueron en gran parte diferentes de los demás; pero después, por faltarles las cosas necesarias, se adaptaron a la vida primitiva y vivieron en cuevas y en pequeñas chozas hechas por los primeros moradores, nietos de Jafet e hijos de Gomero.

¹ La frase del original es ambigua: *Ed ancora da questo si cava ragione, perchè i Canari furono huomini prudenti*. El sentido que se puede dar a la frase depende de la interpretación que se quiera suponer a *perchè*, que, como *porque* en español, puede ser interrogativo o explicativo. Wölffel tradujo *porque* explicativo, pero su frase no es muy clara; hemos preferido la interpretación interrogativa.

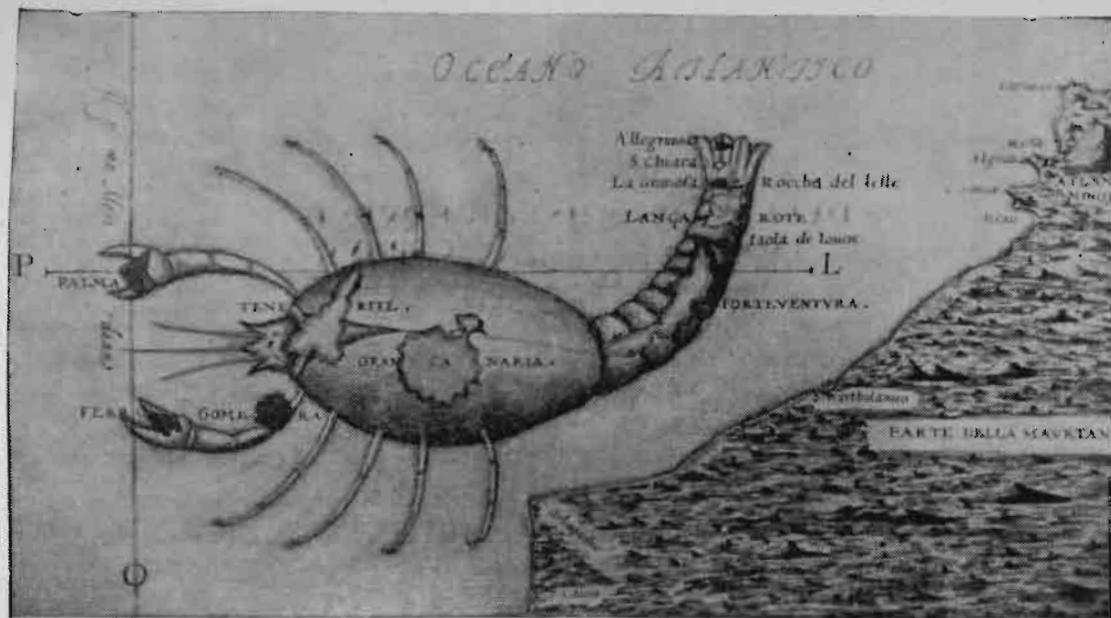
CAPITULO V

De la situación de las islas Canarias, y bajo qué signo del zodiaco están colocadas

ESTAS islas están situadas casi en medio del tercer clima, frente al Atlas Menor y en la parte occidental de Mauritania (la cual, a partir del cabo Bojador, da la vuelta en dirección del estrecho de Hércules), en la zona templada, a cuatro grados y medio de distancia del trópico estivo. Se extienden hacia Poniente 350 millas, y 170 del sur al norte, formando el signo del Cáncer, debajo del cual están colocadas. Este Cáncer, vuelto hacia donde se pone el sol, tiene en la pinza derecha La Palma, en la izquierda El Hierro, en el codo (pero un poco hacia fuera) La Gomera. En la cabeza tiene a Tenerife, la cual, con dos puertos y con una punta, casi le forma la boca y los ojos; y en el vientre tiene a Gran Canaria. Después, volviendo la cola hacia el Septentrión, de manera que sesgadamente sigue la costa del África, tiene la larga isla de Fuerteventura, la de Lobos, Lanzarote y al final a las tres menores, Graciosa, Santa Clara y Alegranza.

Este signo pasa por el cenit de las islas, y es frío y húmedo y templado; el cual, por poseer humedad sustentativa y templada, tiene la fuerza de alimentar y procrear apaciblemente todas las cosas que le están sometidas, sin grandes lluvias ni excesos de los elementos.

Estas islas están situadas en la segunda cuarta septen-



Situación de las Canarias bajo el zodiaco

trional occidental, que empieza desde aquéllos, que viven debajo de nuestro trópico, y se extiende en dirección del polo Ártico. Se sitúa allí donde Tolomeo coloca la Mauritania; y efectivamente están frente a ella y en 70 millas de distancia; El Hierro está a 590 millas de las Gorgonas o Hespérides, y La Palma, a doscientas millas de La Madera.

CAPITULO VI

De la conquista de estas islas

HABIENDO obtenido don Luis de la Cerda, conde de Telamón, del papa Clemente VI, de nación francés, la gracia de la conquista de las islas Afortunadas, vino a presencia de Pedro IV, rey de Aragón, año de 1346,¹ y le pidió un puerto en su reino, para armar algunos navíos y proveerse con todas las cosas necesarias para emprender el viaje. Como hubo obtenido del rey lo que pretendía, y puesto en orden su armada, le fue preciso retirarse a Francia por otros negocios importantes, sin poder ir con su persona en aquella empresa; pero, habiendo nombrado en su lugar a un capitán, la armada salió de las costas de España, y, navegando fuera del estrecho de Gibraltar, no se sabe

¹ La fecha exacta de la investidura de don Luis de la Cerda es 1344. Es posible que la fuente de Torriani hubiese indicado 1346 como fecha de la visita del príncipe a la corte de Aragón. ABREU GALINDO, I, 7, pág. 39, utilizó la misma fuente, pero la comprendió mal, pues considera que 1346 es la fecha en que empezó a reinar don Pedro IV el Ceremonioso, quien, según el mismo Abreu, reinó nueve años. Como, en realidad, Pedro IV, empezó a reinar en 1336, y tenía por consiguiente unos 9 o 10 años de reinado al momento en que recibía a don Luis de la Cerda, suponemos que la fuente debía decir algo como: «anno 1346, regni sui IX^o»; lo cual haría explicable en parte el error del franciscano. Sobre don Luis de la Cerda, cf. VIERA Y CLAVIJO, III, 21 (vol. I, págs. 240-44) y las indicaciones bibliográficas que allí se añaden.

qué fin tuvo ni hasta donde llegó; sólo se piensa que se perdió en el mar, o que volvió con grandes pérdidas, sin haber conseguido ningún resultado.

Después, año de 1377,¹ reinando en Castilla Juan I, hijo de Enrique II, se reunieron en la ciudad de Cádiz muchos ciudadanos de Sevilla y de Vizcaya, a armar navíos, con propósito de asaltar y saquear la costa de África; los cuales, después de haberse hecho al mar, fueron cogidos por un temporal tan fuerte, que fueron empujados hacia suroeste, a la isla de Lanzarote, donde, viendo la nueva tierra y reconociendo la costa, desembarcaron valientemente. Y, aunque los isleños les hicieran alguna resistencia, saquearon parte de la isla y cogieron hombres y mujeres; con los cuales, volviendo a España, divulgaron la fama de las islas Afortunadas, de modo que infinita gente, movida o por la curiosidad, o por el deseo de la presa, era impaciente de venir a ellas.

Esto fue causa que, tres o cuatro años más tarde,² ciertos vizcaínos guipuzcoanos hicieron del mismo modo otro asalto en aquella isla, saqueando la villa, robando ganados, cueros, manteca y sebo; y, junto con muchos isleños,³ prendieron a los dos señores de la isla. Por esta segunda expedi-

¹ El mismo episodio se refiere en ABREU GALINDO, I, 7, pág. 43, donde, sin embargo, se indica la fecha de 1385 y se menciona mayor número de detalles.

² Siguiendo la cronología de nuestro autor, esta expedición debería colocarse hacia 1380 o 1381. Según ABREU GALINDO, I, 7, pág. 43, tuvo lugar en 1393.

³ Debe ser error o, mejor dicho, confusión con el episodio anterior. Entonces fue cuando, según ABREU GALINDO, I, 7, fueron cautivados «el señor de esta isla de Lanzarote, Guanarame, y su mujer». Sobre la idea de que en Lanzarote había dos señores o reyes, cf. la nota de la pág. 40.

ción hubo en España mucha mayor noticia que por el pasado, sobre las cosas de aquellas islas; y ello fue causa de encender los ánimos de algunos caballeros deseosos de adquirir una fama inmortal en más honrosa empresa. Entre los cuales fue un Juan de Letancurt ¹ (a quien los españoles llaman Betancor), caballero normando, sobrino de Rubín de Bracamonte, almirante de Francia; el cual, hallándose en desgracia de Carlos IV, su rey, había pasado, junto con su tío, al servicio de la Corona de Castilla, que por aquel entonces tenía guerra con el rey de Portugal.

Este caballero, con el favor del rey de Aragón y de su tío, obtuvo merced de la conquista de estas islas, con título de rey, de la reina Catalina, madre y tutora de Juan II, rey de Castilla, que entonces era niño de veinte meses. Formó

¹ La forma del nombre del conquistador normando, Juan de Béthencourt, a quien Torriani llama constantemente Letancurt, indica que su fuente se funda en la *Crónica de Juan II*, publicada por Galíndez Carvajal en 1517. Esta edición es la que puso en circulación el nombre de Letancurt, debido probablemente a un error de lectura del manuscrito; y una mala interpretación, muy corriente en la historiografía antigua, consideró que la fecha de 1417, en que se halla colocada la relación de la *Crónica*, se refería a todos los detalles de dicha relación, mientras que en realidad sólo tiene aplicación a su último episodio, que es la disolución de la conquista francesa. En todo lo demás abundan los errores; pues ni el rey de Francia se llamaba Carlos IV, sino Carlos VI, ni tenemos noticia de una desgracia de Béthencourt; ni pasó a España en compañía de su tío que más bien era su primo, Robin de Braquemont; ni sabemos tampoco que el rey de Aragón lo haya ayudado durante la primera fase de su empresa. En la indicación de una desgracia sufrida en Francia por Béthencourt, el autor parece seguir la misma fuente que la del LACUNENSE, pág. 3: «Vino a su corte un caballero natural de Francia, llamado Monsieurt Juan Betancurt, de alta y real sangre, de aquel reyno, por cierta desgracia y muertes sucedidas en Ruan, donde avia sido cabeza del vando contrario, por lo qual el rey le mandó salir de su reyno».

una armada de gente española y francesa, y en el año de 1417, partiendo desde la costa de España, después de un feliz viaje llegó a la isla de Lanzarote, que es la primera de las habitadas en dirección del Poniente, según ya se ha dicho, y la conquistó sin combatir, según en su lugar se dirá, y también de las otras, las cuales no se pudieron conquistar en pocos años, ni sin grandes trabajos.

CAPITULO VII

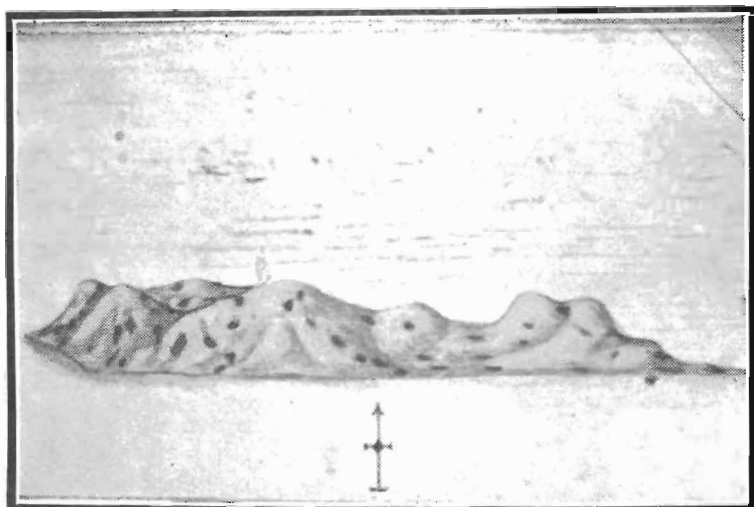
De las primeras tres islas desiertas

ALEGRANZA

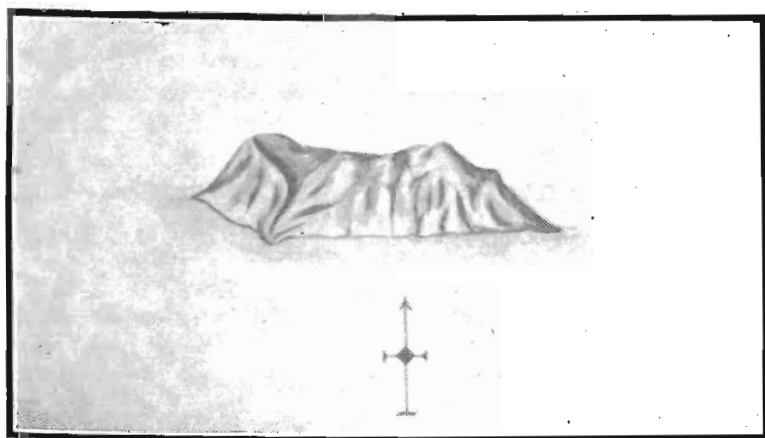
LA primera de estas tres islas desiertas se llama Alegranza, así nombrada por Juan de Letancurt, cuando la descubrió, por la alegría que tuvo de ver la tierra deseada.¹ Tiene forma triangular, con dos lados iguales y el tercero más corto. Hacia Poniente se eleva una alta montaña, que en otros tiempos fue un volcán; el cual en la parte del Levante derrama por grandísima vorágine torrentes de piedras, que en otros tiempos, todavía líquidas, corrieron hacia abajo, en dirección del mar.

A esta isla la reconocen los mareantes que, para venir a estas islas, salen de Cádiz o de San Lúcar (donde el río Betis desemboca en el Océano), para no equivocarse después en las otras, como ocurrió a menudo, y sobre todo a los portugueses, que no tienen tanta práctica en esta navegación, como los castellanos. Encima de ella hay una pequeña fuente. No tiene árboles, y su circuito es de 12 millas escasas.

¹ La misma explicación en ABREU GALINDO, I, 9, pág. 52.



La Alegranza



Santa Clara

SANTA CLARA

Esta segunda isla fue llamada así por quien puso su nombre a la primera;¹ y es que al acercársele, descubría más claras a las demás, que le son cercanas. A esto hace alusión el Tasso, en el canto citado, cuando la Fortuna, al navegar más allá y al dejar ya en atrás a la primera, se acercaba a ésta, diciendo:

*e già pareva più bassa farsi
l' isola prima, e la seconda alzarli.*²

Esta isla tiene unas cinco millas de circuito, y es casi cuadrada, aunque un poco más larga de Levante a Poniente; y en esta última parte se eleva un poco más encima del mar, aunque no tanto como la primera, y está en otras cinco millas de distancia de la Alegranza, hacia Mediodía. No tiene agua, ni árboles.

GRACIOSA

La tercera aparece graciosísima a la vista, tanto por la forma como por el sitio en que está, y por esto fue nombrada así por Letancurt. Está a tres millas, más o menos, al sur de Santa Clara, y tiene casi ocho millas de circuito. En la parte de Levante tiene tres montañas muy hermosas, iguales y muy parecidas; y en la parte de Poniente hay otra,

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 9, pág. 52: «Otra pequeña isla muy clara, la llamaron Santa Clara».

² TORCUATO TASSO, *La Gerusalemme liberata*, XV, 37:

*ya parecía hacerse más baja
la primera isla, y subir la segunda.*

no menos hermosa y agradable. Esta última, junto con las de este y la isla de Lanzarote, forma un canal agradabilísimo, de dos millas de ancho; el cual, con la protección que le ofrecen ambas islas y un peñasco que se halla en la parte de donde sale el sol, contra las olas y los vientos, es muy quieto y de pacífica navegación, aunque no tenga mucho fondo.

En esta isla representó Torcuato Tasso a Rinaldo encantado por la reina Armida, de lo cual dice la Fortuna cuanto sigue:

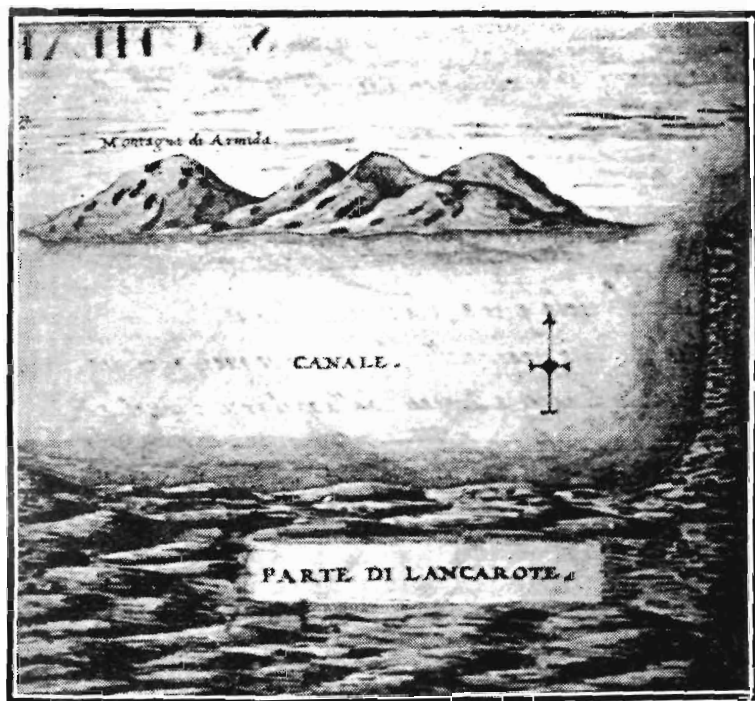
*Luogo e in una dell' erme assai riposto,
ove si curva il lido, e 'n fuori stende
due lunghe corna, e fra lor tiene ascosto
un ampio seno, e porto un scoglio rende,
ch'a lui la fronte e 'l tergo a l' onda ha opposto
che vien dall' alto, e la respinge e fende;
s'innalzan quinci e quindi e torreggianti
fan due gran rupi segno ai naviganti.¹*

¹ TORCUATO TASSO, *La Gerusalemme liberata*, XV, 42:

*En una de las desiertas hay un lugar retirado,
donde la costa se encorva y manda fuera
dos largos cuernos, y entre ellos oculta
una amplia bahía, y hace puerto un peñasco
que está cara a la costa y vuelto de espalda al mar
y repele y parte las olas que vienen del piélago.
Por ambos lados se alzan como torres
dos riscos que parecen hacer señal a los viajeros.*

La transcripción de Torriani es bastante infiel; hemos debido corregir, en conformidad con el texto del Tasso, *lido* (en el ms., *cielo*), y el penúltimo verso, que en el ms. suena

quinci e quindi e gran ruppe e torreggianti.



La Graciosa vista desde Lanzarote

Además, dijo sobre la tranquilidad de este canal:

*La donna in sì solinga e queta parte
entrava e raccogliea le vele sparte.*¹

Este islote no tiene ni agua, ni árboles, ni animales salvajes (como escribió Plinio), sino solamente conejos que pusieron en ella los cristianos, como también en las otras dos. Algunas veces los lanzaroteños dejan en ella las cabras y las ovejas, y, cuando se multiplican, las vuelven a recoger y las venden en Tenerife o en Gran Canaria.

Hay grandísima cantidad de pájaros, que se llaman pardelas, que quiere decir pardas, por el color, y son casi tan grandes como las palomas, y son buenas de comer asadas. De ellas se saca gran cantidad de grasa, porque tienen mucha, la cual se emplea para quemar y para engrasar los obenques de las naves, y por las construcciones debajo del agua, que para este uso es tan buena como el aceite de pescado.

Estos pájaros ponen sus huevos en la arena, en ciertos hoyos, como los conejos;² y se les coge curiosamente, en este modo: los de Lanzarote que van a esta caza llevan consigo manojos de varillas delgadas, y ponen una en el hoyo en que están las pardelas, y dándole vueltas con mucha rapidez, el pájaro se envuelve en ellas con sus alas y con sus plumas, de modo que, sacando después las varillas, lo sacan fuera. Así cogen gran número de ellos, y con ellos y con su grasa ganan mucho dinero.

¹ TORCUATO TASSO, *La Gerusalemme liberata*, XV, 43:
*La dama en tan solitaria y quieta parte
entró, y recogió las velas tendidas.*

² La frase está mal construida, de modo que se entiende que las pardelas ponen los huevos como los conejos; pero el autor quiso decir que lo que hacen como los conejos es buscar hoyos donde esconderse.

Los ingleses y los franceses, que dan la vuelta a este mar Océano, hasta las últimas partes de América, y pasan por el estrecho de Magallanes y las Molucas y por la cuesta de China dan la vuelta alrededor del mundo, echan el ancla en este agradabilísimo canal y, desembarcando en la Graciosa, se ponen en orden y arreglan sus navíos para hacer tan larga navegación; y mientras tanto, si es tiempo oportuno para venir de España, poned adalid encima de la montaña de Armida, para observar bien el mar, y, si divisan alguna nave, le dan asalto. Aquí en tierra fabrican también unas naves largas, que arman con artillería pequeña y las proveen con muchos remos, a manera de fusta, a base de la madera que traen ya labrada. Con éstas apresan después los navíos de estas islas, que, (cargados con vinos, con otras mercancías o con pasajeros), pasan de una isla a otra; y les resulta fácil, porque, siendo éstas últimas desarmadas y pesadas por su carga, son poco aptas para escaparse y para defenderse.

A menudo ocurre que los isleños de Lanzarote, al ver que los enemigos se alojan en este islote, atraviesan secretamente el canal, en algunas embarcaciones, y los asaltan sin que ellos se den cuenta, de modo que matan a muchos de ellos y cogen sus lanchas (que son las embarcaciones que ellos fabrican), las cuales después sirven entre estas islas, como los demás navíos. Este mismo año se acaba de experimentar lo mismo. De aquí cogen ganado en Lanzarote y después se van, recorriendo todas las islas en su alrededor, robando lo que encuentran; y cuando se hacen con bastante vino, agua, carne, pescado y pez para las naves y toda clase de abastecimientos que quitan a los navíos, siguen su rumbo a las Indias, o más allá, o a alguna parte del África donde suelen hacer sus negocios.

CAPITULO VIII

De la isla de Lanzarote y de sus nombres y cómo
Juan de Letancurt la ganó sin combate, y de lo
que en ella hizo

A esta isla Estacio Seboso (en Plinio) la llama Pluvialia, aunque cierto autor quiera que Pluvialia y Ombrión sean una misma cosa, por lo parecido que tienen en su sentido el primer nombre, latino, con el segundo griego; pero de esto hemos hablado bastante en el segundo capítulo. Los antiguos isleños la llamaron Maoh, de donde los mismos se dijeron mahoreros, como de Sicilia sicilianos y de Anglia ingleses. Después, este nombre fue cambiado por los cristianos cuando se apoderó de ella Juan de Letancurt,¹ año de 1417, a 7 de julio, día de San Marcial.

Cuentan que, desembarcados sus hombres en tierra, por el grandísimo placer que los franceses tuvieron de ello, empezaron a gritar: —¡Lanscort, lanscort! que significa —¡Bebemos, bebemos! y que después los españoles, creyendo que así se llamaba la isla, la nombraron de manera co-

¹ En realidad, el nombre actual de la isla de Lanzarote es anterior a la llegada de Béthencourt, y se explica por el primer intento de colonización y de dominación hecho por los años de 1330 por Lanzarote o Lancilotto Maluccello, mercader genovés, quien fabricó en esta isla una torre que llevaba su nombre.

rupta Lanzarota.¹ Dicen también que Juan de Letancurt llevó consigo a esta empresa a dos hombres naturales de Lanzarote, cautivados por los vizcaínos veinte años antes; los cuales, ya hechos cristianos, favorecidos por Letancurt, persuadieron a los isleños a que se rindiesen, con prometerles de parte del francés paz y libertad;² de modo que los isleños, aunque estuviesen ya puestos en orden para defender su patria, se rindieron, y recibieron a Letancurt por su señor, siendo bautizados e instruidos con facilidad en la doctrina cristiana.

Por este feliz acontecimiento tuvo el caballero francés tanto júbilo y alegría, que dicen que, como estaba armado, bajó la lanza a tierra y la rompió, diciendo: —Ya no la necesito para conquistar. Y de aquella lanza rota fue llamada Lanciarotta, como también se puede ver en Gemma Frisio, en su *Geografía*,³ y en Antonio de Nebrija, en el segundo li-

¹ La primera frase del párrafo (*Cuentan que... Lanzarota*) fue tachada en el manuscrito, con un rasgo fino que no impide la lectura del texto tachado. Probablemente lo tachó el mismo autor, porque contradice a la tradición que se indica más lejos, o quizá al darse cuenta que la versión carecía de fundamento. En efecto, esta explicación, que también se menciona en ABREU GALINDO, I, 9, pág. 52, se funda en un equívoco francés, entre el nombre de la isla, *Lancelot*, y la expresión *lance l'eau* (echa el agua).

² La ocupación pacífica de la isla de Lanzarote está confirmada por *Le Canarien*, IV, y por ABREU GALINDO, I, 8. Según la crónica francesa, los intérpretes Alfonso e Isabel intervinieron en la negociación de la rendición de Guadarfía, rey de Lanzarote, pero solo Torriani conoce el detalle que los identifica con naturales cautivados anteriormente por los vizcaínos. Los veinte años que aquí se indican deben tomarse como una aproximación, y se refieren, en tal caso, a la expedición de 1385 (que el mismo Torriani coloca en 1377).

³ La geografía que aquí se menciona, GEMMA FRISIUS, *Cosmographia*, Amberes 1539, no es en realidad de este autor, sino que es una nueva edición, corregida y añadida, del manual de Pedro Bennewitz Apiano.

bro de las *Cosas de España*. Quizá con aquel movimiento aludía el francés a los dos lanzaroteños que había llevado consigo, con los cuales sabía que podía vencer a los bárbaros de estas islas, mejor que con la fuerza de las armas; como se lee de Pirro, rey de Epiro, quien decía que con la lengua de su orador Cineas conquistaba las ciudades más fuertes sin necesidad de armas.

Letancurt, pues, en memoria del séptimo día de julio,¹ fabricó en la costa de Rubicón la iglesia de San Marcial, a la cual el papa Martín V envió, año de 1419, a fray Mendo, nombrándolo obispo de la misma, y de todas las demás islas Canarias, que entonces se conquistaban. También hizo una torre,² cuyo lugar no se sabe; y vivía en ella, por su seguridad, por no tener confianza en los bárbaros, que todavía no estaban acostumbrados al yugo del nuevo señor ni a la verdadera religión, que les había permanecido ocultada, por secreto de Dios, hasta a estos tiempos, como en otras partes y en Indias.

¹ La fecha que aquí se indica debe ser error. Según el martirologio romano, la fiesta de San Marcial cae el 30 de julio. Hay también otro San Marcial, que no es el de Limoges, pero su fiesta cae el 10 de julio.

² Esta torre es la de Rubicón; la noticia viene sin duda de la mencionada *Crónica de Don Juan II*.

CAPITULO IX

Del gobierno, costumbres, idolatría y descendencia de los mahoreros o lanzaroteños

EN el cuarto capítulo se ha tratado de los primeros habitantes de estas islas, y se ha explicado que fueron descendientes de los nietos de Noé. Además de éstos, se piensa que a esta isla de Lanzarote vinieron hombres de Arabia, porque entre estos bárbaros había muchas palabras árabes puras, como ésta: *aho*, que en ambas partes quiere decir «leche»; y casi todo su idioma era corrupción del arábigo.

Estos vivían divididos en dos bandos, cada uno con su jefe o rey. En tiempos de Juan de Letancurt el uno se llamaba Teguse (de quien tomó su nombre la villa principal de Teguisse), y el otro Bristol.¹

¹ Torriani es la única fuente que indique la existencia de dos reinos distintos en Lanzarote. Esta indicación es casi seguramente efecto de un error, puesto que todas las demás fuentes, empezando con *Le Canarien*, mencionan un solo rey, a quien Abreu Galindo llama Guadarfía. Los nombres de Teguisse y Bristol también son desconocidos a los demás historiadores, y parecen ser producto de un error. Es tradición que Teguisse es el nombre de una hija del rey Guadarfrá, que fue barragana de Maciot de Béthencourt (cf. VIERA Y CLAVIJO, V, 5); y Bristol no es posible sea nombre indígena (cf. WÖLFEL, pág. 266), sino que debe ser confusión con un Bristol, poblador de la isla, conocido documentalmente. En fin, la idea de los dos reyes debe ser otra confusión, con la situación que realmente existía en Fuerteventura, según más adelante se podrá ver.

Tuvieron los mahoreros casas y moradas, aunque gran parte de ellos vivían en cuevas de las montañas, hechas por la naturaleza, en número casi infinito. Su vestido era con dos pieles de cabra o de oveja, puestas una por delante y la otra por detrás; y por zapatos llevaban un pedazo de cuero de cabra envuelto a los pies, que llamaban *maohs*,¹ y hasta ahora sigue esta costumbre, pero lo hacen de camello. Casaban con cuantas mujeres querían, y no tenían respeto más que a las hermanas. Por su alimento tenían cebada, carne de oveja y de cabra, manteca y leche.

Adoraban un idolo de forma humana, pero no se sabe quién era.

Lo tenían en una casa como templo, donde hacían congregación, la cual estaba rodeada por dos paredes, que entre sí formaban un pasillo, con dos pequeñas puertas, una fuera y la otra en medio; y allí, como en un laberinto, entraban a sacrificar leche y manteca. Algunos otros pretenden que entre estos bárbaros hubo otras clases de idolatría, de las cuales la verdad es que no se tiene ninguna seguridad. Cuando morían, los colocaban en grutas y cuevas oscuras, y debajo les hacían la cama con muchas pieles de cabra, e otras tantas les ponían encima. Esto es cuanto hemos sabido de las cosas de estos bárbaros.

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 9, (pág. 54): «Traían calzados, de los cueros de las cabras, el pelo afuera, unos como zapatos, a quien ellos llaman *maohs*».

CAPITULO X

De quién es al presente esta isla, y de sus habitantes y las costumbres de los mismos

HABIENDO puesto en orden las cosas de esta isla, Juan de Letancurt pasó a conquistar Fuerteventura, La Gomera y El Hierro; y habiendo asaltado Gran Canaria por muchas veces, siempre con mala suerte, sin esperanza de poderla ganar (porque aquella isla era entonces llena de hombres valerosos y muy diestros en la pelea), decidió volver a España,¹ para proveerse con mayores fuerzas y con

¹ Según la versión de Torriani, Béthencourt volvió a España después de conquistadas las cuatro islas, y para reunir mayores fuerzas, en vista de la conquista de Gran Canaria. Según Abreu Galindo, este viaje se explica por la imposibilidad de dar fin a la conquista de Fuerteventura; lo que coincide con la versión, menos clara, del *Canarien*. Esta última fuente parece indicar que el viaje a España se debe a la separación de Gadifer de La Salle de la empresa común, y a las pretensiones que había elevado en la Península. Aunque la razón del viaje sea diferente, la cronología del *Canarien* coincide con la de Abreu Galindo. La versión de Torriani no es seguramente falsa. Probablemente se refiere a otro viaje del conquistador a España, posterior al que aquí mencionamos; este viaje, que suponemos tuvo lugar en 1412, no era el último en la intención de Béthencourt, sino que efectivamente debía de servir para reunir las fuerzas necesarias para la conquista de Gran Canaria; pero las circunstancias obligaron al conquistador a volver a Francia, desde donde no regresó más a su conquista.

cantidad de gente, para poder dar fin a la empresa empezada. Y hallándose él en España, en casa del duque de Medina Sidonia, tomó otra decisión e hizo venta de las islas que había ganado a un gentilhombre llamado Diego de Herrera.¹ Éste, embarcándose en seguida, vino a tomar posesión de ellas; y hasta hoy Lanzarote y Fuerteventura son de sus descendientes; las cuales al presente posee Agustín de Herrera,² con título de marqués.

Este gentilhombre solía armar cada año algunas carabelas e ir con sus vasallos a hacer presa dentro en la costa de África que le está cerca, de donde traía gran número de esclavos moros y sacaba grandísimo provecho y riqueza.

¹ La versión que da Torriani de estos hechos es manifiestamente falsa. Se sabe que Juan de Béthencourt se fue a España, y después a Francia, dejando por gobernador de su señorío a su deudo, Maciot de Béthencourt, cuyo nombre no figura en la obra de Torriani. Diego de Herrera no compró las islas del conquistador francés, porque éste no las vendió, sino que las cedió al conde de Niebla, en 1418; es decir, en una fecha que es probable que Herrera no había nacido. Es notable, sin embargo, la coincidencia del texto de Torriani con el de la crónica llamada *MATRITENSE*, pág. 58. Con ser idénticas, ambas versiones difícilmente se explicarían la una por la otra, siendo más probable su derivación de una fuente común.

² Don Agustín de Herrera y Rojas, nacido en 1536, falleció en Tegui-se, a 18 de febrero de 1598. Se dice que hizo 14 expediciones a Berbería, de 1556 a 1569. Creado conde de Lanzarote por real título de 9 de septiembre de 1567, fue marqués del mismo nombre en 1 de mayo de 1584. Era hijo de Pedro Hernández Saavedra el Mozo (hijo de Pedro Hernández Saavedra el Viejo y de Constanza Sarmiento, primera de este nombre y apellido) y de Constanza Sarmiento hija de Sancho de Herrera y de Catalina Escobar de las Roelas). No sabemos, por tanto, qué explicación tendrá la afirmación de WÖLFEL, pág. 80: «Don Agustín de Herrera hatte von seiner Grossmutter her das Blut der eingeborenen Könige von Lanzarote in seinen Adern».

De los moros que trajo, muchos se bautizaron y quedaron con libertad en esta isla; los cuales, labrando y cultivando la tierra como vecinos y habitantes, han aumentado tanto, que los tres cuartos de los isleños son todos moros, o sus hijos o nietos; y tanto lo son en sus pésimas costumbres y en sus pensamientos, que, aunque estén bautizados, tienen entre ellos este modo de hablar que, cuando uno pregunta al otro si tiene algo que hacer, contesta que «si Dios quiere»; y si le preguntan si Domingo irá a oír misa, contesta que «por fuerza». Además, al ser asaltados tres veces en espacio de 16 años por los turcos y los moros,¹ y llevados presos a África, nunca quisieron pelear, (al igual que los soldados suizos) siendo así la causa de tantas ruinas.

Esta gente es flaca, delgada y ligerísima. Viven con carnes asadas y con harina de cebada, que tuestan seca en el horno, o mezclan con agua o con miel. Combaten pedestres con la lanza, y a caballo con el dardo y la adarga, como acostumbran los africanos y los jinetes españoles. No tienen miedo a los arcabuces; al contrario, a menudo ocurre que, desembarcando allí corsarios, a proveerse con agua y con carne, dos de estos hombres asaltan a muchos y los matan. Suelen soportar grandísimos trabajos y cansancio; son muy afectuosos y cuidan muy bien a los que alojan. Llevan barba larga y se afeitan la cabeza; tienen la tez aceitunada y muy buena y limpia dentición.

¹ Se trata de las invasiones de Calafat (1569), de Dogalí (1571), y de Amurat (1586), que abarcan en realidad un espacio de 17 años.

CAPITULO XI

Descripción de Lanzarote y su fertilidad

LA isla de Lanzarote es la primera de las habitadas, yendo hacia Levante. Del primer meridiano,¹ que pasa por en medio de La Palma, dista en 4 grados y 42 minutos de longitud, distancia mínima, y en cinco grados y 55 minutos como máximo. Su menor latitud es de 29 grados, y la mayor de 29 grados y 19 minutos; es decir, que se extiende sobre 28 millas de Poniente a Levante, y sobre 30 del sur a norte. Tiene 102 millas de circuito, en forma romboidal, siendo su largo de noreste a suroeste. Se halla a 5 grados y 30 minutos del Trópico del Cáncer, y su mayor día, en la villa de Teguise, es de 13 horas y 55 minutos.

Esta isla no tiene grandes montañas, sino que de una extensión casi llana se elevan montículos iguales y cavernosos, con el lomo abierto a manera de vorágine, de que salen torrentes de piedra quemada. Todo lo cual, reunido, demuestra que hubo incendios subterráneos, como volcanes, que asolaron la tierra y la hicieron áspera y montuosa. Entre estos montes se hallan campos hermosísimos y muy ex-

¹ Esta forma de calcular el meridiano difiere de la comúnmente adoptada en las islas. Abreu Galindo y Núñez de La Peña toman como primer meridiano el que pasa por el cabo de Finisterre, mientras Viera y Clavijo se sirvió del meridiano del Hierro, que había sido adoptado por una junta científica, reunida en París, en 25 de abril de 1634.

tenso y llanuras alegres, de gran fertilidad, producidas por las cenizas que antiguamente arrojó el fuego, por las vorágines de los montes; las cuales, podridas por la humedad, producen todos los años infinita cantidad de cebada y de trigo, a 40 y 60 por uno; y lo llevan a vender a España, a Madera y a las demás islas, que no tienen tanta abundancia. La razón de esta abundancia se lee en las maravillas del Etna, escritas por Plinio en el capítulo 109 del segundo libro.¹

Esta isla posee abundancia de cabras, ovejas, cerdos, bueyes y camellos, e infinitas gallinas, conejos y pardelas. Tiene también buenas razas de caballos berberiscos, y muchísimos asnos, baratos. No tiene agua de beber buena, más de la que llueve, que recogen en pequeñas charcas que llaman *maretas*; ésta es excelente, sana, limpia y muy ligera, por estar descubierta y agitada por los vientos. En Famara, frente a la Graciosa, en Rubicón y en Haria hay algunos pozos con agua gruesa y salobre, de mal sabor, la cual, en tiempos de esterilidad (cuando faltan las lluvias) dan al ganado.

Esta isla no tiene árboles, pero está llena de matorrales que dicen *tabaibas*. Del norte hacia sur, empezando desde Famara, la atraviesan montículos de arena, los cuales (del mismo modo que las arenas líbicas) son llevados por el viento septentrional. El aire es salubre y templado, en conformidad con la doctrina de Marco Polión, porque no tiene lugares nublados ni cargados con vapores fríos; al contrario, está situada debajo de tanta benignidad celeste, que no se

¹ Esta indicación está equivocada. El capítulo II, 109 de PLINIO, *Historia naturalis* se titula *Harmonica mundi ratio*, y no habla ni del Etna, ni de la feracidad de las cenizas volcánicas.

siente demasiado frío. Además, durante casi todo el año sopla aquí el viento noreste, que (según Teofrasto y Hipócrates, a quienes sigue Plinio),¹ es más cómodo que todos los demás para restaurar y conservar la salud; y por ello en esta isla los hombres viven mucho tiempo, sin notar enfermedades de cuidado, ni tener necesidad de médico para curarse. Como el aire es aquí tan delgado, y fácilmente se altera, las personas que trabajan y sudan suelen padecer de resfriados, que se curan ellas mismas con un cuchillo rusentado, golpeando ligeramente con su filo el lugar dolorido; y todas sus demás dolencias las curan del mismo modo. En esta isla, como en las demás cercanas, no se oyen a menudo los truenos, ni son fuertes, y se oyen en invierno más que en verano. No se dan tempestades, ni tampoco se crían animales nocibles, como también escribe Alberto de la isla de Candia.²

¹ PLINIO *Historia naturalis*, II, 47: «Saluberrimus autem omnium aquilo».

² Se refiere sin duda a ALBERTO MAGNO, *Opus de animalibus*, que se publicó por primera vez en Roma, en 1478, con prefacio de Fernando de Córdoba, y en varias ediciones subsiguientes.

CAPITULO XII

Descripción de la villa de Teguisse, de la montaña y fortaleza de Guanapay, de la Cueva de los Verdes y de los vecinos que hay en esta isla

LA villa de Teguisse,¹ que lleva el nombre de Teguisse, rey antes de que los cristianos hubiesen conquistado la isla, está situada en la parte del noreste, en una llanura que declina hacia Poniente. Tiene dos iglesias y 120 casas, la mitad de ellas arruinadas por los moros. En dirección del Levante está a cuatro millas de la caleta de los Ancones, donde el renegado Amurat desembarcó año de 1583, por el mes de...,² con 400 turcos y moros mezclados, que vinieron con una armada de siete galeones. Las dos fuerzas de la isla se le rindieron sin defenderse, y él las mandó incendiar. De la

¹ Torriani escribe *Teuguisse*; cf. pág. 40.

² El mes de la invasión quedó en blanco en el manuscrito. La fecha es errada, pues la invasión de Morat Arraez se produjo a fines de julio de 1586, y terminó a 23 de agosto de 1586, por el tratado firmado con Gonzalo Argote de Molina, para restablecimiento de la paz y rescate de la marquesa de Lanzarote y de la esposa del mismo Argote. En cuanto al número de los invasores, VIERA Y CLAVIJO, X, 6 (vol. II, pág. 274) afirma eran «800 hombres de armas y 400 turcos». La relación enviada a la corte por los oidores de la Real Audiencia indica 500 turcos («El Museo Canario», V, 1944; pág. 54); y el tratado mencionado, «seiscientos turcos y moros» (*Ibidem*, pág. 56).

villa al puerto de Arrecife hay ocho millas, y hasta a Papagayo, 25.

Al este se halla un monte llamado Guanapay, a una milla de distancia, poco más o menos, el cual en otros tiempos fue volcán. Tiene en su cumbre una grandísima concavidad, y en su alrededor una cresta a manera de talud, igual y ancha, de modo que cuatro hombres pueden caminar encima de ella. Por el mismo lado del Levante, dicha cresta forma una pequeña plazuela, que con su altura domina el monte y la fortaleza, la cual es muy digna de consideración, como en su lugar se dirá, al hablar de las fortificaciones.

Sobre esta cresta, por el lado de la villa, está colocada la fortaleza, que tomó su nombre del monte. Tiene la forma de un rombo dirigido de noreste a suroeste, con dos torres pequeñas y redondas. En medio tiene otra torre, cuadrada y muy antigua, mucho más alta que la misma fortaleza; la cual hasta hace pocos años sólo servía para vigía del mar, porque en casi todo su alrededor, del sur hasta Poniente, pasando por Levante, se descubre el horizonte. A ésta hace pocos años que se le añadió lo demás, con las dos torres, cuyo conjunto forma una plaza capaz para 500 hombres.

En tiempos de invasiones, aquí se retira la gente principal, con el marqués; los demás se ocultan en las cuevas de los montes, entre las cuales se halla una, llamada de los Verdes, muy grande y segura, hacia noreste, a seis millas de distancia de la villa. Tiene la entrada tan baja y tan estrecha, que sólo una persona que se arrastra pegada a la tierra puede entrar en ella; y en su interior tiene antros de maravilloso artificio, que parecen hechos por mano maestra, y con pasajes ásperos y difíciles, que no se pueden franquear sin luz. Algunos conocedores dicen que dentro tiene un río

secreto, que corre con gran ímpetu, y que muy pocos conocen. Tiene también otra salida, que responde al mar, por la cual los hombres y las mujeres que se amparan allí, pueden salir y embarcar.

En toda esta isla no hay más de mil almas, de las cuales 250 hombres de armas, con unos 40 de a caballo. La causa de que haya tan poca gente es que gran parte de ella se la llevaron cautiva los turcos y los moros, por tres veces en espacio de 16 años.¹

¹ Cf. pág. 44.



Vista de Teguisse

CAPITULO XIII

Descripción del puerto de Arrecife y de su fuerza

EL Arrecife es el puerto principal de esta isla, hacia noreste. Está rodeado por algunos islotes y por infinitos peñascos y bancos de arena, los cuales, con oponerse a la fuerza del mar, lo hacen tranquila estancia para los navíos. Éstos tienen aquí dos lugares en que estar seguros; el uno es dentro de la isleta del muelle, y el otro más al interior, cuya entrada se halla entre la tierra y la otra isla, al que llaman La Caldera. En estos dos puertos pueden caber 12 navíos grandes, sin que las aguas se alteren nunca al interior del puerto, bien por el ímpetu de las olas o por la fuerza de los vientos.

Sobre un sitio poco eminente que hay en la isleta situada a la entrada del puerto, fue hecha una pequeña fortaleza, de 40 pies por cada lado. Su forma es cuadrada, con sus baluartes como modernamente se usan, para defender la entrada del puerto, la cual es muy difícil, baja y estrecha; y, por una piedra que tiene en su fondo, ningún navío puede entrar en él, por más que sea pequeño, sino con pleamar, y del mismo modo debe salir.

La isleta mayor y el lugar que está encima del último seno del puerto, a la parte del norte, dominan al mismo tiempo la lengua que forma la tierra entre los dos puertos, y la isla de la fortaleza; y de dicha isleta mayor el tiro alcanza fácilmente la una y otra parte, por estar a distancia

conveniente, y también por estar la fortaleza más alta que la tierra detrás del muelle donde están las casas; y en unos 300 pasos se puede hacer lo mismo. Todo lo cual se ha dicho por mayor claridad de las cosas de la fortificación, que se tratará en los capítulos siguientes.



Vista de Arrecife

CAPITULO XIV¹

Discurso general de la fortificación de estas islas

SIENDO estas islas molestadas por los corsarios que saquean a través de este gran mar Oceano, y cuyo fin es el robar sin pelea o ponerse en riesgo de consideración, la fortificación que se pretende hacer en estas islas no debe ser real, puesto que aquí no se hallan montes de oro ni de plata, que sirvan de cebo para que gente poderosa organice grandes empresas, de modo que se puedan esperar gran ejército,² larga estancia y fuerte batería; cosas que en estas islas no hay que temer, considerando que los efectos de su pobreza son tales, que bastan para reprimir el orgullo de cualquier ávido enemigo, sin oponérsele con las gruesas murallas de Babilonia, o con la fuerte roca de San León.³

Además de esto, aún cuando el enemigo proyectara poner el pie aquí, y mantenerse en previsión de otros efectos mayores, como algunos lo suponen, yo no alabaría el

¹ Los siguientes capítulos XIV a XIX inclusive no se han publicado en la edición de D. J. Wölfel. Se publicaron por el mismo, con los demás capítulos sobre las fortificaciones, en el «Bolettino dell' Istituto storico e di Cultura dell' Arma del Genio», núm. 15 (1942), págs. 42-72.

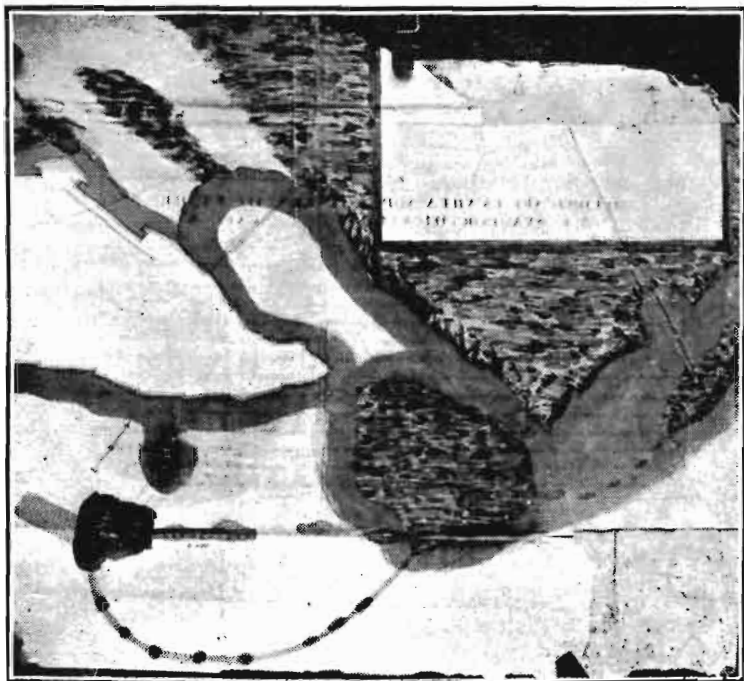
² *Ejército*, en italiano *esercito*; pero en el ms. figura la lección errada *essercio*.

³ Más exactamente Rocca di San Leone, en la provincia de las Marcas (le Marche), de que también se habla más adelante, cap. LX.

que se hiciesen grandes fortificaciones, ni de efecto más importante de lo que acaba de decirse; porque, si se fortificase al modo real, se necesitaría para su defensa mayor cantidad de hombres de los que tienen las islas; de manera que, encontrando el enemigo estas fortalezas desguarnecidas, le sería fácil conquistarlas, y después defenderlas contra quién quisiese echarlo de ellas.

Por lo tanto, me parece que la fortificación de que se trata, se debe hacer con dos consideraciones, es a saber, según las fuerzas del enemigo, y el número de los defensores. Y porque éstas y muchas otras ideas ¹ sobre las fortificaciones se reducen todas a una sola, que es conforme al lugar, es preciso tratar este último punto y ajustarnos a lo que hemos hallado; y así, reuniendo las tres cosas en una, trataremos de las fortificaciones de estas islas según lo requieren el sitio, las fuerzas del enemigo y el número de los que las deben defender.

¹ *Ideas* es palabra que suplimos al original. En el ms. leemos *infra*, palabra que no conviene al sentido de la frase, y que, además puede ser lectura inexacta, por hallarse al margen del folio y posiblemente cortada por la cuchilla del encuadernador.



Proyecto de fortificación del puerto de Arrecife

CAPITULO XV

Sobre edificar la villa encima del Arrecife, y sobre su fortificación

LA villa de Tegui se fue tantas veces arruinada por los turcos y los moros, que los isleños nunca se han atrevido a volver a edificarla, considerando que en cualquier momento están expuestos a las mismas desgracias, sin que puedan defenderla; porque su situación es tal que, además de ser muy grande y fuera de proporción, en todo su contorno está dominada por mil eminencias; de modo que estas dos cosas juntas, por más que se quisiese gastar, la hacen imposible de fortificar.

Por esta razón, y por considerar que la fortaleza de Guanapay no tiene capacidad para tanta gente, me parece que conviene que se traslade la villa al Arrecife, sobre aquella lengua que forma la tierra entre los dos puertos; porque, si se considera la villa fortificada allí, en su parte que mira a la tierra, todas sus demás partes, rodeadas por el mar, quedarán tan fuertes, que no tendrán miedo a ningún enemigo; y, además de tener las espaldas aseguradas, tendrá el puerto en su casa, y todas sus fortalezas reunidas, que juntas son de mejor defensa que separadas. Y con cercar la orilla con murallas convenientes y edificar en la punta un baluarte, el islote del lado del Levante quedaría más bajo e inútil para los enemigos, por estar en todas sus partes debajo del tiro del baluarte, y quedaría todo dominado por la fortaleza de la entrada del puerto. Por otra parte, por el lado del norte, las murallas cubrirán las casas, de modo que el enemigo que se colocaría más allá del puerto no les pueda hacer daño.

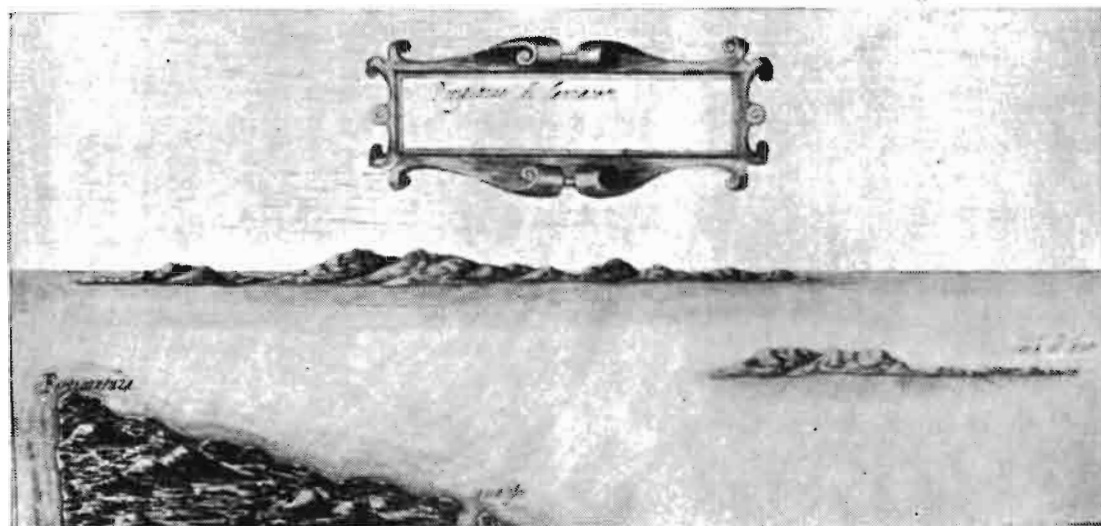
Al fortificar de esta manera, poca gente podría defenderse contra muchos, y se asegurarían los isleños de que no los llevarían en cautiverio, con tanto perjuicio de sus almas. El lugar, según se ve en el dibujo, tiene 900 pasos corrientes de largo y 40 o más de ancho, en los cuales se coloca el baluarte, en medio de las dos cortinas; que, cuando los baluartes que caen sobre el mar son enteros, llamamos blanco la parte que mira hacia la tierra,¹ la cual está en condición para defenderse de arcabuces; así que es plaza para resistir a un pirata, de modo que no pueda emplear² la artillería para batirla, ni las municiones y mantenimientos para sitiarla.

Tres lugares hay en Dalmacia, sobre el mar Adriático, que pertenecen a los Ilustrísimos Señores venecianos, muy parecidos a éste: el uno es el castillo de San Niccolò, frente a Sebenico; el otro es la ciudad de Dulcigno, y el tercero es la Curzola, ciudad e isla, la cual, estando sitiada por gran parte de la armada turca, año de 1521, fue vergonzosamente abandonada por los hombres y defendida por las mujeres; el valor de las cuales fue igualado por éstas de Lanza-rote, la última vez que los moros y los turcos...³

¹ En el original: *perciochè, quantunque i baloardi che cagiono nel mare son intieri, chiamiamo la meta la parte che risguarda verso terra*. Este modo de expresarse nos parece confuso. Suponemos que el autor quiso decir que, aunque se trate de un baloarde orientado hacia el mar, también puede ser blanco de un ataque terrestre.

² Hemos suplido la palabra *emplear*, que falta en el original: *che nè artiglieria potrà per battere, nè monitioni et vittovaglie per assedio*.

³ Falta el final de la frase. El texto que aquí traducimos termina con el fol. 18 r. Probablemente el autor (o copista) se proponía continuar su frase; pero el fol. 18 vº está ocupado por un dibujo, y al fol. 19 rº empieza el capítulo siguiente; de modo que parece que el copista se olvidó que dejaba una frase incompleta.



Vista del canal de la Bocaina entre Lanzarote y Fuerteventura

CAPITULO XVI

Sobre la reedificación de la fortaleza del puerto y sobre lo que se le debe añadir

LOS que fabricaron esta fortaleza, no pensaron en más que en hacerse con el espacio que les era necesario para colocar dos o tres piezas pequeñas de artillería, para defensa del puerto; por lo cual se retiraron al sitio más alto, no teniendo en cuenta lo que quedaba de la isla, y sin considerar tampoco si de lo que dejaban fuera les podía venir algún daño. Es cosa consabida, cuán peligroso es dar tierra al enemigo, por poca que sea, donde pueda desembarcar y asaltar; de modo que razonablemente no se puede hacer caso omiso de esta tierra, sino que se debe recoger al interior, y ceñirlas con murallas, poniéndola en posesión de defenderse, como en este dibujo se ve; considerando también que la fortaleza, con ser muy pequeña, lo necesita, para tener mayor capacidad.

Dicha fortaleza tiene las paredes sanas y sin defecto, y sólo se debe alzar por fuera el parapeto de las cortinas hasta la altura corriente, al igual que los baluartes, porque al presente no tiene más de tres pies. Y por dentro, los compartimentos incendiados por los turcos, porque estaban hechos de madera, reedificarlos de piedra y en bóveda, para asegurarlos contra el fuego de los enemigos y del interior. Hecho esto, quedará como castillo o lugar de retirada

de la fortificación de abajo, que está rodeada por el agua. En su interior también podrían muy bien vivir algunas personas dedicadas a la guardia del islote; lo cual será de mayor interés, siendo la fortificación más cercana a la entrada del puerto, y capaz de contener mayor número de gente de lo que antes la fortaleza admitía de por sí.

CAPITULO XVII

Sobre reedificar la fortaleza de Guanapay, para que con ella y con la de la entrada del puerto se pueda defender la gente, mientras se edifica la nueva villa

COMO la edificación de nuevo de una ciudad, o villa o castillo siempre trae consigo muchas dificultades y tardanzas, máxime cuando haya tanta pobreza y disensión, como en esta isla, (lo cual me hace pensar que posiblemente todo esto no tenga efecto), me parece que mientras se edifique esta nueva villa, no sería bien dejar tantas almas a merced de los enemigos; sino que se debe hacer un reducito, para que en él, y en la fortaleza de la entrada del puerto (fortificada como se dijo en el capítulo pasado), tengan refugio y defensa segura.

Para hacerlo y gastar poco, no hay en toda la isla ningún lugar más apropiado que la misma fortaleza de Guanapay; la cual, aunque pequeña, repartidas las gentes en ambas fortalezas y en la Cueva de los Verdes (donde se pueden ocultar las mujeres con sus hijos y los enseres de casa), podrían ponerse a salvo las gentes inútiles, y defenderse los que puedan hacerlo. Es verdad que en ellas estarían al estrecho y mal acomodados; pero para los pocos días que los enemigos puedan quedarse en la isla, es menor incomodidad que el ir huyendo de día y de noche, o que el fabricar

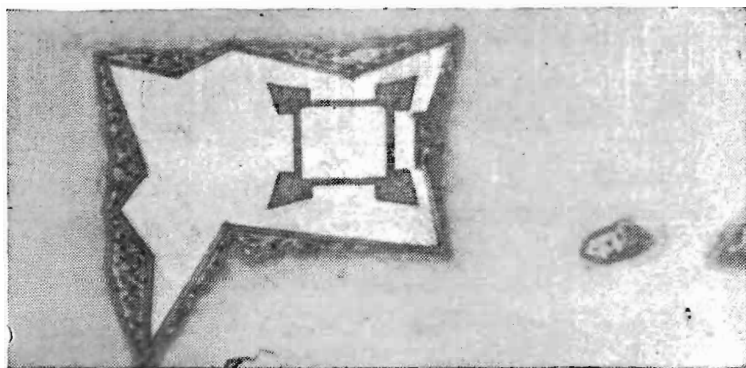
otra fortaleza allí cerca, o fortificar la villa de Teguisse, o ampliar esta fortaleza de Guanapay, puesto que para nada de esto hay sitio que corresponda.

En el capítulo XII se ha dicho cómo esta fortaleza se halla sobre la cresta de una montaña alta o redonda. Tiene la forma de un rombo, con las dos torres en los extremos y con un ángulo dirigido hacia la villa. El otro ángulo tiene una pequeña loma de cierta consideración.

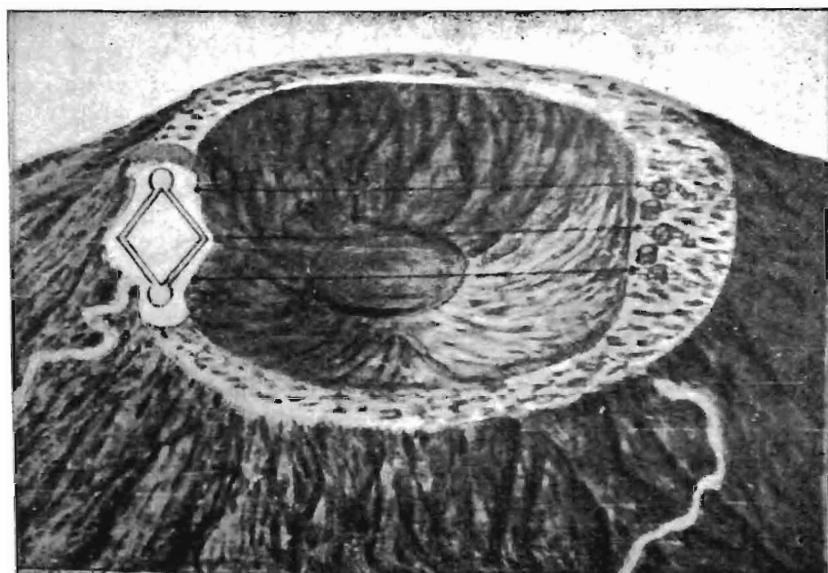
Esta loma es algo más alta que la fortaleza, y capaz para contener algún número de gente y trincheras y artillería; y a una distancia de 300 pasos corrientes, el enemigo la podría tomar, y de allí cañonear la fortaleza, como se ve en el presente dibujo. Y, como la fortaleza es más baja que esta loma y no tiene ningún refugio ni lugar donde protegerse contra el tiro, sería abandonada por sus defensores desde los primeros golpes. Sin embargo, a esto se puede remediar con facilidad, allanando la dicha loma y reduciéndola a la misma altura y estrechez que tiene lo demás de la cresta del monte; lo que se puede hacer con 50 peones en ocho días, liberando así la fortaleza de la eminencia que la domina y de su batería.

En cuanto al asegurar las torres, que se hallan sin defensa, para que el enemigo no se le acerque por debajo, para enderezar escaleras o para cavar algún hornillo, como no hay sitio para cavar¹ ángulos de protección, me parece que mientras las torres tengan defensa cubierta para los fosos, a lo largo de las murallas, de donde la gente del interior, con arcabuces, falconetes, picas, y con piedras y fue-

¹ En el original: *per cavare fianchi che la scortinino*. No estamos seguros de haber recogido exactamente la intención del autor.



Plano del castillo de Guanapay



Vista de la montaña de Guanapay

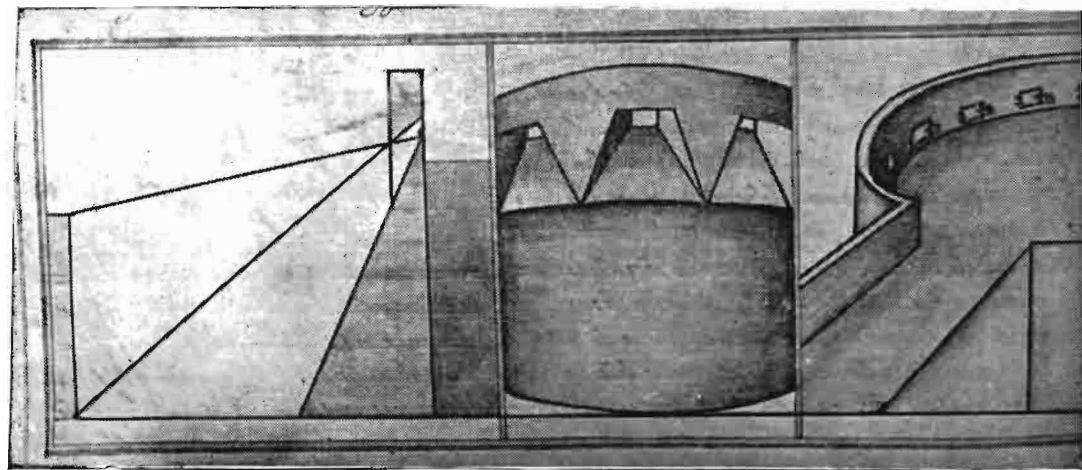
gos artificiales, pueda rechazar al enemigo del foso y de las contraescarpas, será bastante defensa contra un pirata, cuyo objeto es robar, no combatir.

Para obtener este resultado, se abrirán, dentro de las mismas torres, a la altura del suelo de la plaza, algunas ventanillas a modo de aspilleras, cada una a distancia conveniente. Estas ventanillas bajarán como respiraderos o tragaluces hasta encima del alero, atravesando de tal manera las murallas, que la superficie, mirada por dentro y por arriba, domine las escarpas de las murallas, y la misma superficie inferior descubra el filo de las contraescarpas, para que el espacio del foso esté bien comprendido entre las dos líneas visuales extremas. Estas aspilleras se harán oblicuas y cada vez más anchas, para que la una pueda ayudar a la otra y sus tiros combinados se crucen, como se ve en el dibujo que representa la superficie exterior de la torre. Estas ventanas se cerrarán por la parte de dentro con tablones herrados, buenos y gruesos, con sus bisagras y candados, para que puedan servir también de muralla, cuando no se necesiten aspilleras; según lo muestra la segunda figura, que representa el lado interno.

Si la torre no tuviese escarpa, o no fuese bastante, se le añadirá la parte que fuese necesaria, aun si quedase en un fuerte declive. Además, el parapeto cubrirá las mismas aspilleras, que no se pueden descubrir desde la superficie de la cresta del monte; por sí mismo, es bastante grueso y fuerte, como para resistir cualquier artillería de mano, puesto que de artillería más importante no habrá que temer, una vez que se haya allanado el lugar más alto que domina la fortaleza.

Esta nueva clase de fortificación me parece suficiente, por aderezar rápidamente y con poco gasto lo que con

mucho no se podría conseguir, dado que no existe sitio apropiado para alguna cosa de más, por insignificante que fuese. Incluso si no se edificase la villa encima del Arrecife, con la fortificación que se mostró en su dibujo, ésta de Guanapay, así fortificada y junto con la de la entrada del puerto, como se dijo poco antes, podrá servir mejor de cuanto hasta ahora ha servido, en las ocasiones que se ofrezcan.



Proyecto de fortificaciones para el castillo de Guanapay

CAPITULO XVIII

De la isla de Lobos

ESTA pequeña isla está situada en la desembocadura del canal que separa Lanzarote de Fuerteventura, hacia Levante. Está más cerca de Fuerteventura, de la cual la separan tres millas; y hasta a la punta de Papagayo, en Lanzarote, hay seis millas o poco más. Tiene tres millas de circuito, en forma oval, siendo más larga en la dirección de Levante a Poniente. En esta última parte tiene una montaña no muy alta, que, como en Alegranza, derrama torrentes de piedra quemada.

Al apartarse de la montaña, estas piedras forman un bajío en las aguas, lo cual demuestra que esta isla fue empujada fuera del mar por la fuerza del fuego que encierra la tierra, como las dos, Volcano y Estromboli, en el mar Napoletano, y Santa María, isla del Océano entre las Terceras; y nació aquí, como Plinio cuenta en el capítulo 89 del segundo libro, de algunas islas del Levante, en el mar Mediterráneo. Así dice que nacieron Nea, entre Lemnos y el Helesponto, y Alone, entre Teon y Lebedo; y en el cuarto año de la olimpiada 135, las dos islas Tera y Teracia,¹ entre

¹ La mención de Tera y Teracia figura también en ABREU GALINDO, III, 26 (pág. 346), pero parece ser independiente del texto de Torriani, pues allí se cita en relación con la isla de San Borondón, y fundado en la autoridad de Pedro Mejía. El mismo capítulo de PLINIO, *Historia naturalis*, II, 89, se menciona otra vez más adelante, cap. LXIX.

las Cíclades, entre las cuales, 130 años más tarde, surgió Hera; y a dos estadios de ésta, después de 110 años, siendo cónsules en Roma Marco Junio Silano y Lucio Balbo, el día 7 de julio, el mar mandó fuera la isla de Tea.

De este efecto natural no hay que maravillarse. En efecto, así como los incendios subterráneos, debajo de cualquier superficie de extensas llanuras o de altas montañas, tienen el poder de empujar consigo hacia arriba la tierra de sus partes más profundas, junto con muy grandes piedras, las cuales, elevadas en lo alto, vienen a formar montes, que después llamamos hijuelos; del mismo modo el fuego encerrado en las dichas concavidades, debajo del fondo del mar, puede mandar fuera los montes que después, rodeados por el agua, vienen a ser islas. También pueden producirse por el ímpetu del viento que, creciendo en las dichas concavidades y buscando salida, abre la tierra como un tumor, de modo que ésta, al alzarse para abrirse, queda después hecha montes o islas en el mar. Así se comprende fue con esta isla de Lobos y con muchas otras de que trata Plinio en el capítulo 88 del libro mencionado. Pero dejemos esto, que en el siguiente capítulo volveremos a hablar de ello, quizá no fuera de lugar.

Esta isleta es desierta y áspera. Fue nombrada así, por la abundancia de lobos marinos que tenía cuando se conquistaron por los cristianos las demás islas. A la parte del Levante tiene una ensenada donde entra el mar y forma un puerto, que sólo sirve a los corsarios. Por estar la isleta situada en medio del canal, de donde se descubren el mar y los navíos que navegan entre estas dos islas vecinas y pobladas, así como los que vienen de España, los corsarios se detienen aquí muchos días, poniendo vigías encima de la montaña, y dejando las naves al ancla cerca de esta monta-

ña, por no servir el puerto más que para lanchas y naves pequeñas. Cuando en fin se van de aquí, dejan sobre aquella montaña cartas puestas dentro de una caña, que hincan en tierra, para que sirvan de aviso a sus demás compañeros y seguidores que deben llegar detrás de ellos.

CAPITULO XIX

Del canal que divide las dos islas de Lanzarote y Fuerteventura

EL canal que pasa entre estas dos primeras islas habitadas, en su punto más estrecho, que está en frente de Montaña Roja y de la Punta de Mascona, tiene nueve millas; y en el mas ancho, frente al Papagayo, tiene diez, porque allí da la vuelta Fuerteventura. No es muy agitado, ni tiene mucho fondo, siendo así que entre la isla de Lobos y Fuerteventura no tiene más de 80 pies de agua, y en dirección de Lanzarote tendrá unos 300; y es de tan pacífica navegación (por más que corra mucho), que hace pocos años, una mujer lo pasó a nado, con ayuda de odres atadas juntas; cuyo espacio no fue menor del que pasó Friso, encima del ariete, por el mar de Helesponto, y, después de llegada a Colcos, sacrificó el ariete a Júpiter.

Aunque Plutarco, como en otro lugar hemos dicho, haga mención de este canal, diciendo que «dos islas Afortunadas están divididas por breve espacio de mar»; a pesar

¹ Como se ha dicho más arriba la investigación moderna considera que las islas a que alude Plutarco no son las Canarias, sino Madeira y Puerto Santo. Todas las interpretaciones que siguen, y que se refieren al texto tantas veces discutido de Plinio, están en desacuerdo con la tradición representada por Abreu Galindo. Incluso es posible que aquellos «algunos» a quien alude Torriani, y que son los autores que pretenden



Canal de La Bocaina

de ello, algunos quieren que antiguamente Lanzarote y Fuerteventura lo hayan cerrado, y que ambas hiciesen una sola isla. Su argumento es que Plinio sólo hace mención de seis islas Afortunadas; pero no se hacen cargo que, siguiendo la autoridad de Seboso, él nombra a la primera Pluvialia, en la cual dice que no hay más agua de la que cae con las lluvias, que es Lanzarote; y después pone a Capraria,¹ llena de grandes lagartos, que es Fuerteventura; que, aunque al presente no tenga tales animales, tiene muy grande cantidad de cabras, de las cuales tomó el nombre, que todavía conserva hoy una montaña. Pero, como puede ser que el mar haya dividido estas dos islas antes de Plinio (como él mismo y Platón creen que todas fueron divididas del África, y con ellos creen lo mismo, en infinitas otras partes, los poetas y los historiadores), trataremos de paso cómo fue posible tal cosa, según los efectos naturales, ordenados por la divina providencia, con los cuales la Naturaleza anda variando hasta al final.

que, en la antigüedad, Lanzarote y Fuerteventura formaban una sola isla, entre las cuales el mar formó después un canal, se refiera a ABREU GALINDO, I, 1, pág. 11-12, quien efectivamente adelanta esta opinión, o más probablemente a la fuente de que se sirvió el franciscano. La identificación de Pluvialia con Lanzarote también difiere de la que propone Abreu Galindo: según éste último, Pluvialia y Ombrion son una sola isla, que identifica con El Hierro.

¹ Se sabe que, según una ingeniosa enmienda de Saumaise, el nombre de Capraria se debe a un error de Plinio, quien transcribió así el nombre griego de Sauraria (es sabido que la S mayúscula del griego antiguo se escribía de igual modo que la C latina). El nombre de Sauraria conviene mejor a aquella isla, sea cual fuese, porque significa «tierra de lagartos»; y es precisamente allí donde Plinio indica la presencia de lagartos grandes. Por consiguiente la identificación de la isla a base de la muchedumbre de sus cabras es gratuita.

El mayor principio de variación, después de la creación del mundo, tuvo su origen en el Diluvio universal, según la palabra dada por Dios a Moisés: «et ego disperdam illos cum terra». El cual cubrió por segunda vez la tierra con lo húmedo, con el peso y con el movimiento de vaivén, con dar vueltas separó muchas partes de esta tierra, las abajó y las conmovió de tal modo que después las aguas, con este aumento y dominio, quedaron más altas y cubrieron mayor superficie de la que cubrían antes del diluvio. Y desde entonces quedó la tierra como medio gastada y lánguida (según la exposición de Euquerio, con la autoridad de los doctores), sin su primitiva virtud y vigor; y si se considera bien, quedó también separada y aislada por las aguas, por menor comodidad de los vivientes; cuya situación expresa Ovidio en el primer libro de las *Metamorfoses*, donde dice:

*vidit inanem
et desolatas agere alta silentia terras.*¹

Alberto Magno, en el tercer modo de la generación de las montañas, quiere que algunas partes de la tierra se alcen por efecto de los terremotos, mientras otras se hunden para llenar el vacío que dejan el viento o el fuego junto con la tierra; y así se forman los valles y las pequeñas montañas; que las grandes, según Buridano y otros filósofos, no pueden formarse por vía natural. De este modo podemos decir que se formaron antiguamente la isla de Lobos y muchos

¹ OVIDIO *Metamorfoses*, I, 358-59: «al ver (el universo) vacío y el profundo silencio que reinaba en el mundo reducido a desierto». Se trata, en Ovidio, del espectáculo que ofrece la tierra a Deucalión, después de terminado el diluvio.

otros montículos cerca de allí, en Lanzarote y en Fuerteventura, en la orilla del mar; por cuyo vacío se hundió la tierra y se formó el valle, que después, al llenarse por el mar, quedó hecho el canal que hoy vemos. Y esto también se podría decir de otras islas; pero basta para la materia que hemos empezado a examinar.

CAPITULO XX

Descripción de la isla de Fuerteventura y su fertilidad

LA isla de Fuerteventura está situada entre Lanzarote y Gran Canaria. Se extiende de noreste a suroeste; su largo es de 85 millas, tomado desde la punta de Mascona hasta al otro extremo de Jandía. Su mayor longitud es de 5.23 grados, y la menor de 4.8; de sus latitudes, la mayor es de 28 grados y 55 minutos, y la menor de 28. En la villa de Santa María la altura del polo es de 28 grados y 26 minutos, y el mayor día dura 13 horas y 48 minutos.

Esta isla es la más larga de todas las Canarias. Es estrecha y poco habitada, teniendo en cuenta sus dimensiones; y es accidentada, aunque no tenga montes muy altos, sino alturas mediocres, muchas de las cuales fueron volcanes, y ostentan no pocas cantidades de oro y de hierro.¹ Tiene pocas aguas y pocos árboles, con excepción de un valle agradabilísimo, lleno con palmas salvajes.

¹ Es incomprensible la ilusión del autor, referente a la existencia de metales preciosos en Fuerteventura, siendo así que en ninguna de las islas hay ni hubo minas. Es cierto, sin embargo, que, a fines del siglo XVI, hubo quien buscaba oro en la montaña de San Roque, en la proximidad de La Laguna, con el éxito que se puede suponer. Es posible que, en su deseo de emular con las Indias, algún otro isleño haya buscado oro y plata en Fuerteventura.

Tiene abundancia de cebada y de trigo y de ganados; y de una relación hecha por gente principal de la isla resulta que tiene 60 000 cabras y ovejas juntas, 4 000 camellos, 4 000 burros, 1 500 vacas y 150 caballos de monta, además de otros infinitos caballos que son casi tan buenos como los de Lanzarote; de modo que esta tiene más de 70 000 cabezas de ganado salvaje.¹ Tiene también verracos con cuatro, y hasta con siete cuernos, como en Lanzarote; y algunos de ellos nacen con cinco patas, de las cuales una sale debajo del vientre. También se recogen aquí 8 000 pesos de orchilla, que se transporta a España, a Italia y a Francia. Y por toda la orilla del mar se halla ámbar de excelente calidad, y algunas veces en gran cantidad.

¹ *Bestiame selvatico*, en el texto. Como el número que aquí se indica parece corresponder con la suma de animales anteriormente detallados, se trata, sin duda, de un error de expresión, puesto que ninguno de los animales mencionados era salvaje. En cambio se sabe que en Fuerteventura existían también numerosos asnos salvajes, de que Torriani no hace ninguna mención; de modo que también es posible que haya habido un error de copia, por cuyo efecto se perdió una línea, referente a estos asnos, de que sólo se habrá quedado el epíteto de «salvajes». Nada sabemos de los verracos de siete cuernos y de cinco patas.

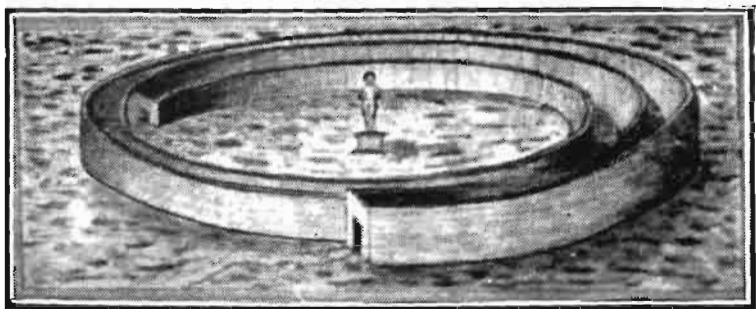
CAPITULO XXI

De los primeros habitantes de Fuerteventura, sus costumbres e idolatría

LOS primeros que habitaron en esta isla, antes de que fuese conquistada por los cristianos, se parecían muchísimo con los de Lanzarote, en el habla, en el modo de vivir, en la fábrica de sus casas, en sus adoraciones y en el modo de casarse; de lo cual deducen algunos que vinieron de Arabia, como los lanzaroteños.

Se vestían con pieles de oveja cosidas con hilos muy delgados, hechos con el mismo cuero, a modo de cuerdas de laúd. En lugar de aguja tenían ciertos huesos de cabras y espinas muy agudas, que trabajaban con suma industria. De qué modo hacían el traje, no se sabe;¹ pero, por cuanto se deduce de tanta industria en la labranza de los vestidos, se

¹ Sin embargo, lo supo ABREU GALINDO, I,11 (pág. 60): «ropillas con mangas hasta el codo, calzón angosto hasta la rodilla, como los de los franceses, desnuda la rodilla, y de allí abajo cubierta la pierna con otra piel, hasta el tobillo». La declaración de Torriani parece explicarse, si admitimos que siguió un texto parecido al de Abreu Galindo, pero sacó de él los datos referentes al traje de los lanzaroteños, y lo aplicó por error a los habitantes de Fuerteventura. En efecto, su versión se parece, más con las indicaciones de ABREU GALINDO, I,10 (pág. 57) sobre el vestido de los indígenas de Lanzarote: «Vestían lo desra isla de Lanzarote un hábito cuales cosían con correas del mismo cuero muy sutiles». Cf. también las notas siguientes.



Fuen, o templo de los mahoreros

cree que debían de andar completamente cubiertos, quizá para defenderse contra los rayos del sol, o del frío; aunque en ninguna estación del año no se experimenta variación que fuese nocible, o que se note con molestia.

Hacían las casas con piedra seca; las casas bajas, y las calles estrechas; de modo que apenas podían pasar dos hombres, al encontrarse. El ídolo que adoraban era de piedra¹ y de forma humana; pero quién fuese, o qué clase de dios, no se tiene de ello ninguna noticia. Y el templo en que hacían sacrificio se llamaba *fquenes*, cuya forma se ve en el dibujo.²

Estos isleños eran hombres proporcionados; y en años pasados, antes que los cristianos conquistasen la isla, había entre ellos muy grandes gigantes; porque, además de la memoria que de ellos se conservó, se halló en la cueva de una

¹ Otra vez reproduce el texto de que se sirvió ABREU GALINDO, pág. 57, pero que se refiere a los lanzaroteños: «Las casas de su morada eran de piedra seca y fuertes, y las puertas angostas y pequeñas, que apenas cabía una persona por la entrada». No sabemos si es preferible la versión que indica la angostura de las puertas, o la de las calles.

² Coincide con las indicaciones sobre Lanzarote, en ABREU GALINDO, I, 10 (pág. 56): «Tenían casas particulares, donde se congregaban y hacían sus devociones, que llamaban *efequenes*, las cuales eran redondas y de dos paredes de piedra; y entre pared y pared, hueco». Nótese, sin embargo, que este texto coincide con el del mismo Torriani, quien repetirá, más o menos, las mismas indicaciones en relación con la religión de ambas islas. Esta continuada confusión también existe, en cierto modo, en Abreu Galindo, cuyo capítulo se titula *De los ritos y costumbres que tenían los de estas dos islas, Lanzarote y Fuerteventura*, aunque los detalles aquí mencionados se apliquen terminantemente a Lanzarote. Suponemos que la fuente común trataba las costumbres de las dos islas, sin distinción, y que tanto Torriani como Abreu Galindo trataron, con mediano éxito, de separar lo que pertenecía a cada una de ellas.

montaña que ellos decían Mahan (que hoy día se llama de Cardones), un cadáver largo de 22 pies.¹

Entre estos bárbaros no había más armas que piedras y varas, con que hacían sus peleas; y se preciaban de llamarse *Altika*, que quiere decir «valiente»,² nombre de mucha consideración entre ellos. Eran también grandes nadadores, y pescaban matando los peces con golpes de palos.³ Su ejercicio eran bailar, cantar, luchar; y eran muy aficionados a las mujeres. No tenían fuego, de lo cual me admiro mucho, al ver que, empujados por la necesidad, no lo hayan sacado de piedras o de algún leño; por tanto, dicen que su alimento era leche, mantequilla y carne seca, y tostada al sol, la cual hacían ponerse tan tierna como si hubiese sido cocida al fuego.⁴

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 10 (pág. 55): «Hállase sepultura al pie de una montaña que dicen de Cardones, que tiene de largo veinte y dos pies, de once puntos cada pie, que era de uno que decían Mahan». Según se ve, Abreu indica dimensión de la sepultura, que Torriani da como del cadáver, probablemente por error de interpretación.

² Cf. ABREU GALINDO, I 10 (pág. 56): «Este orden tenían en Fuerteventura, y en mucho precio y estimación a los valientes; llamábanlos *altahay*, nombre por ellos muy honrado».

³ Cf. ABREU GALINDO, I, 10 (pág. 56): «Eran grandes nadadores, y a palos mataban los peces».

⁴ No tenemos otra noticia de esta ignorancia del fuego entre los habitantes de Fuerteventura. Abreu Galindo no indica nada al respecto; pero de su texto se infiere que el fuego era conocido en Lanzarote cf. 57 y 58.

CAPITULO XXII

De los señores y señoras de Fuerteventura, antes que fuese conquistada, y de la justicia que hacían

LA isla de Fuerteventura, cuando fue conquistada, era dominada por muchos duques y por dos mujeres principales, las cuales eran sumamente respetadas por todos. La una se decía Tamonante, la cual regía las cosas de la justicia y decidía las controversias y las disensiones que ocurrían entre los duques y los principales de la isla, y en todas las cosas era superior en su gobierno. La otra era Tibiabin,¹ mujer fatídica y de mucho saber, quien, por revelación de los demonios o por juicio natural, profetizaba varias cosas que después resultaban verdaderas, por lo cual era considerada por todos como una diosa y venerada; y ésta gobernaba las cosas de las ceremonias y los ritos, como sacerdotisa.

Entre estos bárbaros existía un abuso, que a aquél que mataba alguna persona entrando por la puerta de la casa, no le hacían ningún daño ni le daban molestia; pero si ocul-

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 11 (pág. 59): «Había en esta isla dos mujeres que hablaban con el demonio: la una se decía Tibiabin, y la otra Tamonante. Y quieren decir eran madre y hija; y la una servía de apaciguar las disensiones y cuestiones que sucedían entre los reyes y capitanes, a la cual tenían mucho respeto, y la otra era por quien se regían en sus ceremonias».

tamente, como traidor, saltaba por encima de la pared, era apresado, y condenado a la pena capital,¹ que se ejecutaba de este modo: Lo conducían a la orilla del mar, y allí, acostándolo en tierra, le ponían una piedra llana debajo de la cabeza, y el verdugo con otra le daba tantos golpes en la frente, hasta que lo dejaba muerto; y los familiares del muerto eran considerados traidores.² Pero cuando ocurría que alguien mataba a alguna persona de calidad, y por lo tanto era juzgado digno de mayor castigo, no lo hacían morir, porque creían que podían darle pena y dolor que fuese más molesto que la muerte. Para ello, dejando ir en libertad al culpable, apresaban a la persona a quien él amaba más, sea mujer o hijo o amigo o querida o pariente, y la hacían morir en su lugar, del modo que se ha dicho, estimando ellos que el culpable, al quedar con vida, por el dolor de la muerte de la persona querida debía de experimentar mayor pena y más grave dolor. De modo que, así como la muerte es el fin de todos los sufrimientos de esta vida, quizá juzgasen ellos que daban vida con la muerte a quien sin haber cometido delito era digno de vivir, y dar muerte con la vida

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 10 (pág. 56): «Si el agresor entraba por la puerta de la casa de su enemigo y lo mataba o afrentaba, no castigaban al homicida; pero si saltaba la pared, el capitán o rey ante quien se examinaba la causa, mandaba matar al agresor».

² Cf. ABREU GALINDO, pág. 56: «La ejecución de la justicia se hacía en la costa del mar, tendiendo al delincuente sobre una piedra o losa, y con una piedra redonda el ejecutor de la justicia le daba en la cabeza, haciéndosela pedazos, y allí se quedaba muerto; y todos los descendientes de este delincuente eran tenidos por infames». Nótese que Abreu Galindo no indica nada de los detalles que Torriani menciona a continuación, sobre la forma de castigar los delitos en las personas más queridas por los delincuentes.

a quien por sus delitos era indigno de vida; llamando vida, como los platónicos, al estado del alma después de que sale del cuerpo, y muerte la del alma mientras esté conjunta con el cuerpo, por los dolores y las angustias que experimenta cuando amargamente se aparta de la cosa amada (que ya le está unida con solidísimas ataduras de amor y forma parte de él). Alusión a aquello que doctamente dijo Cicerón, en el *Sueño de Escipión*: «al contrario, viven los que se han liberado de las trabas del cuerpo como de una cárcel; mientras la vuestra, que se dice vida, es muerte». Esta costumbre, puesto que no se lee haber existido en ninguna otra nación, es de creer que no fue inventada por un hombre bárbaro, sino por algún astutísimo demonio, quien entonces conducía a estos bárbaros y era como su Dios, cuyo gobierno era tal como a él le convenía.

CAPITULO XXIII

De los nombres antiguos de la isla de Fuerteventura

PLINIO, siguiendo a Estacio Seboso, nombra a Capraria; y que ésta sea Fuerteventura, bastante se ha demostrado en el capítulo II de este libro. Tolomeo, en desacuerdo con esto, en la sexta tabla de Europa pone la Capraria en el mar de Liguria, entre Etala, que no hallamos, y Elba; y en el mar Tirrénico, entre Ischia y Galle, pone a Capria, que hoy dicen Capri; como también otro islote con igual nombre se ve frente a la ciudad de Modón, en la provincia de Morea, cerca a Sapiencia, entre el mar Egeo y el Jónico. En cambio, a esta isla de Fuerteventura, Tolomeo la llama Casperia y la pone entre Pluvialia y Canaria. Con esto está también de acuerdo Domingo Mario,¹ en el cuarto comentario de la Geografía de África, y Gemma Frisio, quien, además del nombre antiguo de Casperia, por igual orden la llama Magnasors, con que alude al nombre de Fuerteventura o Granventura.

Pero, ¿por cuál razón fue llamada Capraria? Hallamos que la llamaron así por el muy grande número de cabras que en aquellos tiempos antiguos debían de hallarse en

¹ *Dominico Mario* nos es desconocido, a no ser que se trata de una confusión con Marco da Benavento editor de la *Geographia* de Tolomeo, que se publicó en Roma, 1508.

ella.¹ En efecto, los isleños no tenían otra ocupación, sino el cuidar de ellas, que era su principal sustento, y la mercancia con que compraban y hacían tratos; y de ellas la montaña encima de la punta de Jandía se llama Capraria, o de las cabras, nombre muy antiguo entre los modernos.

Plinio sólo hace mención de lagartos grandes, los cuales hoy día no se ven en esta isla; así que quizá le haya dado este nombre de Capraria por la muchedumbre de animales que, al morirse, púdrían en los campos, como todavía se ve en nuestros tiempos, y después por su hedor,² según de su texto se colige, eran llevados de allí; y el nombre de Capraria sería sacado entonces de *caprire*, como también dicen los latinos *hirquitallire*.

También podría ser que Plinio la haya llamado así por su forma, porque parece que en cierto modo la tenía parecida con la de este animal, antes de haberla gastado el mar; pero entonces ¿por qué no dijo Capra, según habían llamado en griego Ega a la isleta entre Teno y Chio? de cuyo nombre (según él mismo dice) tomó su nombre el mar Egeo, que en nuestra lengua debería decirse Caprario. Tolomeo la llamó Casperia, quizá de Caspium, que significa lo mismo que *hircum*, según parece que lo indica Pomponio Mela, en la significación de este nombre, que más bien se refiere a los animales salvajes; de modo que Casperia significa lo mismo que Capraria, bien por la muchedumbre de las cabras, o de otros animales, por cuyo hedor se debe creer que se dijo así.

¹ Sobre el valor de este argumento, cf. más arriba, cap. XIX.

² Hedor, en Italia *fetore*, mal escrito en el ms. *fettore*. Wölfel leyó *fattore* y tradujo «Faktor».

CAPITULO XXIV

De la conquista de Fuerteventura

JUAN de Letancort desde Lanzarote pasó a conquistar esta isla de Fuerteventura, llevando consigo al obispo de San Marcial¹ y a muchos lanzaroteños, junto con su gente, que el año anterior había hecho venir de España. Desembarcó en Corraletas,² que está frente a Rubicón, a treinta millas de distancia de la villa. Allí mandó edificar con rapidez una torre, a causa de la resistencia que encontró por parte de los isleños, los cuales combatían valerosamente. Pero mandó hablar con ellos a algunos lanzaroteños cristianos, prometiéndoles paz y libertad; los cuales, dándoles ejemplo con sus propias personas, persuadieron de tal modo a los dichos isleños, que se rindieron, y recibieron por su rey a Letancurt. En seguida éste mandó

¹ Sólo aquí consta la noticia de la presencia del obispo de Rubicón en la conquista de Fuerteventura; noticia tanto más difícil de comprobar, cuanto que no sabemos si, en la fecha de dicha conquista, existía ya aquel obispado.

² *Corraletas* es error, por *Corralejos*, que es el nombre de una playa del extremo N de Fuerteventura. ABREU GALINDO, I, 13 (pág. 67) indica como lugar de desembarco Valtarajal. Es curiosa la noticia de la torre que Béthencourt mandó edificar en la misma playa. Se sabe, en efecto, que los conquistadores franceses edificaron allí las dos torres llamadas Richeroque y Valtarajal, pero se desconoce la situación de la primera (cf. ELÍAS SERRA RÁFOLS, *Castillos betancurianos de Fuerteventura*, en «Revista de Historia,» XVIII (1952), págs. 509-27).

fabricar en la villa la iglesia parroquial de Santa María, llamada de Letancurt.

Refieren los que toscamente recogieron algunas cosas de estos bárbaros, que la fatídica Tibiabin¹ fue causa de que los isleños no hicieran mucha defensa y que se dejaran bautizar fácilmente. Porque dicen que, antes de la llegada de los cristianos, el demonio había inducido a la gente a que pensasen darse muerte desesperadamente; y aquella mujer, movida por el verdadero espíritu de Dios, les hizo abandonar aquella intención, con decirles que pronto vendría gente forastera, la cual les daría consejo de lo que tendrían que hacer, y los libraría de la muerte, haciéndolos para siempre alegres, contentos e inmortales; y ellos, conmovidos por su autoridad (que entre ellos era muy grande), se detuvieron, con el deseo que tenían de la gente forastera. Y después de llegados los cristianos, entendiendo ellos de Tibiabin que aquéllos eran los verdaderos amigos y consejeros desde tanto tiempo esperados, se rindieron de buena gana, recibiendo el bautismo del obispo y de otros sacerdotes que éste conducía consigo; y la primera de todos fue Tibiabin, quien después fue mujer de mucha penitencia y de vida verdaderamente cristiana.

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 13 (pág. 67): «por persuasión de las dos mujeres Tibiabin y Tamonante, que así se lo aconsejaron». Y, más abajo (pág. 68): «Cuentan antiguos naturales de esta isla de Fuerteventura que haberse ganado tan fácilmente esta isla fue por las amonestaciones de estas dos mujeres, Tamonante y Tibiabin».

CAPITULO XXV

De donde tuvo origen este nombre de Fuerteventura¹

HAY quien piensa que a esta isla la llamaron los antiguos isleños Ventura, aunque no se sepa claramente cómo se haya llamado, y se considere que entre ellos no hubo constancia de este nombre. Otros quieren que Juan de Letancurt le haya dado el nombre de San Buenaventura,² fraile franciscano, obispo y cardenal de Albano, cano-

¹ Este capítulo, omitido en la edición de D. J. Wölfel, ha sido publicado, con traducción española, por EMILIO HARDISSON, *Capítulo inédito de la «Descrittione de l' isole Canarie» de Leonardo Torriani*, en «Revista de Historia», núm. 78 (1947), págs. 217-21.

² San Buenaventura, conocido como el Doctor Seráfico (1221-1274), sólo fue canonizado en 1482: de modo que, según atinadamente observó EMILIO HARDISSON, en «Revista de Historia», XIII (1947), pág. 218, Juan de Béthencourt no podía dar a la isla el nombre de un santo beatificado 80 años después de su conquista. Sólo que el error no es de Torriani, sino que él copia textualmente una fuente anterior, que es la misma que tenía a la vista Abreu Galindo. En efecto, el franciscano escribe (pág. 53): «Yo tengo escrituras del tiempo de doña Inés Peraza, señora que fue destas islas, donde la nombran isla de San Buenaventura; el cual nombre no fue impuesto de Juan de Betancor, porque San Buenaventura nació año de 1417». Por consiguiente, si Abreu Galindo indica que el nombre no se debe a Béthencourt, sólo se explica su afirmación como para responder a otra opinión diferente. Comprendemos, pues, su frase, como que quiera decir: El cual nombre no fue impuesto por Juan de Betancor, como

nizado por Sixto IV, año de 1374. Otros, que quizá haya recibido este nombre de la gran ventura que había tenido en conquistarla; porque, como se dijo antes, también se llama Magnasors; pero después, por la grandísima esterilidad y aspereza de la tierra, se le mudó el «bueno» en «fuerte», que en lengua castellana es tanto como «bravío», y se llamó Fuerteventura. Otros dicen que se llamó Maoh, lo mismo que Lanzarote, porque hasta ahora los isleños se dicen *mahoreros*. Pero ¿quién puede tener la seguridad de estas cosas, que no fueron encomendadas a la memoria de lo escrito, que renueva la antigüedad y suavemente remonta los años y los siglos, contra el curso natural y la consumación del tiempo?

dicen otros; y estos «otros» son los mismos a quien reproducía Torriani. Por lo demás es notable la coincidencia, en este punto, de los textos de Torriani y de Abreu Galindo, igualmente confusos y lleno de errores; pues ni nació San Buenaventura en 1417 como lo afirma Abreu, ni fue santificado por Sixto IV en 1374, como dice Torriani, o por el mismo papa en 1474, como está en el franciscano; de lo cual parece poderse deducir que ambos tenían a la vista un texto ya lleno de errores.

CAPITULO XXVI

De la villa de Santa María de Betancuria y del convento de San Francisco y de dos frailes que vinieron a esta isla

ESTA villa está situada en un valle estrecho, que, cuando llueve, se halla atravesado por un pequeño río. Tiene 150 casas, fabricadas rústicamente y sin orden. Hacia la parte de Poniente está dominada por una llanura espaciosa y cultivada; y en todos sus demás alrededores tiene montañas ásperas, que sólo sirven para pasto del ganado. Tiene dos iglesias, la parroquial de Santa María de Betancuria, de la cual tomó su nombre, y el convento de la orden de San Francisco, llamado de San Buenaventura.

Entre los primeros frailes que vinieron aquí fueron dos célebres franciscanos, el uno fray Diego de San Nicolás, a quien hace dos años canonizó el papa Sixto V;¹ el otro fray Juan de San Torcaz, teólogo en reputación de santo, de quien se cuentan milagros que hizo durante su vida. Sus huesos descansan en el interior de esta iglesia de San Francisco, donde se conservan con devoción; y junto con ellos hay también algunos libros de filosofía, por Ramón Llull, que dejó escritos de su mano.

¹ San Diego de Alcalá fue canonizado el 2 de julio de 1588.



Vista de Santa María de Betancuria

CAPITULO XXVII

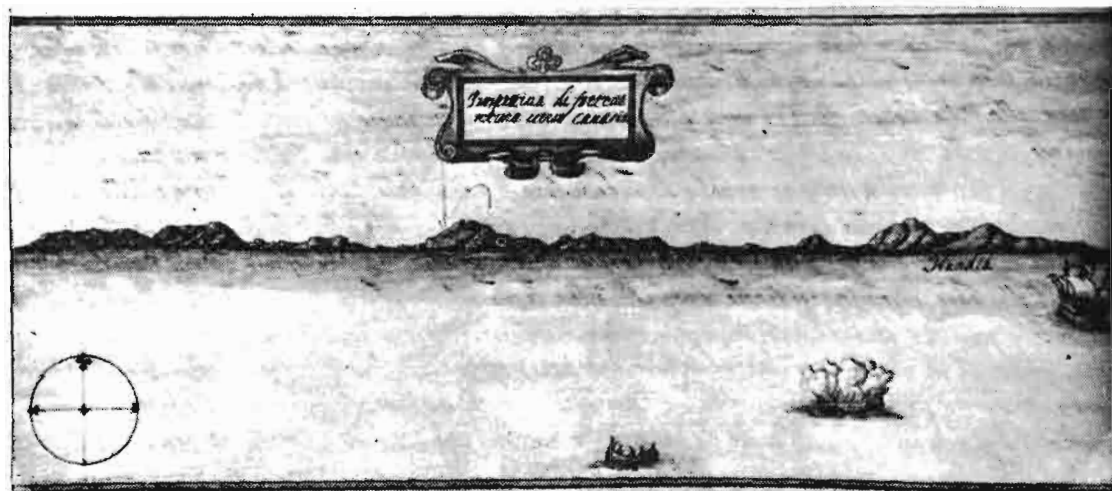
De la fortificación del valle de Santa María de Betancuria de Fuerteventura

LA fortificación de cualquier isla, reino y provincia, se debe considerar de dos modos, es decir: contra los de dentro, y contra los de fuera. De este modo, contra los primeros, como por ejemplo los vasallos y la gente de casa o los familiares enemigos, se hacen los castillos y las fortalezas al interior de las ciudades; y las mismas ciudades también se rodean, contra los vecinos, mediante grandes gastos, con gruesas murallas y soberbios baluartes y fortificaciones. Pero cuando se toma en consideración la defensa contra forasteros y gente de lejos, la fortificación se pone en la frontera y a la entrada de algún paso o puerto, de modo que, si se logra establecer fortificaciones de esta clase que tengan efecto, cualquier otra fortificación viene a ser supérflua. Pero a veces ocurre que las fronteras de los dichos reinos y provincias o islas están abiertas en todo su alrededor, de modo que no se puedan fortificar sin hallarse envueltas en obras interminables, tanto en fuerzas como en gente, gastos y trabajo; y después incluso si se ha conseguido todo esto, las fuerzas así esparcidas y dispersadas ofrecen poca resistencia y son fáciles de superar. En tales casos, eligiendo el mal menor, se procura siempre salvar la mejor parte, con fortificar en medio alguna ciudad, la cual, como corazón y cabeza de todas las demás partes, pueda

por lo menos mantenerse con vida y defenderse contra los enemigos, sin tanto trabajo y peligro; y, mientras se conserva ésta, las demás partes ofendidas fácilmente se pueden restaurar después, y no se pierden completamente.

Considerando, pues, el peligro a que en cada año está expuesta la gente de Fuerteventura, por tener la isla por toda su costa mil puertos y calas y playas donde los enemigos, tanto moros como turcos e ingleses, pueden desembarcar, y después, por camino llano y fácil, emprender marcha a la villa, sin ningún impedimento (porque en toda esta isla no hay más de dos mil almas, de las cuales solamente trescientas personas pueden pelear; y éstos, por ser pocos, no bastan para defender tantos lugares en la costa del mar, muy lejos de la villa), me parece que, si se quiere asegurar a tantas almas contra las garras mahometanas, la fortificación no es en ningún otro punto más conveniente que en la meseta que está encima de la villa. Este lugar, además de ser muy cercano de las casas, de modo que la gente se pueda refugiar en seguida, también está libre de eminencias, y defiende la villa que está debajo de él y ambas iglesias. Y para las dos mil almas que en esta fortaleza se pueden retirar, para defenderse contra los corsarios (que nunca se exponen al riesgo de perderse), basta la plaza de la fortaleza, que en el dibujo de la villa se ve dibujada en perspectiva encima de dicha meseta. Su plano está puesto debajo.

También bastaría la forma cuadrada, aunque padezca mil imperfecciones; porque las frentes de los baluartes, hechas sobre los flancos reales, suelen resultar demasiado largas, y los ángulos que forman entre ellas, muy agudos; sin embargo, con abrir la base de los triángulos, es decir los flancos, y con no hacer a éstos últimos reales, sino pe-



Perspectiva de Fuerteventura

queños, lo bastante para la defensa a mano y con falconetes, no se incurre en el acostumbrado inconveniente, y queda la fortaleza bastante proporcionada. Por otra parte, ésta tampoco necesita terrapleno, ni murallas muy gruesas, porque para el enemigo resultaría difícil conducir artillería gruesa desde lejos y por camino áspero, aunque no montuoso, porque tendría más gasto y trabajo que el valor de la presa que pudiese esperar. Las artillerías pequeñas no se deben temer, porque para ellas serían suficientemente resistentes las murallas; y esta fortaleza sólo se considera para defenderse de un asalto repentino de los enemigos, los cuales no vienen para adquirir honra y gloria con su sangre, sino presa y ganancia, lo más precavidamente que les fuese posible.¹

¹ El parecer de Torriani sobre la fortificación de Fuerteventura, como posiblemente sus datos descriptivos, vienen de un trabajo sobre este particular que hizo, por su indicación, su colaborador el ingeniero Próspero Casorla. Dicho *Parecer sobre la fortificación de Fuerteventura* se conserva en el Archivo de Simancas, Mar y Tierra. 448.

CAPITULO XXVIII

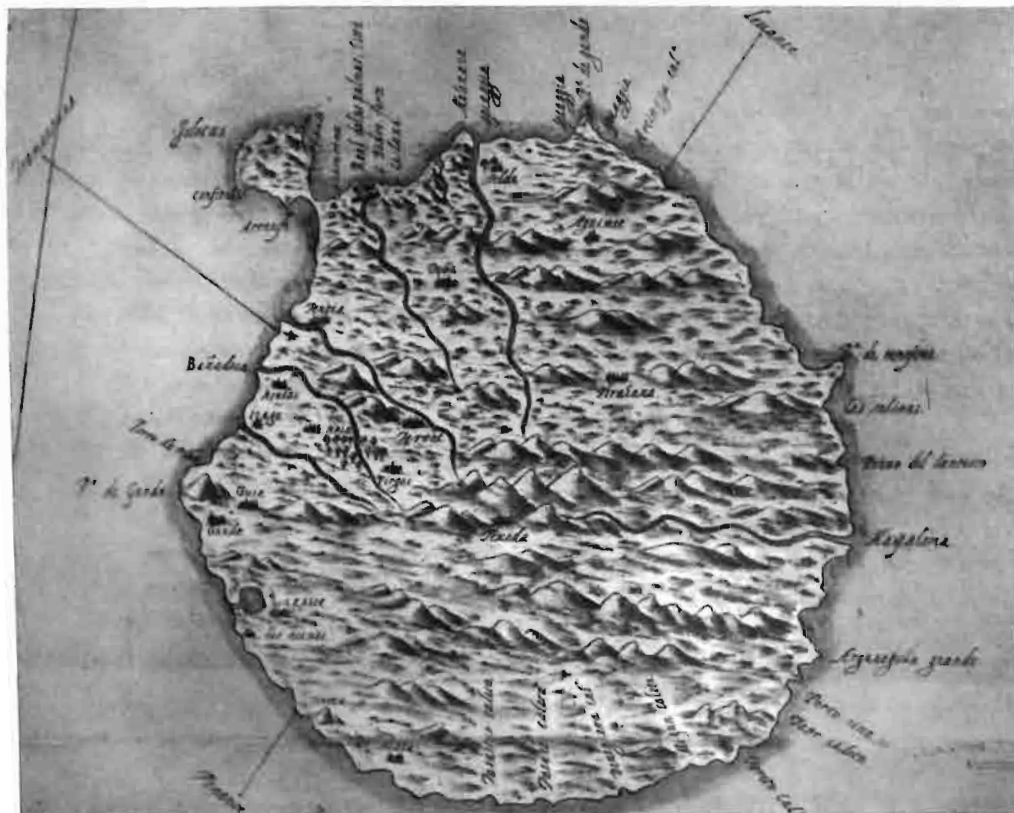
De la Gran Canaria y su descripción

ES de creer que esta isla de Gran Canaria, favorecida por una particular influencia de las estrellas (por las cosas que de ella se ven), ha tenido el primer lugar entre las demás Afortunadas, como se indicó al principio de este libro. En efecto, antiguamente fue tan fértil y abundante de bienes, que bastó para sustentar en tan pequeño espacio de tierra casi sesenta mil almas,¹ sin ninguna ayuda de otro lugar; y los hombres tuvieron tanto valor y astucia, que en muchas cosas militares, a pesar de su rusticidad, se pueden comparar con naciones nobilísimas, según en su tiempo se dirá, no sin admiración.

Por lo tanto, siguiendo a Homero, se considera que, después de la primitiva edad del Siglo de Oro, Júpiter, Neptuno y Plutón se repartieron entre sí el reino que tenían de su padre Saturno. A Neptuno, según Platón, le tocó la isla Atlántica, es decir, según creo, el África,² por ser casi

¹ La población de Gran Canaria no se indica con tanta precisión en las demás fuentes históricas; pero no debe alejarse de la realidad, si admitimos el cómputo de ABREU GALINDO, II, 7 (pág. 172), según el cual Guanarteme de Telde disponía de 10. 000 hombres de pelea, y el de Gáldar de 4. 000. Cf. también más adelante, cap. XXX.

² Hemos modificado la construcción del original, que parece defectuosa: *Per essere quasi isolata dal mar Rosso; la quale come principale, da cui l'altre furono dette Atlantide gli è intenso questa di Canaria*. Esta redacción carece de sentido, y se debe sin duda a un error mecánico de la copia. Prueba de ello es que las palabras *cioè l' Africa (secondo il mio parere)*, *per essere quasi isolata dal mar Rosso* habían quedado olvidadas, y fueron añadidas entre los renglones.



Mapa de Gran Canaria

una isla, aislada por el mar Rojo; y de ella las demás islas fueron llamadas Atlántidas, comprendiendo entre ellas a ésta de Canaria, de la cual tomaron también su nombre las demás Canarias. Por entonces, según se puede creer, vivían en ella Evenor y su esposa Leucippe; y Neptuno, enamorado de su hija Clito, después de muertos los padres, la tomó por esposa, con la cual tuvo a su primer hijo, llamado Atlas por la isla que le cupo en suerte. Éste fue después hecho rey de todas aquellas islas, por su padre; y más tarde tomó su mismo nombre el mar circunvecino.

Este mar Atlántico también fue llamado de los Inferiores, por estar situado en la parte inferior de toda la tierra de Occidente, donde los antiguos poetas fingían hallarse la puerta de la noche; y, con variarse su nombre, le dijeron Estigio y Lago del Infierno. Y de allí nació la fábula de que Hércules vino a estas últimas partes de la tierra, y sacó a Cerbero del Infierno, a quien decían el perro tricéfalo; lo cual demuestra el poderío de Plutón entre los espíritus infernales, y también representa el último trabajo de Hércules, es decir de las tierras que recorrió y conquistó, en dirección de todas las partes del curso del sol, Oriente, Mediodía, y Occidente.

Este hemisferio fue llamado de la Luna, a diferencia del nuestro, que es de Venus; de donde nació la fábula, que Teseo y Piritóo bajaron al Infierno a raptar a Prosérpina; es decir, vinieron a estas islas y parte inferior de la tierra, que llaman Epiro ático occidental, en la región de los Molosos, donde colocó Homero los Campos Elíseos y la parte de los Inferiores. Con esto concuerda la fábula que escribe Higino, de la lira de siete cuerdas que hizo al número atlántico Mercurio, hijo de Júpiter, estando en el monte Cilene de Arcadia. Y, considerando que, según los geógra-

fos, no se tiene noticia más que de tres Atlas, se saca la conclusión que el número septenario atlántico no era otro, en la intención de Mercurio, que el de las siete islas Atlánticas habitadas; a las cuales después llamaron Felices. Es verdad que este mismo número se atribuye a los planetas y a Maya, una de las más importantes; y quizá ésta era de Canaria, de la cual él tomó el nombre de la madre, por ser Mercurio, con todos los demás dioses, nacido sobre este mar Océano, a quien Homero llama Padre.

Sin embargo, estas cosas quedan dichas sólo para tocar de paso a tan grande antigüedad, de que referían fábulas los antiguos poetas. Canaria es nombre que le pusieron al tiempo de Juba, por el gran número de perros grandes que por entonces vivían en ella, según refiere Plinio. Pero no se sabe cómo se llamaba antes. Algunos modernos piensan que se llamaba así por una yerba *canaria*, venenosa,¹ que se halla en gran abundancia, la cual atosiga el ganado que la come.² El que este nombre tenga su origen de las cañas de que se hace el azúcar, como pretende el autor del *Tesoro de la lengua latina*,³ no tiene nada de verdad, puesto que los cañamieles fueron llevados aquí desde España y plantadas después de la conquista, cuando, terminada la guerra, la gente empezó a dedicarse al cultivo de los terrenos. De todo modo, no es razonable investigar con mayores sutile-

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 1. (pág. 147): «Otra yerba hay también en esta isla en gran abundancia, que se llama en latín *Canaria*... Los caballos, cuando los echan a comer verde en los prados, procuran no haya desta yerba, porque les cría mucha sangre y los ahoga y mata. Y por la gran abundancia que hay desta yerba pudo llamarse Canaria».

² *La come*: siguen en el ms. algunas palabras tachadas.

³ Antonio de Nebrija.

zas el origen de este nombre de Canaria, porque Plinio ofrece testimonio suficientemente claro, aunque entre los modernos no se halla recuerdo de que haya habido tales perros.

Esta isla, según ya se ha visto en la primera figura de todas las islas en su conjunto, está situada en medio entre Fuerteventura (de que dista en 56 millas) y Tenerife, de la cual está en otras 43 millas de distancia, y es como cuerpo y corazón de todas las demás, que llevan su nombre. Es redonda, y en la parte del noroeste tiene una península de doce millas de circuito, que por sus dos lados forma puerto. Toda la isla en redondo tiene 123 millas, y tiene muchas playas, calas y golfos abiertos que forman puerto. En gran parte es áspera, pero también tiene sitios agradabilísimos e infinidad de fuentes excelentísimas, que llegan al número de cinco mil, las cuales después se reúnen y forman ríos.

Entre las cosas dignas de mencionarse está la montaña de Doramas, que, mirando hacia el Norte, tiene aguas fresquísimas, cerros amenos, y sitios extraños y cuevas toscamente hechas, y varias clases de árboles en número infinito, que con sus excelsas cimas parecen rebasar el término de su crecimiento; los cuales crían sombra a los prados, a las yerbas y a las fuentes que allí se hallan, de tal modo, que no sólo parece ser la famosa montaña de Ida, sino que parece como si reuniese en sí a todos los dioses del Parnaso y de la Arcadia. Digna de resonar al dulce caramillo de Títiro mantúano y del Sincero napolitano,¹ hoy día es de feliz

¹ Títiro es alusión a uno de los principales personajes de las *Bucólicas* de Virgilio, quien, como es sabido, era natural de Mantua. Sincero es Actius Sincerus Sannazarus, el célebre poeta latino del Renacimiento, natural de Nápoles.

memoria por la suave Musa del afortunado Cairasco, nobil planta provenzal cultivada en los éliseos terrenos de Canaria.¹

A la parte de Levante, a lo largo del mar, a tres millas de distancia de la península, se extiende la principal ciudad, llamada el Real de Las Palmas, por el número que de ellas se halló cuando fue fundada por los cristianos conquistadores. En dirección del suroeste, a dos millas de distancia del mar y a siete del Real de Las Palmas, se halla la pequeña ciudad de Telde. En el interior de la tierra hay muchos pueblos, aunque pequeños y poblados por pocas gentes. La fertilidad de la isla es grande, de modo que, sin mucho labrar y cultivar, como más adelante se dirá, produce trigo, cebada, vino, azúcar, y cualquier otra clase de fruta, y carne en abundancia. Se hallan en ella restos de edificios antiguos, tan bien labrados y conservados, que provocan a suma maravilla a quien los ve; quizá sean los restos de los mismos edificios de que hace mención Plinio.

¹ Bartolomé Cairasco de Figueroa había nacido en Gran Canaria; su padre era natural de Niza, en Provenza. La mención que del poeta canario se hace aquí, coincide con la de Abreu Galindo, en igual pasaje de su historia, y se explica por el verdadero entusiasmo de Cairasco para con el célebre bosque de Doramas. Por otra parte, es cierto que Torriani conocía a Cairasco, quien le dedicó una epístola y para cuyo *Templo militante* escribió una canción en italiano.

CAPITULO XXIX

De los habitantes de Canaria, antes de que fuese conquistada

EN el cuarto capítulo de este libro se ha dicho detenidamente qué opinión se tiene sobre los que en diferentes épocas habitaron en esta isla, y de los que volvieron a hallarla en tiempo de los cartagineses. Pero no se sabe con seguridad de qué procedencia fueron los que la habitaron últimamente, antes de que llegasen los cristianos. Se piensa hayan venido de Arabia, por algunos vocablos árabes que tuvieron los canarios, y que también se parecen con los de Fuerteventura y de Lanzarote; de lo cual algunos infieren que habrán venido de una misma nación a habitar en estas tres islas.

Esto parece difícil de admitir, por la diferencia que había entre los canarios y los demás isleños; a pesar de ello, se ha concluido que son todos árabes, atribuyéndose la variedad y las diferencias a la calidad del lugar y a otras razones ocultas, según Panecio.¹ A esto también hay la siguiente objeción: ¿cómo se explica que, con ser la gente de estas tres islas, Lanzarote, Fuerteventura y Canaria, de una misma nación, sólo los canarios perdieron la idolatría y sin

¹ LUCAS PANAETIUS, editor y comentador, entre otras obras, de MARSILIO FIGINO, *De Christiana religione aureum opusculum*, Venecia 1518, en 8.^o

otra luz natural (porque entre ellos no hubo hombres sabios ni investigadores de la causa de las causas), vinieron al conocimiento de un solo Dios, que desde el cielo gobierna todas las cosas de aquí abajo, y a quien ellos llamaban Acorán?

Si alguien responde que a los canarios les fue posible conocer a Dios por los dos santos martirizados en esta isla, si lo conocieron y creyeron en él, ¿cómo martirizaron a los santos predicadores? Y si los santos hombres predicaron a un Dios en esencia y trino en persona, ¿cómo entre estos canarios no quedó ninguna memoria del hijo de Dios y del Espíritu Santo y de la gloriosa María, Virgen y Madre, o por lo menos alguna chispa de alguna de estas cosas? En cambio sí quedó en la isla de Tenerife, por la predicación de los dos mártires Maclovio y Brandano,¹ los cuales nacieron en el cielo en tiempo del emperador Justiniano; que, a pesar de toda la incredulidad y del tiempo, no fue posible apagarse completamente la verdadera luz que en ella habían encendido los santos monjes.

Por esta razón se puede creer, por consiguiente, que estos canarios no fueron de la tribu de los de Fuerteventura y de Lanzarote ni de ninguna otra de las demás islas; sino que tuvieron su principio de gente más noble. En efecto, entre ellos no hubo idolatría ni predicación evangélica, sólo que, al igual que los atenienses, adoraban un Dios desconocido e invisible, y le hacían sacrificio. Lo consideraban inmenso y lo creían en todas las cosas;² pero no como

¹ Sobre San Brandán, cf. más adelante, cap. LI, y el estudio de E. BENITO RUANO, *La leyenda de San Brandán*, en «Revista de Historia», XVII (1951), pág. 35-48.

² *En todas las cosas*, en el original, *fra tutte le cose*. Creemos que se debe entender «presente en todas las cosas, omnipresente».

hombre, ni como alma del mundo, como lo comprendía Varrón, sino como mente divina que gobierna los cielos y las estrellas y los elementos, según lo confesaban los platónicos, los estoicos y los pitagóricos.

Tenían los canarios a un sacerdote llamado *faicag*,¹ a quien cumplía hacer oración y los sacrificios. También tuvieron casas de vírgenes a modo de convento, que llamaban *Tamogonte en Acoran*,² es decir «templo de Dios». Fueron los canarios verídicos y nobles. Preciaban mucho el valor. Tuvieron reyes, consejo y senadores para el gobierno común, según más adelante se dirá ampliamente sobre cada cosa en particular.

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 149): «el cual determinaba sus diferencias y debates y administraba las ceremonias y ritos tocantes a su religión».

² Cf. ABREU GALINDO, II, 3 (pág. 156): «A las casas llamaban *Tamogante en Acoran*, que es decir *casa de Dios*».

CAPITULO XXX

De los canarios antes de tener reyes, y cómo un capitán se hizo señor de toda la isla, y de dos hijos que tuvo y gente de guerra, y de algunos hombres famosos entre ellos

ANTIGUAMENTE, los canarios llevaban vida errante y sin jefe ni gobierno. Cada familia vivía independiente, y obedecía al más importante de ella, como lo hacían los sármatas y los escitas. Poco tiempo antes de que empezase a descubrirse un mundo nuevo en este hemisferio del océano, ocurrió que una mujer de noble estirpe, llamada Attidamana,¹ rica de los bienes que entonces podía conceder la fortuna pastoral, fue insultada por un jefe de familia, donde antes era acostumbrada a ser honrada por todos y tenida en mucha consideración. Por cuya razón, enamorándose de un fuerte y valiente capitán dicho Gomidafe, se casó con él; y éste hizo después tal guerra a todos los demás, que vino a ser príncipe de ellos y de la isla.

Gomidafe y Attidamana tuvieron dos hijos, Egonaiya y Bentagoihe² los cuales, después de muerto el padre, di-

¹ La historia de Atidamana y de Gumidafe está relatada, en términos parecidos, por ABREU GALINDO, II, 7 (pág. 171).

² Los nombres que indica ABREU GALINDO, II, 7 (pág. 171) son algo diferentes: Ventagahe y Egonaygachesemedán.

vidieron la isla entre sí, llamándose cada uno por su parte Guanarteme, que en nuestro idioma es tanto como «rey». El Guanarteme Egonaiiga vivió en la villa de Gáldar, que debía de ser la mayor y la más importante en la banda del norte; y el Guanarteme Bentagoihe vivió en Telde, que entonces era la población mayor de todas. Bentagoihe fue mucho más poderoso que su hermano, porque tuvo a sus órdenes catorce mil hombres de pelea.¹ Egonaiiga sólo tuvo cuatro mil, los cuales eran casi todos nobles; y, aunque fuesen inferiores en número, superaban a todos los demás en valor. Además, pretendían que los hombres que nacían y se criaban en la banda de Poniente o de norte, eran más fuertes y más valerosos; lo cual no parece fuera de razón, porque los frescos vientos septentrionales, que el Océano manda continuamente por estas islas, fortalecen el calor natural, que en la parte austral se consume con los rayos del sol, según hoy todavía se prueba con la experiencia.

Entre estos canarios hubo hombres valentísimos en la guerra. Uno de ellos se llamaba Atazaicate,² que quiere decir «animoso» y «de gran corazón»; pero, por ser feo, las mujeres le decían Atabicenén, es decir, «salvaje» o «perro lanudo»; porque *tabicena* en su lengua significa «perro»; de donde algunos han pensado que antiguamente entre estos canarios la isla se haya llamado Tebicena, que significaría lo mismo que Canaria.

¹ ABREU GALINDO, pág. 172, indica respectivamente 10 000 y 4 000 hombres.

² ABREU GALINDO, II, 8 (pág. 174) lo llama *Atacaycate* (probablemente es error de escritura, en lugar de *Atazaicate*), y traduce «gran corazón». En el mismo autor, su apodo suena *Arabisenén*, traducido simplemente por «salvaje». Faltan en Abreu las explicaciones referentes a *Tebicena*.

Adargoma fue hombre de muy grandes fuerzas, e igualmente Maninidra, y audaz. También son célebres todavía Nenedan, Bentahor, Bentagai, Guanhaben, Caitafa,¹ y más que todo entre estos nobles el villano Doramas, habitador de la montaña que le dio el nombre. Entre estos isleños hubo hombres de gran estatura, aunque no se haga mención de ningún gigante.

Los canarios vivieron sin sentir ni conocer la enfermedad, sino a los ciento veinte y ciento cuarenta años. Por más que se quiera atribuir su salud a la perfección y temperie del aire, se debe explicar más bien por los alimentos poco variados y convenientes, pues sólo se alimentaban con cebada, carne cocida, hervida y guisada, y mantequilla: comida perfectamente adaptada a la salud del hombre.

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 7 (pág. 172), quien indica también, en forma algo diferente, los nombres de los principales caudillos canarios.

CAPITULO XXXI

De las moradas de los canarios

CON la paz que después tuvieron los canarios entre sí, debajo del gobierno de los reyes, empezaron a fabricar juntos casas y poblaciones y a reunirse para vivir urbanamente, abandonando la vida pastoril y rústica. Hay mención (como también se puede comprender por los restos) que tuvieron ciudad de hasta catorce mil fuegos, lo que parece increíble.

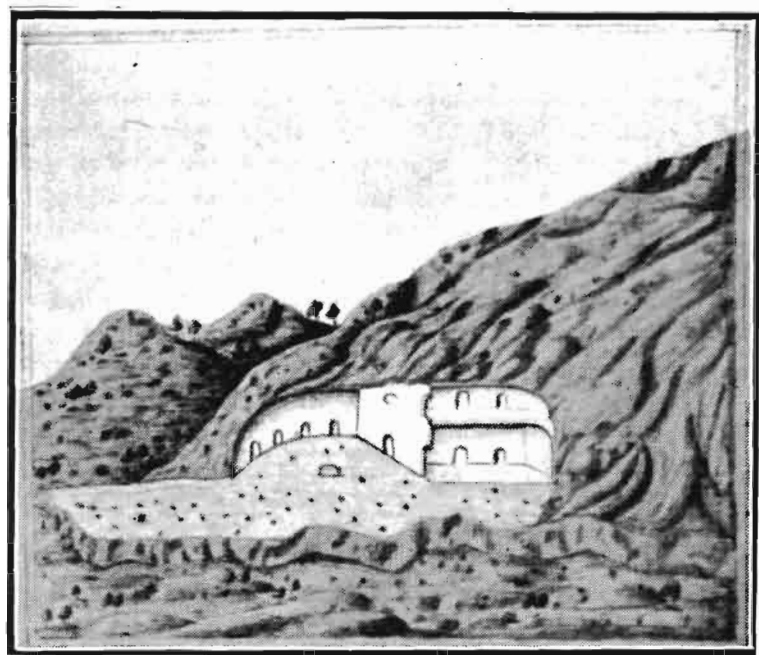
Sus calles eran estrechas y las casas hechas con piedra seca (es decir sin argamasa u otra cosa parecida), pequeñas, limpias y bien labradas, pero bajas de techo, como las de los frigios, de las cuales habla Vitruvio Polión. Dichas casas cubrían con troncos juntados de palmas, y encima de ellos, para defenderse de las aguas de lluvia, hacían una costra de tierra, que todavía se usa hoy en Canaria;¹ porque no tenían útiles para poder adelantarse a más noble arquitectura. A las casas ponían pequeñas puertas de tablas de palma, labradas con hachas de piedras duras afiladas, apretadas entre dos pedazos de madera bien unidos y atados juntos,

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 4 (pág. 159); «Tenían casas y oficiales que las hacían de piedra seca, y eran tan pulidos, que hacían las paredes tan justas, cerradas y derechas, que parecía llevar mezcla. Hacíanlas bajas de pared y hondas del suelo, porque estuviesen calientes. Por encima las cubrían con palos juntos, y encima, tierra».

así como las hachas de diamante que se hacen para labrar las durísimas piedras de jaspe de la custodia que está en el sagrario del famoso y excelente templo de San Lorenzo del Escorial, voto de la Sacra Cesárea Majestad del rey Felipe, segundo de este nombre, y obra del excelente matemático Juan de Herrera.

También tuvieron los canarios otras moradas más antiguas, bajo tierra, como se dijo en el capítulo IV de este libro, y tan bien y diestramente hechas que hasta hoy mantienen su perpetua duración. En estas casas vivían los hombres viejos y los reyes y los nobles, para protegerse en invierno con el calor retirado en los poros de la tierra, y descansar en verano con el frescor que se refugia allí de los rayos calientes del sol.

Cuando querían fabricar de este modo, primeramente escogían la ladera de alguna pendiente, para que, al socavar en dirección horizontal, tuviesen sitio donde ir en lo alto. Y adentrándose algún tanto, hacían una gran entrada que servía de pórtico, y al lado de ésta dos lavaderos a modo de cisternas; y encima de la puerta abrían una pequeña ventana, por la cual entraba la luz en todas las habitaciones de la casa. Después, a una altura de diez a doce pies frente a la puerta, cavaban una sala larga, y su puerta casi tan grande como su largo. En medio de cada pared cavaban después una puerta, y de allí adentro labraban cuartos grandes y pequeños, según sus familias y necesidades. Pero al llegar encima del pórtico, a la altura de la sala, hacían otra pequeña ventana, por la que recibían todas las habitaciones segunda y tercera luz. Después hacían, tanto alrededor de la sala como las demás habitaciones, muchos nichos, a poca altura del piso, para sentarse y colocar en ellos algunas cosas manuales de su casa.



Casas de indígenas canarios

Estas habitaciones las hacían los canarios en las cuevas de los montes, o las cavaban en la toba o en la tierra, sin madero ni hierro ni otro instrumento, sino con huesos de cabra y con piedras muy duras. A éstas últimas las labraban tan agudas y pulidas, que las usaban también para sangrarse; y en el día de hoy se usan en Canaria, entre los campesinos, en lugar de navaja de afeitar, a las cuales llaman *tausas*, como antiguamente se decían.

Esta clase de casas debajo de tierra fueron hechas por los antiguos por orden de Noé, como escribió Beroso Caldeo, en el libro de las antigüedades del mundo; y, según Hesiodo, en su *Teogonía*, en ellas fueron obligados a vivir los hombres que en el Siglo de Plata, en tiempo de Júpiter, tuvieron poco respeto a los dioses; pero después también menospreciaron esta orden, y, al hacerse más fuertes, durante los peores Siglos de Cobre y de Hierro, que siguieron, fabricaron las soberbias ciudades, adornadas con suntuosos edificios y pertrechadas con fuertes murallas, contra el poderío de los hombres adversarios que se presentasen.

CAPITULO XXXII

Del gobierno, justicia y sacrificio de los canarios

CADA uno de los reyes de Canaria tenía doce consejeros,¹ hombres elegidos entre todos sus vasallos, de los más nobles y valientes; y uno de ellos, como jefe y presidente, despachaba las cosas del gobierno y de la justicia.

Cuando algún reo era condenado a muerte, por homicida, lo hacían morir del modo que dijimos que se usaba en Fuerteventura. Si el reo tenía hijos, ejecutaban la muerte en uno de ellos, al que le tocaba la suerte; y si el homicida mataba a alguna persona que tenía hijo, y él mismo tenía a su padre, el padre padecía la pena por el hijo; porque estimaban que el reo, conservando la vida, debía de sufrir más grave dolor, como sobre este particular se ha dicho, en el capítulo de Fuerteventura; y esta semejanza de justicia la tuvieron los de Fuerteventura² de algunos canarios que solían pasar allí, en pequeñas embarcaciones hechas de árboles de drago y de palma, como más adelante se dirá.

¹ No coincide con la indicación de ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 151): «los doce consejeros de la guerra, que llamaban *gayres*, y había seis en Telde y otros seis en Gáldar».

² A los habitantes de Fuerteventura los llama Torriani *i Venturini*, «los venturinos».

A esta clase de justicia añadían también los canarios que, cuando el delito se juzgaba entre muchos y no se podía saber quién era el que merecía la muerte, a todos los culpados les ponían en la mano un pedazo de madera encendida, de un árbol resinoso; y a quien se le acababa de quemar primero la madera, a aquél lo hacían morir; y si a todos terminaban de quemar a un tiempo, a todos ellos los tenían por culpables y los castigaban.

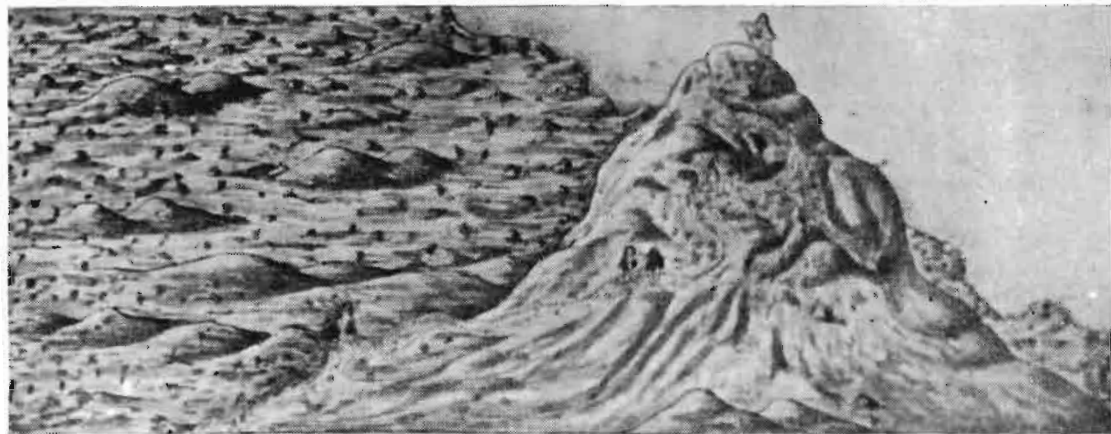
Del mismo modo en que estos gentiles eran amigos de castigar a los reos y de conservar la paz y la seguridad, también eran devotos a Dios y le hacían sacrificios a menudo; por lo cual cada rey tenía un sacerdote, llamado *faicagh*.¹ Este se llevaba consigo a toda la gente, encima del risco más alto en que se podía subir; y allí, después de haber hecho él la oración y llevado a Dios las almas devotas, derramaba en la tierra leche en abundancia, a manera de primicias debidas;² después de lo cual, licenciada la gente, volvían a sus casas en procesión.

El buscar a Dios encima de las montañas se ha visto también entre otros gentiles, según escribió Aristóteles de los que habitaban en el Olimpo; los cuales ascendían cada año a la cumbre más alta de aquella montaña, para hacer sus sacrificios, pensando, de igual modo, que Júpiter moraba allí, en la altura, o deseando acercárseles lo más que

¹ *Faicagh*: corregimos el ms., que lleva *caifagh*.

² Cf. ABREU GALINDO, II, 3 (pág. 156): «Tenían casas donde se encomendaban al Dios que estaba en lo alto, que decían *Almogaren*, que es «casa santa»; las cuales rociaban todos los días con leche». Suponemos que Torriani, mediocre conocedor del castellano, habrá comprendido que quien estaba en lo alto no era Dios, sino la casa de oración, y que los canarios rociaban la tierra, en lugar del templo.

podían, atraídos por un espíritu de devoción que, huyendo naturalmente de la amargura de estas cosas terrestres y transitorias, se alza hacia el cielo de donde espera su salvación; y, como Anaxagoras, alzando el dedo de la mente, indica con él su patria y su bien.



Lugar de oración de los canarios

CAPITULO XXXIII

De la nobleza de los canarios

LA nobleza de los canarios no fue calificada ni por la antigüedad de los linajes, ni por los grados de los honores, ni por las riquezas (poderosa fuente de corrupción de las honradas virtudes), aunque hayan sido éstas las solas que conferían al hombre la nobleza. Así, imitando a Antistenes, lo escribió donosamente Ludovico Ariosto:¹

*La vera nobiltate e gentilezza
sola consiste in unica virtute,
e non in gran parenti e gran ricchezza.*

Su nobleza no era hereditaria, sino que cualquiera, por sus propios méritos, podía ser noble, dando muestras políticas y virtuosas desde los primeros años de su infancia. En efecto, aquél que quería ser noble, desde niño se dejaba crecer larga la melena, y no frecuentaba hombres viles ni de oficios bajos; sino que en todas sus acciones usaba de actos nobles, de virtud, magnanimidad, clemencia, generosidad y valor. De todo ello se hacía después información por el *faicagh*, a quien tocaba; y también se averiguaba si dicha

¹ ARIOSTO, *Orlando furioso*:

La verdadera nobleza y hidalguía
consiste sólo en la única virtud,
no en parientes ilustres o grandes riquezas.

persona había robado alguna vez ganado en tiempo de paz, o si había entrado en mataderos, que entre ellos se consideraba cosa sumamente soez. Después, el faicagh le cortaba los cabellos iguales, por debajo de las orejas; y con esta señal era conocido por noble,¹ a diferencia de los villanos, los cuales llevaban la cabeza afeitada y se consideraban tan abyectos, que en tiempo de guerra no podían matar a los nobles, so pena de la vida, sino que debían golpearlos con su vara y dejarlos andar en libertad.

¹ La manera de hacer nobles, que aquí se indica, es la misma que refiere ABREU GALINDO, II, 2 (pag. 150).

CAPITULO XXXIV

Del traje de los canarios

LOS canarios vestían telas de hojas de palmera tejidas junto con juncos, con admirable labor y artificio. Con éstas hacían ciertas faldillas, más o menos como las romanas, y se las ceñían por encima del talle, para cubrirse honestamente las carnes. Después con algunas pieles de cabras blancas, muy bien preparadas y cosidas, se vestían el busto; y encima, a manera de capa, llevaban en invierno dos más, con su lana, abiertas por un lado, como si fuese una hopalanda, a la cual llamaban *tamarco*. En lugar de sombrero llevaban una piel de cabrito doblada, a manera de escofía alemana, atada arriba, donde está el cuello, dejando colgar las pieles de las patas. Este traje, como se ha dicho en el capítulo precedente, se acompañaba en los nobles con el pelo largo, y en los villanos con la cabeza afeitada.¹

Las mujeres vestían pieles preparadas como los trajes de piel que se usan en Lombardía y en otros lugares fríos; y con ellas, como con un traje talar, se cubrían desde el cuello hasta a los pies. Los pelos los trenzaban con juncos en lugar de cintas y los dejaban caer libremente sobre los hombros, dejando la frente descubierta, como principal

¹ Cf. otra descripción del traje canario, esencialmente idéntica a la de Torriani, en ABREU GALINDO, II, 3 (pág. 157).

campo de sus bellezas. Todo cuanto se refería al vestido canario era tan bien hecho y artísticamente cosido, como más diestramente se podría hacer entre nosotros. La tela tejida con hojas de palmera fue tan admirada por aquéllos que la vieron, que su inventora (que, según dicen ellos, fue una mujer), merecía ser celebrada entre ellos, como si fuese otra Aracne, famosa entre los poetas.



Indígenas de Gran Canaria

CAPITULO XXXV

De las armas de los canarios y sus fuerzas y peleas y ejercicios

LAS armas de los canarios eran unos bastones cortos, a manera de maza de un hombre de armas. También tenían otros como espontones aguzados, cuya punta quemaban para hacerla más resistente, y en ella ponían también un cuerno de cabra muy agudo, con lo cual daban golpes tan penetrantes como los de una espada. Además, en los mismos bastones, es decir en las mazas, fijaban algunas varillas verdes y delgadas, creo que más bien para hacerlas silbar durante el combate, que no para fustigar las carnes y provocar un mayor dolor. Pero, a pesar de tener todo esto, sus armas principales eran las piedras hechas por la naturaleza, que tiraban tan diestra y fuertemente que siempre acertaban el blanco a que dirigían sus golpes; y con un solo tiro rompían una rama de palma,¹ cosa imposible de conseguir con un mosquete, no porque la bala de plomo que sale fuera de éste no vaya con mayor violencia, sino porque la piedra, con ser mayor, cortaba con su golpe todo el grosor de la rama.

Entre estos canarios había tres modos de pelear; y por

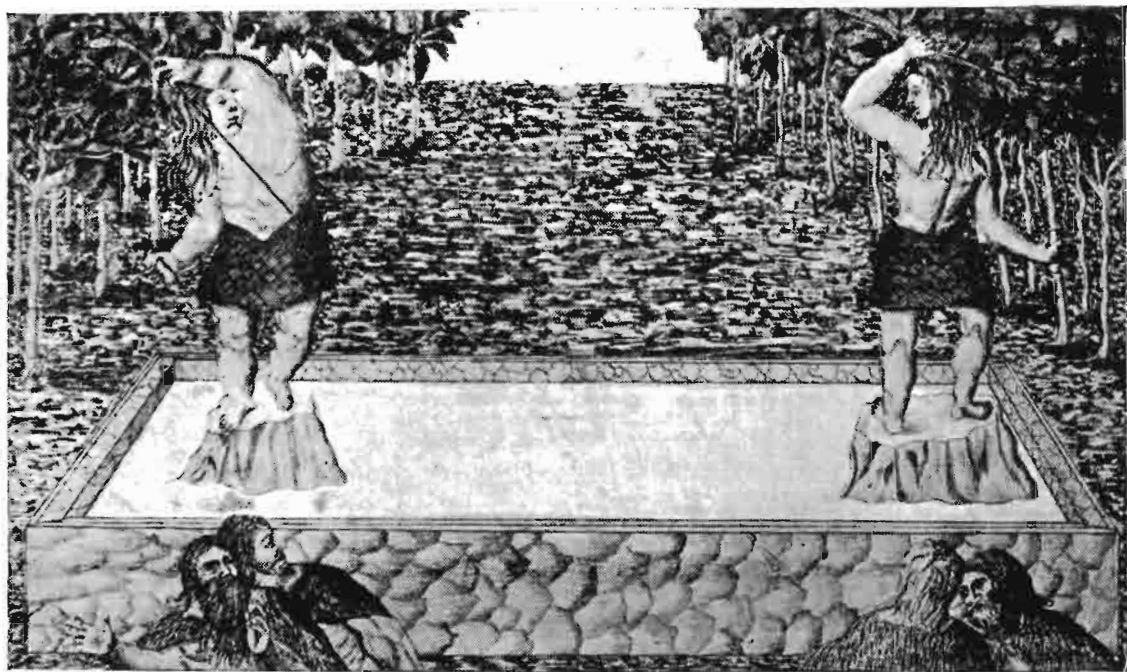
¹ Cf. ABBRU GALINDO, II, 2 (pág. 150): «de una pedrada derribaban una penca de las palmas».

lo mismo tenían también tres armas diferentes: las dos que se han mencionado, y la otra con aquellas piedras delgadas, llamadas *tauas*, con las cuales cortaban y se sangraban, y que también empleaban para herirse, cuando venían a las manos durante el combate.

Cuando dos canarios se desafiaban a duelo, iban al lugar señalado para ello, que era una plazoleta alta, que en cada extremo tenía una piedra llana, grande tan sólo cuanto podía mantenerse encima de ella un hombre de pie. Primeramente cada uno de ellos se ponía encima de su piedra, con tres piedras en la mano, para tirárselas, y con tres más de las que servían para herirse, y con el bastón llamado *magodo* y *amodeghe*. Primeramente se tiraban las piedras, que hurtaban con destreza, meneando el cuerpo; sin mover los pies. Después bajaban en tierra y se enfrentaban con los *magodos*, esgrimiendo y buscando cada uno su ventaja, como se acostumbra entre nosotros; y con el furor, llegando a brazo partido, se herían con las tres piedras delgadas, que llevaban entre los dedos de la mano izquierda. Y cuando uno reconocía que había sido vencido por el otro, gritaba en voz alta: *Gamà, gamà*, que en nuestra lengua significa: «Basta, basta». A este grito, el vencedor ponía fin al combate, y después ambos se hacían amigos.¹ Antes de hacer su desafío para pelear, tomaban licencia de un capitán llamado *sambor*.² La licencia la confirmaba el *faicagh*, quien, junto con el capitán, y con los parientes de los com-

¹ Cf. la misma descripción de la lucha canaria en ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 151).

² Parece error de interpretación de Torriani. ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 151), dice «que pedían permiso a los gayres que formaban el consejo y que a este consejo llamaban *sabor*».



Lucha canaria

batientes, estaban presentes durante la lucha. En esta nación nadie era considerado valiente, sino el que era invencible.

En cuanto a la manera de combatir que tenían los reyes entre sí y la de los capitanes entre sí, antes de que la isla fuese reducida a servidumbre por Gomidafe, no se sabe cómo haya sido. Sólo se tiene noticia de que, cuando saqueaban alguna villa, respetaban a las mujeres y a los hijos de los enemigos, y no entraban en las casas de oración, que decían *almogaren*, sino que las respetaban en sumo grado, como también todas las cosas que estaban dedicadas a la divinidad.¹

Los canarios tenían por ejercicio el correr y tirar piedras, no solamente para acostumbrarse a acertar el tiro, como se lee de los mallorquinos, sino también para romper y hacer pedazos alguna cosa, a pesar de ser muy resistente, como son las ramas de palmas. También jugaban a subir en las cumbres más difíciles de los más altos riscos de toda la isla. Sobre aquellas cumbres fijaban un madero muy grande, que llevaban a cuesta con gran trabajo,² demostrando con ello sus fuerzas, pues se trataba nada menos que de un árbol grueso, según la verdadera relación de los antiguos isleños. Esta cosa admira tanto más, cuanto que hoy día no se halla un solo hombre, ni en todas estas islas ni en otras partes, por más que sea forzado, que tenga siquiera una parte de tanta fuerza.

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 150): «Eran muy mirados con las mujeres y niños en tiempo de guerra y de sus disensiones. Tenían por caso de bajeza y menos valer tocarles ni hacerles mal, ni a las casas de oración».

² Cf. ABREU GALINDO, II, 2 (pág. 149): «Tenían por gentileza hacer apuestas de hincar y poner palos y vigas en partes y riscos, que da admiración y temor ver el lugar».

CAPITULO XXXVI

Del casamiento, oficios, pescas, barcos y modos de sepultar de los canarios

LOS canarios se reunían con una sola mujer, a quien conservaban durante toda su vida; no como escribió Diego de Luján,¹ autor español, que una canaria tomaba cinco maridos, cosa bastante contraria a los usos de las naciones bárbaras y al instinto de los animales brutos. En efecto, el afecto de amor que la naturaleza dio para conservación de la especie, crea en el sexo varonil los celos, que no admiten reparto; y esto se conoce hasta en los árboles y entre las plantas, como se podría decir, si fuese en nuestro propósito; por más que la madre de Papirio Cursor,² cónsul romano, parezca probar lo contrario.

Los canarios tenían entre ellos oficiales de hacer casas debajo y encima de la tierra, carpinteros, sogueros que tra-

¹ Debía decir PEDRO DE LUJÁN, *Coloquios matrimoniales*, Valladolid 1553. La misma referencia en ARREU GALINDO, II, 3 (pág. 153). En cuanto a la indicación de Luján, debe ser producto de una confusión. TOSTADO, citado por GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, *Historia natural de las Indias*, vol. I, Madrid 1851, pág. 137, y reproduciendo una aserción de Julio Celso, pretendía «aver seydo en otro tiempo costumbre entre los ingleses que seys dellos cassasen con una muger juntamente».

² Ignoramos la anécdota a que se refiere el autor. En la extensa nota que a Papirio Cursor padre e hijo dedica PAULY-WYSSOWA, *Real- Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, no hallamos nada sobre la madre de este personaje.

bajaban con yerbas y con hojas de palma y preparaban las pieles para vestidos. La mayor parte de estos oficios¹ los hacían las mujeres, así como la pintura, no de figuras humanas ni de animales, como se usa entre nosotros, sino trabajos para hermosear el interior de las casas y adornarlas. Esta pintura la hacían con jugos de flores y de plantas, pues entre ellos no se conocía el cinabrio ni el minio ni los otros colores minerales que se sacan de las profundas entrañas de la tierra.

Pescaban con cuerdas de cuero y con anzuelos de huesos de cabras; y hacían las redes de yerbas y de palmas, parecidas a las que se usan en los ríos de Lombardía, que son cuadradas y cuelgan de una percha larga.² También hacían barcos del árbol drago, que cavaban entero, y después le ponían lastre³ de piedra, y navegaban con remos y con vela de palma alrededor de las costas de la isla; y también tenían por costumbre pasar a Tenerife y a Fuerteventura⁴ y robar. Por esta navegación llegaron a parecerse con los

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 4 (pág. 159): «Había pintores, que era oficio más de mujeres que de hombres».

² Versión diferente en ABREU GALINDO, II, 4 (pág. 160): «unas esteras largas de junco, con unas piedras atadas a la parte baja».

³ *Lastre*, en el original *saorra*, por *savorra*. Wölfel leyó *saerra*, y tradujo *Anker* (?).

⁴ A pesar de las indicaciones de Torriani, que parecen terminantes, la historiografía canaria considera, como tradicionalmente se venía creyendo, que los canarios ignoraron el arte de la navegación y todo cuanto a él se refiere. Cf. últimamente, sobre este tema, J. ALVAREZ DELGADO, *La navegación entre los canarios prehispánicos*, en «Archivo español de Arqueología», XXIII (1950), pág. 164-74; y L. DIEGO CUSCOY, *El determinismo geográfico en la habitación del aborigen de las Islas Canarias*, en «Atti del primo Congresso internazionale di Preistoria», 1950, pág. 492-527.

demás isleños, tanto en el lenguaje como en algunas costumbres, como se dijo de los de Fuerteventura, los cuales imitaron a los canarios en su modo de hacer justicia.

Acostumbraban los canarios sepultar sus muertos de esta manera: Preparaban los cadáveres con yerbas y mantequilla al sol, para que, a modo de cosas aromáticas, se defendiesen lo más que fuese posible contra la corrupción. Después los envolvían con muchas pieles preparadas para el mismo objeto, y los apoyaban a las paredes, al interior de las cuevas de los montes. Los nobles también usaban otro modo de sepultura, bajo tierra, la cual se hacía en un foso, entre las piedras volcánicas quemadas: con las más largas formaban encima del cuerpo una pirámide, cuidando siempre de extender el cadáver en dirección del norte; después llenaban todo el alrededor con piedras menudas, hasta que todo el túmulo quedaba cubierto.

También tuvieron una tercera manera¹ de sepultar, la cual se cree que les fue enseñada por los mallorquines que vinieron a esta isla, como más adelante se dirá. Y es que sepultaban a los muertos en cajas de tea, para conservarlos, o para que la tierra que había sido antes animada, no se mezclase con la otra, creyendo ellos que después de largo espacio de tiempo, aquélla volvería otra vez a la vida. Pero siempre tuvieron cuidado de volver la cabeza hacia el Septentrión, y los pies hacia el austro; la cual superstición no se sabe de dónde viniese, ni porqué la observaban invariablemente, por más que sepamos que lo mismo había hecho Artemisa con su marido Mausolo, rey de Caria.

¹ Las tres clases de entierros que aquí se describen, también se mencionan, con los mismos detalles, en ABREU GALINDO, II, 5 (pág 162-63).

CAPITULO XXXVII

Como los canarios aumentaron tanto, que les vino a faltar el mantenimiento, y de la ley que hicieron y del castigo-que les vino de Dios

POCOS años antes de que la isla de Canaria fuese conquistada, bien por fecunda influencia del cielo o por vivir la gente con salud por espacio de muchos años, seguían naciendo sin que los acompañase en igual cantidad las defunciones. De este modo, creció la gente en tanta cantidad, que ya no bastaban las cosechas para su manutención, y empezaron a padecer carestía, a tal punto, que, obligados por la necesidad, para que no perecieran todos, hicieron una ley inhumana, que se matasen todos los hijos después del primer parto; en cuya crueldad sólo fueron iguales a sí mismos.

Aunque esta ley fuese contraria a la piedad humana, si bien se considera su finalidad, es muy piadosa, porque también es una virtud el perder una parte para salvar la totalidad. El deseo de immortalizar su posteridad obliga al hombre a hacer cosas contrarias a los usos y a la razón; como se lee de las hijas de Lot, las cuales se juntaron con su padre, al pensar que con otro hombre no podían asegurar la sucesión de la generación humana. El afán de conservarse de los ultrajes de la muerte es tan poderoso en cada uno, que, según refiere Josefo historiador, cuando Tito Vespasiano tenía sitiada la ciudad de Jerusalén, las madres despeda-

zaban los delicados miembros de sus hijitos para quitarse el hambre, que estaba para hacerlas precipitar en medio del furor romano. Tanto puede la obstinación del hombre vencido por la sinrazón, que llega a ser matador de sí mismo, como fueron los judeos. De igual modo, dejándose arrastrar por el deseo de honra o de bienes futuros, se expone a la muerte con grandísimo contento, como hicieron muchos antiguos, para filosofar mejor, y algunos bárbaros de estas islas, para ilustrar su linaje.

Sin embargo, como nadie debe hacerse juez de sí mismo ni oponerse a la voluntad del óptimo Dios, quien gobierna todas las cosas, algunas veces nos da el merecido castigo de nuestras culpas, para escarmentarnos y hacernos conocer nuestro error. Por lo cual, habiendo desagradado a Dios la continuación de tan inhumana costumbre, que se había ya observado por largo tiempo, envió entre ellos la peste, la cual en pocos días destruyó los tres cuartos de la gente. Así, fueron obligados a revocar su ley,¹ para rehacerse, porque ya habían llegado a morir todos, de repente y sin faltarles los víveres. Hecho esto, se paró la peste, y con su gran dolor se dieron cuenta que todo ello había sido castigo de su impío atrevimiento, cuyo castigo les había sido infligido por Acoran, el gran Dios.

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 6, pág. 169: «Este estatuto y ordenanza duró pocos años, porque fue Dios servido dar en esta isla una grave enfermedad, en que de tres partes de la gente faltaron las dos». En general, este cap. de Torriani, corresponde con el cap. II, 6 de Abreu Galindo.

CAPITULO XXXVIII

De la armada que vino a Canaria, año de 1344

SE considera, a base de conyecturas más bien que por verdadera historia, qué el año de 1344¹ llegó a esta isla la armada de don Luis de la Cerda, conde de Tálmond de Francia, según lo que refiere en su historia Pedro IV, rey de España. Entonces debieron de venir a Canarias los mallorquines, a quienes los canarios se vanagloriaban de haber vencido, según cuenta Francisco López de Gómara en la *Historia de las Indias*.

Se cree que los mallorquines que vinieron con la armada de don Luis de la Cerda llevaban consigo muchos útiles para construir y que, al desembarcar sin sospecha en la playa de Almenara,² frente a la ciudad de Telde, fueron capturados por la muchedumbre de isleños que acudieron a la orilla, para oponerse a la entrada. Los demás soldados, que habían quedado en la armada, creyendo que los presos habían sido muertos o sin esperanza de libertad, dieron vela

¹ Esta fecha no conviene con la anterior indicación del autor, de que la investidura de don Luis de la Cerda fue en 1346.

² Almenara, hoy día Melenara, es una punta frente a Telde, cerca del Barranco de Silva. ABREU GALINDO, I, 7 (pág. 40) sitúa este desembarco en Gando, a poca distancia al S.

a su nación, y no se sabe dónde fueron a parar, ni hasta ahora se ha tenido de ellos noticia alguna.¹

Los mallorquines cautivos hallaron en los canarios humanidad y buena voluntad; y se entendieron con ellos tan prudentemente, que vivieron junto con ellos casi como si fuesen naturales, y más que unos amigos de fuera. Tuvieron de ellos tierras y ganado y mujeres, con las que se casaron y tuvieron hijos. Ellos fabricaron la iglesia de Santa Catalina Mártir, entre la ciudad y el puerto, la cual era cuidada por frailes franciscanos que vinieron a predicar el Evangelio; y hicieron estatuas de madera a la Virgen y a Santa Catalina y a San Nicolás,² pero tan mal hechas, que molesta el que se deban contemplar, debajo de formas tan torpes, bellezas más que divinas. También adoctrinaron a los canarios en todas sus cosas, tanto de gobierno como en ritos y ceremonias que ellos hacían a Dios. Ello no obstante, no se sabe que algún canario se haya bautizado; se cree, al contrario, que fue establecido por los canarios que cada uno viviese en su ley, y que no consintieron que propagasen el Evangelio.

Pero con el tiempo, aumentando la generación de los mallorquines, de modo que les parecía poder enfrentarse con los isleños, empezaron a predicar el Evangelio y a que-

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 7 (pág. 41): «Los que quedaron en el navío, que serían algunos pocos marineros, visto el desbarate y prisión de sus compañeros y gente, sin aguardar respuesta, con el temor dieron vela y se fueron; de los cuales no hubo más noticia, ni qué se hicieron».

² Según ABREU GALINDO, I, 7 (pág. 41) y SEDEÑO (pág. 11), los mallorquines edificaron también la ermita de Tirajana. Sobre los bultos no hay acuerdo. Abreu Galindo menciona a Nuestra Señora con el Niño, San Juan Evangelista, Santa María Magdalena y San Nicolás. Según Sedeño, fueron Santa Catalina, San Nicolás y San Antón.

rer cambiar las cosas de éstos; y ellos (como todavía no había llegado el tiempo establecido por Dios para su conversión), en cierta hora del día, (así como los sicilianos habían hecho con los franceses), tomaron las armas y mataron a todos los mallorquines y a los que habían nacido de ellos. Los frailes franciscanos fueron precipitados desde la altura de un monte, por lo cual todos juntos gozan hoy, triunfadores, en el cielo, la palma del martirio.¹

¹ Todo el episodio de la estancia de los mallorquines en Gran Canaria coincide con la relación de ABREU GALINDO, I, 7 (pág. 41-42).

CAPITULO XXXIX

De la guerra que hizo Diego de Herrera a la isla de Canaria

DIEGO de Herrera, después de haber comprado las cuatro islas conquistadas por Juan de Le-tancurt, quiso seguir sus pasos. Empezó con gente foras-tera y con sus vasallos a asaltar a los canarios, los cuales, estando acostumbrados a la guerra contra diversas nacio-nes, hasta al fin siempre salieron victoriosos. Entre muchas escaramuzas que tuvo con ellos, hubo una memorable, cer-ca de la villa de Tirahana,¹ en la cual, además de haber per-dido mucha gente, fue obligado a retirarse a la orilla del mar, en lugar fuerte.

Viendo él que, al unirse los canarios entre ellos, cada día se hacían más difíciles de vencer, procuró desunirlos, para que, asaltándolos un día aquí y otro día allá, pudiese conseguir la victoria a poco a poco y más fácilmente de este modo. Para ello, ordenó a Diego de Silva, hidalgo por-tugués que había llevado consigo a esta guerra, que con doscientos soldados escogidos fuese a asaltar la villa de Gáldar. Llegado Silva a Gáldar y trabado que hubo la ba-talla con los galdarenses, tuvo lo peor, de modo que lo obligaron a retirarse en un sitio cercado de piedra, donde

¹ Hoy Tirajana. Según ABREU GALINDO, I, 25 (pág. 120), Diego de He-rreira y Silva habían desembarcado más al norte, en Gando.

peleaba desesperadamente, siendo aquélla su última defensa. Y estando allí, como vio en poco espacio de tiempo que algunos de los suyos morían y otros quedaban heridos, asustadamente pidió que hablase con el rey de los galdarénses y prometió rendirse bajo ciertas condiciones. El Guanarteme, que allí combatía en la primera fila de los suyos, suspendió la pelea y mandó que se retirasen algún tanto sus tropas; y acercándose a algunos pasos del lugar donde estaban atrincherados los cristianos, salió Silva en ademán de paz, y saludando al Guanarteme con modales lisonjeros, le habló después determinadamente, de este modo:¹

—No pienses, o Guanarteme, que el habernos retirado en este lugar, después del largo rato que dura la pelea entre vos y nosotros, se deba al temor de ser muertos por vosotros, o apresados y puestos en servidumbre por vuestra turba. El valor de cualquiera que pugne para la fe cristiana, también entre vosotros es conocido por invencible. Y, para no daros ejemplos de naciones forasteras, por nosotros vencidas, por estar divididas de vosotros por el gran mar que impide que tengáis noticia de ellos, considerando que la gente que vive en las demás islas como ésta (que, cuando el aire es claro, veis bien en vuestro alrededor) también son como vosotros, fuertes, potentes y valerosos, y amigos de su vida pastoral y libre; y, sin embargo, han sido vencidos por nosotros y reducidos a nuestras costumbres y a nuestra fe; con lo cual están ahora en sumo contento y gloria. Sólo

¹ Todo el episodio del peligro que pasó Silva con sus hombres coincide con *ABREU GALINDO*, I, 26 (págs. 123-24); sólo que los discursos que siguen son simples ampliificaciones retóricas de Torriani, muy conformes con el gusto del Renacimiento y, antes, de la antigüedad.

este fin nos ha empujado a surcar¹ tanto mar, casi desconocido, en medio de mil peligros y tempestades y (lo que quizá os parezca sin piedad) abandonar a nuestras mujeres e hijos y las amadas riberas de nuestra querida patria España. Porque, si nos hubiésemos conformado tan solamente con las riquezas de nuestro país, no nos hubiéramos expuesto a tantos trabajos, para la salud y el beneficio vuestro. De modo que el hecho de perseguir vuestro verdadero bien y que viváis de igual modo que nosotros (que así nos lo ordena el Dios que vosotros adoráis en las cumbres de Amagro² y de Tirma) no debe considerarse por vosotros siniestramente; tanto mas, que os preciáis de tener vuestro origen de nación nobilísima, y entre los demás que viven en las otras islas alrededor de ésta tenéis suma reputación y os respetan casi como a hermanos mayores. Decídetes, pues, o Guarnarteme (puesto, que entre las armas suele también tener lugar la razón y el consejo de los enemigos) de ser nuestro amigo y de cerrar la paz de tal modo, que podamos retirarnos seguros y sin daño a nuestros alojamientos; que, de lo contrario, la necesidad, que no nos deja otra posibilidad, nos obligará a combatir, no con la intención que hasta aquí hemos tenido de no ofenderos, sino para mataros cruelmente y usar cualquier fiereza en vuestras personas; y

¹ *Surcar*, en el original *solcare*; en Wölfel mala lectura, *soltare*.

² *Amagro* parece ser error de lectura, en lugar de *Umiaga*, que en ABREU GALINDO, II, 3 (pág. 156) se escribe *Umiaya*. Umiaga y Tirma son dos cumbres en que, según el historiador franciscano, los canarios iban a hacer sus procesiones y devociones. Consideramos, por consiguiente, que carece de objeto la explicación filológica de WÖLFEL, pág. 253, sobre la raíz beréber de *Amagro*. Es curiosa, sin embargo, la consonancia de Torriani con el LACUNENSE (*Amago*), GÓMEZ ESCUDERO (*Amago*) y SOSA (*Mago*), que indica la utilización de la misma fuente.

las armas que hasta ahora han sido piadosas con vosotros, ya mojadas en la sangre, y los corazones de mis soldados, vencidos más por la rabia y por el afán de la victoriosa venganza, que por el deseo de la paz, esperan aquella decisión que a vosotros, más que a nosotros, convenga.

El Guanarteme, que había escuchado atentamente lo que Silva le había dicho, se acercó un poco más y, con ademán plácido y con sonora voz, para ser oído de todos, le contestó amistosamente de este modo:

—Pensábamos nosotros, los canarios, por hallarnos tan alejados de vosotros y de vuestras tierras, en este breve ángulo del mundo, y rodeados por la rabia de las soberbísimas olas de tan vasto mar, como el de que nos vemos circundados, que podíamos vivir sin molestia por parte vuestra, que desde ya largo tiempo sois perturbadores de la quietud y del ocio en que con tanta paz y tranquilidad solíamos vivir. También tenemos presente la memoria de tantas armadas que llegaron hasta nuestras orillas, de los hechos de guerra que con vosotros tuvimos, de tantos egregios canarios muertos, o llevados prisioneros por vosotros en partes muy lejanas; y, lo que sentimos más que todo hasta al día de hoy, es la muerte dolorosa de Artemis, nuestro rey, en guerra con vuestro capitán Juan de Letancurt valerosamente vencida. Quizá sean nuestras culpas, que el flaquear es natural de nosotros, los hombres, y muchas veces, en contra nuestra, hemos incurrido en aquellos pecados¹ que nunca se han visto, ni siquiera entre las fieras más inhumanas. Así, en nuestras necesidades, en lugar de visitar

¹ El pecado a que aquí se alude es sin duda la ley sobre matanza de los niños, de que antes se había hablado.

al sagrado Tirma y de pedir la ayuda de Dios, hemos hecho muchas cosas que no eran dignas de nosotros, por lo cual hemos recibido gran castigo. De éste no es la menor parte el estar perturbados por vosotros; que si nos bastara el haberlos ahuyentado infinitas veces de nuestras costas y dado muerte, y muchas veces detenidò como prisioneros (como de vuestro obispo Diego López lo sabéis, 520 esplendores de la luna ¹ que es nuestro cautivo), podríamos hacer cuenta de que la ira de Dios se ha aplacado contra nosotros. Pero, si el hecho es inevitable y contrario a nuestra paz, ¿quién puede oponerse a tanta fuerza? ¿Quién puede resistir a tanta necesidad?

Bien nos damos cuenta que lo que vos nos persuadís es bueno y justo y honrado. Y si el bien nuestro os mueve a soportar las penas y los peligros y las muertes que padecéis en la guerra que con nosotros hacéis con tanta adversidad, nosotros no os seremos ingratos por tanta merced; como antes lo habíamos demostrado a aquéllos que se han conducido con nosotros de modo que, en lugar de hacernos guerra y de llevar nuestras haciendas y la patria, usaron con nosotros de tanta paz y amistad, que participaron de nuestras riquezas y de nuestras mujeres.² Dime, ¿quién, aun entre vosotros, puede soportar voluntariamente la pesada

¹ Frase ininteligible, pero que traduce exactamente el texto italiano: (*come dal vostro vescovo Diego Lopez lo sapete 520 splendore della luna che ha nostro cattivo*). No sabemos a qué se refiere. Parece que alude a una prisión del obispo Diego López de Illescas entre los indígenas de Gran Canaria; pero esta prisión no nos es conocida por ninguna otra fuente histórica.

² Es alusión al episodio de los mallorquines que vivieron en Gran Canaria, anteriormente a la conquista.

servidumbre? De libre, ¿llegar a ser esclavo? De rico, ¿pobre? De rey, ¿venir a ser vasallo? Nadie, creo, se hallaría, que no prefiera arriesgar y perder honrosamente la propia vida, antes que verse privado de la dorada libertad y puesto en la miseria de la insoportable esclavitud. Esta deliberación es la que hemos tomado nosotros, canarios, de querer defender con la vida la patria y la libertad, antes que ser siervos vuestros y vivir debajo de vuestras leyes, aunque a algunos parezcan buenas; siendo así que nuestra libertad y conservación sólo consisten en mantener nuestras costumbres y nuestra fe; que cualquiera que haya nacido en ella piensa, por más que se equivoque, que es la mejor, o, por lo menos, que es la que más le cuadra.

¿Acaso podréis vosotros, forasteros, pocos y poco muchos en la aspereza de esta tierra, resistir a tanto número de valientes canarios? ¿No os acordáis de cuántas derrotas recibisteis de nosotros? De ayer a hoy no se habrán curado las heridas que sobre Tirahana os dio el rey de Telde; y también están frescas todavía las que, hace un instante, recibisteis de nuestras manos, cuya sangre, todavía caliente, es testimonio de lo ocurrido. ¿Pensáis quizá escaparos hoy, con encerraros allá, entre paredes, a modo de ganado que espera el cuchillo? ¿Quizá os ayuden en la presente necesidad vuestros demás soldados, cansados y malheridos, que están lejos, a muchas millas de aquí? Hoy, sólo la muerte puede dar fin honroso a vuestros trabajos, si, combatiendo sin buscar huida, os dais a conocer por tan valientes como lo has dicho, a tanto número de soldados que viene conmigo.

Sin embargo, io Silval, para que conozcas en cuánto peligro te has puesto con tu gente, te he dicho estas palabras; y, si también quieres conocer el valor y la generosidad de los canarios, danos seguridad de que harás paz con nos-

otros, dejándonos vivir libremente, como solíamos, y que embarcarás y te marcharás; que yo te dejaré ir seguro, sin ningún daño, a tus alojamientos, defendiendo con los míos tu retirada, para que no te vengan a ofender los demás isleños. Quizá algún día, si me das crédito, te sea útil el recuerdo de esta benevolencia que deseo usar contigo, y alabes el valor y la amistad de un rústico rey de Gáldar, así como la decisión que tomes en esta necesidad, y que ves te conviene.

Asombrado Silva de que se hallase tanta generosidad en este rey enemigo, y vencido tanto en la cortesía como en las armas, aceptó con la mejor gana las condiciones y la paz que el rey le ofrecía, y se dieron seguridades el uno al otro, de guardarla inviolablemente. Y, demostrando Silva que no había dado todavía al rey toda la satisfacción que merecía, le prometió rehenes, aunque lo hiciese todo para asegurarse el paso, lo mejor que pudiese.

Entonces el rey con mucha gente suya condujo a Silva al mar, donde se embarcó con todos los suyos, tanto los sanos como los heridos. De allí se fue a desembarcar frente a Tirahana, donde se había fortificado Diego de Herrera, quien le esperaba, con los demás capitanes, que habían salido a correr la tierra por la parte de Levante, cogiendo y matando a cuantos canarios podían. Y viendo Herrera el poco resultado que se conseguía en esta guerra, y cuán fuertes y valientes eran los enemigos, para no verse repelido y totalmente rechazado de la isla, dejó los rehenes al rey de Gáldar y al rey de Telde, con quien hizo paces, con el pretexto de que en pocos días partiría con todos sus soldados, y que por aquel entonces no tenía comodidad de navíos para poderlo hacer.

Mientras las cosas estaban así tranquilas, y corría el

año de 1461,¹ fabricó secretamente una pequeña fortaleza encima del puerto de Gando, que era la parte más cómoda para la navegación con las demás islas. Acabándola de fortificar y de proveer con bastantes mantenimientos y gente, la dejó a cargo de un capitán suyo, y él pasó con Silva a Lanzarote y a Fuerteventura, para proveerse con mayores fuerzas, para poder dar fin a esta guerra.

Hallándose de este modo fortificado el castellano, y con buenos soldados, como hombre que deseaba adquirir fama, empezó a romper las paces con los canarios, haciendo que los soldados saqueasen cuanto pudiesen. Los canarios, indignándose, de allí en adelante trataron de matar a los cristianos y destruir la fortaleza, dándose cuenta de cuánta desventaja les resultaba de su mantenimiento. Por ello, saliendo los cristianos, pocos días después, a saquear, fueron cogidos en medio por los enemigos, con mucho ganado, y fueron apresados y muertos todos. Ellos, sin mucho tardar, se vistieron con los trajes de los muertos, y con la presa se marcharon a la fortaleza: y engañados los de dentro, que creyeron que eran los suyos, a quienes esperaban, les abrieron la puerta, y fueron muertos por ellos, y la fortaleza derribada, la cual nunca más volvió a edificarse, y hasta el día de hoy se conservan sus ruinas en la orilla.²

¹ La fecha que aquí se indica no concuerda con la cronología de Abreu Galindo. Este último no indica en qué año tuvo lugar la expedición a Gran Canaria; dice que Diego de Silva llegó por primera vez a Lanzarote, año de 1466 (ABREU GALINDO, I, 25, pág. 119). Tampoco coincide la indicación, de que la torre de Gando se fabricó secretamente; pues, según el mismo autor (I, 26, pág. 129), los indígenas ayudaron en su construcción.

² Cf. la relación del mismo episodio en ABREU GALINDO, I, 27 (pag. 129-30).

La estratagema de los canarios verdaderamente no se puede negar que es digna de nobilísima nación y se puede comparar (junto con muchas otras) con la que usó Sertorio, tribuno romano, en la guerra de España en tiempo de Didio pretor, cuando, al vencer él a los españoles conjurados, conquistó rápidamente la ciudad de Gella. De igual modo Aníbal cartaginés también conquistó muchas ciudades en Italia, sin combatir; como igualmente lo hizo Epaminondas tebano, para conquistar la célebre ciudad de los arcadios; Aristipo lacedemonio, para entrar en el castillo de Capadocia; y Timareo etolio, cuando mató a Carmedes, prefecto del rey Tolomeo, se vistió con traje y con sombrero macedonios, y en lugar de aquél ocupó el puerto de los samnios.

Y que esta nación de Canaria haya sido siempre, desde tiempos antiguos, muy valerosa en la guerra y renombrada entre todas las demás que estuvieron en África y en la España que le estaba sometida, se demuestra en algunos libros antiguos que en ásperos versos cantan las guerras que tuvo Carlo Magno con los moros. De éstos, como también de otros autores verídicos, tomó Ludovico Ariosto en el canto XIV de su *Orlando*, la descripción que hace del ejército del rey Agramonte, y cuando desfilan las gentes africanas, nota de este modo a las de Canaria:

*Da Finaduro è l' altra squadra retta
che di Canaria viene e di Marocco.*¹

¹ ARIOSTO, *Orlando furioso*, XIV, 22:

La otra escuadra está conducida por Finaduro
que viene de Canaria y de Marruecos

Y también se puede creer que entre toda la gente de Agramonte los canarios fueron de los más valientes y animosos, por haber sido designados para el asalto de París, donde se hallaron en la conquista de una puerta, junto con Bambirago, rey de Arcilla, y con Corinco de Mulga, y con otros, como más abajo dijo el Ariosto:

*e Prussione,
il ricco re dell' Isole Beate.*¹

¹ ARIOSTO, *Orlando furioso*, XV, 7:

y Prusión
el rico rey de las Islas Afortunadas.

CAPITULO XL

De la guerra que hizo Fernando, rey de España, a la isla de Canaria

AL llegar la noticia de la pérdida que habían sufrido los cristianos de la fortaleza de Gando y de los rehenes que Diego de Herrera había dado a los reyes de Canaria, los lanzaroteños y los de Fuerteventura lloraron la muerte y la prisión de los suyos, que habían perdido junto con aquéllos, y se quejaron al rey Fernando de Diego de Herrera, porque, como hombre temerario, había sido el cuchillo y el homicida de sus vasallos. Tanta fuerza tuvieron los clamores de esta gente, que el rey determinó comprar a Herrera las tres islas Canaria, Tenerife y La Palma, y conquistarlas a sus expensas, por ser necesarias, para conseguirlo, las fuerzas de un rey potente, no la debilidad de un hidalgo.¹

Compradas que hubo el rey las islas, envió a Juan Rejón, hidalgo castellano, para conquistar en primer lugar Canaria, con 600 peones y 30 caballos. Llegó Rejón² con su

¹ Cf. el mismo episodio en ABREU GALINDO, I, 29 (pág. 134-36).

² *Rejón*, en el original *Resson*; la ss es transcripción corriente de la x castellana, de modo que la fuente de Torriani tenía *Rexon*. Las cifras que indica Torriani en relación con su compañía coinciden con los de ABREU GALINDO, II, 9 (pág. 179).

armada al puerto de esta isla, año de 1463,¹ a 24 del mes de junio. Desembarcó sin molestias y, por consejo de un viejo canario ² a quien cogieron los soldados la noche siguiente, se fortificó en el sitio donde después se fundó la Ciudad Real y la iglesia de San Antonio, donde entonces había bosques de palmas y lugar ameno de aguas y de flores, que en una perpetua primavera, con las fresquísimas auras del Océano, bajo un cielo benigno, representaban la gloria de los Campos Elíseos, y en lenguaje canario se llamaba Geniguada.

Mientras que allí se fortificaba el campo y la fama llevaba la noticia a través de la isla, el rey de Telde con 500 soldados ³ se apresuró a salir a luchar con los cristianos; y, empezada la pelea no muy lejos de los alojamientos, se combatió fieramente por ambas partes. Los canarios peleaban como soldados veteranos, y no como antes solían, con lanzas apuntadas y con piedras, sino con espadas y rodela y con otras armas que habían cogido a los cristianos en la fortaleza de Gando; y a los mallorquines muchos años antes.⁴ Los caballos produjeron un gran efecto, y, sin ellos, los canarios hubiesen quedado victoriosos. Quedó prisio-

¹ La fecha es errada, como también lo es la de ABREU GALINDO, pág. 180 (24 de junio de 1477). Se conjetura debió ser el 24 de junio de 1478.

² La intervención del «viejo canario» consta también en la versión de GÓMEZ ESCUDERO, pág. 17; ABREU GALINDO, II, 9 (pág. 180) lo transforma en «una mujer canaria» y parece creer que se trata de una aparición milagrosa.

³ Cf. ABREU GALINDO, II, 10 (pág. 182): «Estaban juntos más de dos mil canarios».

⁴ Cf. ABREU GALINDO, II, 10 (pág. 182): «Muy bien armados a su modo, de lanzas, espadas y rodela, de las que habían tomado en las entradas y asaltos que los cristianos les habían hecho».

nero el valiente Adargoma, y resultaron muertos treinta de los más esforzados de Telde.¹ Por ser grande el número de los isleños que bajaban de los montes, Rejón se retiró al campamento, con pérdida de siete peones y veintisiete heridos. También se retiró el rey; y de allí en adelante, ni él ni el otro rey de Gáldar buscaron trabar batalla con los cristianos,² bien por causa de haber perdido al valiente Adargoma con los otros treinta desde el primer encuentro, o por haber conocido que ya la suerte (gracias a Dios) le volvía las espaldas, puesto que hasta entonces siempre habían salido vencedores de las batallas contra los forasteros.

Mientras las cosas estaban en estos términos y se mostraban cada día más favorables a los españoles, se descubrieron en el mar 17 caravelas que venían cargadas con soldados portugueses, los cuales, por la antigua pretensión que ellos tenían sobre estas islas, habían sido enviados por su rey a rechazar a los castellanos de Fernando, con acuerdo de los mismos isleños, que les habían prometido ayudarles con las armas, hasta que los hubiesen vencido y rechazado de las costas de Canaria.

Esta contienda ya se había tratado poco antes, cuando Alfonso, rey de Portugal, movió guerra contra el rey Fernando y la reina Isabel, por las pretensiones que su mujer tenía a los reinos de Castilla; y por no haber salido con su pretensión, procuró obtenerla del Papa, y al mismo tiempo envió a esta isla a Fernando de Castro con armada,

¹ Cf. ABREU GALINDO, II, 10 (pág. 183): «Murieron en esta refriega más de trescientos canarios, y muchos más heridos; y de los cristianos murieron siete y fueron heridos veinte y seis».

² Cf. ABREU GALINDO, II, 10 (pág. 183): «No osando de aquí adelante salir los canarios en campaña, por temor que tenían a los caballos».

quien fue vencido y repelido por los canarios. Y, todavía insistiendo Enrique en esta contienda, año de 1431 se sentenció a favor de Juan por el papa Eugenio IV, y de momento cesó la disputa.

Volviendo a los portugueses que habían llegado últimamente para desembarcar en Canaria, como los castellanos los hubiesen descubierto, Juan Rejón mandó emboscar 200 hombres cerca del mar; y, cogiendo en tierra a los portugueses que habían desembarcado de cinco naves, apresaron a muchos de ellos y otros muchos se ahogaron. Los canarios, como vieron esto, y que Rejón había sacado sus compañías fuera del campamento y las tenía puestas en orden, no se atrevieron a ayudar a los portugueses. Y éstos no pudieron aprovechar nada, aunque procuraron varias veces, por espacio de treinta días, saltar en tierra, y se volvieron con mengua y con pérdida de bastantes gentes, como otras veces habían hecho.¹

Pero, a pesar de todo esto, las cosas de los cristianos progresaban lentamente y los canarios, con pocas pérdidas, resistían valerosamente en todos los encuentros. Juan Rejón pidió socorro al Rey Católico, y este socorro le vino a cargo de un tal Pedro del Algaba, amigo suyo, el cual después, como juez, administraba las cosas de justicia y ayudaba en las de guerra con su consejo y con las armas. Juan Bermúdez,²

¹ Cf. la relación del mismo episodio en ABREU GALINDO, II, 11 (pág. 185-37).

² Don Juan Bermúdez era deán de Rubicón, y es curioso el que Torriani sólo lo considere «capitán de caballos», cuando todas las demás fuentes conocidas hacen mención de su calidad. Por otra parte, sólo de la relación de Torriani resulta que Pedro del Algaba vino a Canaria a petición de Rejón; lo cual no parece imposible, pues no venía para sustituirle, sino para colaborar, en su calidad de gobernador, con el capitán general de la conquista.

capitán de caballos, tuvo por mal la llegada de Pedro del Algaba, con cuya autoridad se daba cuenta que ya no estaba en el mismo aprecio de antes; por lo cual cogió odio a Juan Rejón y calladamente buscaba su mal y trataba de enemistarle con Pedro del Algaba.

Ocurrió, pues, por aquel tiempo, tanta carestía que, dejando de lado la guerra, amigos y enemigos iban casi juntos y seguros por toda la costa, buscando mariscos y pescando para sustentarse, por ser tanto el hambre, que sólo se buscaba la comida. Juan Rejón pasó a Lanzarote, para obtener mantenimientos de Diego de Herrera, y para rogarle que perdonase a algunos vasallos suyos que se habían quejado de él al rey, y que, por miedo que le tenían, estaban refugiados en Canaria. Herrera, bien porque estuviera vencido por la saña que tenía contra sus vasallos, que venían con Rejón, o ganado por su amigo Juan Bermúdez, le salió al paso armado y le negó el desembarco, sin concederle ninguna de las cosas que le pedía; de modo que, al volver a Canaria, dio grandísimas quejas y llegó a decir que quería vengar aquella injuria.¹

Pedro del Algaba, que también había sido ganado por Bermúdez y había concluido acuerdo con él, deseoso de ponerlo en desgracia del rey, le hizo proceso de lo que había dicho y lo mandó apresar con violencia (aunque con grandísima oposición de los conquistadores, que querían defenderlo) y lo mandaron así preso a España. Pero el rey, vista la causa, lo dio por libre y lo restituyó en su primer honor

¹ Este episodio, como todo cuanto sigue sobre la enemistad de Juan Rejón con Pedro del Algaba, se halla también en ABREU GALINDO, II, 12-13 (pág. 188-95), aunque en general con más detalles.

y estado, dándole gente y dineros para que volviese a dar fin a esta conquista que él había empezado.

Estando en la Corte este hidalgo, se descubrió que Pedro del Algaba, corrompido con dinero, quería entregar la isla de Canaria al rey de Portugal. Habiéndose comprobado esta traición, Su Majestad ordenó a Rejón que lo hiciese decapitar; y él, volviendo como triunfador a la isla, mandó prender a Pedro del Algaba y lo hizo degollar públicamente, y a Bermúdez lo desterró de la isla, por alborotador. Y de allí en adelante, sin más disturbio, se hacía la guerra felizmente, con ayuda de Monseñor Juan de Frías, que fue el primer obispo que vino a esta isla, después de que empezó a conquistarse; antes se llamaba obispo de Rubicón, como también se habían llamado todos sus antecesores.

Seguían las cosas prósperamente, que se piensa que, si el adversario que nunca duerme no se hubiese opuesto, en pocos días todos los canarios se hubiesen reducido bajo el suave yugo de la fe; cuando Juan Bermúdez, que estaba desterrado en Lanzarote, junto con los amigos y familiares de Pedro del Algaba, se querellaron al rey de Juan Rejón, y procuraron por todos los medios de ponerlo en desgracia. El rey, conmovido por tantas quejas de éstos, mandó a Pedro de Vera por gobernador y general de Canaria; y éste, desde que llegó, seguidamente apresó a Juan Rejón y lo mandó preso al rey, con mil falsas calumnias. La prisión de este general fue lamentada por todos los soldados y conquistadores, y máxime por los isleños que se habían reducido a la fe, quienes lo querían muchísimo como a padre de quien habían recibido tanto bien, y como a vencedor a quien naturalmente se estima y honra.

Pedro de Vera¹ no tuvo por bien que este hidalgo fuese tan querido, y procuró hacer malos tratos a todos sus amigos. Por lo cual, so color de querer asaltar a los de Tenerife, mandó embarcar en dos naves 200 canarios cristianos de los más valientes, y ordenó a los marinos que, desembarcados que fuesen los canarios, volbiesen dejándolos en poder de los enemigos. Las naves, después de algunos días, fueron empujadas por los vientos contrarios a Lanza-rote, donde desembarcados los canarios para descansar, fueron dejados allí, burlados por los marinos; pero no tanto como ellos creían, porque Diego de Silva (que había casado allí con una hija de Diego de Herrera), recordando el beneficio que había recibido del rey de Gáldar, los alojó y acarició de modo que no sintieron la ausencia de la patria.

Conocida la burla que había hecho Pedro de Vera, los otros canarios gentiles, temiendo que les ocurriese lo mismo si se bautizasen, combatían cada día más duramente, procurando vengar a sus parientes; y ello fue causa que las cosas empezaron a andar tan mal, que fue precisa otra ayuda desde España.

Mientras tanto, Juan Rejón, que había sido conducido preso a la Corte, fue otra vez puesto en libertad, y con buena provisión de gente lo envió el rey a conquistar la isla de La Palma. En su viaje, al desembarcar en La Gomera, fue muerto por Fernán Peraza, hijo de Diego de Herrera:

¹ El episodio del destierro de los 200 canarios consta también en ABREU GALINDO, II, 18 (pág. 241-42); sólo que este último no menciona la presencia de Diego de Silva en Lanzarote, presencia sumamente improbable, pero en cuyo detalle coincide Torriani con las cuatro crónicas de la conquista de Gran Canaria, el LACUNENSE pág. 25; el MATRITENSE, pág. 72; GÓMEZ ESCUDERO, pág. 38; y SEDEÑO, pág. 34.

tal fin desgraciado tuvo este generoso capitán que, combatiendo por Cristo, había reducido a la santa fe tan importante número de canarios. El rey, al saber la muerte de este hidalgo, mandó prender a Fernán Peraza y llevarlo maniataado a la Corte, y todos pensaban que lo iba a degollar. Pero los favores, que consiguen para con los grandes señores cualquier cosa, no hicieron falta a Peraza, de tal modo que la misma reina Isabel lo favorecía, para su propio provecho. En efecto, teniendo celos porque el rey se había enamorado de Beatriz de Bobadilla, su dama (famosa en aquellos tiempos por su belleza y por los amores del rey, de que hace mención el conde Baltasar Castiglione, en el *Cortesano*), procuró casarla con Fernán Peraza y llevársela de la vista, y dejar la vida al favorito prisionero. El rey consintió, para dar satisfacción a la reina y para reponer derecho el carro volcado; y así Peraza tuvo la vida salva y mujer, con el castigo de que debía servir en la guerra de Canaria con sus vasallos, hasta tanto que se haya conquistado la isla.¹

Peraza, dejando a la Bobadilla en La Gomera, pasó a Canaria con muchos de sus vasallos y con otros dos hidalgos, el uno Miguel de Mojica, vizcaíno, quien conducía consigo 200 soldados² a sus expensas, y el otro Pedro de Lugo,³ castellano, con otros muchos a sus costas; y éste

¹ Todo lo referente a la muerte de Juan Rejón y al casamiento de Hernán Peraza es reproducción, aunque resumida, de la misma versión que representa el texto de ABREU GALINDO, II, 20-21 (págs. 216-21).

² Los 200 soldados reclutados por Miguel de Mojica no venían a sus expensas, sino por orden de los Reyes Católicos; cf. ABREU GALINDO, II, 22 (pág. 224).

³ *Pedro de Lugo* es evidente error, en lugar de *Alonso Fernández de Lugo*.

fue quien después conquistó Tenerife y La Palma. Con estos nuevos socorros, la guerra con los canarios empezó a ser más provechosa. Después de haber llegado tanta gente, apresaron al rey de Gáldar, quien, enviado a España, a la Corte, pidió bautismo en presencia del Rey Católico, y fue llamado Fernando. Éste, después de haber sido bautizado, volvió a Canaria y ayudó en la guerra, de modo que, combatiendo con las armas y con la lengua, como orador cristiano, fue causa que los canarios se redujeron a la fe. Y, después de muchas batallas que se hicieron en Ancite, tuvieron los cristianos, con ayuda de Fernando, la última victoria, en la cual fueron vencidos la mayor parte de los isleños. Otros se sometían sin pelear a las banderas de los cristianos, y otros, obstinados, huyendo encima de las montañas de Tirma y de Amagro, a sus altares, se precipitaban abajo por aquellas simas, muriendo de muerte atroz; con lo cual se conquistó la isla y se redujeron los isleños a la fe de Cristo, el día de San Pedro Mártir, a 29 de abril, año de 1473.¹

La fecha exacta de la terminación de la conquista parece ser 29 de abril de 1483, como está en ABBEU GALINDO, II, 25 (pág. 234).

CAPITULO XLI

De la felicidad de Canaria

LA felicidad de Canaria y de todas estas islas fué tan encomiada por los antiguos filósofos y poetas, y principalmente por Homero, que después muchos seguidores de los mismos han pensado que éste era uno de los seis lugares llamados paraísos terrenales y la región feliz descrita por el divino Platón. Y parece como si en ella pensase Ovidio, cuando dice:

*Ver erat aeternum,¹ placidique tepentibus auris
spirabant zephiri, natos sine semine flores,
mox etiam fruges tellus inarata ferebat
nec renovatos ager gravidis caneant aristis.*

Platón sienta que este lugar que él describe está encima de la región del aire en que se generan las lluvias y los truenos y los vientos: debe comprenderse que allí las lluvias, los vientos y los truenos son tan templados, que en ninguna estación del año vienen a ser molestos. Así, elogiando la templanza de estas islas, dice:

¹ OVIDIO, *Metamorfoses*, I, 107-10: «Era eterna primavera, y los placidos céfiros suspiraban en el aire templado. Las flores nacían sin simientes, la tierra producía de repente sus frutos, sin necesidad de labrar, y al mismo tiempo el campo se doraba con pesadas espigas.»

*Pluraque felices mirabimur,¹ ut neque largis
aquosus Eurus arva radat imbribus,
pinguia nec siccis urantur semina glebis,
utrumque rege temperante caelitum.*

De modo que no se puede comprender que Platón haya creído que encima de la primera región del aire, en la segunda, que es muy fría, según afirman los peripatéticos, se hallase una estancia tranquila; ni tampoco por encima de ella, en la última región, donde se encienden los cometas, puesto que el calor del mismo aire y de la vecina esfera de fuego la haría más inhabitable que debajo de la zona tórrida. Felipe de Bergamo² hace mención de seis paraísos terrestres. Al primero lo coloca en Oriente, en dirección del céfiro, siguiendo la autoridad de Josefo historiador y de Beda, quien afirma que está separado del otro mundo y del océano que lo circunda. El segundo está debajo de la equinoccial, según la autoridad de Alberto Magno, de Avicenna y de Eratostenes; y parece ser que éste es el que describe el Ariosto por encima de los montes de la luna. De éste brota el río Nilo, que también está debajo del Ecuador, donde el sol parte de igual modo el día y la noche; y de su templanza dijo así:

¹ HORACIO, *Epodas*, XVI, 53-56: «Felices nos admiramos de muchas cosas. Ni el húmedo Euro castiga los campos con largas lluvias, ni se desecan las simientes fértiles en el suelo quemado: lo uno y lo otro se templan por la voluntad del rey de los dioses».

² JACOBO FILIPPO FORESTI, natural de Bergamo, más conocido con el nombre de FELIPE BERGOMENSE, *Supplementum Chronicarum*, publicado por primera vez en Brescia, año de 1485, y muchas veces reeditado.

*Una dolce aura, che ti par che vaghi
a un modo sempre e dal suo stil non falli,
facea sì l' aria tremolar dintorno,
che non pareva noiar calor del giorno.¹*

El tercer paraíso lo colocaron entre el círculo de Cáncer y el de Capricornio. El cuarto, al Oriente, hacia Euro, más allá de la equinoccial. El quinto, hacia el polo Antártico, según Solino. El sexto, en Occidente, el cual se cree que es éste de las islas Afortunadas y el de Platón; al cual dicen que el senado y el pueblo romano mandaron a un sumo pontífice a buscarlo y de cuya felicidad bellamente cantó Ovidio así. De sus árboles:

*Germinant et nunquam fallentis termes olivae
suamque pulla ficus ornat arborem.
Mella cava manant ex ilice, montibus altis
levis crepante limpha desilit pede.²*

Antiguamente, en tiempo de los romanos, estas islas debían de estar pobladas con olivos; pero, como después fue-

¹ ARIOSTO *Orlando furioso*, XXIV, 122:

Una dulce aura, que parece que sopla
siempre igual y no cambia de estilo,
agitaba de tal modo el aire alrededor,
que el calor del día no parecía causar molestia.

² Según bien le observó Wölfel, es error del autor el haber indicado a Ovidio como autor de estos versos. En realidad vienen de HORACIO, *Odas*, V, 16 (poesía ya citada anteriormente):

Allí germina la rama de un olivo que nunca engaña
y el higo pardo adorna su planta;
la miel brota del tronco de la encina, y de los altos montes
corre con pie sonoro la ligera fuente.

ron habitadas por pastores árabes, se perdieron y, al mismo tiempo, la noticia de la agricultura. Pero donde ahora se plantan, se dan con grandísima abundancia; y si faltan los olivos, se compensan con las cañamieles, de las cuales se hace el azúcar, y en tanta abundancia que lo llevan a España, a Italia, a Flandes, a Inglaterra y a Alemania; e incluso desde las orillas del mar Gótico y de las riberas de Dinamarca, Dacia y Polonia, sobre el océano Septentrional, vienen en cada año grandísimas naves a cargar vinos y azúcares, dando después la vuelta de Hibernia y de Escocia, con grandísimas tempestades y casi con un mar helado.

De la fertilidad de la tierra:

*Reddit ubi Cerere tellus inarata quotannis
et imputata floret usque vinea.*¹

Bien se puede dar crédito al dicho del poeta, que la tierra sin arar rinda fruto, porque la manera de que allí se cultivan las tierras es tan bárbara y de tan poca utilidad, que se puede decir que sin arar crece el trigo, y la cebada y las demás simientes, y en mayor abundancia que en cualquier parte del mundo; porque cuando el año es próspero, se coge más de cien por uno, en algunas partes. Produce grandísima cantidad de vino excelentísimo, en La Palma, y bastante más en Tenerife; y también en La Gomera y en El Hierro; y cada año se cargan con él infinidad de naves que van a entrambas Indias.

¹ HORACIO, *Epodas*, XVI, 43-44:

Donde la tierra da cada año su cosecha sin labrar
y la viña crece siempre sin ser podada.

Del ganado:

*Illic iniussae veniunt ad mulctra capellae
refertque tenta grex amicus ubera.*¹

De los animales:

*Nec vespertinus circumgemit ursus ovile,
nec intumescit alta viperis humus.*²

De la salud:

*Nulla nocent pecori contagia, nullius astri
gregem aestuosa torret impotentia.*³

Dice Platón que es tanta allí la templanza y la sùtileza de los elementos, que los hombres viven muchos más años que en otras partes. El año pasado de 1591 murieron dos hombres, el uno en Canaria, llamado Chiurron,⁴ de 140 años,

¹ *Ibidem*, 49-50:

Allí las cabras vienen solas a hacerse ordeñar
y la grey vuelve espontáneamente con las ubres cargadas.

² *Ibidem*, 51-52:

El oso no ronda de noche rugiendo alrededor del redil
y la tierra no se hincha con nidos de víboras.

³ *Ibidem*, 61-62:

Ningún contagio amenaza la grey, ningún astro
castiga los animales con su desenfrenado ardor.

⁴ No sabemos quién pueda ser Chiurrón, cuyo nombre no parece ser apellidado castellano; según resulta del mismo texto de Torriani, debía de ser algún morisco, como sabemos que lo era Juan Camacho. Éste último es conocido; cf. ABREU GALINDO, I, 30 (pág. 141), quien lo hace morir de 146 años, en el mismo año de 1591. En cambio, Abreu Galindo no habla de ningún hermano de Juan Camacho.

el otro en Lanzarote, llamado Camacho, de 137 años, el cual dejaba un hijo de siete años; y también dejaba dos hermanos, el uno de cien años y el otro de ochenta, que no parecen tener ni la mitad de estos años. Verdad es que éstos son naturales de África, los cuales viven mucho más que los que descienden de españoles o de otra nación, porque comen poco y solamente harina de cebada tostada, mojada con agua, que ellos dicen *gofio*,¹ y beben leche de camella, que es muy saludable para muchas enfermedades, y se mantienen delgados, ligeros y gallardos.

Generalmente quien tiene buen gobierno en su modo de vivir, vive en estas islas con mucha salud, porque aquí siempre es templadísima primavera, fresca y saludable. Aquí vive la gente asegurada contra los agudísimos o destemplados calores del verano, de las agudísimas enfermedades del otoño (según Hipócrates) y de la frigidez y melancolía casi insoportable del invierno, y con tanto descuido de los pensamientos y de las preocupaciones que en otras partes suelen transportar a los hombres fuera de sí mismos, que, si la codicia humana se conformase con lo verdadero (como bien pensó Sertorio) en el alboroto de estos tiempos se podría vivir tranquila y alegremente en las pacíficas estancias de Canaria, cuya soledad también apreció tanto el Petrarca; que bien se puede dar oído, al poeta, quien no sin razón dijo:

*Jupiter illa piaae secrevit litora genti
ut inquinavit aere tempus aureum.*

¹ No sabemos si habrá otra mención del *gofio* canario, anterior a la de Torriani. Según puede verse, el ingeniero italiano indica que en su tiempo el *gofio* era el alimento básico de los moriscos, quienes deben de haberlo introducido en Canarias.

*Non huc Argoo contendit remige pinus
nec impudica Colchis intulit pedem;
non huc Sidonii torserunt cornua nautae,
laboriosa nec cohors Ulysssei.¹*

¹ HORACIO, *Epodas*, XVI, 63-64 y 57-60:

Júpiter reservó aquella región para un pueblo piadoso,
cuando manchó con bronce el siglo de oro.
Allí no llegó la nave Argo, impulsada con remos,
ni puso su pie la impúdica Medea;
los navegantes fenicios nunca dirigieron allí su viaje,
ni los trabajados compañeros de Ulises.

Es de notar que las citas de Torriani no se hacen en el orden clásico del texto de Horacio; y, como algunos editores del poeta latín opinan que este orden no es normal, y que sufrió una alteración, se puede suponer que el autor consultó alguna edición en que la sucesión de los versos es diferente de la generalmente aceptada.

CAPITULO XLII

De la calidad y costumbres de los canarios

AFIRMAN los filósofos platónicos que todas las cosas que están debajo del círculo de la Luna reciben su gobierno y disposición del movimiento del cielo y del calor y de las influencias de las estrellas.¹ Y, siguiendo sus huellas, los astrólogos nos dan a entender que las inclinaciones de los mortales, o buenas o malas que fuesen, reciben su primer movimiento y alteración de las causas celestes, y que cada uno de nosotros está predispuesto a aquellas cosas que dependen de la naturaleza de nuestro ascendiente y según la mezcla de las demás virtudes celestes que miren, o de benigno o de mal aspecto, dejando nuestra voluntad libre, para que pueda resolverse, a pesar de cualquier inclinación fuerte, a aquellas cosas que más sean de su agrado, violentando todas las dichas causas naturales, sea con el vicio o con la virtud, según dijo el príncipe de los astrólogos: «Vir sapiens dominabitur astris».

A esto nos añaden que los doce signos del zodiaco tienen particular influencia sobre toda la superficie de la tierra habitada, reunidos de tres en tres, que ellos llaman triplicidad, según la conveniencia y amistad que tienen

¹ En realidad, este principio no pertenece a la física platónica, sino, como era de esperar, a la aristotélica.

entre ellos. Por cuya razón Tolomeo, pocos años después del Salvador, dividió la tierra que entonces se conocía en cuatro partes, de modo que la línea del primer meridiano fijo, que pasa por la isla más occidental de éstas, se extiende hacia Levante 180 grados, pasando una línea por el estrecho de Gibraltar hacia Levante, equidistante con el Ecuador; y la otra del polo Ártico al Antártico, por en medio del mar Rojo, donde Damietta señala la orilla del Mediterráneo. De este modo se dejan divididos los cuatro cuartos, de los cuales el primero se llama oriental meridional, el segundo, opuesto a éste, occidental septentrional, el tercero oriental septentrional, y el cuarto occidental meridional.

Los dos cuartos orientales contienen el Asia; los dos occidentales, uno la Europa, y el otro el África. El primero quieren que se halle predominado por la primera triplicidad del zodiaco: Ariete, León y Sagitario; el segundo, por la segunda triplicidad: Toro, Virgen y Capricornio; el tercero, por la tercera triplicidad, Gemelos, Libra y Acuario; y el último, que es el que contiene el África y estas islas; por la cuarta y última triplicidad: Cáncer, Escorpión y Piscis. Del signo del Cáncer es señor la Luna; del Escorpión, Marte; y de los Piscis, Júpiter; pero por el exceso del calor éste último se atribuye a la primera triplicidad, al signo del Sagitario, y en su lugar se coloca Venus, por la conveniencia que tiene con la naturaleza fría y húmeda de estos tres signos; y por ello fingen los poetas que Venus y Cupido, llegando al río Eufrates, por huir de Tifeo, fueron liberados por los dos peces, que después, para recompensa, fueron trasladados al cielo.

Hemos hecho esta digresión, para dar a entender que, además del defecto natural recibido por los isleños como por todos los demás, ellos, por la naturaleza de su lugar

marítimo y por la influencia de las estrellas y por las contrataciones y mercancías, según Platón, no son libres en general de algunas calumnias y vicios notables. En efecto, la vida de los hombres en estas islas se dirige bajo el signo de los oficios y del tráfico de mercancías, a lo cual llaman los filósofos vida efectiva, dominada por el signo movable del Cáncer y por las varias naturalezas de la Luna. Y, aunque algunos, más poderosamente empujados por el signo de los Piscis, que es más benigno y jovial, se dirijan hacia las leyes y las ciencias, lo hacen más bien para la utilidad que esperan, que no para enriquecerse con los bienes del intelecto o acostumbrarse con la virtud. Así se explica el que hoy día pocos o raros son los hombres que se ven perfectos en las Ciencias,¹ nacidos o educados en las islas. Ello se debe

¹ El juicio que hace Torriani de los isleños carece de amenidad; y no hace falta añadir que parece sumamente injusto. Extraña tanto más esta observación, que no había en Canarias, en su tiempo, hombres dedicados a las ciencias o a las letras, cuanto que precisamente la época en que Torriani vino a las islas, fue una de las más ilustradas de la historia insular. Sin recordar a los intelectuales que Torriani debió conocer, pero que procedían de otras regiones, como Argote de Molina o Espinosa, también conoció el ingeniero italiano a Cairasco (a quien, sin embargo, califica de «nobil planta prevenzal»), a fray Bartolomé de Peñalosa, a Benito Cortés Estupiñán, y a muchos otros canarios ilustrados. Pero es probable que su juicio, sumamente desfavorable, según más adelante se verá, y que fácilmente se puede tachar de ingrato, se resiente de las amarguras y de las dificultades con que se enfrentó en el cumplimiento de su misión. También es cierto que influye en su opinión la conclusión que automáticamente saca de sus criterios astrológicos; y sería inútil discutir la seriedad de estos criterios que, como se verá en el capítulo siguiente, explican la fundación de la Real Audiencia de Las Palmas por «la exaltación de Júpiter en el signo del Cáncer», y la colonización española por la conjunción del mismo planeta con el Sagitario.

a la malignidad del Escorpión y de Marte, quien, como inclinado a la efectiva, hace que se precipiten en mil apetitos desordenados y, soberbio y horroroso, no pudiendo mantenerlos debajo de la razón (según Marco Tulio), hace que siempre se desee la reputación de grande, y entre iguales, de superior; y, si ello ocurre con algún hombre de baja alcurnia, resulta tanto más ambicioso y arrogante.

De aquí nace el que no se halle hombre que quiera servir a otro hombre, ni quien sepa conversar virtuosa y discretamente; porque aquí faltan las primeras dos virtudes que adornan al hombre, es decir, la Modestia y la Mansedumbre; también faltan las otras dos, perfectísimas, Ver-güenza y Verdad, sus hijas, y reinan las ambiciones, las mentiras y el fingir,¹ por maligna influencia del signo del Escorpión.

Además de estos vicios, a cada una de estas islas se atribuyen otros vicios particulares. Los lanzaroteños son considerados asesinos; los de Fuerteventura, indolentes; los canarios, mentirosos; los de Tenerife, ingratos; los gomeros, traidores; los del Hierro, toscos; y los palmeros, vanidosos. También tienen facilidad para cualquier cosa y afición; pero son muy inconstantes, por fuerza de la triplidad venérea y marcial. A ésta también la ayudan tres estrellas que pasan por su cenit. La primera está en la figura de Castor, de segunda grandeza y de la naturaleza de Marte, estrella regia, según Cardano. La segunda es de la cuarta grandeza y también de la naturaleza de Marte, en la espalda izquierda de Polux; y la tercera en el pie del ca-

¹ *El fingir*, en el original *finger d' altri*, en donde parece sobrar la última palabra.

ballo Pegaso, de cuarta grandeza y de la naturaleza de Marte y del voltario Mercurio.

Por ser la triplicidad del Cáncer femenina, aquí nacen muchas más hembras que varones. Ellas tienen tanto imperio sobre los hombres, que bien se puede creer que no pasa en vano sobre este cenit una estrella de la cabeza de Andromeda, de segunda grandeza, la cual, según los astrólogos, lleva consigo el cesto de Venus; y tampoco se equivocaron los poetas, al fingir que Venus nació de la espuma de las fecundísimas olas de este Océano Atlántico, llamado Padre de los Dioses.

CAPITULO XLIII

Descripción de la Ciudad Real de Las Palmas

ESTA ciudad es cabeza de este reino de Canaria; y por estar en ella el magnífico templo episcopal de Santa Ana, bajo los felices auspicios del Ilustrísimo Monseñor Fernando Suárez de Figueroa¹ y de la divina musa del ilustre canónigo Bartolomé Cairasco, resulta más ilustre y más adornada la grandeza de esta ínclita ciudad. También tiene tribunal de la Inquisición y de la Real Audiencia, con el Ilustrísimo presidente don Luis de la Cueva y Benavides,² caballero andaluz y gobernador y capitán general de este reino, quien, además de las fortalezas de estas islas, guardadas por soldados españoles, tiene en esta ciudad continuamente cuatrocientos peones pagados.

Bien se puede caer de acuerdo con los astrólogos, que tanta grandeza de tribunales en tan pequeña ciudad nace de la exaltación de Júpiter en el signo del Cáncer; y por la misma razón tienen todos los españoles aquí grandísima exaltación y dominio, por ser Júpiter también señor del signo del Sagitario, que predomina a toda España.

¹ Don Fernando Suárez de Figueroa fué recibido obispo de Canarias en 24 de Julio de 1588, y pasó al obispado de Baeza en 1596.

² Don Luis de Cueva y Benavides vino a Canarias en la primavera de 1589; su gobierno duró hasta al año de 1594.

La ciudad es pequeña, sólo de ochocientas casas. Descendiendo hacia el mar, por la parte de Levante, la atraviese un pequeño río que sale entre dos montañetas áridas que están a sus espaldas, la una a mano derecha llamada San Francisco, le otra menor a izquierda, llamada Santo Domingo. El puerto está a unas tres millas de distancia, en dirección norte; y en aquella parte el campo es arenoso, y los montes cercanos, desnudos y tétricos.

En la parte de mediodía está una campiña fértil, con un pequeño castillo redondo, llamado de San Pedro, a una milla de distancia, que guarda una cala que está a su pie. La muralla roja,¹ en dirección norte, es un largo lienzo de muralla, con dos baluartes a los extremos; el que está cerca del mar se llama de Santa Ana, por la advocación de la catedral. Hacia mediodía, la muralla, que también es roja, es otro lienzo igual, que fue empezado para defensa de la ciudad por aquella parte. La fortificación amarilla que rodea la ciudad y que se ve sobre la montaña de San Francisco, es la que se trata de hacer, según mi parecer, como en el siguiente capítulo se dirá.

¹ *La muralla roja*, como las demás indicaciones de color que siguen, deben entenderse como distintivos del dibujo adjunto, a que se refiere el autor.

CAPITULO XLIV

De la fortificación de la Ciudad Real de Las Palmas

ESTA ciudad está situada en un lugar tan extraño e irregular (por más que sea llano), y puesta debajo de tres montañetas que la dominan, llamadas con el nombre de los tres santos, Domingo, Francisco y Lázaro, que por espacio de veinte años ha dado que pensar juiciosamente a muchos ingenios italianos y españoles, con motivo de su fortificación; y hasta ahora Su Majestad Católica no ha tomado ninguna resolución, ni ha dejado entender qué parecer de tantos le haya gustado.

Siendo yo el último a quien Su Majestad pidió parecer sobre la misma fortificación, pienso en dos cosas contrarias. La una es la grandísima dificultad, porque, como no dio satisfacción ningún parecer de tantos ingenios sutilísimos, temo con razón que el mío, más débil, dé un traspies, no pudiendo, con la ayuda de sus opiniones, seguir ninguna de las cosas por ellos dichas, ni ponerlas de acuerdo entre sí, que sería más fácil que el inventar cosas nuevas, que sean aprobadas mejor que las anteriores. Lo otro que dije se me ocurría en contrario, es que me parece cosa muy fácil, teniendo en cuenta que Su Majestad me ha ordenado que sólo tuviese en cuenta de fortificar esta ciudad contra las ofensas de los piratas, y no contra las fuerzas o algún ejército real, con lo cual se me allanan todas estas dificultades;

de modo que, sin dudar y sin pensar mucho en ello, creo que mi parecer será preferido por Su Majestad.

Es regla general que busquemos la defensa por los lados por donde el enemigo puede venir fácilmente a ofendernos. Así, considerando los pasados ingenieros que el enemigo, por su mayor comodidad, tendría que desembarcar por unos de los dos lados de la ciudad: o hacia el puerto, en cuatro puntos, es a saber en la punta del Confital, en el Arrecife, en el Puerto y en la caleta de Santa Catalina; o por la otra parte, en la caleta del castillo de San Pedro; o más adelante, en La Lasca, que también es caleta con playa; o que, habiendo desembarcado cerca de Telde, deberían de venir por aquella parte; pensaron por consiguiente fortificar sólo los dos flancos de la ciudad. Y, considerando que los demás lugares serían demasiado arduos para el enemigo, no tuvieron en cuenta las espaldas, por donde entra el río; por cuya razón, los pasados gobernadores sólo hicieron las murallas rojas y aquellos pequeños castillos redondos, sin ningún plano de personas entendidas en esta profesión.

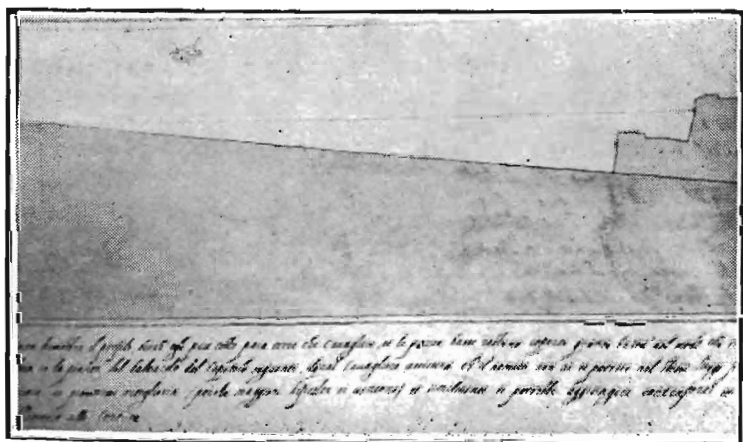
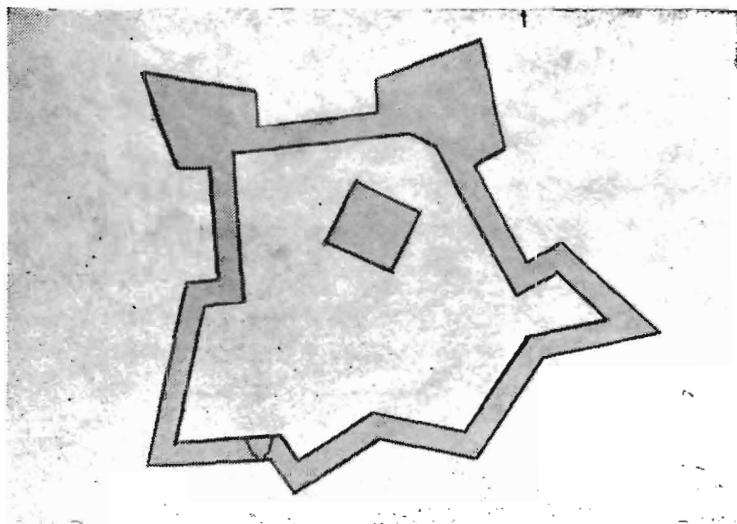
Sin embargo, desconfiando que aquella manera de fortificar no era bien entendida ni bastaba para defender la ciudad, y juzgando que era imposible poder fortificarla en todo su alrededor, tanto por el sitio, que es grande, como por el río; que es ancho, decidieron fortificar la montaña de San Francisco, para, en caso de necesidad, recoger en ella a toda la gente inútil y los bienes y tener allí amparo seguro, y de allí defender la ciudad con la artillería, lo cual es imposible, por estar lejos la ciudad, y las calles tapadas por las casas que les hacen espalda. De modo que, a mi parecer, esta disposición era fundamento para abandonar la ciudad; y las dos fortificaciones eran imperfectas, por cinco causas.

La primera razón es (tratando de los lienzos laterales) que la dicha muralla roja sólo cerraba dos lados, quedando abierta la parte del río y de la montaña de Santo Domingo, que son las más importantes; y, por más que desde la montaña de San Francisco se las pueda ver, no están defendidas, por hallarse alejadas y el río abierto, sin poderse defender de noche. La segunda, que dichas murallas no impiden que se descubra a la vista lo de dentro, desde todos los sitios circunvecinos. La tercera, que no tiene defensa de flanco, sino solamente de frente, y el espacio en que deben permanecer los defensores, es decir el lado sur, tiene solamente cuatro pies, a modo de muralla antigua, de modo que es imposible estar en pie combatiendo. La cuarta que, por estar dicha muralla lejos de las casas, separa a la gente, y el espacio que queda en medio se descubre desde los lugares altos, y se necesita mucha gente para su defensa. La quinta, que al fortificarse la montaña de San Francisco, ya se tiene otra fortificación independiente, y real ¹ mas bien que para defenderse contra los piratas, y es retiro seguro de los defensores y pérdida de la ciudad. Cuán dañina sea esta retirada, se ha dicho bastante por otros y se sabe muy bien por todos los soldados. A esta última razón se añade que, si esta fortaleza debe amparar a toda la gente de la ciudad (como dije antes), es preciso comprender en ella toda la superficie de la montaña; de modo que deberá ser grande, y los gastos excesivos, porque, además de las murallas de

¹ Torriani entiende por «fortificación real» la fuerza que debe resistir cualquier clase de sitios o asaltos; mientras que ya se ha visto que el propone para Canarias, en general, un sistema de fortificaciones encaminado a asegurar principalmente la defensa contra los piratas, es decir, contra una operación naval.

defensa, se necesitarán casas, iglesia, pozos y todas las demás cosas que se requieren en una fortaleza bien guardada, y se aumenta el salario del castellano con mayor número de bombarderos y soldados que lo guarden, todo lo cual es cosa infinita y superflua para un pirata. Y, si se piensa coger sólo una parte de la superficie, debe de ser hacia la ciudad; y, como el lugar es pendiente y va bajando hacia la ciudad, lo demás de la superficie dominará la fortaleza, lo cual dificulta el fortificarla; y, además de no ser capaz para toda la gente, no domina con su tiro la montaña de San Lázaro ni la ciudad ni los campos desde donde el enemigo puede ofender las murallas, por estar alejadas.

Por consiguiente, si esta fortaleza, grande o pequeña que sea, no defiende la ciudad; para que el enemigo no entre en ella, no la saquee y no le prenda fuego, ¿qué efecto puede esperarse de ella? Si nosotros, encima de la dicha montaña, fortificados y con buenas piezas de artillería, no podemos defender la ciudad (que sería más bien ofenderla), desalojando de ella al enemigo, para él ¿qué interés podrá tener el cogerla, sin amparo, sin alojamiento, sin agua y sin artillería (porque no podrá conducirla allí por un pasadizo estrecho)? ¿Acaso podrá dañar tirando de lejos a las casas con arcabuces y con mosquetes? Seguramente no. Entonces, ¿qué podrá hacer? Dos cosas: la primera, eliminar la defensa de las murallas rojas, porque tanto desde esta montaña como desde las otras se les descubre lo de dentro; y la segunda, bajar a la ciudad y andar por el río como más sea su gusto, que es la parte que antes dije que quedaba abierta, de modo que el enemigo podía entrar por allí, aun estando fortificados los dos lados; por cuya razón se ve claramente cuán imperfectas y mal entendidas eran estas dos fortificaciones.



Proyecto de fortificaciones para la ciudad de Las Palmas

Así, pues, queriendo buscar remedio a estos dos males, me decidí a rodear la ciudad de murallas (siendo así que es cosa posible), de manera que el enemigo no pueda entrar por ninguna parte sin hallar resistencia, y que desde las alturas no se pueda descubrir la gente de dentro. Esta defensa se entiende que se hace o por defender la gente, o la ciudad, o lo que es más común y mejor, la gente y la ciudad al mismo tiempo. Por consiguiente, si podemos defender la gente y la ciudad sin otras fortificaciones en la montaña de San Francisco, y no ser atacados desde ésta última, mejor será rodear toda la ciudad; porque, al ser la fortificación a manera de círculo, las plazas de los baluartes quedarán cubiertas, y las montañas alejadas, sobre todo la de Santo Domingo y la otra de San Lázaro. Por la parte del mar sólo se puede desembarcar en la Caleta debajo del castillo de Santa Ana, porque en todo lo demás la costa de la ciudad es baja, y continuamente azotada por las olas; y porque esta costa es larga, pongo la fuerza amarilla a la desembocadura del río, para ayudar al castillo de Santa Ana y la plataforma, y para cerrar el paso por la parte del sur, cuando el mar es bajo: ésta, con dos culebrinas, mantendrá a distancia los navíos enemigos, de modo que no puedan ni ofender la ciudad, ni volverse para dar asalto a la plataforma.

Esta ciudad tiene continuamente 600 hombres de la isla capaces de llevar armas, además de los soldados; y 500 bastan y sobran para guarnecer todas las plazas de los baluartes y los lugares de defensa de toda la fortificación. Y, considerando que se piensa en resistir a los piratas, que ni llevan artillería ni tienen fuerzas para expugnar las fortalezas, las cortinas son sencillas, sin terraplenes y contrafuerzas. Su defensa consiste solamente en los baluartes; los cua-

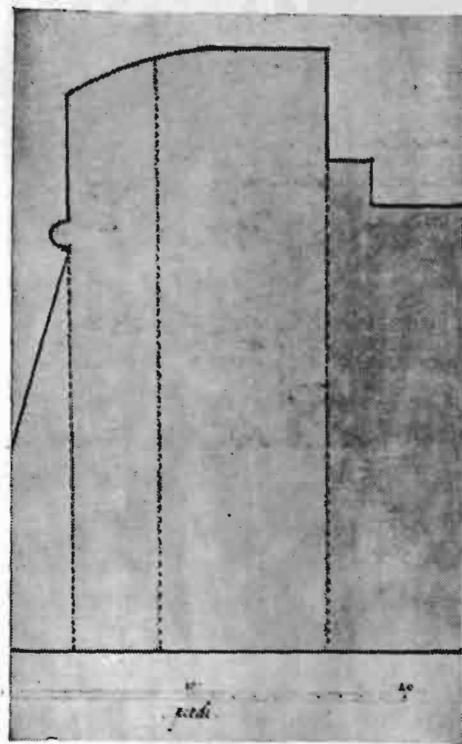
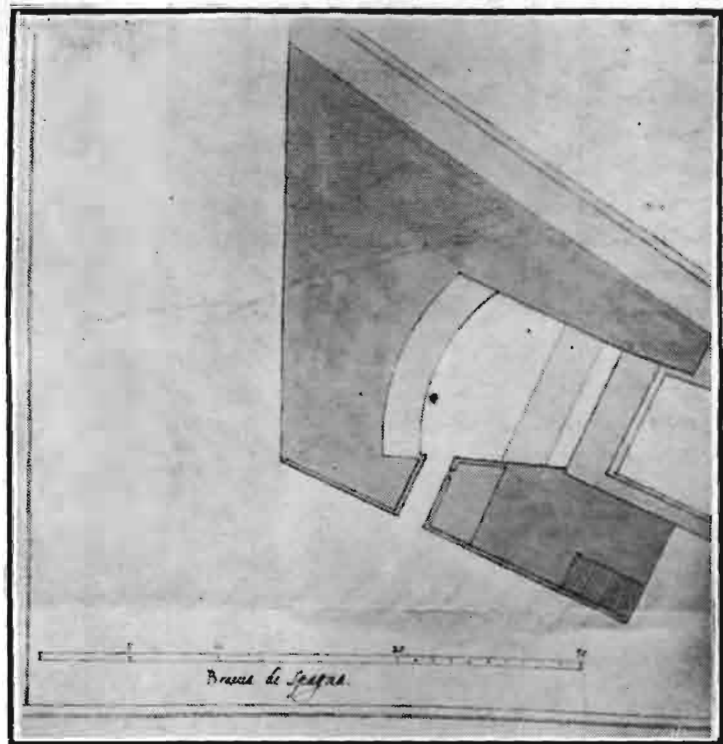
les, aunque no sean reales, están hechos sin embargo con terraplenes y capaces para artillería y para la gente que se requiriese. Y de ellos se puede tirar hacia dentro tanto como hacia fuera, y sirve cada uno independientemente de fortaleza, cosa sumamente digna de elogio en esta clase de fortificaciones.

Y, cuando la férrea condición de estos tiempos nos obligase a mayor defensa, sobre la montaña de San Francisco se podría hacer el castillo que se ve dibujado en amarillo, puesto aquí en escala mayor, cuya posición domina la altura de la montaña y todas las dificultades, como lo demuestra el perfil, aunque más bien parezca torre que plataforma, y las partes bajas¹ quedan cubiertas cuanto se necesita, del modo que se verá en la planta del baluarte, al capítulo siguiente. Y esta plataforma asegura el que el enemigo no pueda fortificarse en el mismo lugar ni llevar artillería (porque tiene que vencer mayor dificultad); y de igual modo se podrían añadir contrafuertes a mediodía, a las cortinas.

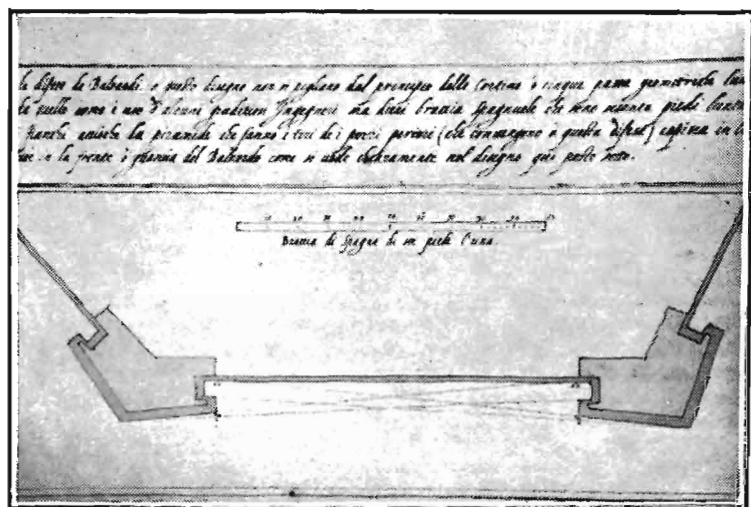
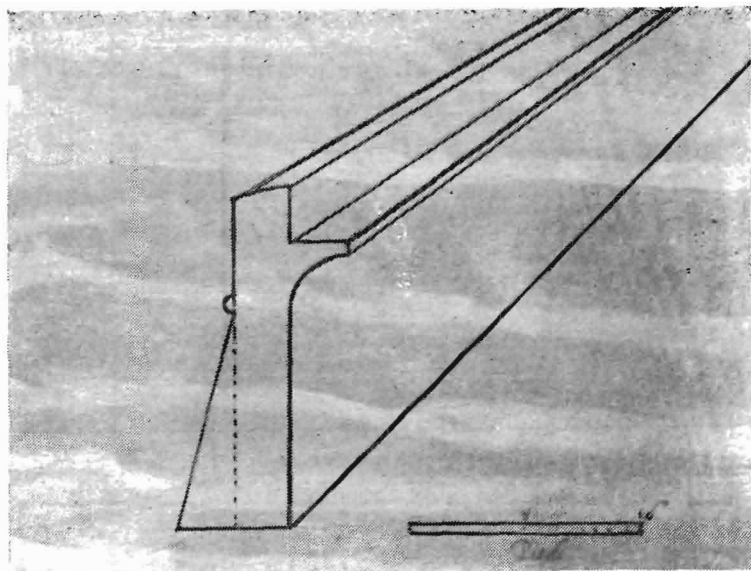
Del baluarte de la ciudad.

El baluarte, como principal miembro de toda la defensa de la fortificación, se hace él más fuerte, más dotado con artillería y con instrumentos de guerra, y mayor que todos los demás, como verdadero combatiente y defensor de la contraescarpa, del foso, de las cortinas y de sí mismo; de modo que justamente lo llamaron los latinos *propugnaculum*. Por tanto, considerando esto, decidí de poner terraplenes solamente en los baluartes de estas fortificaciones y armarlos de aquella artillería que conviene mejor: no con

¹ Las partes bajas, en el original, *le pazze basse*, probablemente error por *le parti basse*.



Proyectos para el baluarte de la ciudad de Las Palmas



Proyecto de cortinas para la ciudad de Las Palmas

cañones de sitio ni con culebrinas para alcanzar y romper las fortificaciones, bastiones y trincheras que los enemigos suelen edificar para conquistar fortalezas casi inexpugnables, sino solamente con aquellas piezas que son suficientes para defenderse de piratas que, sin instrumentos de guerra, apenas con escalas y con protección de poco provecho, suelen acercarse por debajo de las murallas, sin intentar nunca las honradas fatigas de la milicia, sino la facilidad del robo a mansalva, y de la retirada. En efecto, para atacar a un enemigo desarmado son necesarias pocas armas; y, bastando la espada, considero superfluo el arcabuz; o, bastando el arcabuz, pienso que no se da el caso de buscar mosquetes y artillerías y minas, siendo más adecuado el huir lo más que se pueda de gastos excesivos, y de aquellas cosas que sólo se pueden terminar a lo largo de muchos años. Así, proporcionando a las plazas altas y bajas del baluarte la artillería bastante, que sería falconetes, sacros y perreros, y con lo largo de las cortinas, reduje las formas a sus dimensiones mínimas, como se ve en el dibujo que sigue, en que este baluarte defiende la cortina desde fuera y desde dentro, como bastión domina la campaña, vuelve la cara a los sitios altos cubriendo bastante los flancos, y queda a manera de roque defendido por ambos lados.

De las cortinas de la ciudad.

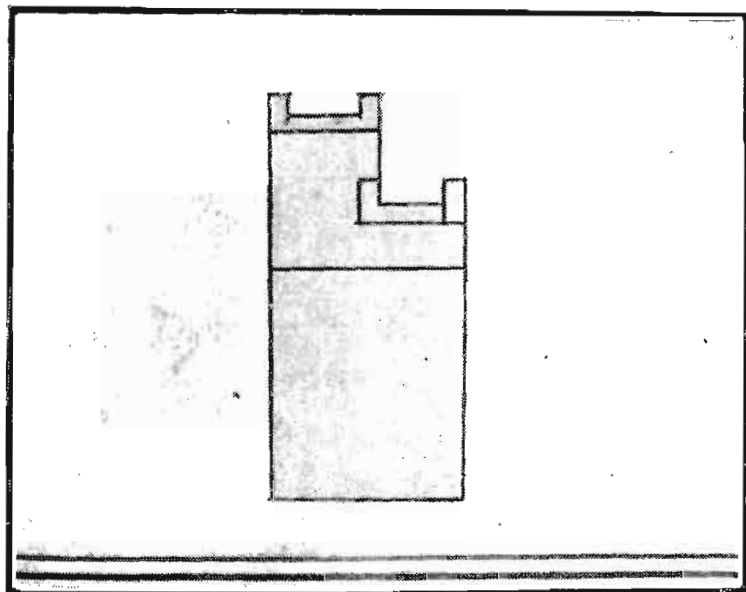
Los antiguos fabricaron las cortinas sencillas, es decir sin contrafuertes ni terrados, para resistir solamente a los arietes, que eran entonces las máquinas con que se combatía más fuertemente contra ellas. Pero los modernos ingenieros, teniendo en cuenta la violencia de la artillería, le opusieron el terraplén, como cosa que mejor y suavemente,

sin ruina, recibe y vence la fuerza de las balas (que casi se pueden decir arietes insuperables de nuestros tiempos); y las cortinas las hicieron solamente para sostener la tierra, para que no se arruinase por la fuerza de las aguas ni por la explosión de la artillería.

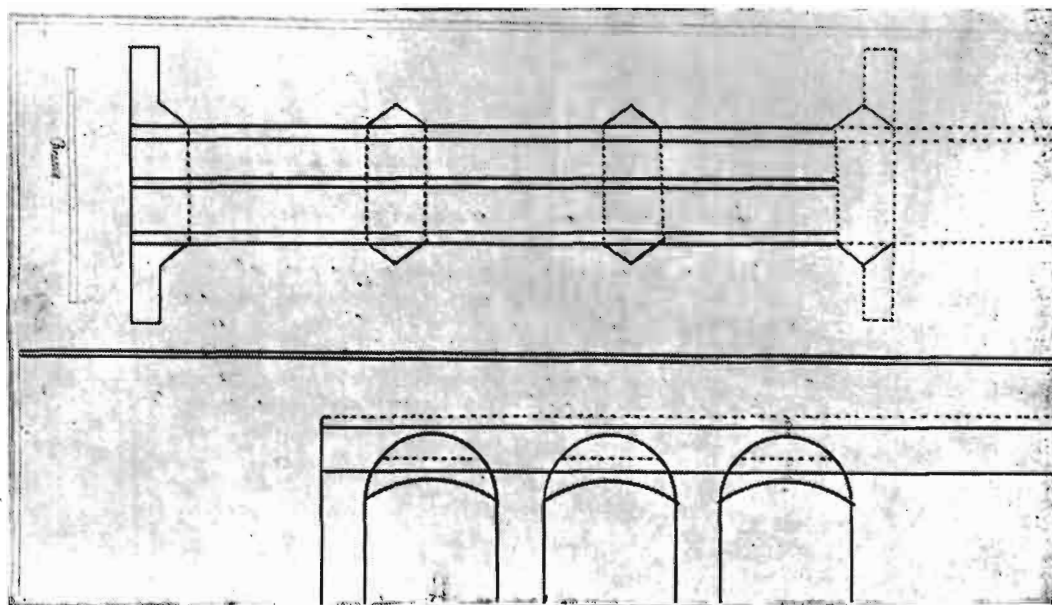
Las cortinas de que se trata en esta fortificación son también sencillas, porque, como no consideramos que hayan de soportar el tiro de la artillería, no es necesario terraplenarlas, sino que pueden muy bien servir al modo de las antiguas. Al mismo tiempo, por la comodidad del pasillo, que corre por la parte del interior del parapeto, se podrán también socorrer fácilmente las plazas altas de los baluartes, de la una a la otra, sin bajar a tierra, lo cual es importante, por lo que se ha dicho de los baluartes. Las defensas de los baluartes en este dibujo no se toman desde el principio de las cortinas o a cinco pasos geométricos de distancia de él, como se usa por algunos ingenieros juiciosos, sino desde diez brazas españolas, que son 60 pies de distancia desde los flancos, para que la pirámide que forman los tiros de las piezas perreras (que convienen a esta defensa) quepa en la base, eso es en la frente y cara del baluarte, como se ve claramente en el dibujo colocado aquí abajo.

Del puente

El puente es un camino que se hace sobre los ríos o sobre el mar, inventado por los antiguos arquitectos para la comodidad, no ya para la defensa militar, como se demuestra ser necesario en la fortificación de esta ciudad. En el río, en el punto por donde pasa la muralla, no es necesaria ninguna calle, y sólo se hace puente para continuar la muralla, para que no quede paso abierto y entrada para el enemigo. Y para que los arcos no queden abiertos, se nece-



Pasillo interior de las cortinas



Proyecto de Puente para la ciudad de Las Palmas

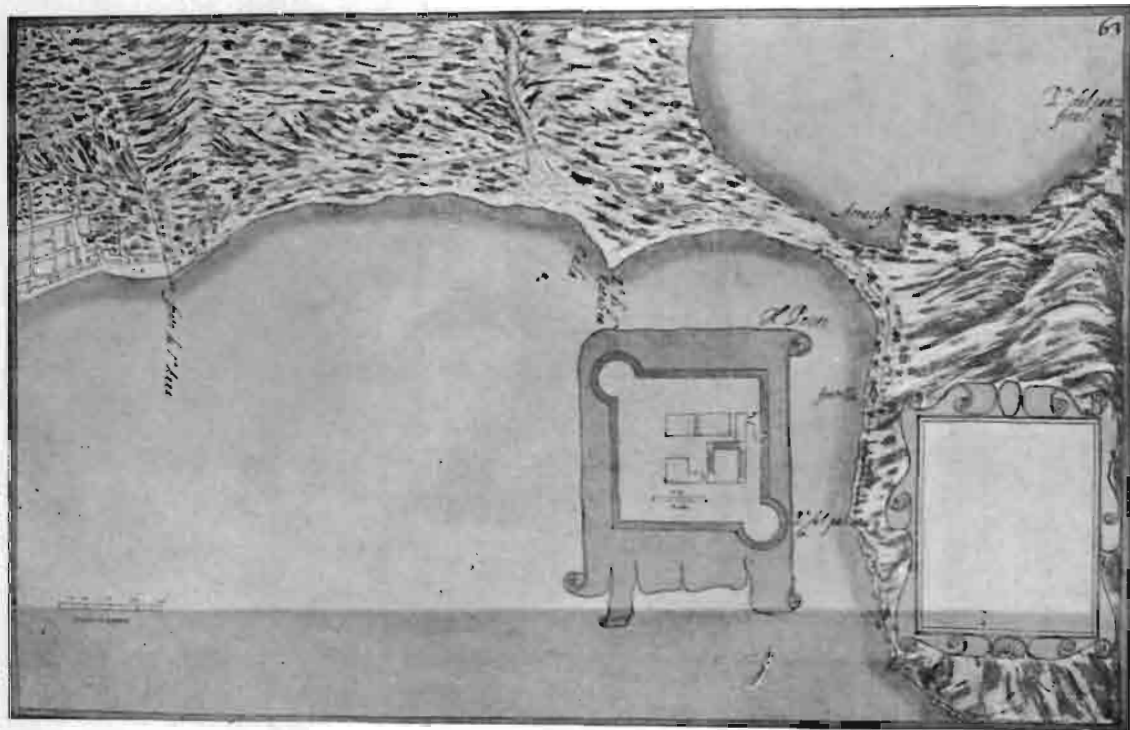
sita en cada uno de ellos un fuerte rastrillo, que debe hacerse de maderos muy fuertes y con verjas, para que las aguas pasen sin impedimento mientras ocurra que estén bajadas. Pero deben estar hechas de manera que un hombre no quepa por los agujeros. Y también se pueden hacer llenas y macizas, porque basta con bajar solamente de ellos aquella parte que sea necesaria, es decir hasta el agua o cerca de ella, como se ve en el dibujo siguiente. Y a la parte de dentro, es decir entre los rastrillos y el parapeto, quedará espacio abierto, para que desde allí se pueda atacar a los enemigos que intentasen pasar por debajo. Y el parapeto será grueso como los demás, y un poco más alto para cubrir lo más que se pueda la calle, en vista de aquéllos que deben de permanecer cerca de los rastrillos y de sus defensas.

CAPITULO XLV

Opinión contraria sobre la fortificación de la montaña de San Francisco

DON Luis de la Cueva, gobernador de estas islas, fue de opinión que se fortificase la montaña de San Francisco, en la forma que se ve en el siguiente dibujo, y que la fortificación se cavase en el mismo sitio, para ahorrar la muralla, puesto que allí no era necesario buscar altura, sino la del parapeto sobre la escavación que pretendía hacer. También fue de parecer que a la larga cortina roja de la parte del norte bastaría con añadirle las dos plataformas, y por la otra parte de la ciudad, hacia el sur, la fortificación amarilla (las cuales dos fortificaciones no tienen interés sino para los dos flancos de la ciudad); imaginando el mencionado gobernador que el lado de la montaña hacia el río podía defender la ciudad por aquella parte, lo cual es imposible, por la razón que dije en el capítulo anterior.

Entre muchas más cosas, sólo de dos haré mención, en lo concerniente a la fortificación de la montaña, por la parte del norte. La una es que dicha montaña no se puede cavar en su circuito, como se había pensado, porque no es de toba ni de tierra fuerte ni de alguna clase de piedra que se pueda mantener sin ninguna pared u otro apoyo; sino que está hecha de piedras diminutas y casi como quemadas, y mal juntadas y reunidas entre sí, sin ningún cemento de



Puerto de Las Isletas

tierra, de modo que, por una que se saque por abajo, las de encima se caen con grandísima facilidad. Lo otro, que, por la demostración de las baterías de la montaña de San Lázaro se ve que el sitio *A* cubriéndose por el sitio y contrabatería *C*, a 600 brazas de distancia, que es el más eminente de dicha montaña, domina con su tiro el lado *CD*, que baja hacia la ciudad; y como dicho lado *CD* no puede dominar el sitio *C* con su tiro, las dos plataformas quedan sometidas a la batería del dicho sitio *C*, así como también el espacio entre ellos y la ciudad, como en otro lugar se ha dicho.

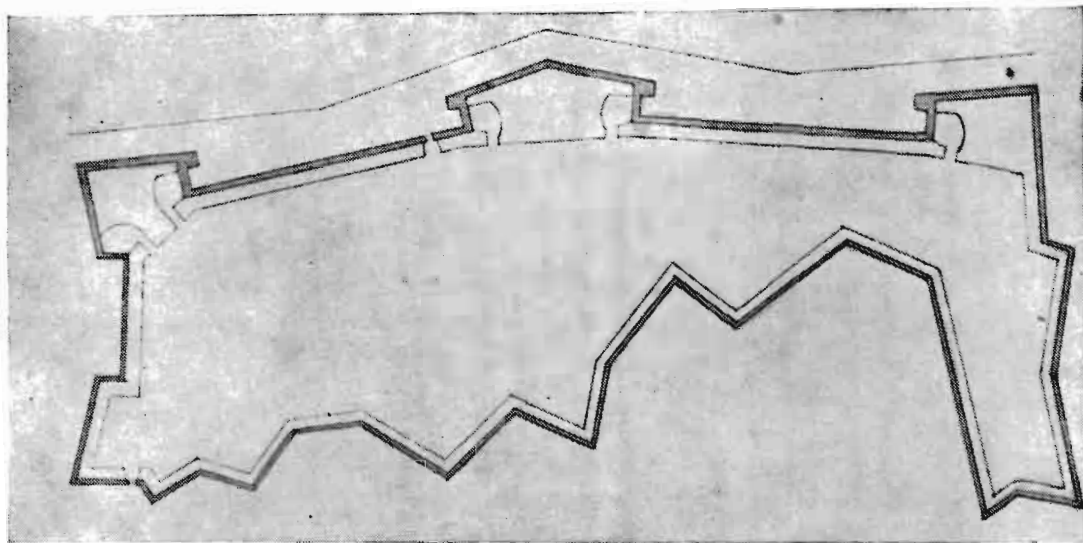
Un ingeniero español fue de parecer que se edificase sobre esta montaña una fortaleza triángular, con ángulos iguales, porque le parecía que esta forma convenía mejor que cualquier otra, por las tres puntas que tiene la montaña; considerando que las cortinas no podían ser ni iguales ni rectas, máxime por la parte de la ciudad, salvo si dicha fortaleza se retirase hacia adentro, para que todos aquellos ángulos y vueltas que forma dicha montaña por aquel lado quedasen fuera; y al quedar fuera aquella parte impediría que se pudiese descubrir la ciudad y se consiguiese el efecto que se pretende.

Otros han mantenido el parecer que se fortificase solamente el sitio más alto de dicha montaña, donde está colocada la batería *C*, de modo que, dominando de allí, se podría defender la superficie de la montaña, para que no pudiese ser ocupada por el enemigo. Pero dicha opinión sólo considera este efecto, sin conseguir que se ayudase a la ciudad, ni tampoco que este bastión pudiese ser ayudado desde la ciudad. En efecto, si se fortificase dicha altura, también sería razonable fortificar la otra, encima de la ciudad, que se demostró en el primer dibujo, que servía para descubrir la ciudad y socorrer a la otra más alta; y la alta

para defender la eminencia del enemigo, por la seguridad de la primera; y para unir a entrambos entre sí, también era necesario añadirles una cortina derecha desde la una hasta la otra, para que se pudiesen comunicar y ayudarse fácilmente. Por mi parte, me parece más acertado el reunir las fuerzas de entrambos sitios en aquél que parece más necesario, encima de la ciudad, como se demuestra en el primer dibujo, pudiéndose defender el otro sin fortificarlo, con el bastión alto que se dijo; y también el mismo castillo sin dicho bastión, dándole la forma de defensa que se ha visto en el dibujo de la pendiente de dicha montaña.

Pero, si quiero fortificar dicha montaña con más consideración de cuanto hasta aquí se ha dicho, sólo me preocuparé por tres cosas. La primera es, que poca gente debe bastar para la defensa; por lo cual cogería solamerte a la fortificación encima de la ciudad, torciéndola como demuestra el dibujo que sigue. La segunda, que pueda alcanzar su tiro el sitio de la montaña de San Lázaro, que podría coger el enemigo para colocar la batería que se señaló con la letra C. Y la tercera, bajaría la eminencia de la dicha montaña, como se mostrará más adelante, en el segundo dibujo del perfil y pendiente, siendo común sentencia de todos los hombres inteligentes que es mejor remover el sitio, si se puede, que formar de la fortaleza, cuando está bien concebida.

Y si alguno no juzgase acertado el dejar tanto lugar al enemigo, contestaré que si él no puede acercarse a una fortaleza a menos distancia de 420 y 600 pies (que, más o menos, es el espacio que quedaría fuera de esta fortificación), sin trinchera o foso con que cubrirse, allí no se puede atrincherar ni fortificar, porque, al quitar aquella eminencia, el fondo queda de piedra movediza o difícil de romper. Por



Proyecto de fortificación de la montaña de San Francisco

lo cual, si quisiese remediar este inconveniente, sería preciso que el enemigo llevase consigo muchos sacos de lana, tierra, fajines y gaviones desde muy lejos; y es imposible que pueda reunir allí estas cosas, sin grandísimas dificultades y sin fuerzas reales, las cuales, con el tiempo y el número de exploradores, hacen que cualquier cosa pueda ser vencida. Y lo que me parece más digno de consideración, además de lo dicho,¹ es que, si esta clase de fortaleza merecería razonable elogio al hallarse en lugar llano, mucho más lo debe merecer en la montaña, por la fuerza del lugar.

Por el dibujo del perfil de la superficie de la montaña, que sigue, se puede ver la eminencia cercana al pasadizo ser alta de veinte pies, y en otras partes o poca, o nula. Por lo cual, y por ser de tierra la mayor parte de esta altura, se puede suprimir sin dificultad, y de allí aprovechar los materiales para realzar la contraescarpa que se indica por el triángulo claro, y para terraplenar dentro la fortaleza. De este modo, se debe considerar que aquí, en esta fortificación, no se cava² el foso ni del fondo de éste se alzan las murallas, como es común práctica de todos los conocedores de este oficio; sino que sobre la superficie pendiente levanto las murallas, para que con su altura vengan a vencer y a dominar la altura de la eminencia; y con los materiales de ésta se levanta la contraescarpa y se hace el foso sin cavarlo, y la fortaleza domina toda la superficie de la montaña que antes la dominaba.

¹ Además de lo dicho, en el original: *insieme con il tetto*, en donde creemos que *tetto* es error, en lugar de *detto*.

² *No se cava*, en el manuscrito: *non si edud*. Esta palabra resulta ininteligible; Wölfel leyó *educe*.

CAPITULO XLVI

De la fortificación del puerto de Las Isletas de Canaria

LA fortaleza antigua de este puerto, cuadrada con dos torreones, fue hecha solamente para defender las naves que echan el ancla debajo de ella. Y, como no se consideran más que los efectos en dirección del mar, no se procuró darle mejor forma, para que se pudiese también defender por tierra. Tampoco supieron elegir el sitio que era más conveniente para la defensa de los mismos navíos; porque las naves de los enemigos entran en el puerto, haciéndose respaldar por dichos navíos, y los sacan fuera del puerto, sin recibir daño de consideración.

La experiencia nos demuestra que esta fortaleza hubiese quedado mejor en la punta del Palo, porque los navíos de los enemigos, al entrar, procuran pasar cerca de allí, con el flanco descubierto, para quedarse a buena distancia del torreón de Santa Ana de la ciudad, para no ser atacados por la artillería. Pero como esta fortaleza que se debe hacer, debe mirar al mismo tiempo al mar y a la tierra, y como no pueden conseguirse ambos efectos con la perfección que se desea, se debe buscar solución a lo más importante. Por ello, mi parecer es que se fortifique el pasillo entre los dos mares. De este modo, se cortaría el paso al enemigo, el cual, de haber desembarcado en muchas partes de la penín-



Proyecto de fortificación para la ciudad de Las Palmas

la, no podría emprender marcha hacia la ciudad, que es lo más importante. Además de esto, también defendería el mar, donde están los navíos, por entrambas partes, tanto por la parte del puerto como por la del Arrecife. En fin, allí, en este pasillo, la fortificación se hallaría más cercana a la ciudad, y fácil de socorrer, sin ningún impedimento.

Otros tienen la opinión que se debe fortificar la punta de Santa Catalina, para que desde allí la artillería pueda cubrir con su tiro la playa en dirección del puerto, así como la otra, en dirección de la ciudad, con ayuda del torreón de Santa Ana; y principalmente serviría para defensa de la caleta que está al lado, la cual, por ser grande y alejada del mencionado torreón y de la fortaleza del puerto, no puede defenderse con la artillería. Contra esta fortificación se contesta que desde allí no se pueden defender los navíos que están en el puerto ni los del Arrecife, que es bastante grande, pero que, con tener la entrada baja y estrecha, no admite que entren naves grandes. Tampoco se cortaría el paso al enemigo, y, por otra parte, quedaría expuesta a muchas eminencias que la dominan.

A Su Majestad Católica no le pareció mal la idea de la fortificación del estrecho o pasillo entre los dos mares; pero por ganar tiempo ordenó que de momento añadiese a la antigua fortaleza alguna defensa, para que se le pudiese defender desde tierra con mayor seguridad. Por lo cual la completé con los cuatro baluartes, quitándoles la punta como se ve, por razón de que, por su pequeño tamaño, los baluartes resultaban demasiado agudos; y los del lado del mar se adelantaban tanto hacia fuera, que su construcción representaba no poca dificultad. El castillo viejo cuadrado queda más alto que estos baluartes bajos, como plaza de las artillerías, según se puede ver por la perspectiva que sigue.

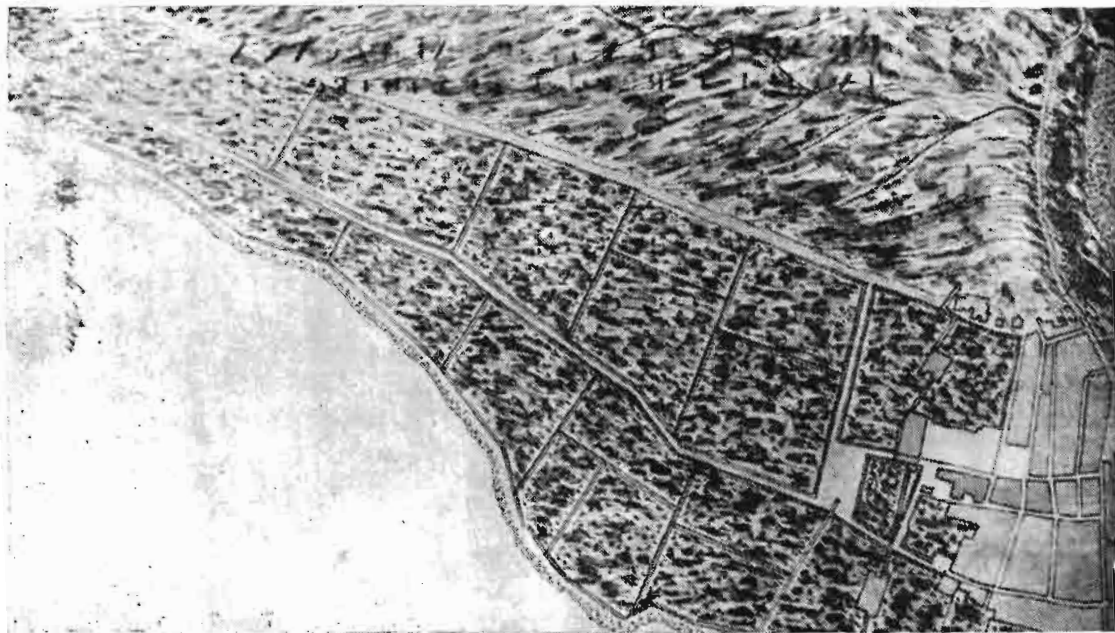
CAPITULO XLVII

Del lugar entre el Real de Canaria y el torreón de San Pedro

EL dibujo que sigue muestra el sitio entre la Ciudad Real de Las Palmas y el torreón de San Pedro, en la parte del sur. Aunque este sitio sea una llanura entre el mar y las montañas, contiene muchas paredes de tierra y de piedra seca, para defensa de las viñas y de los trigos que allí se cultivan, para que no venga el ganado a destruirlos. El torreón fue hecho allí, para defender la caleta que está debajo, y el mar, porque frente a él suelen permanecer al ancla los navíos y los botes, en tiempo de borrasca, porque allí el fondo del mar es bastante más limpio que el del puerto; y la playa está abierta, de modo que los navíos pueden apartarse de la costa ¹ a su gusto, según los tiempos, tanto con vientos del norte como con los del sur. La fortificación amarilla es parecer del gobernador don Luis de la Cueva; y se muestra cómo desde la altura se descubre fácilmente lo de dentro, y también los flancos desde la parte de fuera, y los parapetos y las plaza, ² desde lejos, si alguien toma la falda de la altura.

¹ *Apartarse de la costa*, en el original: *spiccarsi dal lito*. La edición de Wölfel lleva *lato*.

² Una real cédula fechada en 17 de octubre de 1600 mandaba se procediese a la fortificación de la ciudad de Las Palmas y de su puerto, en conformidad con el parecer de Torriani; pero no parece que el proyecto haya llegado a realizarse. Cf. A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias*, Madrid (1948), vol. III, pág. 79.



Playa de San Pedro

CAPITULO XLVIII

De la ciudad de Telde

ESTA es una ciudad muy pequeña, de trescientos fuegos, situada cerca de un río y a poca distancia de dos grandes poblaciones antiguas, que en lengua canaria se llaman Tara, Sendro;¹ las cuales afirman los antiguos (y también se demuestra así por su ruinas) que eran de grande superficie y llegaban al número de catorce mil casas.² Una parte de ellas, hecha en lo alto, sobre el suelo, pequeñas, redondas, y con estrechas calles, eran para los pobres; y otra parte, bajo tierra, labradas con suma industria, como se ha dicho en otro lugar, eran de los nobles y de los más ricos. Pero, volviendo a esta pequeña ciudad, está en un llano, a dos millas de distancia de la costa del mar que mira hacia Oriente. A sus espaldas y por parte del sur, a algunas millas

¹ Ambos nombres están escritos en capitales en el manuscrito. El nombre de la segunda población había sido escrito primitivamente SEND; después, la misma mano añadió RO entre renglones.

² Cf. más arriba. Sobre estas dos poblaciones indígenas carecemos de documentos más precisos. Su nombre viene a Torriani de la misma fuente de que se sirvió Abreu Galindo; en la obra de éste, tal como la conocemos, no hay mención de estas poblaciones, pero Tarha consta en una versión que hoy día desconocemos, y que pudo utilizar CHIL Y NARANJO, *Estudios históricos*, vol. I, pág. 558, y que probablemente reproduce MARÍN Y CUBAS, III, 15 (cf. WÖLFEL, pág. 295, quien reproduce todo el material conocido a este respecto).

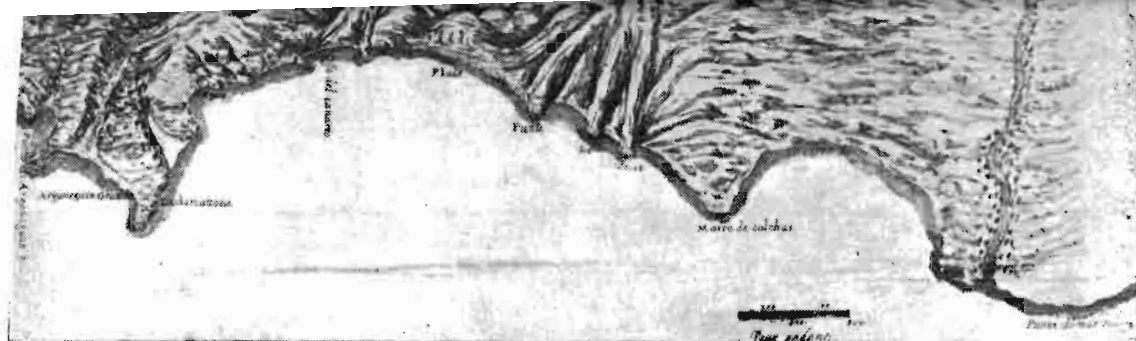
de distancia, tiene la montaña, que, con su horizonte limpio y sereno, ofrece a la vista un panorama de grandísima amenidad, y envía hacia abajo las frescas ventoleras de un céfiro extremadamente templado que allí sopla; de modo que su continuada quietud parece ser la verdadera paz de los elementos y la antigua felicidad que los poetas cuentan de estos campos.

Su campiña y las orillas del río son muy ricas en azúcar, vino, trigo, cebada, y en los demás tesoros de la tierra. La ciudad está habitada por gente noble que, aficionándose a la tranquilidad, huye de las disensiones y los litigios del Real de Las Palmas. Allí es donde se gozan el antiguo ocio y los placeres de la agricultura y de la casa de campo. Su sitio es grande y fuera de proporción con cualquier fortificación; por lo cual me pareció que era preferible fortificar el sitio de Santa María, por ser un poco alto, rodeado por un pequeño barranco, por el río, y también situado en la parte que mira hacia Las Palmas, de donde le podría venir socorro, caso de que los enemigos asaltasen por este lado de la isla, para saquear primero esta ciudad.

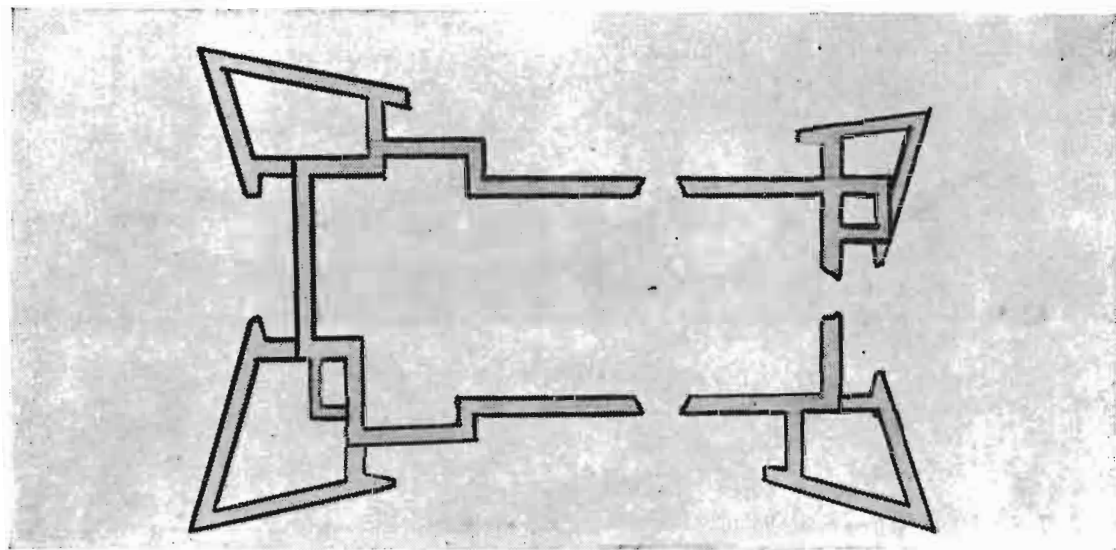
El gobernador don Luís de la Cueva fue de parecer que se fortificase el templo, que es la iglesia de San Juan Bautista, para que en ella fuese común defensa de una iglesia y de los ciudadanos. Esta, como se halla en lugar donde no se le puede socorrer sin grandísima dificultad, no da satisfacción a los que se fundan en la razón de la guerra; y todavía más, porque las casas y las terrazas dominarían la fortificación. Además, las calles son tan estrechas (como se ve por el segundo dibujo siguiente), que los flancos de los bastiones quedan demasiado pequeños, y las espaldas muy débiles. Por lo tanto, considero que la fortificación de la otra iglesia de Santa María está en mejores condiciones, por razón del lugar ventajoso, y por lo que antes se dijo.



Plano de la ciudad de Telde



Costa de Gran Canaria, de Arguineguín a Maspalomas





Perspectiva de Gran Canaria

CAPITULO XLIX

Descripción de Tenerife

ESTA es la mayor de las Afortunadas y la más soberbia, que, situada en medio de las demás, descubre en su alrededor 1500 millas de mar que forman su horizonte. Es con mucho la más rica de todas en azúcar y en vinos excelentes, que se transporta a diferentes partes del mundo, según se ha dicho en el capítulo de Canaria. Tiene mucho comercio, porque está más poblada que Canaria, y dos veces más que La Palma. La mayor parte de la gente son portugueses los cuales, como superan a las demás naciones de España en la industria de la agricultura, han conseguido que esta isla fuese la de mayor feracidad y riqueza.

Por la banda del Norte está llena de bellísimas villas, cada una de 300 a 600 casas. Tiene terrenos muy fértiles, bosques espesísimos y altísimos, que es cosa de maravilla para la construcción de los navíos y de los edificios. En efecto, dejando de un lado lo que dice Plinio, tiene árboles de tanto grosor y altura, que con las tablas que se sacaron de un solo pino se cubrió una iglesia de 80 pies de largo y de 48 de ancho; y con otro pino parecido se cubrió otra iglesia,¹

¹ Cf. ESPINOSA, I, 2 (pág. 29): «Es fama que con la madera de un solo pino se cubrió la iglesia parroquial de los Remedios, en la ciudad de La Laguna; que tiene de cumplido 80 pies, y de ancho 48; y con otro pino se cubrió la iglesia de San Benito en la dicha ciudad, que tiene 110 pies de largo y 35 de ancho».

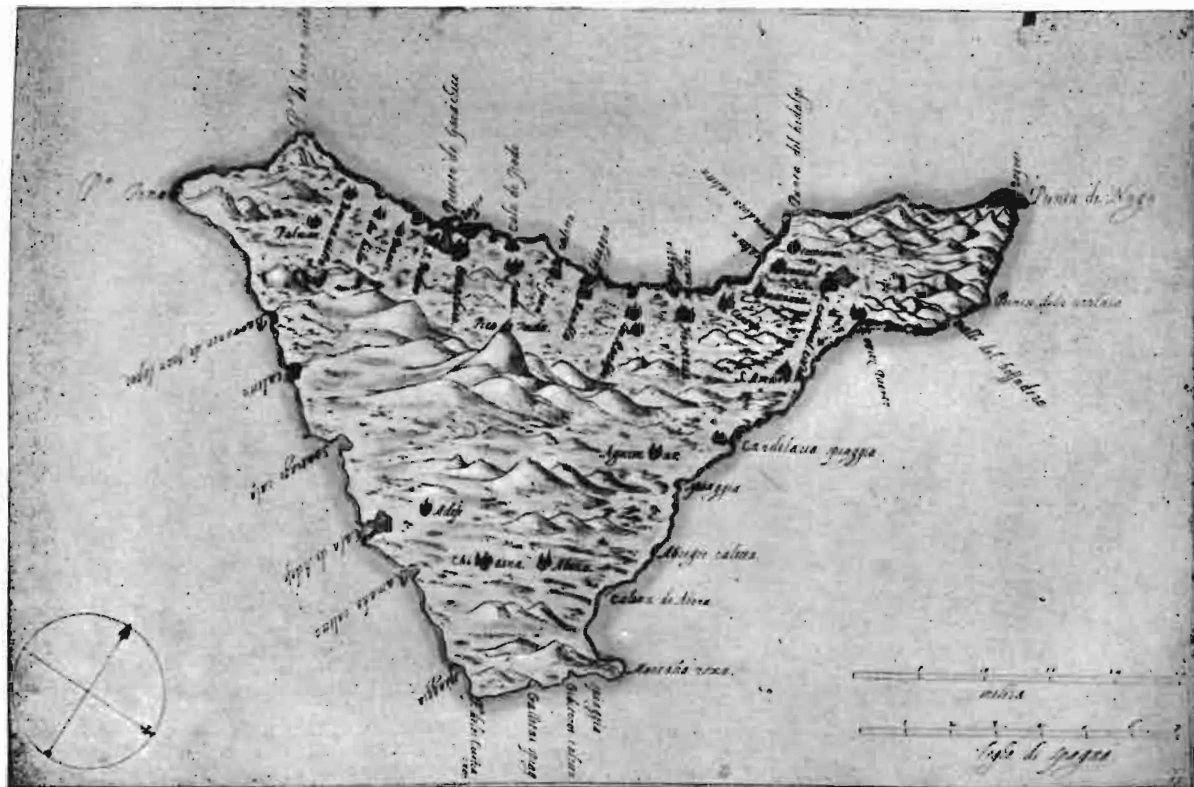
larga de 110 pies ancha de 35. En la parte del sur está quemada y devastada por infinitos volcanes antiguos, y es poco fértil, porque allí no hay tanta abundancia de agua, ni terrenos para cultivo.

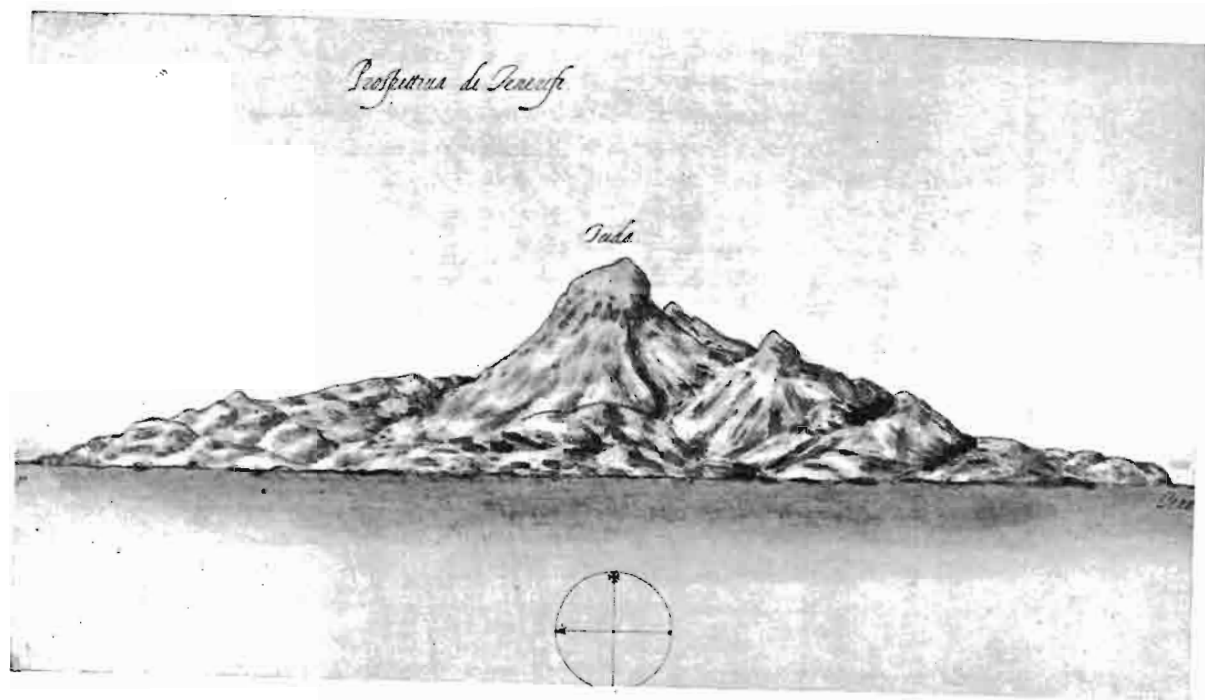
La isla es triangular y tiene 174 millas de circuito. Al tiempo de Juba y de Plinio se llamaba Nivaria, por las nieves con que está cargado casi todo el año el monte altísimo que tiene, llamado el pico de Teide, segunda Etna occidental. Más de 500 años antes de la venida del Salvador se llamó Pintuaría; y después, Tolomeo le dijo Aprositus (según opinión mía), por considerarla inaccesible, en razón de aquella altísima montaña. Los isleños, anteriormente a la conquista, le decían Chinechi, y los palmeros, Tenerife, que en su lengua significa tanto como «monte de nieve»;¹ como el candor ha dado su nombre al Cáucaso.

Esta isla se halla ilustrada por la devotísima imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, que apareció en ella, noventa años² antes que fuese de cristianos, y por la predicción y el martirio de dos santos monjes escoceses, Maclovio y Blandano, de los cuales se hablará más adelante. Está a 45 millas de distancia de Canaria, a 14 de La Gomera y a 52 de La Palma.

¹ Cf. ESPINOSA, I, 1 (pág. 26): «Según estoy informado, *tener* quiere decir «nieve», y *fe* «monte»; así que Tenerife dirá «monte nevado», que es lo mismo que Nivaria. Los naturales de esta isla, que llamamos guanches, en su lenguaje antiguo la llamaron Achinech».

² Cf. ESPINOSA, II, 2 (pág. 51): «El año de mil y cuatrocientos de nuestra redención, ciento y cinco años antes que la isla fuera de cristianos»; y ABRIL GALINDO, III, 14 (pág. 302): «cien años, antes más que menos, que la isla se ganase de los cristianos. Según la cuenta de los antiguos, fue su aparición el año de 1390».





Perspectiva de Tenerife

CAPITULO L

Del Pico de Teida de Tenerife

ESTE famosísimo Pico es célebre por su grandísima altura, que descubren los marineros a 440 millas en mar, que son 70 leguas de España; por lo cual se cree que no cede ni al Ararat, ni al Líbano, al Atos y al Olimpo, sino que a todos los rebasa.

Cuando el cielo no está cubierto totalmente por las nubes, se ve cómo más de la mitad de este monte se eleva por encima de ellas. Yo mismo, al hallarme varias veces encima de las altísimas cumbres de La Palma, y encima de las mismas nubes, que cubrían con su sombra tanto el mar como las islas, con grandísima lluvia y temporal, lo vi por encima de su convexidad, muy en lo alto, de modo que casi parecía tener su principio sobre las nubes. Lo mismo se ve al hallarse uno en su cumbre; de modo que para una persona de no muy buena vista parecería que aquella blanca llanura de las nubes, con su nuevo horizonte, fuese el mar, o alguna bellísima llanura de la tierra, así como verdaderamente se muestra a todos cuantos la miran. De cerca y de lejos es oscuro, como lo describe el Tasso:

*Lor s' offrì di lontano un monte¹
che tra le nubi nasconde la fronte.*

¹ TORCUATO TASSO, *La Jerusalén libertada*, XV, 33:
Se les ofreció desde lejos un monte
que entre las nubes escondía su frente.

Es agradable a la vista, aunque no tenga árboles; la superficie y su perfil son iguales, como más abajo dijo el mismo:

*All' acute piramidi sembiante,¹
sott'il in ver la cima, e 'n mezzo grosso,
e mostrarsi talor così fumante
come quel ch' è d' Encelade sul dosso,
che per propria natura il giorno fuma
e poi la notte il ciel di fiamme alluma.*

Por los grandes incendios a que ha dado lugar, se le considera como a un segundo Mongibel, y que por algunas causas naturales tuvo igual origen, de incendio; por más que, desde algunos pocos años, no se le nota incendio alguno. Pocas veces, visto a distancia, se le ve de noche la luz y de día el humo. Si no lo hay, se le puede subir encima, durante los dos meses, de junio y de julio, cuando tiene poca nieve.

La subida se hace en veinticuatro horas a caballo, más dos andando, y con sumo cansancio. Muchas personas han emprendido esta ascensión, y a medio camino se han desanimado, porque casi se puede decir que el hombre se siente salir de sí y padecer las angustias y la náusea que padecen aquéllos que navegan en alta mar. La ascensión más difícil dura un poco más de dos millas, y la mitad de ella es

¹ TORCUATO TASSO, *La Jerusalén libertada*, XV, 34:

Parecido con la aguda pirámide,
delgado hacia la cima, grueso en medio,
y a veces se muestra tan humeante
como el que está sobre las espaldas de Encelades,
que por su naturaleza humea de día
y de noche alumbra el cielo con sus llamas.

tan ardua, que no hay calle ni sendero que se pueda seguir. Toda esta pirámide está cubierta con piedras pómez finísimas, sobre las cuales, al adelantar un paso, se desliza uno casi igual distancia hacia atrás; y sólo se puede subir con grandísima paciencia y fatiga. En la cumbre se halla una plaza espaciosa, ligeramente ahondada, que se inclina hacia Poniente, con una corona de piedra, que la rodea en todo su circuito, que puede medir unos 500 pasos.

En aquella altura es excesiva la sequedad, que apremia de tal modo la cabeza, que considero (por aquéllo que yo mismo experimenté), que nadie podría vivir allí veinticuatro horas. El pan fresco y otros alimentos que se suben arriba, en el acto se ponen tan duros como piedra; y he visto algunos campesinos que, para poderlos comer, ponían el pan para ablandarlo, en los agujeros del fuego, que son en número infinito en aquella llanura, y también por la parte de fuera, en dirección del Levante. En esta altura, la tierra es pastosa y blanda, y de tal naturaleza que, sin darse uno cuenta, enciende los trajes, si se le acerca demasiado; y en las partes más secas, teniendo un poco la mano allí, sale agua clara y caliente. Encima hay vientos muy fuertes y muy secos, sin ninguna humedad durante el mes de junio; de lo cual inferí que está en la parte más alta de la primera región del aire, donde las exhalaciones secas andan dando vueltas.

Desde esta altura se ven todas las demás islas en su alrededor y el sol se demuestra antes de haber barrido del mar la obscuridad de la noche, y nuevo cielo, nueva tierra y nuevo mar. Quizá por esto creyeron algunos (como lo escribió un autor español), que este monte es el Atlas; porque coge el verso de Virgilio, en el cuarto canto de la *Eneida*, y en lugar de decir «últimus Aethiopum», dice

*Ultimus Hesperidum locus est, ubi maximus Atlas,*¹
por haber recibido estas islas el nombre de Hespéridas, impuesto por Hércules. Pero (si bien me acuerdo de haberlo leído, hace ya muchos años), Píndaro, al describir en este océano Atlántico la sede de los dioses, finge que la ninfa Tirsis está sentada encima de este monte, cuyo nombre significa en griego «alto» o «cosa que está en lo alto». Los antiguos isleños lo llamaron Eheide, que significa «infierno»,² por el fuego espantoso, ruido y temblor que solía hacer, por lo cual lo consideraban morada de los demonios.

¹ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 481: «Hay un lugar en los confines de las Hespéridas, donde está el Atlas mayor».

² Cf. ESPINOSA, I, 5 (pág. 35): «Conocían haber infierno, y tenían para sí que estaba en el Pico de Teide, y así llamaban el infierno Echeyde».

CAPITULO LI

De los antiguos pueblos de Tenerife

SE cree que antiguamente los africanos Azanegh¹ poblaron esta isla y la dividieron en nueve reinos, cada uno de los cuales tenía un rey, a quien ellos llamaban Mencey.² El uno era Detzenuhia, rey de Taoro, es decir, de La Orotava, y el más poderoso, porque tenía 6 000 hombres de guerra. El otro era Acaimo, rey de Güimar; el tercero, Aguassona, rey de Abona; el cuarto, Atbitocazpe, rey de Adexe; y otros, cuyos nombres se desconocen.

A estos reyes seguía en su trono el hermano, y después empezaba la descendencia,³ con el primogénito. Su elección estaba hecha por los más nobles y los parientes, los cuales hacían jurar al rey electo sobre un hueso de algún rey, su predecesor y pariente, que había dejado santa memoria y gran reputación; y después juraban ellos también,

¹ Los azanegh son una tribu de beréberes de la región del Río de Oro.

² En la enumeración de los menceyes de Tenerife, Torriani sigue al P. ESPINOSA, I, 8 (pág. 41). En cambio ABREU GALINDO, III, 11 (pág. 292-93), hace de Betzenuriia (más correctamente en Espinosa, Betzenuhya), el padre de los nueve menceyes, y llama al rey de Taoro, Imobat.

³ Cf. ESPINOSA, I, 8 (pág. 41): «El modo que de suceder tenían era que la sucesión de los reyes no era de padres a hijos, sino que si el rey que a la sazón reinaba tenía hermanos, aunque tuviese hijo, no heredaban los hijos, sino el hermano mayor».

sobre el mismo hueso, y lo besaban y lo ponían encima de la cabeza, exactamente como el rey lo había hecho antes, y después sobre el hombro, diciendo: —*Agogné i acoran i gnatzhagna chacognamet*, que significa: —«Por el hueso de aquél por quien te hiciste grande». ¹ Y con estas ceremonias y otras más hacían a los reyes. ²

Estos ponían mucho cuidado al casarse, si faltaban mujeres de igual sangre y grandeza, les era permitido tomar por mujer a sus hermanas. En invierno vivían cerca del mar, y en verano en la montaña. Cuando caminaban, les llevaban adelante una vara delgada, llamada *anzpa*, bien labrada, que era la insignia real; y, si encontraban a alguno de sus vasallos, éste les limpiaba los pies y los besaba con grandísima humildad.

Entre estos isleños había tres clases de gente, ³ es decir, villanos, nobles y nobilísimos, que eran los que descendían de la sangre real. Los villanos se llamaban *achicaxana*; los nobles, *cichiciquitza*; y los más nobles, *achimencey*, ⁴ entre los

¹ Cf. ESPINOSA, I, 8 (pág. 41-42). De su redacción, muy parecida a la de Torriani, sólo reproducimos la frase sacramental y su traducción: «Agoñe Yacoron Yñatzahaña Chacoñamet, «juro por el hueso de aquel día en que te hiciste grande».

² El modo de elección de los reyes viene de ESPINOSA, I, 8 (pág. 41).

³ Cf. ESPINOSA, I, 8 (pág. 42): «El rey no casaba con gente baja y, a falta de no haber con quien casar, por no ensuciar su linaje, se casaban hermanos con hermanas. Cuando el rey mudaba casa, que era el verano a la sierra y el invierno a la playa, llevaba los ancianos consigo y una lanza o banot delante de sí a trecho, para que supiesen que era el rey; y cuando algunos le encontraban en el camino, postrábanse por tierra y levantándose, limpiábanle los pies con el canto del tamarco y besábanse los; la asta que el rey llevaba delante de sí llamaban *anepa*.»

⁴ Cf. ESPINOSA, I, 8 (pág. 42): «Había entre ellos hidalgos, escuderos, y villanos, y cada cual era tenido según la calidad de su persona. Los hidalgos se llamaban *Achimencey*; los escuderos, *Cichiciquitzo*; y los villanos *Achicaxna*.

cuales hubo hombres de grandísima fuerza y destreza, y gigantes altos de catorce pies. Vestían como los canariós y se adornaban (sobre todo las mujeres) con conchas del mar y con otros ornamentos que hallaban en la playa del mar.

Confesaban al verdadero Dios con este nombre, *Achguayaxerax* y *Ochoron Achaman*, es decir, «sustentador del cielo y de la tierra».¹

También lo llamaban *Achuhuran Achahucanac*,² es decir, «el grande, el sublime»; y a Nuestra Señora, *Chaxiraxi*, y también la llamaban *Armaxes Guaiaxiraxi*, que significa «la Madre de aquél que sustenta el mundo». Dicen también que a Dios lo llamaban *Arguaicha fan ataman*, que significa «Dios del cielo», porque al cielo llamaban *ataman*,³ y que celebraban algunos días de fiesta. Contaban el tiempo de la luna con nombres diferentes; y el mes de Agosto se llamaba *Begnesmet*.⁴ Tenían bautismo con agua, que administraba una mujer venerable, la cual, por esta razón, contraía parentesco con todos. Decían que había un infierno en el Pico

¹ Cf. ESPINOSA, I, 5 (pág. 35): «*Achguayaxerax Achorom Achaman*, sustentador de cielo y tierra».

² Cf. ESPINOSA, I, 4 (pág. 34): «*Achuhurahan, Achuhucanac, Achguayaxerax*», que quiere decir «el grande, el sublime, el que todo lo sustenta».

³ Cf. ABREU GALINDO, III, 13 (pág. 301): «Adoraban a Dios, a quien llamaban *Guayaxiraxi*; y a Santa María, después que les apareció, la llamaban *Chaxiraxi*. Y es de notar que *Guayaxiraxi* quiere decir «El que tiene el mundo», y *Chaxiraxi* quiere decir «La que carga al que tiene el mundo». Y por otro nombre llamaron a Santa María *Atmayceguayaxiraxi*, que quiere decir «la Madre del que carga el mundo»... Llamaban también a Dios por otro nombre *Atguaychafanataman*, que quiere decir «El que tiene al cielo», porque *ataman* quiere decir «cielo». Estos nombres no figuran en Espinosa.

⁴ Cf. ABREU GALINDO, III, 12 (pág. 297): «el mes de agosto, al cual mes llamaban *beñesmer*».

de Teida (porque Eheida quiere decir «infierno», y el demonio se dice *guaiotà*),¹ y que Dios había hecho al primer hombre y a la primera mujer de la tierra.

Todas estas cosas religiosas las tuvieron de dos santos escoceses, Maclovio y Blandano, de la orden de San Benito. Este Blandano era padre de tres mil monjes, los cuales, según el obispo Cabilonense, y según Maurolico en su *Calendario*,² ilustraron ambos juntos estas islas Afortunadas con la predicación evangélica, durante siete años; y en particular a ésta de Tenerife, según mi parecer, por la religión que en ella permaneció; esto fue en tiempo de Justinian, primer emperador, que fue después del nacimiento del Salvador 525 años. Y dicen que aquí el beato Maclovio resucitó a un gigante, el cual, bautizado por él, le relató las penas de los paganos y de los judíos, y poco después volvió a morir. Antes de estos tiempos se cree que entre estos isleños no hubo ninguna religión, y que tenían relación indiferentemen-

¹ Cf. ESPINOSA, I, 5 (pág. 35): «llamaban al infierno *Echeyde*, y al demonio *Guayota*».

² *Calendario*, en el manuscrito: *Candenario*. El título es, además, inexacto, si se trata, como suponemos, de la obra de FRANCESCO MAUROLICO, *Martyrologium*, Venecia 1568, en 4.º

La autoridad de Maurolico debe ser la misma que cita ESPINOSA, I, 4 (pág. 33), con el nombre de «La Kalenda». Estos títulos se explican por la circunstancia de venir generalmente los martirologios acompañados por un calendario eclesiástico. Cf. por ej. el de Belín de Padua, publicado en París, en 1536, y cuyo título reza: *Martirologium secundum morem Romanæ curiæ, cum Calendario ad sacerdotum usum*. La compilación de Maurolico tuvo ediciones anteriores a la de 1568, que es la única que hemos podido ver. En fin, el obispo Cabilonense de quien aquí se habla, es Jean Germain, obispo de Chalon-sur-Saône, cf. las notas a ABREU GALINDO, pág. 113 y XIII. Sobre San Brandán, cf. más arriba.

te con cualquier mujer, con excepción de la madre; y que no tenían justicia, ni gobierno, sino que todos eran ladrones y totalmente gentiles.

Hubo entre ellos oficiales mecánicos, y muchas cosas necesarias para la vida, como entre nosotros, con excepción del trigo¹ y de los bueyes. Fuera de la casa, no podían hablar con ninguna mujer, bajo pena de vida.² Cuando querían casarse, se les concedía la mujer que ellos pedían, pero sin dote; y después, cuando el marido quedaba cansado de ella, la podía enviar a casa de su padre, y se quedaba con los hijos; éstos, por efecto del divorcio del padre y de la madre, se consideraban bastardos.³ Dicen que se podían casar con cualquier pariente, excepto con la madre y con las hermanas.⁴ Estas y muchas otras cosas se han conservado en la memoria de la gente, que por no tener interés para los lectores, dejo que otros las escriban.

¹ Cf. ESPINOSA, I, 6 (pág. 37): «trigo, ceuteno ni otras legumbres no las había en la isla». ABREU GALINDO, III, 12 (pág. 298), cree, al contrario, que los guanches conocían el trigo, al que llamaban *vrichen*.

² Cf. ESPINOSA, I, 5 (pág. 36):

³ Cf. ESPINOSA, I, 7 (pág. 40): «Tenían las mujeres que querían y podían sustentar. Y, como el casamiento era fácil de contraer, fácilmente se dirimía; porque, en disgustando el marido de la mujer, o al contrario, la enviaba a su casa, y ella podía casarse con otro sin incurrir en pena y él con otra, las veces que se le antojaba; y los hijos de aquel matrimonio dirimido o divorciado eran tenidos por no legítimos».

⁴ Cf. ESPINOSA, I, 7 (pág. 40): «No tenían respeto más que a madre, y hermana».

CAPITULO LII

De la conquista de Tenerife

TERMINADA la guerra de Canaria, que duró diez años sin interrupción, deseaba el Rey Católico hacer cualquier esfuerzo para que se conquistasen con rapidez las dos islas que quedaban, es decir ésta de Tenerife, que fue la última, y La Palma. Así que, por la muerte de Juan Rejón, a quien habían matado en La Gomera, dio el cargo de estas dos empresas a Alonso Hernández de Lugo, hidalgo español, quien, con grandísima diligencia, en pocos días conquistó La Palma,¹ porque los isleños de aquella isla eran viles y poco guerreros. Y, volviendo él victorioso a Canaria, para dar descanso a su gente, halló allí seiscientos peones con algunos caballos, que por orden del rey le enviaba el duque de Medina² des-

¹ La idea de la «vileza» de los antiguos palmeros era, según ABREU GALINDO, III, 5 (pág. 272), «común en estas islas». Por nuestra parte, comprendemos que esta opinión se hallaba expresada en la fuente común de ambos historiadores; que Torriani, que había tenido bastante desavenencias durante su estancia en La Palma, la conservó tal como la había hallado; y que Abreu Galindo trató de combatir, con los argumentos que ocupan todo el capítulo a que nos referimos.

² *Medina*, debe entenderse Medina Sidonia. El nombre de Bartolomé de Estopiñán y su envío por el duque constan en ESPINOSA, II, 7 (pág. 106), de donde parece haberlo sacado Torriani. Sin embargo, Espinosa indica en su compañía 650 hombres de a pie y «cuarenta y tantos de a caballo». Por otra parte, de la redacción de Torriani parece resultar que la compañía enviada por el duque estaba ya en Canarias al regresar Alonso de Lugo de La Palma.

de España, a cargo de Bartolomé de Estopiñán, para servir en la guerra de Tenerife, porque, como era grande y poblada, se temía no fuese otra Canaria.¹

Así, reuniendo casi mil peones y cuarenta caballos, sin tardar se trasladó con ellos al puerto de Santa Cruz de esta isla, el cual entonces se decía Añazo;² y, desembarcando en la tierra, halló disensiones y guerra entre los reyes que poseían la isla. Con industriosa sutileza trabó inteligencia y confederación con tres de ellos, es decir, con el de Abona, el de Naga y el de Adexe, los cuales hacían la guerra a Benchomo, rey de Taoro,³ quien era más poderoso que ellos, porque, como antes se ha dicho, él solo tenía seis mil hombres de guerra.

De esta confederación surgió el parecer de asaltar por dos partes al rey de Taoro, es decir, los reyes juntos por un lado, y Lugo con su ejército y con buena parte de los isle-

¹ *Otra Canaria*; quiere decir el autor que existía el temor de que la resistencia de Tenerife pudiese durar diez años, como se supone que había durado la de Gran Canaria.

² El nombre de Añazo consta en ABREU GALINDO, III, 18 (pág. 316), pero no figura en la relación de Espinosa. Sin embargo, en este último autor, el nombre figuraba en un capítulo anterior, III, 2 (pág. 88).

³ Cf. ABREU GALINDO, III, 18 (pág. 316-17): «Aquí vino Acaymo, rey de Güimar, y asentó paz con él, y más con el rey de Anaga y con el de Adeje y con el de Abona; de los cuales se informó Alonso de Lugo, capitán, de las fuerzas que el rey de Taoro, que se decía Ventomo, tenía». Cf. también ESPINOSA, III, 4 (pág. 95): «Aquí vino el rey de Güimar, Acaimo, a sentar y confirmar las paces». Por consiguiente, Espinosa nada sabe de los otros tres menceyes; Torriani nada sabe de Acaimo; y Abreu Galindo reúne la indicación de un autor con la del otro, y transforma en cuatro a los confederados de Lugo. Torriani es, además, la única fuente que refiere la existencia de una expedición organizada por los guanches amigos de Lugo, paralelamente a la de éste, y de unas luchas entre ellos y Bentomo.

ños por el otro. Mientras así disponía sus cosas, Lugo estableció los alojamientos donde hoy está la ciudad de San Cristóbal, cerca de una laguna; y, dejando allí a algunos soldados de guardia, se fué marchando en orden en dirección de la Orotava, para encontrar a Himenechia, hermano de Benchomo;¹ aquél venía en dirección de los cristianos, con gran ejército, mientras el rey iba hacia el otro ejército de los isleños.

Himenechia y Lugo se enfrentaron cerca de Centejo, al pie de una montaña; y, después de haber combatido fieramente durante largo rato, no podían serles los caballos de ninguna utilidad, por la aspereza del lugar, de modo que se inclinó la victoria contra los cristianos, y fueron matados muchos de ellos, y los demás huyeron hasta la mar; y, de no haber encontrado allí, en el puerto, las naves, en cuyos botes los embarcaron precipitadamente, casi todos hubiesen quedado muertos o prisioneros. Con esta derrota, Lugo (que había perdido su caballo, que le mataron, y él con una herida en la boca)² se retiró a Canaria, para recoger gente fresca y aconsejarse sobre lo que tenía que hacer.

El otro ejército amigo, que peleaba con el rey Benchomo por la otra parte de la montaña, en dirección del Pico

¹ El nombre de este hermano de Bentomo no consta en ninguna otra fuente histórica actualmente conocida. Como más adelante, 170, 11, se le llama Chimenchia, cabe preguntarse si no se trata del mismo Tinguaro, hermano del mencey Bentomo según Viera, cuyo nombre podía ser Chinguaro. A la base de ambos nombres puede ser esté el mismo nombre étnico que se daban los guanches, Chinechi. Cf. cap XLIX.

² Cf. ESPINOSA, III, 6 (pág. 101): «le quebraron algunos dientes de una pedrada y le mataron el caballo»; y ABREU GALINDO, III, 18 (pág. 318): «le derribaron del caballo de una pedrada que le dieron en la boca, quebrándole los dientes».

de Teida, poco faltó para que consiguiese la victoria; pero entre los unos y los otros no se hicieron sino poco daño, de modo que se retiraron entrambos a seguro. Después, Chimenchia fue reprendido por su hermano, por no haber perseguido a los vencidos; y él contesto: Yo he vencido, que es mi oficio; ahora que los carniceros hagan el suyo;¹ dando a entender que el general no debe mancharse las manos en la sangre de los enemigos, sino defendiendo su propia vida. Y éste fue el resultado de esta guerra.

Mientras Alonso de Lugo reunía gente y se preparaba para volver a esta isla, enviaba cada día mensajeros a los reyes confederados, avisándoles que el daño que había recibido no era de consideración, y que se había retirado a Canaria solamente para coger mantenimientos y mayor número de soldados, por dar fin más rápidamente a la conquista; y rogándoles que conservasen la fe jurada, que él mismo volvería pronto a reunirse con ellos. Y, después de haber reunido mil quinientos peones españoles, canarios, lanzaroteños, y ochenta caballos,² pasó al puerto de Santa Cruz. Allí se reunió con los confederados y se pusieron en marcha en dirección al ejército del rey de Taoro, quien, en compañía de su hermano, se dirigía hacia los nuestros.

Los ejércitos se descubrieron el uno al otro en el campo de La Laguna. Y, mientras entrambos se disponían para el combate, Maninidra, unos de los más valientes canarios, al ser preguntado por Lugo porqué temblaba, contesto:

¹ El dicho del hermano de Bentomo figura también en ESPINOSA, III, 5 (pág. 99) y en ABREU GALINDO, III, 18 (pág. 318).

² Cf. ESPINOSA, III, 7 (pág. 107). «más de mil hombres a pie y sesenta o setenta de a caballo». Los mismos números en ABREU GALINDO, III, 19 (pág. 320).

Tiemblan las carnes, por el gran peligro en que las pone hoy el corazón.¹ Allí se dio la batalla por ambas partes; y, después de haber combatido durante casi seis horas, vencieron los cristianos, quienes mataron a la mayor parte de los enemigos, y a Benchomo. Los demás, huyendo hacia Taoro, al día siguiente eligieron por rey a Himenchia.² Éste se reforzó con gente, armada con lanzas cuya punta estaba ligeramente quemada y con dardos largos como los pilos romanos, hechos a modo de azote,³ y así armado vino a encontrarse con Lugo por última vez; y recibió de él la última derrota, en el lugar de La Matanza,⁴ así llamado por el gran número de isleños que quedaron muertos allí.

Con esta segunda batalla y última victoria puso fin Lugo a la guerra de esta isla y de todas las demás. En efecto, todos los demás reyes obedecieron enseguida al rey de

¹ El dicho de Manididra figura también en ESPINOSA, III,5 (pág. 98); pero se le supone formulado durante la batalla de Acentejo, en la primera expedición. Añade dicho autor: «Otros dicen que este dicho, aunque fue deste canario, no fue en este tiempo, sino en otra entrada, que se hizo en Berbería, donde se halló». ABREU GALINDO, II, 8 (pág. 176), también menciona la contestación de Manididra, pero sin especificar en qué batalla.

² La relación de la batalla de La Laguna parece más o menos idéntica con la de ESPINOSA, III,8 (pág. 108-9); no hay mención de esta batalla en Abreu Galindo. Cf., sobre ella, B. BONNET REVERÓN, *La batalla de La Laguna*, en «Revista de Historia», XIV (1948), pág. 267-73.

³ *Azote*, en el original *ferizza*, que suponemos se deba leer *ferza* o *sferza*; cf. más arriba, cap. XXXV.

⁴ Es error del autor. La Matanza tuvo este nombre por la batalla que antes había perdido Alonso de Lugo; mientras que el lugar de su victoria se llamó precisamente Victoria. La confusión parece tanto más natural en quien, como Torriani, había visitado rápidamente las islas, cuanto que los dos lugares de La Victoria y La Matanza están juntos, dentro del antiguo término de Acentejo.

España y se hicieron cristianos, y tuvieron de Su Majestad posesiones y rentas en España, donde vivieron honradamente.¹ Algunos pretenden que antes de esta expedición del Rey Católico, otras personas intentaron apoderarse de esta isla, desde el principio, que vino Juan de Letancurt, pero que siempre salieron mal parados; porque, como personas particulares y de pocas fuerzas, no podían sustentar la guerra; así, ésta duró dos años, desde que la empezó Alonso de Lugo, y terminó felizmente a 26 de julio, año del Salvador de 1495.²

¹ El traslado de los menceyes a España no consta de las demás fuentes, pero parece confirmarse por el silencio de los documentos.

² La fecha de la terminación de la conquista ha sido discutida. ESPINOSA, III, 9 (pág. 113) no indica la fecha de la rendición de los guanches, pero pone al 25 de diciembre de 1494 la batalla de La Victoria, lo que hace posible una concordancia con la fecha de Torriani. También parece coincidir con estos autores ABREU GALINDO, III, 19 (pág. 321). A partir de Núñez de la Peña, la historiografía canaria aceptó la fecha de 1496 para la terminación de la conquista (cf. L. DE LA ROSA OLIVERA, *Comienzo y fin de la campaña de Lugo en Tenerife: 1494-96*, en «Revista de Historia», XII (1945), pág. 279-81. Nuevos documentos hallados en Sevilla, indican que por marzo de 1496 no sólo la conquista de la isla había terminado, sino que los conquistadores estaban de regreso a la Península y habían cobrado sus salarios; de modo que la fecha tradicional, indicada por las tres fuentes más antiguas (Espinosa, Torriani, Abreu Galindo) parece confirmarse documentalmente. Cf. AL. CIORANESCU, *Documentos del Archivo notarial de Sevilla referentes a Canarias* La Laguna 1955, pág. 14.

CAPITULO LIII

De la ciudad de San Cristóbal¹ de la isla de Tenerife

ESTA ciudad, edificada después de la conquista, es la mayor y la más habitada de todas las demás de estas islas. Además de las mil casas que contiene, cada una de ellas tiene a su lado gran espacio de huerta, llena con naranjeros y otros árboles hermosísimos. Está situada en una amplia y espaciosa meseta encima de las montañas, las cuales, al prolongarse en dirección de la punta de Naga por espacio de dos millas y media, le forma alrededor un hermosísimo y agradable anfiteatro. Por hallarse en lo alto, en dirección norte, tiene mucha niebla, con lluvias y grandísimas intemperies, por los vientos septentrionales que la azotan y la enfrían continuamente; y por esta razón las fachadas de las casas que miran hacia norte son muy húmedas, y la mitad de las calles que están descubiertas en aquella dirección, llenas de yerbas, por la humedad que las hace brotar durante todo el año.

Las casas son bajas y tétricas; pero desde lejos, mirando desde la altura de alguna montaña vecina, toda la ciudad tiene buen aspecto, por ser las calles rectas, las casas llenas de árboles, y agradable la laguna. Aquí residen la justicia y el concejo, los hidalgos ricos y mercaderes de

¹ *San Cristóbal*, el autor escribió, con evidente error: *San Bartolomé*.

España, de Francia, de Flandes, de Inglaterra y de Portugal; entre éstos y los isleños, hay gente muy rica.

La ciudad tiene de largo mil quinientos pasos, y de ancho mil setecientos, y un circuito de cinco millas y seiscientos.¹ La laguna se forma por la reunión de las aguas de los montes circunvecinos, se llena por medio de un riachuelo que viene desde el norte, y se desagua por otro que corre en dirección del levante. Tiene poco fondo, y durante el verano a menudo se seca completamente. Es muy útil para el ganado que pasta en su alrededor, en número infinito. Para los que tiran el arcabuz es un verdadero deleite, por la diversidad de los pájaros y animales que viven en ella; tanto más, que está muy cerca de las casas, de modo que resulta útil y agradable, sin cansar y exigir mucho camino.

La ciudad está abierta por todas partes y no tiene ninguna clase de murallas para poderla proteger contra los enemigos, ni se ha pensado alguna vez en fortificarla. Efectivamente, todas las fuerzas y defensas de estas islas deben estar sobre el mar; porque por otra parte el enemigo, o no puede desembarcar sino en los puertos fortificados o que tienen guardia, o, si desembarca en otros puntos, no puede emprender marcha ni hacia esta ciudad, ni a sus demás lugares y poblaciones. Además, por ser la ciudad tan grande y desordenada, costaría demasiado su fortificación, por más que sea débil y de poco bulto; de modo que no tratamos más de este particular.

¹) Probablemente debe entenderse: *cinco millas y seiscientos pasos*.

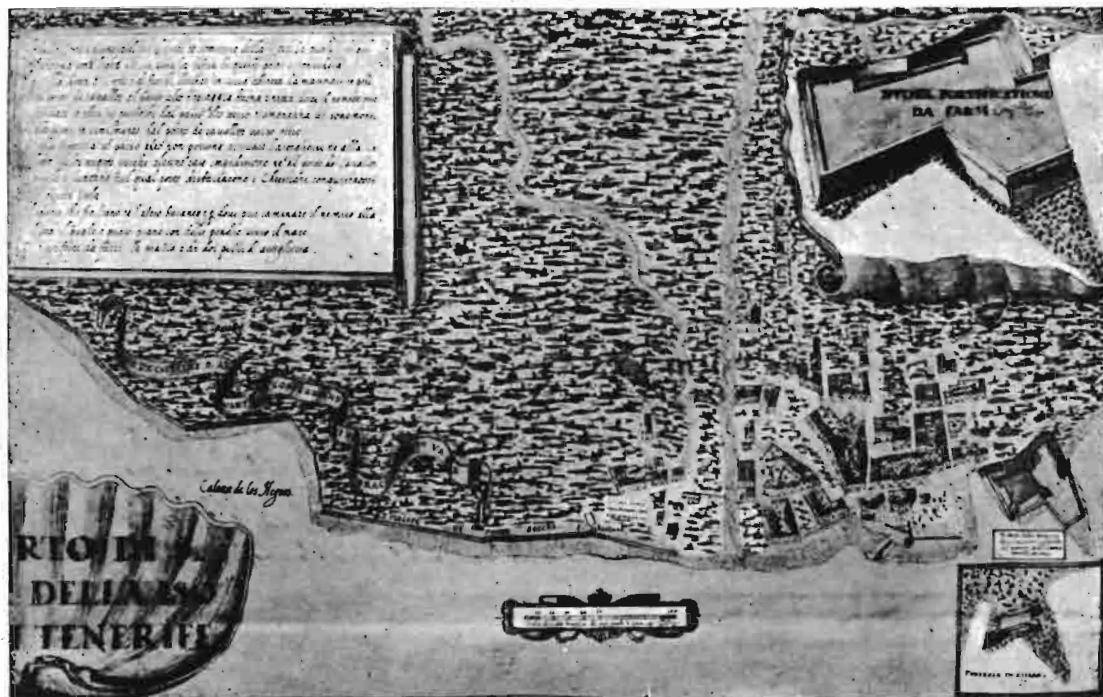
CAPITULO LIV

Del puerto de Santa Cruz de la isla de Tenerife

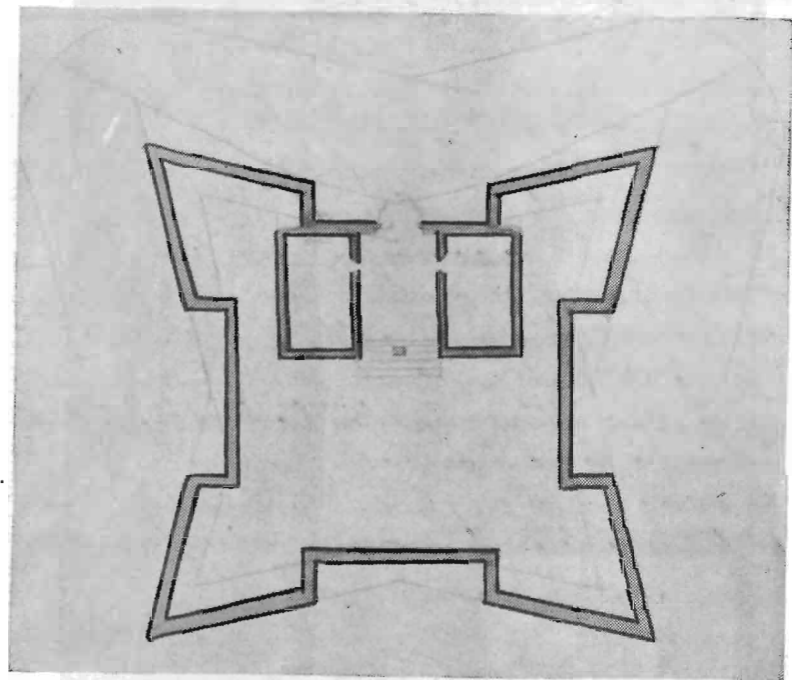
ESTE puerto, que antiguamente se llamaba Añazo, es famoso no sólo por la conquista que hicieron los cristianos, que desembarcaron en la Caleta de los Negros, sino también por el comercio y las mercancías de tantos navíos que vienen aquí desde regiones muy lejanas para cargar las frutas que se producen en la parte que va desde La Orotava en dirección del levante. También es importante para la seguridad de la ciudad y de los demás lugares circunvecinos, por depender de él toda su defensa.

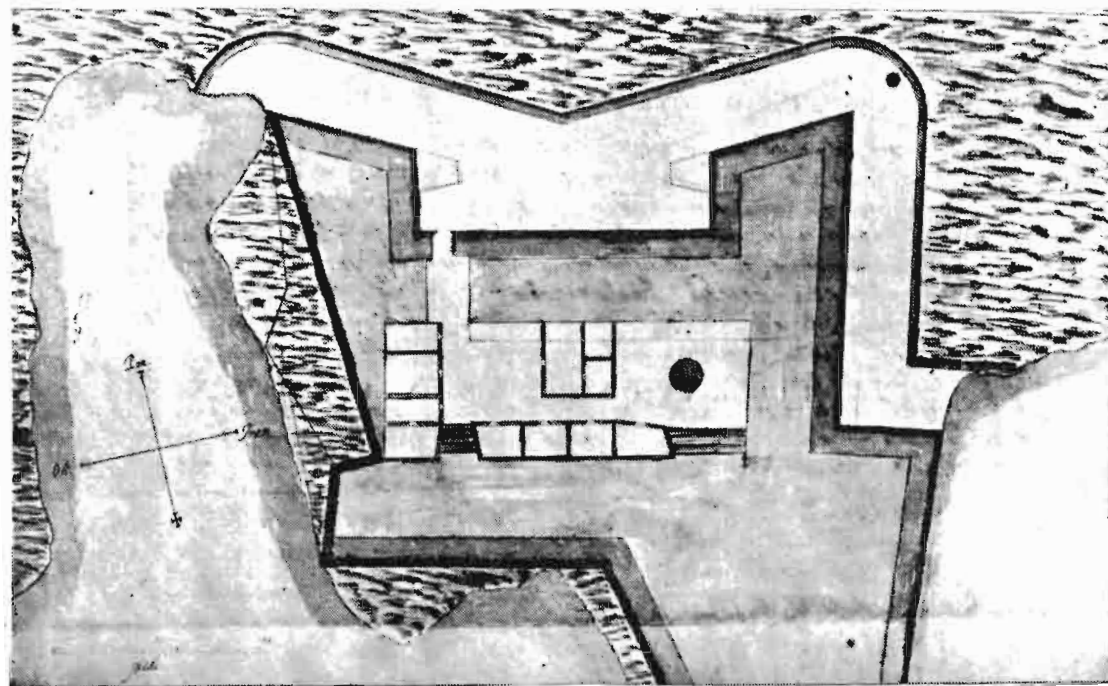
La villa consta de doscientas casas, habitadas por pescadores y marineros. Su fortaleza es la mayor y la mejor acomodada de todas las demás de estas islas; pero no sirve de defensa contra los navíos de los enemigos que entran en el puerto para robar, por estar situada en un punto desde donde no puede cubrir bien la entrada. Tampoco alcanza con su artillería los dos desembarcaderos principales, donde los enemigos podrían saltar en tierra, tanto para saquear esta villa como para coger la fortaleza, caso de no hallarse en ella buena guardia, o también para emprender marcha contra la ciudad, caso de hallarse en número bastante para poderlo hacer.

Por esta razón, algunos ingenieros, teniendo en consideración la gran importancia que tiene la defensa de la playa desde Puerto de Caballos hasta Paso Alto, tuvieron



Plano del puerto de Santa Cruz de Tenerife





Planos del castillo de Santa Cruz de Tenerife

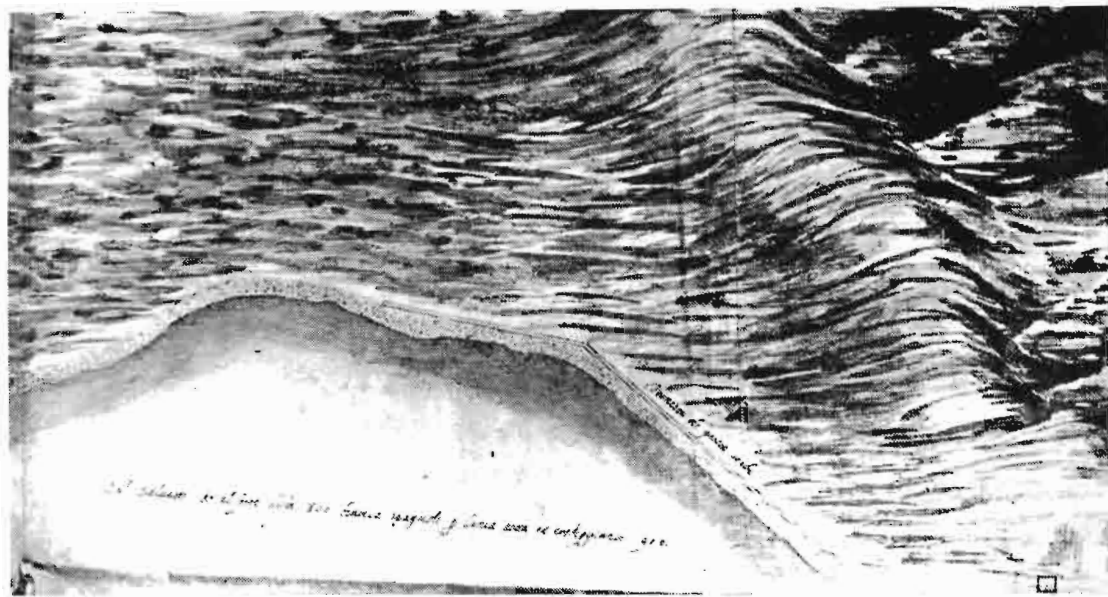
el parecer de rodear la villa con cinco baluartes, o de atrincherar toda la playa. La primera fortificación hubiese sido demasiado costosa y de poca ayuda, porque no habría gente para defenderla; la segunda era de poco gasto y de poco efecto, por no haber lugar apropiado donde colocar algunas piezas de artillería seguras, para defender el Puerto de Caballos, la Caleta de los Negros y el Paso Alto, que son los lugares más importantes para un desembarco. Por tanto, me parece que en el Puerto de Caballos se levante un pequeño bastión que, con dos culebrinas y dos falconetes, defienda hasta más allá de la Caleta de los Negros, hacia la villa; y otro igual en Paso Alto, que guarde con igual artillería el embarcadero que está debajo y el paso entre éste y la montaña, por donde puede pasar el enemigo (caso de poder desembarcar más allá, hacia Naga), así como la mitad de la playa, en dirección de la villa, como se ve en los dos dibujos que siguen.

El castillo de la villa está mal situado, tanto para la gente que debe defenderlo como para las municiones y artillerías, y demasiado al interior, de modo que no cubre la playa. Por esta razón es preciso que se le dé una forma mejor y que se le aumente en dirección del mar, cogiendo dentro aquel lugar de la lengua de piedra que resulta tan cómoda, que, por quedarse fuera, flanquea la playa que tiene a su lado, y debajo de sí asegurará mejor los navíos que están en el puerto. También se necesita hacer un foso por la parte de la tierra, puesto que se puede hacer, sin que se necesite mucho gasto. Las casas de las municiones y de los soldados y del castellano, en el nuevo reparto, quedan más desembarazadas y mejor ordenadas que las primeras; y la cisterna está dispuesta en un patio hacia el norte, mientras que al presente está en una habitación cubierta, en la parte

del sur, donde, por no estar el agua purificada por los rayos del sol, es de un color muy desagradable y en pocos días se corrompe.

Con esta fortificación se asegura la villa y la ciudad, porque en otro lugar no se puede desembarcar y emprender marcha, sino en uno de los tres puntos de esta playa; y si ella puede oponer resistencia, no es cosa juiciosa dejarla detrás para dirigirse hacia la ciudad, siendo así que el enemigo, sin ella, no puede apoderarse del puerto; y también porque, a mitad del camino, tendría que pasar por un paso estrecho, alto y naturalmente fuerte, que se llama el paso de La Cuesta, donde con algunas trincheras y cuatro falconetes de campo (de que se dispone en la ciudad para este efecto) se podrá resistir eficazmente.

¹ La misma real cédula antes mencionada, del 17 de octubre de 1600, mandaba se procediese a la construcción, en el puerto de Santa Cruz, de las tres fortalezas de San Cristóbal, Paso Alto y Puerto Caballos, prevista por Torriani; pero la ejecución de este proyecto venía supeditada a la de la fortificación preferente de Gran Canaria. El Cabildo de Tenerife se quejó de esta subordinación de sus intereses, por memorial que presentó al Rey en 22 de julio de 1603, y obtuvo nueva real cédula, en 27 de marzo de 1604, por la cual se mandaba librar sesenta mil ducados para ejecución de aquellas fuerzas, quedando que lo sobrante fuese pagado por la isla, por ser la más rica de todas; pero tampoco se cumplió, de modo que no llegó a ponerse en práctica el sistema ideado por Torriani. Cf. A. RUMBU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales*, vol. III, pág. 91-92.



Alrededores del castillo de Paso Alto

CAPITULO LV

De la villa de Garachico de Tenerife

ESTA villa es de 400 casas, situada sobre una pendiente suave de la montaña, hacia el norte, habitada por gente noble y rica, porque su región, que llega a Los Realejos, es de tanta fertilidad y belleza cuanto es posible en sitio cualquiera, llano o montuoso. En su parte superior tiene bosques hermosísimos y aguas corrientes, y en los extremos, campos feracísimos de viñas, azúcares y trigo. Debajo está el mar, cerca de una milla y media, cuyo provecho es digno de consideración, tanto por las pesquerías como por la carga de los navíos. Hay en esta villa una playa a manera de media luna, que forma puerto. Y, siendo así que, con su comodidad, los enemigos podrían aprovecharse para desembarcar secretamente y saquear y quemar la villa, estaría bien, para la seguridad de los navíos y del embarcadero, que se hiciese en un alto que está al lado, un pequeño castillo en que puedan caber cuatro culebrinas.

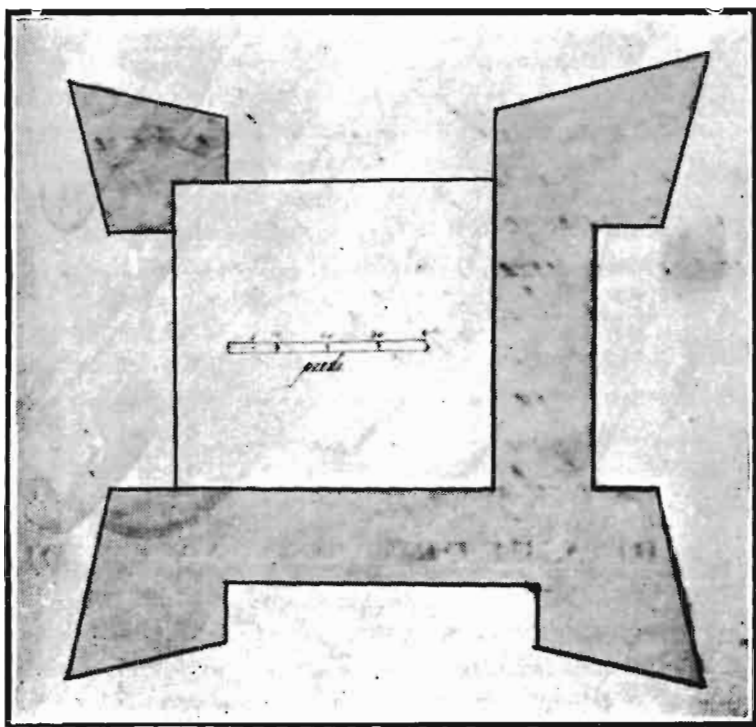
CAPITULO LVI

De la fortificación de Garachico

AUNQUE esta villa y puerto de mar no tenga más de 400 casas, es la más rica y de mayor comercio de todos los lugares y ciudades de estas islas, porque todos los productos que se sacan desde Realejos hacia poniente se cargan aquí, en este puerto. Tiene pocas alturas y está debajo de altísimas montañas; pero en dirección del mar es muy fuerte, porque está rodeada por piedras quemadas de los antiguos volcanes (que aquí llaman malpaís), que impiden el desembarco hasta la primera playa hacia Levante, en donde, aunque el enemigo pueda saltar en tierra con bonanza, la entrada es tan estrecha, que sólo cuatro hombres bastan para defenderla.

La entrada del puerto es estrecha; y dicho puerto está de tal modo azotado por el viento del norte, que los navíos que se hallaran entonces en el puerto, cuando reina dicho viento, se pierden todos inevitablemente. Esto se podría remediar, con poner a la entrada dos muelles, como se ve en el dibujo; y, como no son grandes, en poco tiempo se podrían terminar. Tampoco requerirían mucho gasto y, en cambio, serían de mucho provecho para la protección del puerto, porque en aquel punto, por el lado de la villa, se le podría añadir un pequeño castillo.

Sin embargo, como estas gentes no gustan ni de comodidad, ni de seguridad, ni de hacer cosas útiles para los



Proyecto de fortaleza para el puerto de Garachico

demás, ni de dejar la fama de sus buenos pensamientos, no me fundo en los muelles ni en poner la fortaleza donde mejor convendría. Solamente creo que a la actual, que está hecha a manera de casa cuadrada, sin torres ni baluartes y estrecha, se le deben aumentar las cortinas rojas, la una en dirección del puerto, por donde el enemigo tiene que pasar si viene para desembarcar, y la otra en dirección del peñasco, para alejar las naves grandes, que no estén allí al ancla. Y, aunque ésta no sea verdaderamente una fortificación, sino un lugar cómodo y apropiado para la artillería, que sería suficiente (porque desde el interior de la tierra ninguna fortaleza puede cubrirse contra los lugares que la dominan), también se pueden añadir a la dicha fortaleza vieja las dos cortinas de fuera y los cuatro baluartes pequeños que se han visto en el dibujo (opinión del gobernador), que serán solamente adorno de la villa y guarda de las artillerías; pero, como éstas quedarán más altas que la plaza de la fortaleza, no serán de tanto efecto como siendo bajas, sobre las cortinas rojas, que debajo forman parapeto, porque dentro son tan bajas como la plaza.

El principal sitio que domina la villa es San Pedro de Daute, desde donde se descubre y se alcanza el interior de las casas y de la fortaleza. Su acceso es fácil para el enemigo, si desembarca en una de las tres caletas hacia poniente; y, de paso, puede saquear la villa de Buenavista, que tiene 200 casas, Los Silos,¹ con otras tantas, y Daute, que es una grande finca de un hidalgo catalán, en que se halla un ingenio, es decir el edificio en el cual se hace el azúcar. Por consiguiente, este lugar merece mayor consideración que los demás, según en el siguiente capítulo se dirá.

¹ *Los Silos*, el ms. escribe con error *Los Hilos*.

CAPITULO LVII

De San Pedro de Daute, en Garachico

SOBRE esta altura se halla la iglesia de San Pedro, de frailes dominicos, y algunas casas de pescadores. Está todo lleno de precipicios que caen sobre el puerto y sobre el mar, de modo que es de mucha incomodidad para quienes viven allí, e imposible rodearlo con algunas defensas para seguridad de Garachico, que se halla debajo. Y, a pesar de estar encima y dominando la villa, su mismo lugar está, a su vez, dominado por la montaña, donde se indica con la letra *F*; por cuya razón soy de parecer que sobre este sitio *F* se edifique una pequeña fuerza, que con algunas artillerías de campo guarde el sitio de San Pedro, de manera que el enemigo no pueda alojarse en él ni colocar artillería. Con ello se conseguirían dos resultados, es decir, que se defendería este lugar sin ninguna fortificación, y se quitaría su importancia como posición dominante de la villa.

No hay que tener en cuenta la posibilidad de que el enemigo, con terraplenar la iglesia o alguna casa, se pueda proteger contra el fuego de la fuerza de la montaña, o de que suba más arriba que éste último, para demolerlo, porque ésta es tan alta, que descubre todo cuanto haya abajo; y el camino por el cual se sube a ella es muy estrecho y

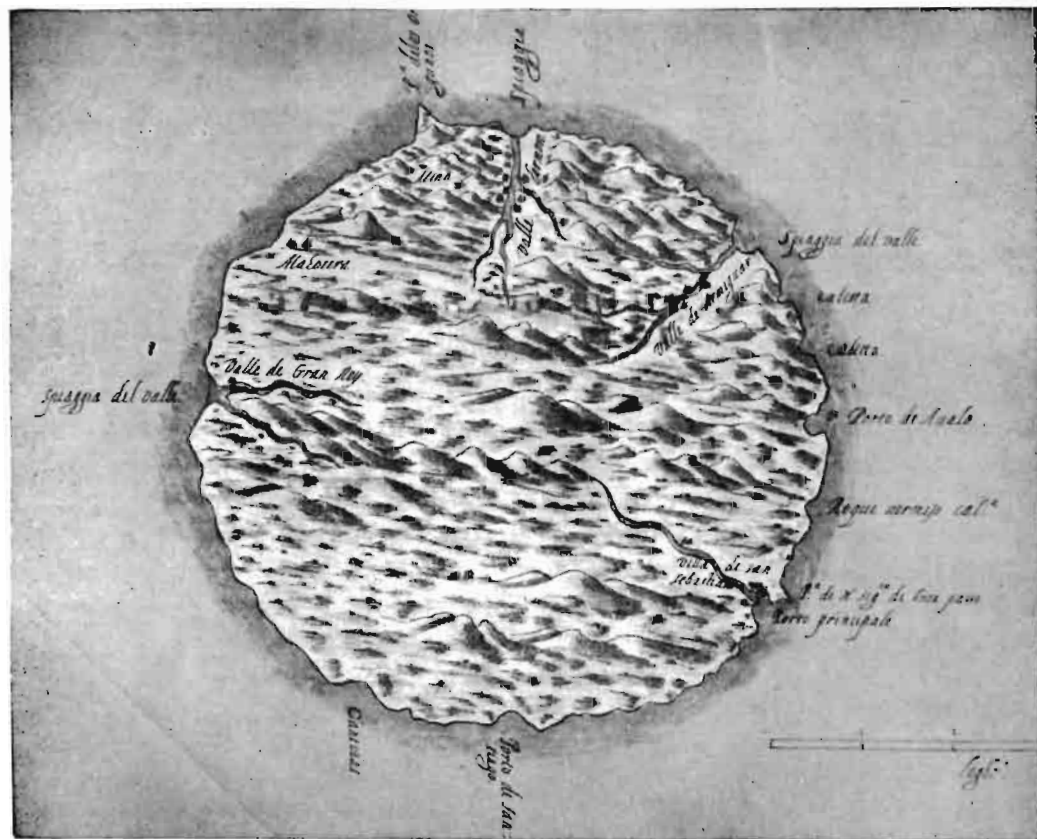
difícil, que sólo cuatro hombres bastan para defenderlo; de modo que no pensamos como cosa posible el que el enemigo tome la montaña, porque, si esto ocurriese, se puede bajar a la villa y saquearla por otras partes, sin tomar la fuerza alta.¹

¹ Parece que hubo una real orden que mandaba construir las torres que Torriani aconsejaba fabricar en Daute y en el Puerto de la Orotava; pero no se cumplió. Cf. A. RUMBU DE ARMAS. *Piraterías y ataques navales*, vol. III, pág. 97.

CAPITULO LVIII

Descripción de la isla de La Gomera

LA Gomera está situada al sur de Tenerife, distante de ella en 14 millas, en un grado y 4 minutos de longitud y en 27 grados y 39 minutos de latitud. Su mayor día, se entiende en su villa principal, es de 13 horas y 52 minutos. Es redonda, igual, hermosa, y de todas las islas la más agradable a la vista; porque, además de la benignidad y alegría del cielo, está llena de suaves collados, valles con selvas espesísimas de árboles qué, gozando de un eterno verano, nunca pierden sus hojas. Por lo cual creo que los romanos la llamaron Junonia Menor, de *june*, es decir de lo verde; por más que antiguamente haya conservado entre sus habitantes el nombre de Gomera, si es cierto que aquí hayan venido los gomeros, descendientes de Gomer, hijo de Jafet, como se ha indicado en el principio, en el cuarto capítulo de este libro. En la parte del sur, con extensión de cinco millas, estéril, seca, sin aguas; en la parte del levante, por igual espacio, tiene pocos árboles, excepto en algunos barrancos que tienen agua. De modo que toda la belleza de esta isla es la que mira en dirección del húmedo y fresco Aquilón. Por esta parte tiene muchos ríos y fuentes corrientes, que se pierden sin aprovechar, como tampoco se aprovechan las tierras, por faltar los agricultores que las labren. Parecen que esta isla ha sido perdonada por los incendios subterráneos, porque en ninguna parte se ve la tierra



Mapa de La Gomera

quemada y deshecha, como en todas las demás islas. De éstas últimas no difiere sólo en este aspecto, sino también en la calidad de los árboles. En ella no hay pinos ni teas, que son los más comunes en las demás islas. Tampoco tiene montes muy altos, ni precipicios de consideración, sino que su interior es casi llano, de modo que se ve toda. Cerca de la Punta de los Organos está una mina de plata, de excelente calidad, que por dejadez no se aprovecha. Su presencia también es cosa insólita en tan pequeña tierra; pero no debemos extrañarnos por ello, porque, al no estar consumido por los volcanes, el azufre, que es padre de los minerales, no se encendió, por la cercana oposición del frío de las aguas marinas, y llegó a substanciarse en plata, con ayuda de la bondad, de la cantidad, que debió de ser muy grande, y de la fuerza de las estrellas.

Aquí, en esta isla, las carnes tienen excelente sabor, y más las de los animales hembras que de machos. Se hallan codornices, perdices, y ciervos en grandísima cantidad. Es de notar que aquí no viven ni se multiplican los conejos; y lo mismo ocurre con las perdices en La Palma. Hay poco vino, azúcar y trigo, porque la tierra no está cultivada. También son pocos los habitantes. La razón es que, siendo esta isla de cuatro señores, junto con la del Hierro, y como los cuatro, por su pobreza, viven solamente de contribuciones, todos huyen de aquí, y no hay hombre que quiera vivir en ella; mientras que, si fuese del rey, como son las demás, sin duda sería la más poblada de todas.

CAPITULO LIX

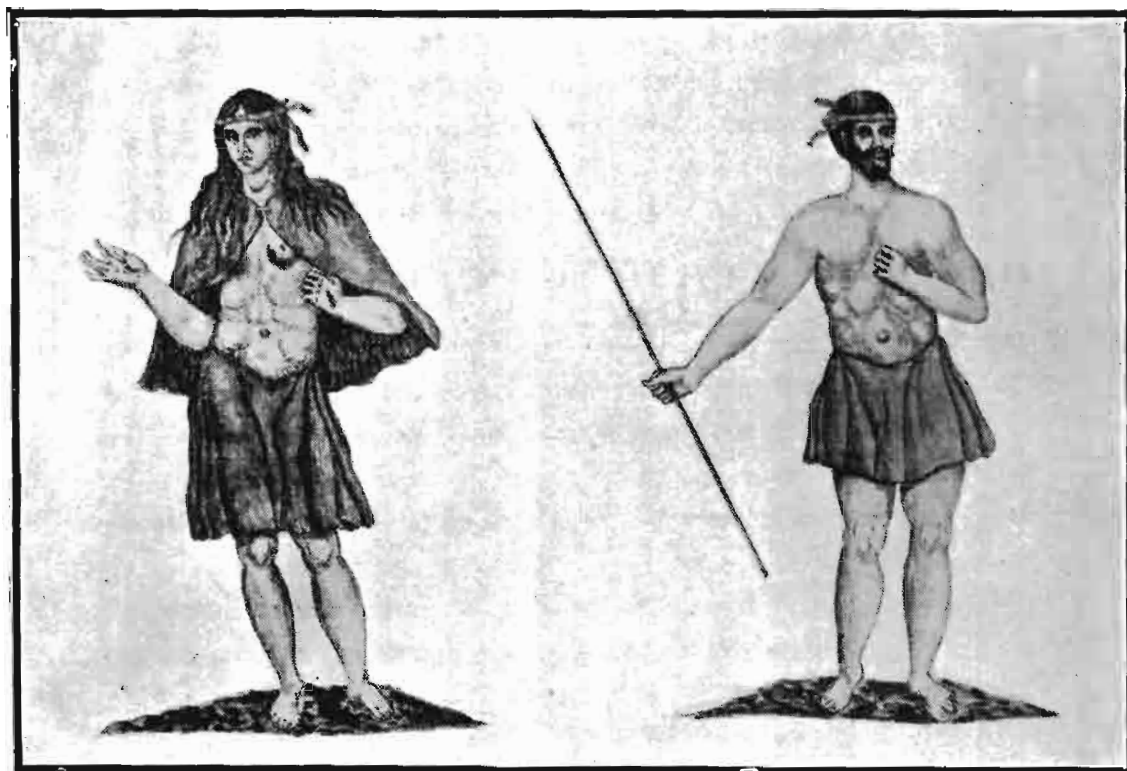
De los antiguos gomeros

LOS antiguos gomeros fueron hombres grandes, forzudos, ágiles, guerreros, poco cuidadosos en sus trajes, e idólatras. Tuvieron gigantes, y de tanta fuerza, que se sabe que uno de ellos, señor de la cuarta parte de la isla, llamado Gralhequia, habiendo salido un día a pescar, junto con otros, encima de un peñasco algo alejado de la tierra, halló que, al regresar, les cortaba el paso un gran pez carnívoro. Entonces él se tiró a nado y se abrazó estrechamente con él, nadando ora debajo, ora sobre el agua, hasta tanto que sus compañeros pasaron a salvo, y después lo soltó, sin haber recibido ningún daño.¹

Estos fueron tan ágiles en tirar las piedras con la mano, y los dardos sin punta de hierro, es decir con la punta quemada, que me parece que vencieron con mucho a los mallorquines. En sus ejercicios,² desde el principio acostumbraban a los hijos pequeños a hurtar el cuerpo a ciertas balas de tierra, y los adiestraban a que las evitasen con las

¹ Este episodio también consta en ABREU GALINDO, I,16 (pág. 81).

² Cf. ABREU GALINDO, I,15 (pág. 74): «Acostumbraban los naturales de esta isla para hacer diestros y ligeros a sus hijos, ponerse los padres a una parte, y con pelotas de barro les tiraban, porque se guardasen; y, como iban creciendo, les tiraban piedras, después varas botas, y después con puntas».



Indígenas de La Gomera

manos, o con el cuerpo. Después, cuando habían crecido en edad y en habilidad, les tiraban piedras; y últimamente, cuando ya estaban amaestrados, les lanzaban los dardos exactamente como si hubiesen peleado de verdad.

Su traje era cubrirse las partes más deshonestas del cuerpo, y vendarse la cabeza con una faja pintada con un color encarnado, que sacaban de las raíces de un árbol llamado *tainaste*, del cual también se saca el colorete para las mujeres.¹ También se cubrían algunas veces con un tamarco, como en Canaria o en Tenerife, hecho con tres pieles.

Adoraban al demonio en figura de hombre velludo, a quien llamaban *Hirguan*. Eran sumamente amigos de la soledad, como refiere Petrarca en el libro *De Vita solitaria*,² y, por consiguiente, eran muy melancólicos. Cantaban versos de lamentación, de ocho, nueve y diez sílabas, y con tanta tristeza, que lloraban ellos mismos, como se ve que todavía lo hacen hoy día los que descienden de los últimos habitantes. Su tono lamentoso ha sido empleado por excelentes músicos en sus composiciones, sobre todo por el divino Fabricio Dentici,³ y por los españoles en la poesía, en duos

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 15 (pág. 74): «Cuando andaban de guerra, traían atadas unas vendas por las frentes, de junco majado tejido, teñidas de colorado y azul, la cual color daban con un árbol que llaman *taxinas-te*, cuyos raíces son coloradas, y con la yerba que se dice pastel».

² No se trata, según podría parecer, de un pasaje de Petrarca en que se habla del amor de los herreños a la soledad, sino de la vida solitaria en general.

³ Fabricio Dentici, compositor italiano, natural de Roma, vivió hasta 1600. Por los años de 1590 estaba en España, donde posiblemente lo había conocido Torriani. Pertenecía a la misma familia que Escipión y Luis Dentici, también compositores. Se desconocen las composiciones a que alude Torriani.

y tercetos, imitando a los antiguos, de que nosotros hemos notado uno más abajo. Su nombre es *endechas*, es decir, lamentos femeniles. Es verdad que también se cantaban en las demás islas, con motivo de la muerte de alguna persona principal, o de algún triste suceso; pero las de esta isla eran más hermosas y más dolorosas. De ellas hemos traducido como sigue,¹ en nuestra lengua, dos tercetos españoles que se cantan:¹

*Se gli delfini moren d' amore,
ahi lassa, che faremo noi,
che più di loro habbiam dolce il core?*²

¹ La construcción original es algo confusa: «sopra la quali due terzetti spagnuoli che si cantano, in nostra lingua così habbiamo tradotti». Por consiguiente, Torriani tradujo sus dos textos del español; pero es menos claro si la expresión «dos tercetos españoles que se cantan» significa que las *endechas* de referencia se cantaban en su tiempo en español, o en el lenguaje de los indígenas. También es evidente, a pesar de la presentación seguida, que las dos *endechas* indígenas que siguen, no tienen ninguna relación con los textos italianos anteriores.

² El terceto italiano reproduce una canción española del s. XVI, cuyo texto, publicado por P. L. VILLALBA, *Diez canciones españolas de los siglos XV y XVI*, Madrid s. f., ha sido señalado por primera vez por J. ALVAREZ DELGADO, *Las canciones populares canarias*, en «Tagoro», (1944), pág. 119:

Si los delfines mueren de amores,
¡triste de mí! ¿qué harán los hombres
que tienen tiernos los corazones?

No sabemos decir hasta qué punto esta canción representa un original canario. Sobre la interpretación literaria y musical de los textos que aquí ofrece nuestro autor, cf. el mencionado estudio de J. ALVAREZ DELGADO; y AMARO LEFRANC, *Las Endechas aborígenes de Canarias*, en «Revista de Historia», XIX (1953), pág. 33-69; y J. PÉREZ VIDAL, *Endechas populares en trístrofos monorrimos*, La Laguna 1952.

*Dite voi, madre, all' ellera verde
che miri l' arbor dove ella serpe:
s' ei casca in terra, ella si perde.¹*

Endecha canaria

*Aicà maragà, aittitù aguahae
Maicà guere, demacihani
Neigà haruuiti alemalai.*

Endecha del Hierro

*Mimerahanà zinu zinuha
Ahemen aten haran hua
Zu Agarfü fenere nuzà.*

Aicà significa sed; *maragà*, bien venido; *aittitù*, mataron; *aguahae*, nostra madre; *Maicà*, esta gente; *guere*, forastera; *demacihani*, pero ya que estamos juntos; *Neigà*, hermano; *haruuiti*, quiero casarme; *alemalai*, pues estamos perdidos.

Mimerahana, que lleven aquí; *zinu zinuha*, que traigan aquí; *Ahemen*, que importa; *aten*, leche; *haran*, agua; *hua*, y pan; *zu*, si; *Agarfa*, nombre de hombre, que dicen Agarfa; *fenere*, no quiere; *nuzà*, mirarme.²

Ultimamente, cuando esta isla fue conquistada, estaba dividida en cuatro partes, que se llamaban así: una Mulagua, la segunda Agona, la tercera Ipalan, la cuarta Orone. Cada una de éstas tenía a su señor; el de la primera se llamaba

¹ Decid vos, madre, a la yedra verde
que mire el árbol en que trepa:
si él se cae, ella se pierde.

² Según WOLFEL, pág. 162, la traducción que indica Torriani está equivocada en su totalidad en el sentido de que, con ser bastante buena la traducción en su conjunto, las palabras no se corresponden según el esquema de Torriani.

Aberbequeie; el de la segunda, Aguaboreque; el de la tercera, Auhagal; y el de la cuarta, Unihepe.¹

Entre estos isleños hubo hombres valientes y de grandísimas fuerzas, como Igalgan, Aguabanahizan, Agualeche, Hauche, Amuhaici, Aguacoromos;² y, por haber fallecido en la guerra, sus nombres quedaron entre sus descendientes, como de personas dignas de ser imitadas y celebradas. También tuvieron hombres fatídicos, que predecían lo que había de ocurrir; y entre éstos se menciona a uno llamado Eiunche, que les daba a entender que en el cielo había un Dios llamado Orahan,³ quien había hecho todas las cosas; y también decía que, después de su muerte, vendrían a la isla hombres nuevos, quienes les dirían a quién debían de adorar; y decía que el hombre velludo a quien adoraban; no era el verdadero Dios de los gomeros, sino su enemigo.

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 16 (pág. 80-81): «El capitán del bando de Mulagua se llamaba Fernando de Aberbequeye; y el de Aguna, Fernando Alguabozegue; y el de Hipalan, llamaban Pedro Halhagal; y al capitán del bando y término de Orone decían Masegue Conche».

² Cf. ABREU GALINDO, *Ibidem*: «Aguacoromos, Aguanahuche, Amanhuy, Grahueyeya».

³ Los hombres de Eiunche y de Orahan sólo constan en la obra de Torriani. Abreu Galindo ni los menciona, ni conoce la existencia de este hombre fatídico y de su enseñanza. Posiblemente se trata de una confusión con circunstancias propias de la isla del Hierro, donde el mismo Torriani, cap. LXV, coloca el episodio del fatídico Yone y del dios Eraorranhan; ambos nombres bastantes parecidos con los que aquí se mencionan. Si hay tal confusión, ella es probablemente anterior a Torriani y figuraba ya en su fuente; así nos explicamos el que el mismo ABREU GALINDO, I, 15 (pág. 75) atribuya a los gomeros, en la recepción de Juan de Béthencourt, una actitud idéntica con la que Torriani atribuye a los herreños.



Plano de la villa de San Sebastián de La Gomera

CAPITULO LX

De la conquista de la isla de La Gomera

AÑO de 1384, don Fernando Ormel de Castro,¹ hidalgo gallego, habiendo salido de La Coruña con una pequeña armada, para descubrir la isla de Madera, que por aquellos tiempos solía aparecer a los navegantes, llegó aquí a esta isla de La Gomera. Al desembarcar en la tierra, con algunos soldados, le ofreció resistencia un hermano de un señor de la isla, llamado Amaluige, junto con algunos isleños, los cuales fueron repentinamente repelidos y heridos por los españoles. Al ruido de la pelea se reunieron todos los isleños, los cuales hallaron a los cristianos alejados del mar, y en medio de la batalla; y los obligaron a retirarse a un sitio alto, que en la lengua antigua se dice Argodei,² que significa «fortaleza», por estar formada por un risco muy alto, la cual, igual que la Rocca di San León en la Marca Anconitana, tiene entrada por un solo lado.³

Estando allí los cristianos, gravemente asediados y sin esperanza de poder salir de allí con la vida, con ruegos y piadosas señales pedían paz a los isleños; los cuales, por la

¹ El episodio que aquí se refiere consta también en ABREU GALINDO, I,16 (pág. 77-80); sólo que este autor distingue dos personajes, Fernando Ormel y Fernando de Castro, de quienes Torriani hace un solo viajero y una sola expedición.

² Cf. ABREU GALINDO, I,16 (pág. 79): «una fuerza que dicen Argodey».

³ Ya mencionado más arriba.

voluntad de Dios, no sólo les otorgaron la paz que ellos pedían, sino que también se hicieron cristianos. Y de allí en adelante empezaron a abandonar los nombres antiguos, tomando nombres de santos; y estos nombres se conservaron entre muchos de ellos, hasta el año de 1420, cuando Juan de Letancurt los redujo a todos a la fe cristiana, sin oposición. Porque dicen aquéllos que recogieron los restos de estas noticias, que don Hernando Ormel, a la salida que hizo de esta isla, les dejó un presbítero en lugar de obispo. Éste destruyó en gran parte la idolatría; pero, por ser él mismo vicioso y de malas inclinaciones, o, según más bien creo, por miedo de ser muerto por alguno de aquellos gomeros, se casó con una de sus mujeres, y después vino a hacerse él mismo idólatra.¹

¹ No corresponde con la tradición representada por ABREU GALINDO, I, 16 (pág. 80): «Al clérigo le tuvieron los gomeros gran respeto y veneración... el cual murió dentro de pocos días de la partida de don Fernando de Castro».

CAPITULO LXI

De la villa de San Sebastián de La Gomera

LA villa de San Sebastián, que está en esta isla de La Gomera, fue llamada así por el día de 21 de enero,¹ en que fondeó en ella Letancurt. Está situada entre dos alturas, al lado de un río, cerca de una playa, larga de 900 pasos, en forma de semicírculo. Ésta con dos extremos montuosos que tiene, forma un puerto tranquilo y cómodo, en que, además de diferentes navíos que van a las Indias y a Cabo Verde, también hacen escala las armadas de España y se proveen con mantenimiento y con agua buena, para su navegación. Tiene 200 casas, dos iglesias, una de clero seglar, otra de frailes de San Francisco, y una torre² que sirve de cárcel. A la base de esta torre, en la parte hacia fuera, están cuatro piezas de artillería, para defensa del puerto; pero están tan mal situadas, que ofenden los navíos amigos más bien que a los enemigos.

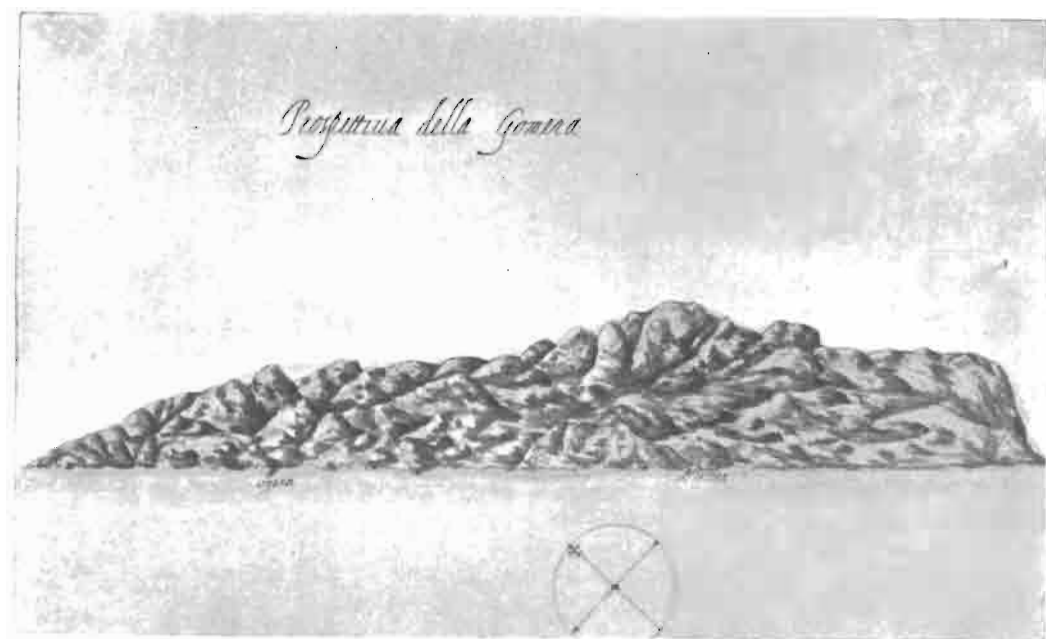
Por ser este puerto tan frecuentado y de tanta utilidad (porque es el mejor de todos cuantos hay en las islas),

¹ Esta fecha no consta de ninguna otra fuente. Por otra parte es poco probable que la fundación de la villa de San Sebastián se remonte a la época de Juan de Béthencourt.

² Es la célebre Torre del Conde, empezada a construir por Hernán Peraza el Viejo, y terminada por el primer conde de La Gomera, don Guillén Peraza de Ayala. Cf. SERGIO F. BÓNNET; *La feudal «Torre del Conde» en La Gomera*, en el «Museo Canario», VII (1946), pág. 17-46.

conviene que se fortifique una punta de Nuestra Señora de Buen Paso, que es la que está a la entrada del puerto. Ésta sólo tiene necesidad de ser igualada, y de un parapeto en su alrededor. Y, como el enemigo puede desembarcar un poco más arriba, y puede ocupar el lugar alto que la domina, conviene que también este lugar quede fortificado, como lo demuestra el dibujo; porque, además del provecho y de la seguridad que ofrece para la fuerza de abajo, también sirve de retirada para la gente de la villa, dado que, caso de ser poderoso el enemigo, es imposible defenderla.

A algunos les ha parecido que sobre la montaña, al lado de la villa, donde está señalada una B, se debería fabricar una fortaleza igual que la anterior; lo cual a mí no me parece bien, porque quedaría demasiado lejos para poder defender la villa y el puerto y los pasos que los enemigos pueda tomar en tales ocasiones. Otros pensaban que, con ceñir la villa con una muralla delgada, era para ella bastante defensa, pero no tenían en cuenta las alturas que están detrás. De modo que, siendo necesario buscar allí alguna defensa, mejor era y será ponerla encima del puerto. En efecto, el enemigo no está familiarizado con todos los desembarcaderos ni con todos los pasos difíciles de la tierra, de modo que viene directamente al puerto. Con esta defensa también se asegurará la villa. Y, cuando otra cosa ocurriese, es decir, si los enemigos vinieran por otra parte, desde el interior, la gente de la villa, como se dijo más arriba, se podría retirar a esta fortificación de arriba. También está claro que, mientras los enemigos no fuesen dueños del puerto, no se atreverían a abandonar los navíos, los cuales, aun en tiempo de mar tranquilo, son empujados por las corrientes en dirección del Hierro; y no pueden volver sin grandes esfuerzos, si el viento no les es favorable.



Perspectiva de la Gomera

CAPITULO LXII

De la isla del Hierro

LA isla más austral de estas Afortunadas, vecina con las Purpurarias, es El Hierro,¹ y también es la más pequeña de todas; no tiene sino 30 minutos de longitud y 27 grados y cinco minutos de latitud. Su mayor día tiene 13 horas. De modo que, por la poca diferencia entre la elevación del polo, de esta isla a Lanzarote, el día no llega a variar en estas islas sino en una media hora. Tiene un circuito de 92 millas, y es casi redonda. En dirección suroeste, el mar queda como muerto, sin viento, por espacio de 150 millas, de modo que los navíos que entran allí, en esta bonanza, casi no pueden salir.

Plinio la llama Ombrión. Es famosa por los árboles de

¹ Corregimos el sentido de la frase original, que sería: «La isla más austral de estas Afortunadas, vecina con las Purpurarias, es El Hierro, y la más pequeña de ellas, porque no tiene sino 30 minutos de longitud, etc.» Así en la traducción de Wölfel, pág. 187; y así parece que quiso decir el autor. Sin embargo, la construcción de la frase es defectuosa, pues deja entender que las coordenadas que siguen no expresan la posición de la isla, sino sus dimensiones, lo que sería inexacto. Los datos aquí indicados son coordenadas de posición y, por consiguiente, no hay, entre la ubicación de las islas y su pequeñez, la relación de casas a efecto que expresa el texto original. Esta relación existe, sin embargo, entre la posición indicada por coordenadas, y la situación austral de la isla, lo que explica en parte la incorrección de la frase.

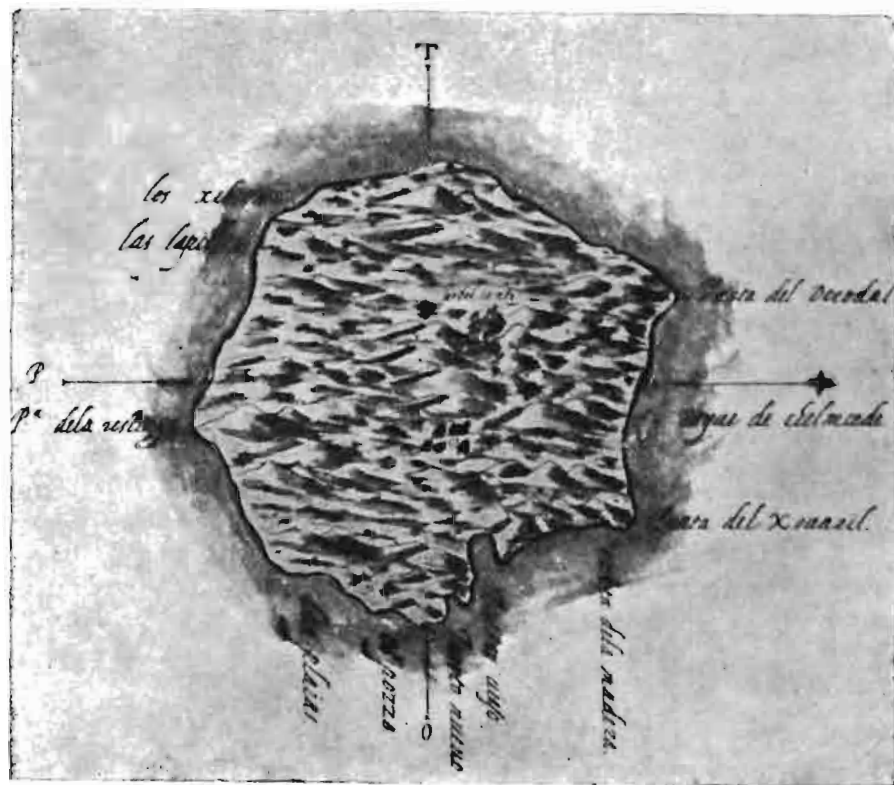
que hasta ahora se saca el agua de beber: grandísima providencia de la naturaleza, que, allí donde no hubo agua para el sustento de las personas, los árboles la proveyesen. En los últimos doscientos años se han descubierto tres fuentes, Acof,¹ Apio y El Pozo. Además, la industria ha enseñado a los hombres cómo recoger las aguas llovedizas en unas cisternas de madera, que las gentes de esta isla llaman tanques: están hechos a modo de cajas grandes, cuadradas, y en ellas se conservan las aguas que una o dos veces al año caen con las lluvias.

En una distancia de cuatro millas a partir de la costa, esta isla es áspera y montuosa; pero después, el resto de la tierra es casi llano, y se parece con el de La Gomera en la abundancia de los árboles. Produce mucha carne, queso, que llevan a vender a España, y bastante yerba pastel,² que compran los ingleses para teñir. En estos últimos años, los isleños han plantado viñas, que ya rinden mucho provecho.

Antiguamente no había en esta isla sino cabras, cerdos y ovejas, que criaban sin darles de beber, por la falta de agua; como también lo usan hoy día, pues hay poca agua para toda la gente y para el ganado. Así se explica que las carnes sean más sabrosas que las demás que se crían con agua; e igual ocurre con las de las islas desiertas, Alegranza, Santa Clara y Graciosa.

¹ Cf. ABBÚ GALINDO, I, 17 (pág. 85-86): «La fuente de Acof, que en su lenguaje quiere decir «río»... y otra fuente, que llaman del Hapio, más a la banda del Norte; y otra fuente que se descubrió año de 1565, en medio casi de la isla, que dicen de Antón Hernández».

² *Yerba pastel*, en el original *guato*, en lugar de *guado*, nombre de la plata en italiano, según ampliamente lo ha documentado M. STEFFEN, *El falso «guato» de Torriani*, en «Revista de Historia», XIII (1947), pág. 176-97.



Esta isla tuvo pocos habitantes, que vivían en casas construídas con piedra seca. La villa se decía Amoco;¹ y ahora los españoles la llaman Valverde; tiene 250 casas y está a 7 millas de distancia de la costa.

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 17 (pág. 85), «junto al pueblo que antiguamente llamaban Amoco y al presente Valverde».

CAPITULO LXXIII

De los antiguos isleños del Hierro

LOS antiguos herreños fueron mucho más salvajes que los lanzaroteños, los de Fuerteventura, gomeros y palmeros. Además de la idolatría y de muchas más cosas, entre ellos no hacían más diferencia que la de rico a pobre; y el más rico de todos era el rey; el último que reinaba cuando Letancurt conquistó la isla, se llamaba Añofo.

Vivían con carne cocida, con leche, que decían *achemen*, con mantequilla, que llamaban *mulan*, y con raíces de helecho, llamadas *haran*,¹ que ponían a cocer, y hacían con ellas su pan, y también la pasta con que alimentaban a los niños, a la cual llamaban *guamames*.² Se vestían con pieles largas, dejando las piernas y los brazos desnudos y los cabellos largos. Las mujeres llevaban la piel sostenida con una cintura y fofa; y cuando hacía un poco de frío, se cubrían con el tamarco. Dormían sobre paja de helechos, y se cubrían con pieles de cordero. Bailaban cantando, porque no tenían

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 88): «Manteníanse con leche, que llamaban *acheman*, y con manteca, que decían *mulan*. No tenían trigo ni cebada ni otra legumbre más que raíces de helechos que usaban por pan, que llamaban *haran*».

² *Ibidem*: «En pariendo las mujeres, antes que el pecho, daban a sus hijos raíces de helecho asadas y majadas o mæscadas con menteca, que llamaban *aguamanes*».

otro instrumento; y creo que de allí tiene su origen el famoso baile canario. Eran muy aficionados a los convites, que ellos llamaban *guatibao*.¹

Fueron más que los otros isleños melancólicos, pacíficos y cobardes. No llevaban otras armas,² más que una vara pintada de amarillo, para descanso de su cuerpo. Se casaban con cuantas mujeres querían, y sólo exceptuaban a la madre.³ Su cárcel estaba debajo de tierra, y la llamaban *benisahare*. Sólo al homicida le quitaban la vida; a los ladrones, la primera vez le quitaban un ojo, y la segunda el otro, para que, quedando ciego, no pudiese más robar.⁴

Los hombres adoraban a un ídolo macho, y las mujeres a una hembra. Al macho llamaban *Eraoranhan*,⁵ y a la hembra *Moneiba*; les hacían oraciones, sin sacrificio, y creían que vivían en los altísimos peñascos. Además de estas cosas, tenían en gran veneración el cerdo, y el demonio, a quien llamaban *Aranfaibo*, se les aparecía en esta figura. Cuando tardaban las lluvias, ayunaban tres días seguidos y gritaban al cielo, llamando el agua, estando en un lugar re-

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 89): «Hacían junta y se convidaban, que llamaban *guatitiboa*».

² Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 88): «No tenían ningún género de armas, si no eran unos bordones».

³ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 89): «Casaban con la mujer que querían, sin tener respeto a parentesco, excepto a las madres o hermanas».

⁴ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 89): «No ajusticiaban más que a homicidas y ladrones. Al matador le daban la pena del talión, que era matar al que mataba; y al ladrón, por el primer hurto quebrábanle un ojo, y por el segundo quebrábanle entrambos, para que no viese a hurtar».

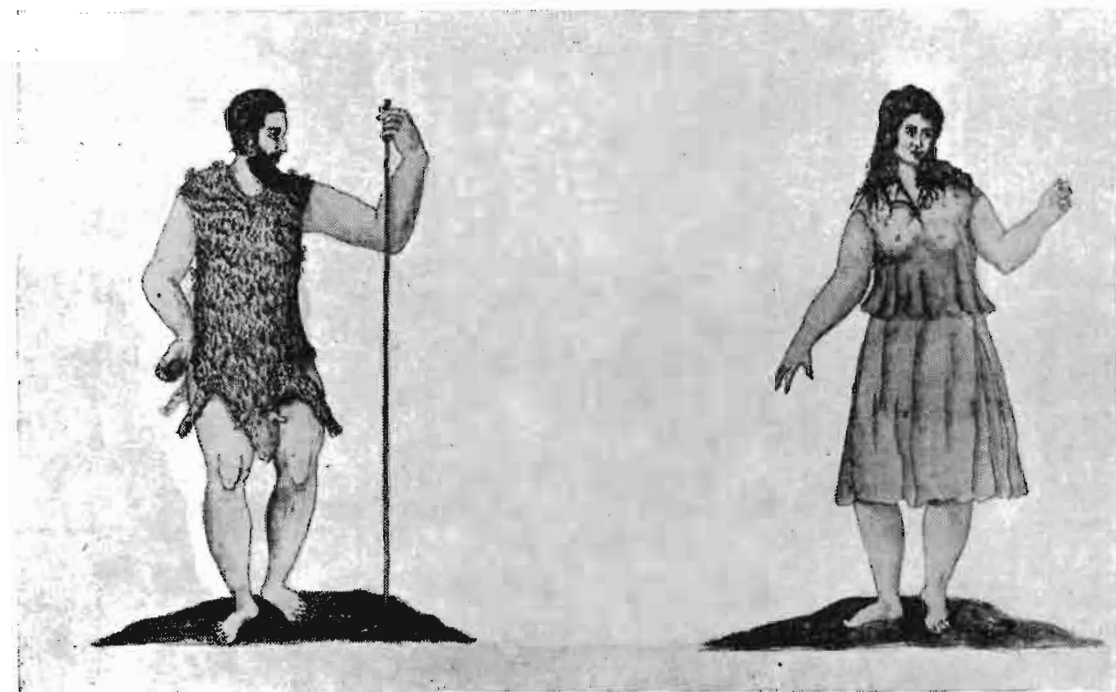
⁵ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 90): «Al macho llamaban *Eraoranhan*, y a la hembra, *Moneiba*».

servado para ello, llamado *Tacuitunta*, que estaba cerca de una cueva llamada *Abstenehita*; y de esta cueva, a sus gritos, salía fuera el demonio en figura de cerdo,¹ y les daba la lluvia.

El doctor Troya² escribió que entre estos bárbaros, cien años antes de que los sometiese Letancurt, hubo un tal Jone, quien, al tiempo de su muerte, predijo que, después que él mismo se hubiese vuelto cenizas, vendría desde lejos por el mar, vestido de blanco, el verdadero Eraoranhán, a quien debían de creer y de obedecer. Y, después de muerto, lo pusieron, según era su costumbre, en una cueva bien tapada, y al cabo de cien años lo hallaron hecho cenizas. De allí pocos meses aparecieron los cristianos, en sus naves con velas blancas; los cuales, por este signo, fueron creídos por estos bárbaros ser verdaderos Dioses, y no hombres mortales como ellos; por la cual cosa no hicieron ninguna resistencia, sino que los adoraron y les obedecieron, como Jone les había dicho.

¹ Cf. ABREU GALINDO, I, 18 (pág. 81): «Uno de los naturales, a quien ellos tenían por santo, iba al término y lugar que llamaban Tacuytunta donde está una cueva que decían Asteheyta, y metiéndose dentro e invocando los dioses ídolos, salía de dentro un animal en forma de cochino que llamaban Aranfaybo, que quiere decir «medianero».

² Sobre el doctor Troya, cf. la *Introducción*. En cuanto a la leyenda que aquí se menciona, referente a la profecía de Jone, cf. ABREU GALINDO, I, 19 (pág. 92-93).



Indígenas del Hierro

CAPITULO LXIV

Del Arbol Santo de la isla del Hierro

LA excelencia de este árbol, que en lengua herreña se llama *Garoe*, es tan grande que, además de la merecida admiración que despierta en cualquiera que lea a Plinio, muchos creen que es milagro y divina providencia, más bien que efecto natural. Pero los investigadores de los ocultos secretos, que no lo han visto, dicen que está vaciado, a manera de caña, y que nació casualmente encima de alguna fuente; de modo que el agua entra, debajo de la tierra, en el tronco, y después sale por algún lado, de manera que parece que el árbol produce el agua por su propia naturaleza. Otros suponen que es tan seco y poroso, que tiene la fuerza, como el imán, de chupar el agua de la tierra y devolverla después por sus ramas y por las hojas.

Plinio escribe que en esta isla los árboles de que se saca el agua son parecidos con las férulas, algunos blancos y otros negros, y que de los blancos se saca el agua buena para beber, y de los negros, el agua amarga. Ambas cosas son falsas, porque este árbol *Garoe*, y otros de su misma naturaleza y de su propio efecto ni se parecen con las férulas, ni son negros ni blancos, ni se saca de ellos agua buena o amarga. La verdad es que este árbol no es otra cosa que el incorruptible til, con que se adorna el agradable Partenio del divino Sannazaro. Este árbol busca los montes y es duro, nudoso y odorífero. Tiene hojas llenas de ner-

vios y parecidas a las del lauro. El fruto es medio pera y medio bellota; las ramas, intrincadas; nunca pierde las hojas, y no alcanza grandes alturas.

En estas tres islas occidentales se hallan muchísimos tiles que dan buena agua; pero sólo se tiene cuenta del que los herreños llaman Árbol Santo, por ser el mayor de todos, y también porque da mayor cantidad de agua. Este árbol es tan grueso, que apenas lo pueden abrazar cuatro hombres. Está lleno de ramas muy intrincadas y espesas. Su tronco está completamente cubierto con una pequeña yerba que crece en todos los árboles que tienen mucha humedad. Está situado encima de un barranco, en la banda del norte. Está tan torcido en su parte baja, que los hombres que van a verlo suben y pasean por encima de ella; y debajo tiene un gran foso en el que se recoge el agua que gotea de este árbol.

La maravilla del gotear agua no es otra cosa, sino que, cuando reina el viento levante, allí en este valle se recogen muchas nieblas que después, con la fuerza del calor solar y del viento, suben poco a poco, hasta que llegan al árbol; y éste detiene la niebla con sus numerosas ramas y hojas, que se empapan como si fuese guata y, no pudiéndola conservar en forma de vapores, la convierte en gotas que recaen espesísimas en el foso.

Todos los otros árboles de esta clase producen el mismo efecto cuando pasa la niebla encima de ellos, e igual lo hace la carrasca en todas estas islas donde haya niebla; pero ni los unos ni los otros producen tanta cantidad, por ser pequeños. En esta isla, el agua que así se produce se reparte con buena cuenta entre los isleños, porque en toda la tierra, aunque haya las tres fuentes mencionadas, no hay agua bastante para sustento de la gente.

Ninguna cosa de este árbol parece tan digna de mara-



Hojas y frutos del Árbol del Hierro

villa, como lo es su incorruptibilidad. En efecto, por la diferencia que su grosor tiene con los demás, así como su grandeza y sus efectos, se debe pensar que había nacido mucho antes de Plinio. Y esta cosa no se debe atribuir sino a la perfecta proporción de los cuatro elementos que lo componen. Merece sin duda considerarse como santo y maravilloso entre cuantos han sido celebrados por Pigafetta, por Münster y por otros naturalistas, pues con esta planta rara y perenne la divina providencia quiso asegurar la vida de aquellos hombres que desde el principio vinieron a vivir aquí. Gracias a ella se conserva hasta el presente su descendencia; y por lo mismo colegimos de su inmutable naturaleza que deberá conservarse por toda la duración de los siglos futuros.

CAPITULO LXV

De la conquista de la isla del Hierro

AL terminar Juan de Letancurt sin oposición la empresa de La Gomera, en el mismo año de 1419,¹ a 30 de noviembre, se embarcó para El Hierro, con su misma gente y navíos. Y, habiendo sido vistos por los herreños, creyeron que aquél era el Dios profetizado por su Jone, por las velas blancas que veían. Por lo cual corrieron todos a la costa, haciendo allí, en la playa, saltos y bailes, y cantando la feliz llegada del nuevo Dios a quien esperaban. Refieren algunos escritores que, como los navíos se balanceaban en sus amarras, estos bárbaros creían que también bailaba su Dios.

Empezaron a desembarcar los cristianos, y fueron recibidos con grandísima fiesta y alegría. A todos les parecían que eran Dioses, y no hombres mortales como ellos; y con esta ilusión empezaron los bárbaros que estaban más cercanos al mar, a entrar en las barcas, queriendo ir a los navíos. Viendo esto los cristianos, dejaron que se llenasen las barcas y los botes con ellos; y tantos embarcaron, hasta que los navíos fueron cargados. A todos los llevaron a Lan-

¹ Esta fecha no consta en ninguna otra fuente conocida. Ademáa, es cierto que no puede ser verdadera, pues en 1419 Béthencourt no podía embarcar para El Hierro, tanto porque estaba en Normandía como por haber cedido ya el señorío de sus islas al conde de Niebla.

zarote, y después de allí los enviaron a vender en diferentes partes.¹

Al año siguiente volvió Letancurt a esta isla, con gente y navíos, pensando que otra vez obtendría igual número de esclavos, con el engaño pasado. Fueron tan bien recibidos como la primera vez, y otra vez se embarcaron de prisa los herreños, hombres, mujeres, ancianos y niños, por el deseo que tenían de ver a sus familiares y al nuevo Dios. Pero los soldados cristianos impedían que se embarcaran los ancianos; el cual fue causa que ellos empezaran a sospechar del engaño. Por esta razón, pensándolo así uno de aquellos ancianos; ordenó a su hija que se retirase de allí, porque a él no le parecía que los forasteros fuesen todos buena gente. Pero un soldado cogió por la mano a la joven, porque era hermosa; y, como quería embarcarla por fuerza, el anciano padre le rompió la cabeza con un palo. Y, viendo el viejo la sangre, empezó a gritar a todos los suyos, que los soldados eran hombres como ellos, y sus enemigos. A su voz, todos los isleños que allí se hallaban se retiraron un poco, para reunirse; y, hecho esto, empezaron fuertemente a tirar piedras contra los cristianos, y a darles palos. Estos, como quiera que antes de la pelea habían ya embarcado en sus navíos un buen número de isleños, también se retiraron, y dieron vela para volver a Lanzarote.

¹ Torriani es la única fuente que describe de este modo los primeros contactos de los conquistadores con los herreños. Según ABREU GALINDO, I, 19 (pág. 93), Béthencourt no encontró resistencia en la isla, y dejó en ella a algunos de sus hombres, con el capitán Lázaro, desde su primera expedición. La narración de Torriani coincide en parte con la versión, muy confusa en este particular, del *Canarien*, donde se refiere que a pesar de su acogida, los herreños fueron cautivados por Béthencourt y sus hombres.

Letancurt consideró que algunos de aquellos isleños bautizados podrían persuadir a los demás que quedaban, en la isla, que se hiciesen cristianos. Así, puso de nuevo en orden navíos y gente, con algunos de ellos, y todos, con la pequeña armada, fueron llevados últimamente a las cosas de esta isla, por un capitán Lázaro vizcaíno. Éste, sin encontrar ninguna resistencia, tomó posesión de la isla, por los buenos oficios que le hicieron los isleños herreños que había llevado consigo. Pero después, a éste, con el descuido, estando enviciado por el veneno de Cupido, le parecieron las mujeres hermosas y simples; y empezó con desenfrenado deseo a forzar a aquéllas que más le gustaban. Ello fue causa de que los isleños se rebelasen otra vez y se pudiesen en defensa. El dicho capitán Lázaro prendió a algunos hombres de los principales y los mandó a ahorcar.¹ Con este temor se rindieron todos y le dieron la obediencia y se hicieron cristianos.

¹ Los excesos de los soldados cristianos también están indicados por ABREU GALINDO, I, 19 (pág. 94), quien, sin embargo, cree que el mismo capitán Lázaro fue muerto por los indígenas sublevados, y que fue necesaria otra expedición de Béthencourt para apaciguarlos.



Perspectiva de la isla del Hierro

CAPITULO LXVI

Descripción de La Palma

LA Palma, que se llama así por la abundancia de las palmas, es la última de las Afortunadas en dirección del Occidente. Por su interior pasa el primer meridiano fijo, con el cual empieza Tolomeo Alejandrino la descripción de la tierra. La altura del polo es de 28 grados y medio, aunque Tolomeo lo ponga en 16 grados y 15 minutos, y a las demás más o menos.¹

Esta isla fue llamada por los antiguos palmeros Bena-hoare, es decir, «patria».² Después se llamó Junonia Mayor, sea porque en ella, en el templo de que habla Plinio, se hubiese sacrificado por algunos romanos a la diosa Juno, o porque habrá sido encontrada por algún Junio; o bien por lo verde de sus selvas de altísimas palmas, de dragos (de los cuales se saca la sangre de drago), de pinos, de teas, tiles, encinas, laureles, y mirtos, con que se viste la mitad de la isla, en su parte del norte.

¹ *Más o menos*, en el original *in circa*; Wölfel traduce: «en su alrededor». Es verdad que la frase parece algo truncada o, por lo menos, que termina bruscamente. En el manuscrito le sigue un largo espacio blanco, de más de la mitad de una línea, en donde parece que se ha raspado la última parte de la frase.

² Cf. ABREU GALINDO, III, 1 (pág. 260): «Los naturales llamaban a esta isla, en su lenguaje, Bena-hoare, que en castellano quiere decir: mi patria».

Tiene gran abundancia de excelentes vinos y azúcares, los cuales se hacen en Tazacorte, Argual y Los Sauces; pero los que se hacen en la parte que mira al Levante son mas dulces y dan mejor resultado. Pero, a pesar de tanta riqueza, raras veces se recoge trigo en cantidad bastante para todo el año, por cuya razón se le provee desde Alemania, Flandes, Francia y Lanzarote.

Es la isla más alta y más brava de todas; algunos la consideran tan alta como el Pico de Teida de Tenerife, lo cual es falso, por habérmolo demostrado así el astrolabio. En gran parte de la isla no hay agua que sea de provecho, salvo la que se recoge de las lluvias y se conserva en tanques de madera, como también lo hacen en la isla del Hierro. El agua que se aprovecha en la ciudad, en los molinos y en los ingenios de azúcar, sale de la parte más alta de las montañas, encima del punto *M*, que se dice La Caldera; y, separándose de allí en varios ríos, baja por las tierras donde es necesaria.

El principio de estas aguas se halla en dos fuentes, que están casi pegadas la una a la otra, y brotan de una piedra blanda, vuelta en dirección del Austro. Una de ellas tiene agua buena para beber, y la otra la tiene verdosa, amarga y nociva; por cuya razón se cree que éstas son las que menciona Petrarca, cuando escribe, imitando a Solino:

*Fuor tutti i nostri lidi,
nell' isole famose di Fortuna,
due fonti ha: chi dell' una
bee, mor ridendo; e chi dell' altra, scampa.¹*

1

Más allá de todos nuestros mares,
en las célebres islas de la Fortuna,
hay dos fuentes; quien bebe de una,
se muere de risa; quien de la otra, se salva.

En los alrededores de estas fuentes, las montañas están llenas de cristales brillantes, hechos en punta, a modo de pirámides pentagonales, que parecen ser obra de un técnico muy diestro. Estos cristales son más duros que todos cuantos hasta hoy se han visto, de modo que con ellos se puede cortar el vidrio y el acero; y esto hace que hay quien piensa que son verdaderos diamantes. Encima de los montes Andenes, que son los más altos, cae algunas veces buenísimo maná.

En la parte Sur toda la tierra está llena de pequeños volcanes, los cuales han devastado los terrenos de aquella región. Así lo hizo últimamente el gran volcán que reventó allí, en el término de Tiagua,¹ año de 1585, en el mes de mayo; por cuya causa toda esta isla está llena de grandísimas concavidades, y expuesta a terremotos. Está a 60 millas de distancia del Hierro, 40 de La Gomera y 44 de Tenerife.²

¹ *Tiagua*, en el original *Teagua*.

² Error evidente, pues más arriba, pág. 172, había dicho que de Tenerife a Las Palmas hay 52 millas.

CAPITULO LXVII

De los antiguos palmeros

ÉSTOS fueron hombres blancos y gruesos, más que los otros isleños. Los escritores afirman que descendían de una nación africana, como los gomeros y los herreños, con quienes se parecían también en la melancolía, la vileza y la barbarie. Eran idólatras, porque adoraban al demonio en forma de perro, a quien llamaban *Haguanran*,¹ y decían ellos que éste moraba en el cielo, al que decían *tigotan*, y en tierra, en la cumbre de las montañas llamadas *Tedote*; y encima de ésta hacían sus sacrificios de leche y de mantequilla.

No tenían ninguna justicia. Todos ellos, siguiendo a sus capitanes, vivían de robos,² como los lacedemonios por las leyes de Licurgo. Los nombres de sus capitanes eran los siguientes: *Ehedei*, que fue también profeta y predecía las cosas futuras; *Tamacanea*,³ *Ehentire*; *Azuquahe*, que signi-

¹ Cf. ABREU GALINDO, III, 4 (pág. 270): «A estos palmeros se les aparecía el demonio, en figura de perro lanudo, y llamábanlo *Iruene*». Cf., sin embargo, el mismo autor, III, 3 (pág. 267): «en su lenguaje llamaban al cielo *Tigotañ*»; y «haguayan quiere decir en su lengua perro».

² Cf. ABREU GALINDO, III, 4 (pág. 270): «No tenía esta gente de La Palma ni vivía con justicia, porque tenían por gentileza y valentía el hurtarse los ganados; y a ése tenían por más valiente, que más hurtaba».

³ *Tamacanea*; así en el manuscrito. Wölfel leyó *Tamaranea*, pero en la lista de palabras y nombres indígenas, pág. 292, transcribió *Tomaranca*,

fica «aceitunado», porque no era tan blanco como los demás; Zuguiro; Garcagua; Tinisuaga; Aguacencia; Bentacaize; Atabara; Bedestra; Teniaba; Atogmatoma. Estos eran los más valientes, y por esto los habían seguido los demás.¹

Las mujeres eran más valientes que ellos, y en las emergencias iban ellas en adelante y peleaban virilmente, con piedras y con varas largas.² Estos palmeros vestían como los herreños; y eran tan tristes y melancólicos, que se morían cuando les daba la gana, que se les daba por cualquier pequeña dolencia. Esto pasaba en tal manera que, al sentirse enfermos, decían que querían morir; entonces los ponían en una cueva, con un vaso de leche, y tapaban la puerta, dejándoles morir así.³

y propuso la corrección *Tamarcanea*. En Abreu Galindo se lee *Tamanca*; suponemos que esta forma es exacta, y que Torriani interpretó mal un texto en que el nombre figuraba en la forma *Tamaca*, con el signo de la *n* abreviada, deslizado hacia la derecha, de manera que lo habrá atribuido a la última vocal.

¹ ABREU GALINDO, III, 3 (pág. 266-68), menciona detalladamente los señores en que se dividía la isla antes de la conquista. He aquí, en su mismo orden, los nombres que cita: Mayantigo, quien falta en la relación de Torriani; Chedey; Tamanca; Echentire y Azuquahe, hermanos «y éste llamaron de este nombre por ser muy moreno, y Azuquahe quiere decir moreno o negro»; Juguiro; Garehagua; Tinisuaga; Agacensie y Ventacayce, hermanos; Atabara; Bediestra; Temiaba; otro Bediestra; Atogmotoma; y Tanausu, quien también falta en Torriani.

² La acometividad de las palmeras está comentada ampliamente por ABREU GALINDO, III, 5 (pág. 272-76).

³ Cf. ABREU GALINDO, III, 4 (pág. 271): «Era en enfermedad esta gente muy triste. En estando enfermo, decía a sus parientes: *Vacaguare* (quíerome morir). Luego le llenaban un vaso de leche y lo metían en una cueva, donde quería morir, y le hacían una cama de pellejos, donde se echaba; y le ponían a la cabecera el gánigo de leche, y cerraban la entrada de la cueva, donde lo dejaban morir».

CAPITULO LXVIII

De la conquista de La Palma

DIEGO de Herrera,¹ después de haber comprado estas islas de Juan de Letancurt, vino con un ejército preparado para conquistar esta isla de La Palma. Cuentan algunos que tuvo batallas con los palmeros en el término de Tihuya,² después de lo cual obtuvo de ellos la paz y la obediencia; pero, como volvió a su casa en seguida, sin querer esperar más provecho, porque pensaba regresar pronto para tratar de bautizarlos, quedaron los palmeros tan libres como antes.

Alonso de Lugo, de quien ya hicimos mención, después de la conquista de Canaria, habiendo sido designado para esta empresa, vino a desembarcar en el puerto de Tacacorte, en 29 de abril del año de 1493;³ y, fortificándose allí, cerca de la costa, trató de confederarse con algunos capitanes de la isla, para desunirlos, como lo había hecho en Tenerife.⁴ Consiguió este resultado, y más la obediencia

¹ Probablemente Torriani confundió a Diego de Herrera con Hernán Peraza, quien efectivamente desembarcó en el término de Tihuya y murió en el combate con los palmeros, cf. ABREU GALINDO, III,6 (pág. 276).

² *Tihuya*, eu el manuscrito, *Teuguia*.

³ ABREU GALINDO menciona dos veces (pág. 282 y 287) como fecha del desembarco el 29 de septiembre de 1490.

⁴ El autor se olvidó que Alonso de Lugo no podía sembrar la discordia entre los palmeros, «como lo había hecho en Tenerife», pues la expedición a esta última isla es posterior a la de La Palma.

de algunos de ellos, después de lo cual tuvo muchas batallas con los palmeros, durante todo aquel año. Al año siguiente, en la última batalla, que se dio a la entrada de La Caldera, donde ahora dicen Axer, en la cual pereció el capitán Atanáusú junto con muchos más y un número infinito de isleños, ganó victoria sobre toda la isla, sin pérdida de sus hombres, el célebre día de Santa Cruz de Mayo del año siguiente de 1494.¹ Hizo bautizar a los caudillos y los trató amistosamente, por lo cual en el espacio de pocos meses todos los palmeros se redujeron de buena gana debajo del yugo de Cristo.

Año de 1553, habiendo estallado la guerra entre los dos poderosísimos reyes, Felipe segundo de Austria y Enrique de Valois, llegó a esta isla el capitán Pie de Palo² con 700 peones franceses; hallaron toda la gente sin armas y sin ninguna defensa, y saquearon la ciudad y le pegaron fuego. Después, año 1585, a 13 de noviembre, Francisco Drake inglés, siendo enviado por la reina de Inglaterra con treinta navíos y 4000 peones, para robar en las costas de las Indias Occidentales, salió del canal de la Mancha con su armada, saqueó en España una villa en la costa de Galicia, y después siguió su navegación, hasta que llegó a la ciudad de esta

¹ El original lleva la fecha errada de 1594. El día de Santa Cruz cae a 3 de mayo.

² Francois Leclerc Pie de Palo, célebre pirata francés, venía en compañía de Jacques de Sores, de una expedición durante la cual habían saqueado Santo Domingo y Puerto Rico. Tomaron la ciudad de Santa Cruz de La Palma por sorpresa, en 21 de julio de 1553, y la tuvieron casi hasta el 1 de agosto, en que reembarkaron. Cf. A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias*, Madrid (1948), vol. I, pág. 147-58.

isla. Al querer desembarcar, se le contestó con tan buen orden por la artillería de los tres castillos que están en la playa de la ciudad, que fue obligado a salir del puerto, con pérdidas; y también había allí, en la marina, 2000 hombres bien armados, que, apoyándose en la aspereza de la tierra, de las olas del mar y de las fortalezas, estaban prontos para defender valerosamente su patria.¹

Al partir de allí Drake, con gran oprobio, se fue a desembarcar en la isla del Hierro, que no tuvo fuerzas para poderle resistir. Pero de repente se levantó una tormenta en el mar, de modo que fue obligado a embarcarse con todos sus soldados, que habían saltado a tierra, sin haber hecho ningún daño a la isla. La tempestad los arrastró hacia Mediodía, de modo que llegó a las islas de Cabo Verde. Saqueó allí la de Santiago, y después, navegando hacia Poniente, robó la ciudad de la isla Española, y en Tierra Firme la ciudad de Cartagena, sin resistencia. De todo ello volvió con grandísimas riquezas; como también lo había hecho seis años antes, cuando, pasando por el estrecho de Magallanes y por las islas Filipinas y por las Molucas, y volviendo por la India Oriental, dio vuelta al mundo; pero no pasó por el estrecho de Aníán, como algunos han dicho.

¹ Más detalles sobre el ataque de Francis Drake en la mencionada obra de A. RUMBU DE ARMAS, vol. II, pág. 7-25.

CAPITULO LXIX

Del nuevo volcán de La Palma,¹ o monte Teguseo nacido

EN esta isla de La Palma, en la parte de oeste-noroeste, en medio de ciertas montañas que, con suave pendiente hacia el mar, formaban un agradable anfiteatro, se hallaba una grande llanura, ancha de unos 160 pasos, más o menos, acanalada a manera de melón,² adornada con algu-

¹ La descripción de la erupción de 1585 ha sido traducida al francés, del texto de Torriani, y analizada por L. BOURDON, *L'éruption du Teguseo Tacande (île de La Palma)*, en «Hespéris», XXXVII (1950), pág. 117-38. Es difícil de explicar el nombre de Teguseo que da Torriani a este volcán, pues dicho nombre no consta en ninguna otra parte. Creemos en un error del ingeniero italiano. Teguseo más bien que nombre del mismo volcán de La Palma, podría ser, en la intención del autor, un volcán cualquiera; indicado aquí por antonomasia; pero no vemos a que se puede referir, pues nunca hubo un volcán llamado así. Por otra parte, la identificación con Tacande no le parece posible a MARÍA ROSA ALONSO. *El volcán de Tacande*, en «Revista de Historia», XVIII (1952), pág. 238-39. L. BOURDON, pág. 130, reconoce en el nombre de Teguseo una especie de «saveur guanche très prononcée». No estamos de acuerdo con esta impresión, no sólo por la razón arriba expuesta, sino también porque es poco probable que en 1585 algún palmero haya pensado en bautizar con nombre indígena una altura que antes forzosamente carecía de nombre, pues no existía.

² No comprendemos cómo un llano puede ser acanalado como un melón; es posible se trate de un error de traducción por parte de Torriani, quien habrá dispuesto de algún texto español. También puede ser

nos pinos muy altos y con limpísimas aguas que, bajando de las alturas cercanas, descansaban allí, con mucho provecho del ganado. Estaba en unas siete millas de distancia de la costa.

A 19 de mayo del año de 1585, este sitio empezó a levantarse visiblemente en su centro, con un gran hoyo que, tragándose algunos de aquellos árboles y levantando otros consigo, mandaba fuera un gran ruido acompañado por un terrible terremoto. Y, estas cosas aumentando con la tierra,¹ en el espacio de dos días la llanura se hizo monte, de piedras grandes y pequeñas mezcladas con tierra, como si fuese hecho por oficiales; y algunos que lo vieron en aquel tiempo, lo juzgaron alto de cincuenta pasos.

Al octavo día desde que empezó esto, comenzó a echar fuera grandísima cantidad de humo, mezclado con pedazos de materia movable. Éstos, al encontrarse en lo alto, sustentados por poco peso al mismo tiempo que atraídos hacia el fondo, se precipitaban hacia abajo por todas partes, con tanta velocidad y estrépito,² rompiéndose entre sí,

error la dimensión que indica del llano, pues una llanura que mide 160 pasos difícilmente podría calificarse de «grande». L. BOURDON, pág. 122, corrige; creemos que acertadamente, los 160 pasos en 1600; pero parece extrañarle la división del campo «en tranches, comme un melon».

¹ *Con la tierra*: aunque la expresión no sea absurda, cabe la posibilidad de que se trate de un nuevo error, en lugar de: *con el tiempo*.

² La frase del original es poco clara, y difícil de traducir fielmente: *Cominciò mandar fuori grandissima quantità di fumo, e sendo egli composto di parti movitice, ritrovandosi quelle in cima sostentate da poco peso, amiche di tornare al fondo, dirumpevasi a basso da tutte le parti*. La traducción de Wölfel suprime la dificultad, resumiendo la frase; la de Bourdon, como la nuestra, trata de parafrasear, para hacer más clara la idea que quiere expresar el autor. Disentimos de su interpretación sólo en lo

y con el ruido subterráneo se alzaban al cielo tales globos de humo y de polvo, que obscurecían los flancos de los montes circunvecinos. Al parar algún tanto todo esto y al levantarse el polvo, se distinguían más claramente las cosas caídas, cubrir como un limbo el monte en todo su circuito, en forma de óvalo perfectamente dibujado, de modo que, con la oblicuidad de su caída, le daban la forma de una pirámide sin punta. El humo salía por muchas partes, y cambiaba muchas cosas, por la inestabilidad de las materias removidas; pero por la parte de nor-noreste se veían dos grandísimas piedras, en medio del monte, delgadas en su parte superior, a modo de pirámides, y de ellas, como de la mayor boca, salía al mismo tiempo el mayor humo. Por algunas grietas que separan las dos piedras, como también en la base de las mismas, se veían dentro grandísimas llamas, que, serpenteando por lugares tortuosos, demostraban que al interior había un gran vacío, a manera de horno, llenado con un grandísimo incendio; porque, al voltear las llamas por dentro, sin asomar al exterior, se notaba que estaban empujadas en lo alto por otras infinitas y de mayor fuerza.

Durante estos primeros días se notaron muy grandes olores de azufre y de salitre, en una distancia de ocho millas alrededor. Sin embargo, en la cercanía del monte no se notaba nada, en razón de la violencia de las llamas, que arras-

referente a *soutentate de poco peso*, que Bourdon interpreta «se soutenaient en l'air à cause de leur peu de poids». Creemos que *peso* debe interpretarse en este caso como «presión». Los cuerpos meviles arrojados por el cráter se mantenían en el aire por una presión de abajo hacia arriba, pero esta presión era poca, y no bastaba para anular el efecto de la fuerza contraria de la gravedad, que acababa con hacerlas caer.

traron el olor con el humo; y después el viento lo esparció en regiones más alejadas. En la parte de oeste-noroeste, a no poca distancia, tomé las medidas de todo esto, con un triángulo geométrico. Hallé que el eje tenía 72 pasos geométricos. La superficie o fachada de la parte de oeste-noroeste tenía cien pasos de alto; la opuesta, 75; y las dos otras partes, que cortan la primera línea en ángulo recto, eran iguales y de igual medida. Los diámetros fueron de 150 pasos en la superficie alta, y de 200 en la de abajo; y su circuito medía 500 pasos. Después de colocado el instrumento en la línea visual, en el poco espacio de tiempo en que esperaba que se parase el plomo, volviendo a mirarlo, hallaba que había aumentado en un paso, y algunas veces más.

Al día siguiente volví a verlo, y lo hallé bastante más alto, de forma diferente; y las dos piedras habían crecido encima de la montaña, la una más que la otra, posiblemente porque, con ser menos pesada, era más fácil de levantar. En aquélla de las dos, que era más delgada y partida, se veía al interior una gran concavidad, de la cual salía mayor cantidad de humo que el día anterior, acompañado por un fuego resplandeciente, aunque, por la luz del día, sólo era visible desde cerca. Las piedras que caían en este día eran mayores que las anteriores, y en mayor cantidad. El horror y el estrépito con que caían no podría compararlos sino a sí mismo; porque, además de todo cuanto se ha dicho, eran tan fuertemente encendidas, que arrastraban consigo grandísimas llamas, inmensa humareda y cenizas, cuando corrían por la superficie de la montaña; y, cuando se alzaban en el aire, formaban grandísimos torrentes de fuego, de humo y de cenizas. De día se veían todas estas cosas; y de noche, sólo fuego y llama; y, creciendo aquello con la variable for-

ma de aquel monte, maravilla mayor de cuantas se han visto en nuestros tiempos, se podía llamar el monte nuevo y prodigioso Proteo.

Sin embargo, cuanto hasta aquí se ha dicho no es nada, en comparación de lo que después ocurrió. Creo, en efecto, que el ingenio más despierto ¹ no sería capaz de representar tanto horror, miedo y calamidad; y la dicción bien compuesta del mejor retórico no podría expresar, sin las acciones del cuerpo y de la voz y los cambios del rostro, lo que fue esta montaña recién nacida; porque no sería otra cosa, sino querer describir una breve y repentina movilización de todas las cosas que Dios creó en el caos. Estas cosas cogían cada una el lugar que le era destinado por tan alta sabiduría, a modo de guerra de apetitos naturales, según la describe Ovidio en sus *Metamorfosis*. Decirlo, sería dar a entender la disolución de los mixtos ² que, como final y extremo de todo el curso de la naturaleza, ocurrirá de igual modo cuando llegue la muerte del mundo.

En efecto, ¿qué mayor horror y maravilla, que la tierra que tiembla y se sacude, aullando como un animal acongojado, de modo que no podía uno estar en pie, ni soportar en los oídos el horroroso bramido y estrépito? Además, al caminar sobre la tierra más segura, los hombres se hundían

¹ *Más despierto*, en el original *svegliatissimo*. Según acertadamente interpretó Bourdon, es provincialismo, por *svegliatissimo*, «muy despierto». Wölfel tradujo erróneamente *der verschossenste Geist* «el espíritu más limitado».

² Extraña la traducción de Wölfel, que también subraya Bourdon, 124, y en donde *mixto* viene confundido con *místico*. El mismo error se repite más adelante, pág. 234, línea 20, donde *mesto*, «triste» se traduce igualmente por *místico*.

igual como si estuvieran en el agua; y muchos de ellos se hubiesen hundido completamente, de no haber logrado detenerse con apartar los brazos del cuerpo. El cielo, en todo el horizonte que se podía abarcar con la vista, estaba cubierto con una niebla muy oscura, que salía de la vorágine de este Encélades; y esta niebla no sólo que, con su grosor y espesor, quitaba de tal modo la luz a la tierra, que a mediodía parecía ser noche oscura, sino que también hacía llover de sí tan negras cenizas y granizo y piedras menudas, que cubrían todo el mar y la tierra, al igual que las dos islas de La Gomera y del Hierro, hasta donde abarcaba el horizonte. Por cuya causa los animales se veían privados del pasto por las cenizas, de modo que, al ir paciendo, perdían la vida; y lo mismo ocurría con los pájaros, que, en su vuelo, estaban infectados por el humo venenoso, y golpeados por las piedras, de modo que caían muertos en la tierra. Y de igual modo los hombres, cuando pasaban cerca de alguna grieta venenosa, quedaban también sin respiración, y caían junto con los animales, sin respirar, al suelo, presentando así un triste y lúgubre espectáculo que parecía el final del Diluvio.

Mientras tanto, este tremendo y horrible Teguseo, en medio del mortal rigor de todas las cosas referidas, ardía cada día más fuertemente, con llamas resplandecientes y con varios colores de humo. Éste se ponía ora negro, ora blanco, amarillo, azul celeste. o rojo,¹ variando tan

¹ *Encarnado* en el original *rosso*; pero el autor había escrito primero *crocco*, o sea *croco*, «azafrán, amarillo», que corrigió después por encima de la palabra primitiva, transformando la doble *cc* en *ss*. Como la *c* inicial fue borrada mal, Wölfel leyó *croffo*, que no tiene sentido. Bourdon leyó bien *rosso*, pero le pareció que debajo había primitivamente *ceruleo*.

hermosamente con las horas del día, que parecía a algunos como si todos los planetas hubiesen demostrado allí la presidencia de sus virtudes e influencias. Y más claramente que todos lo mostraba la luna, con cuya ascensión y con la del mar aumentaban al mismo tiempo todas estas cosas que aquí se refieren, y con su declinación disminuían, de modo que parecía que esta montaña conservaba en todos sus efectos una admirable conformidad con dichos movimientos.

Todas estas cosas, que elevaban el espíritu a la consideración de las causas que allí operaban, hicieron que dicha montaña se elevase casi a la altura de las más altas cumbres, y duró casi hasta fines de junio. Entonces, de repente, después de puesto el sol, empezaron a hacerse más fuertes los truenos y los ruidos, con mayores terremotos, de modo que nadie podía permanecer debajo de algún techo, y casi no se podía estar en pie. Era tanta la preocupación y el temor de lo que ocurría, que todos los navíos que entonces estaban en el puerto de la ciudad, pasaron a las islas cercanas, con la gente que huía de miedo. De repente prorrumpió dicho monte con tanta fuerza, vomitando tales truenos, relámpagos y estruendos inauditos, que a todos parecía que aquél era el fin del mundo. La noche estaba alumbrada por tan altas llamas, que se alzaban hasta el cielo a cuál más, que parecía que todo el aire y el mar estaban encendidos; y todo ello, junto con el inmenso ruido, produjo sumo espanto hasta en las demás islas.

La boca que abrió la montaña durante este agrietamiento echó fuera un torrente ancho y largo de grandísimas piedras. Parte de éstas, saliendo enteras de la profunda vorágine, rodaban; y otra parte, hecha líquida por la fuerza del fuego, se deslizaba con lento y terrible movimiento sobre la superficie de la tierra, llenando los valles, igualando

los montes, cambiando los lugares por donde pasaba, hasta que llegó al mar. Al adentrarse en el mar por una distancia de cien pasos, la contrariedad del frío de las aguas fue causa que empezó un espantoso hervir, que aumentó de tal modo los ruidos, por debajo del mar, que él también, contrariamente a su natural inestabilidad, interrumpió el vaivén de sus olas, y temblaba y se sacudía como si fuese tierra. A ello se añadía la montaña, con otras grietas y otras expulsiones de fuego hasta el mar; de modo que por momentos aumentaba y se reforzaba la guerra del fuego, del agua, del aire y de la tierra, en tal manera, que parecía como si fuese la verdadera pugna del frío con el calor y de lo húmedo con lo seco.¹

Después de largo rato, al volver las miradas hacia la tierra, se vio cómo las cosas cambiaban otra vez las formas ya cambiadas. Las altas cumbres se hendían y se hundían en la profundidad de aquel abismo que había originado la materia expulsada, y los lugares bajos quedaban altos. Los árboles más alejados estaban en parte sumergidos entre las piedras y las cenizas que llovían, y quedaban hechos pedazos por las grandísimas piedras que les caían encima; y era tan grande la cantidad de las piedras que salían fuera de la boca, que antes que volviesen abajo, con ser algunas de ellas tan grandes como cuatro bueyes juntos, parecían en lo alto muchedumbre de pajaritos. Con este romper y echar, cuando era mayor el temor de todos, empezó a apaciguarse un poco el volcán; con cuyo motivo algunos hombres curiosos salieron al mar con botes pequeños, para mirar la guerra

¹ Al final de esta frase sigue en el manuscrito un largo espacio blanco, probablemente resultado de algún fragmento de frase borrado.

que todavía aumentaba entre el agua y el fuego. Estos hombres por poco se quedaron ahogados, porque hasta diez millas el agua era tan caliente, que no sólo derretía la pez de los botes, sino que los peces de toda aquella región cubrían las olas, cocidos por el gran calor de las mismas, que era tanto, que la mano apenas lo podía aguantar.

En fin, cesaron por completo los terremotos, las tempestades, los ruidos, las cenizas y los grandes humos. El correr de los torrentes y las expulsiones continuaron por algunos días, y después quedó todo tan frío, que se podía pasar por encima. Dos de estos torrentes se fueron a reunir en el mar, y formaron un puerto bastante grande, pero sin ninguna entrada; y al interior de este puerto, las aguas perdieron después su sal y su reflujo, y desde entonces crían peces de agua dulce y cañas como de pantano.

Con esta tranquilidad se creía que había ya pasado el prodigio anunciado por el maravilloso eclipse de sol del mismo año; pero las exhalaciones calientes de la montaña aumentaron con la fuerza de su naturaleza y se hicieron más espesas en la región mediana del aire; después empezaron, a media noche, a espantar a aquella gente, más que antes con los incendios. Tomaban tan extrañas formas y movimientos que, además del intenso resplandor, que era causa que la noche competía con el día, parecía que había en el aire escuadrones que peleaban los unos contra los otros, en figuras repugnantes, a manera de fantasmas, serpientes, vígas, lanzas, cabras que saltaban; y todas las especies de fuegos espantosos y prodigiosos que se pueden producir en el orbe del aire, parecían que se habían reunido allí, para amenazar esta isla; además de una infinidad de otras cosas que, por más que curiosas, dejamos de decir. Las cuales cosas las vi yo mismo y, para verlas, me metí en empresas peli-

grosísimas, en las cuales por tres veces estuve a punto de padecer la misma muerte del imprudente Plinio.

Todo esto, que ocurrió en tierra, decimos que fue efecto producido por la naturaleza en materias combustibles. Lo mismo se ve en la parte oeste-noroeste de la isla, que parece haber sido llena de esta materia, por espacio de casi cinco millas, lo cual se ve por algunos montes que hay allí, cóncavos en su cumbre, como llenos de vorágines; y de allí se extienden ciertas líneas equidistantes, de media milla de ancho y ocho millas, poco más o menos, de largo, hasta llegar casi al mar. Estas bandas, apenas más altas que las partes sólidas, fueron echadas por el fuego fuera del vientre de aquellas montañas, y siguieron las partes más bajas y más pendientes, corriendo por ellas hasta la playa.

Por lo que hemos aprendido de los filósofos, sabemos que tal cosa ocurrió en varios tiempos, tanto por influencias celestes como por efecto de la agitación de los vientos subterráneos, los cuales, al pasar por tortuosos conductos, pueden y suelen encender tales materias que encuentran dispuestas. Lo que también se confirma por los grandes y continuos terremotos, que habían precedido durante la primavera anterior, hasta que la tierra fue vencida en su punto más débil, o bien en el punto donde el volcán podía hacer mayor esfuerzo y empujar hacia fuera; así como por los muchos lugares cavernosos que se hallan allí, por uno de los cuales, hasta una distancia de nueve millas, se oía el rumor del fuego bajo tierra y el estrépito de las piedras.

De estos incendios terrestres leemos cosas maravillosas en los escritores antiguos, quienes consideran hasta la caída de Faetón como un incendio natural, que después fue encubierto por la antigüedad con un velo fabuloso. En Orosio, Plinio, Virgilio, Tucídides, Mario, Trogio y Claudiano lee-

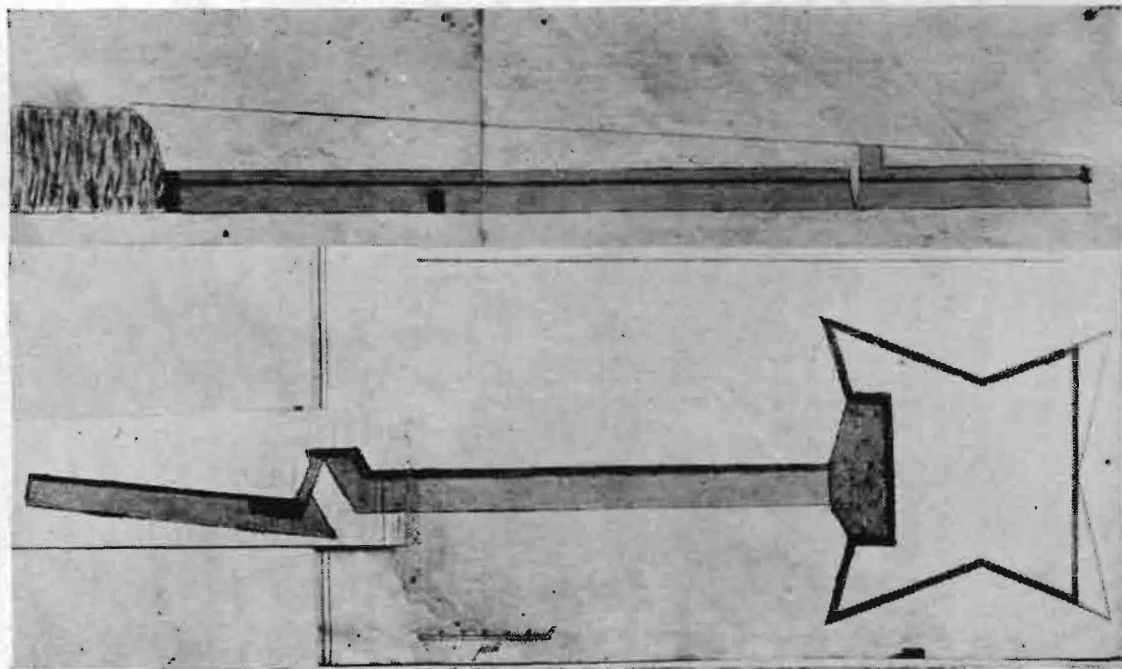
mos las maravillas que todo el mundo conoce sobre el Etna, que también se llama Mongibel, cosas que parecen que se sobrepasan la una a la otra. También se hallan en Plinio y en Tacito relaciones sobre el Vesubio, que dicen también monte de Somma, y en Mariano Víctor sobre el Olimpo, que, después de salir el sol, arde continuamente durante cinco horas. Plinio, en el capítulo 106 del segundo libro, habla del monte Quimera en Fasela, de los montes Hefestios en Licia, y de Cofanto, en el país de los bactrios. Dice que un llano de Babilonia ardió en una superficie de una aranzada, como también ardieron los campos de los etíopes, cerca del monte Hesperio. Comparando todas estas cosas con el tema presente, diremos que todas preceden de una misma causa, y que también los efectos se parecen entre sí.

A algunos parece difícil de creer que pueda levantarse una montaña encima de un campo; y, por otra parte, sabemos que el Etna, el Vesubio y otros montes de que se habla, estaban allí antes de sus erupciones. Sin embargo, pensamos que, si aquellos fuegos se hubiesen encendido debajo de alguna llanura, también se verían allí montes, como éste de que se trata aquí, pero que, dada la grandeza de esos montes, la materia echada por el fuego los cubre de modo igual, y no puede formar un monte de tanta altura. Sólo puede aumentar esta altura, sobre todo ensanchando sus bases, que están más expuestas a recibir las piedras y la tierra que caen de lo alto hacia el centro; de modo que se puede decir que, aunque crezca un monte sobre el otro, siempre formarán una misma superficie con el que estaba allí desde antes. Por consiguiente, no sostenemos que sólo en esta isla haya nacido un monte, causado por los incendios subterráneos, sino que puede nacer en cualquier parte, donde se produzcan similares efectos en el interior de la

tierra. En otros términos, si las materias combustibles se hallan en la superficie, arderán allí, como se acaba de decir con motivo del llano de Babilonia y de los campos etíopes. Pero si los fuegos salen de la profundidad, no sólo serán aptos para producir montes, sino que pueden mandar fuera islas que salgan del mar, como se sabe de los volcanes de Sicilia, y de otras islas infinitas de que habla Plinio, en el capítulo 87 de su segundo libro.¹

La materia que ardía en esta montaña era de medio minerales imperfectos, es decir de azufre y salitre, con un poco de antimonio, según se halla escrito en los libros sobre minerales. Como estas piedras vienen acompañadas por otra materia, que no participa de su calidad, no se puede reducir a pómez, sino que, una vez consumido el azufre y el salitre por las llamas, la piedra quedaba un poco más liviana, negra o brillante, de color de antimonio. Mientras no se haya quemado, es de color de plomo, pesa bastante, y tiene estrías blancas y moradas; y las últimas que se ven por aquí contienen más azufre que cualquier otro medio mineral. Otras vienen manchadas con oro, con plata, con hierro y con otros metales, por la débil generación del azufre, su padre; éste, como también el mercurio, debilitados por la exhausta virtud, en razón de la proximidad del mar, no pueden llegar completamente a la perfección del metal. Todas estas cosas, que dijimos sobre tan extraño incendio, no son nada en comparación de lo que se podría decir, mil veces más, y siempre respetando la verdad; porque fue tan horroroso y digno de admiración que, si apenas creíamos a nuestros ojos, a la inteligencia parecía imposible.

¹ PLINIO, *Historia naturalis* II, 87: *Quae et quibus temporibus enatae sunt (insulae).*



Proyecto de fortificación para el barrio del Cabo

También hemos observado que todas estas islas tuvieron infinito número de volcanes, con excepción de La Gomera, como en su lugar se dijo. Los que se levantaron en la proximidad de las altas montañas, reventaron por su parte más débil, es decir, hacia el campo; y los que se elevaron en la llanura, sin más montaña pegada a ellos, como todos los de Lanzarote, tienen su boca abierta hacia el norte. La causa de esto se dirá en el tratado sobre los volcanes que, Dios mediante, daremos a la luz. Por todo esto, quedaron en estas islas tantas concavidades debajo de la tierra, y tan grandes, que hicieron que en muchos lugares vino a faltar la humedad. Ésta cargó el terreno en tiempos pasados, de modo que le conservó más fácilmente su fertilidad y riqueza; pero por lo mismo están ahora tan decaídas, que bien se puede decir con el Tasso:¹

*Es cierto que son feraces y hermosas y alegres,
pero también se mezcla con la verdad mucha mentira.*

¹ Las palabras que corresponden a: *se puede decir con el Tasso* fueron añadidas por el autor, a cambio de un fragmento de frase borrado, que significaba: *se puede decir lo que dijo el Tasso, o imitación de Andrea Grimaldi*, y que no parece tener mucho sentido. Los versos que se citan son de Tasso, *La Gerusalemme liberata*, XV, 37:

Ben son elle feconde e vaghe e liete,
ma pur molto di falso al ver s'aggiunge.

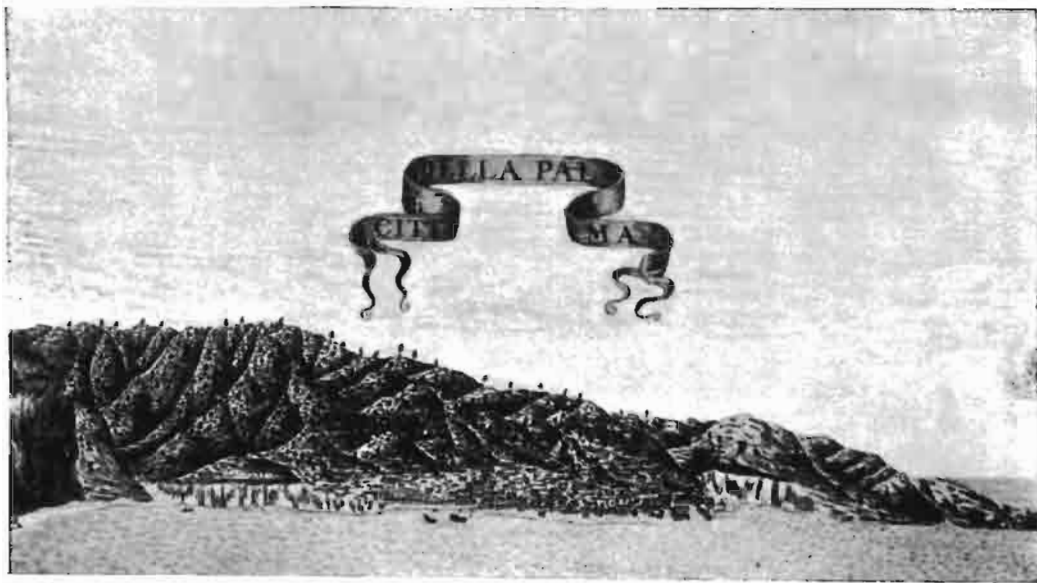
CAPITULO LXX

De la ciudad de Santa Cruz de La Palma

ESTA ciudad está situada en la orilla del mar, en monte y en llano, al sureste, es decir, frente a la isla de Tenerife, por la comodidad de la navegación y del golfo que forma allí la tierra, de modo que, como en un puerto, proteje los navíos contra los vientos del norte. Tiene 800 fuegos, y su largo es de 700 pasos andantes. Se puede decir que tiene sólo una calle, pues todas las demás son cortas y montuosas, como se puede ver por el dibujo de su plano. Las casas son blancas, fabricadas a la manera portuguesa, estrechas por dentro, y en general sin pozos ni patios; sin embargo, son más altas y más alegres que las de las demás islas.

Esta ciudad está poblada por portugueses, castellanos, flamencos, franceses y algunos genoveses. Es gente vanidosa, ostentosa, soberbia, imprudente, inconstante e infiel en sus amistades. Las mujeres tienen aquí más imperio sobre los hombres, y exceden a las de otras islas, en amores, en requiebros, cantos, músicas, bailes, en conversaciones libres y en esplendor. Merecidamente se pueden aplicar a esta ciudad los epítetos que convienen a Génova, por lo menos en lo del mar, de los hombres y de las mujeres, porque en las montañas tiene bastante más arbolado.

La ciudad no es rica, aunque tenga bastante comercio, porque aquí se embarcan cada año, para transportar a en-



Vista de la ciudad de Santa Cruz de La Palma

trambas Indias, casi 4000 pipas de vino. Tiene muy gran falta de justicia, porque, como está sometida al gobernador de Tenerife, tiene por jueces que residen en ella a algunos jóvenes escolares de pocas letras y de menos prudencia, los cuales gobiernan a su antojo, atendiendo antes a sus intereses y a sus amoríos, que al beneficio de la república.

CAPITULO LXXI

De la defensa y fortificación de la ciudad de La Palma

LA defensa de esta isla de La Palma sólo se considera desde el punto de vista de la ciudad, porque en todo su circuito está rodeada de altísimos y asperísimos pasos, que la hacen tan fuerte, que los puertos, caletas y desembarcos más vulnerables o bien se pueden asegurar con poca defensa, o resulta imposible al enemigo, si desembarca, pasar por la isla para hacer daño a la ciudad. Por estas dos razones, y por ser la isla tan irregular, montuosa, atravesada por barrancos y dominada por mil cumbres que ocupan su centro, sólo tiene esta isla, en la costa, tres pequeños castillos que guardan la marina. El uno está en la parte que mira hacia El Hierro. Tiene forma de torre hexagonal, con plaza alta descubierta, capaz para tres piezas de artillería que defienden el puerto. El segundo, entre éste y el puerto, llamado de Santa Catalina, con quince piezas, entre cañones y culebrinas, alcanza por un lado hasta el muelle y por el otro lado poco más allá del tercer castillo. Este último es el más pequeño, situado algo fuera de la ciudad, más allá del barranco, posee dos sacres, con cuyo tiro domina apenas el último desembarcadero, que se halla por aquella parte.

Frente a la ciudad se extienden dos largas playas, a manera de brazos encorvados. Estas playas vienen a ser accidentalmente fuertes, cuando se hallan protegidas contra las

embestidas de las olas; y, con estar lejos de los castillos, son favorables al enemigo, según se ha podido experimentar con los franceses, año de 1553, cuando desembarcaron en un extremo de la que mira hacia el norte, y en 1583, con los ingleses, quienes sólo se aprovecharon de la otra playa, de Bajamar, es decir, de la que mira hacia El Hierro.

Por esta razón, aprovechando los escarmientos que vinieron de los enemigos, ambas playas necesitan defensa, para que, siendo fortificadas y provistas con armas, puedan mantener a distancia al enemigo y rechazarlo. En efecto, no cabe duda que, si el enemigo se propone desembarcar en cualquier parte que sea, debe procurar dos cosas: la primera es evitar los obstáculos que pueden impedir o provocar mayor daño a sus proyectos; y tanto más en el mar, donde no hay posibilidad ni de defenderse, ni de retirarse, si los navíos están alcanzados; la segunda, es escoger el sitio en que con mayor facilidad se puede conseguir lo que se pretende. Por cuya razón, y por todo cuanto más arriba se dijo, sobre la mucha distancia en que están las dos playas mencionadas de los castillos de la ciudad, y sobre el no hallarse siempre inutilizadas por las olas, se demuestra que no hay lugar más seguro ni más cómodo que estas playas, para desembarcar.

En todos los lugares y sitios así faltos de los beneficios naturales, la defensa se considera en dos maneras: en sí, es decir, en el propio lugar ayudado por el arte, para que el soldado, detrás de alguna protección, pueda más seguramente atacar desde lejos; fuera de sí, es decir, defendido por otro sitio fuerte o por arte o por naturaleza, o por el arte y la naturaleza juntos. Éste último, como centro que dista igualmente de la circunferencia de muchas defensas, y como unidad indivisible para el enemigo, es con mucho el

más adecuado. Si el sitio es fuerte solamente por arte, ésta procede por términos casi infinitos, y puede fácilmente ser superada por el contrario, poniendo en acción al mismo tiempo muchos efectos de defensa, dependientes de una sola causa. Por consiguiente, es cosa evidente que el sitio que defiende muchas partes debe ser fortísimo en sí, no sólo por efecto del arte, imitador de las cosas más poderosa que él, sino por la naturaleza, verdadera y perfecta maestra. Y, si ocurre que tal lugar no se pueda obtener tan fuerte de la naturaleza, entonces debe también intervenir el arte, que en medio de tales cosas puede conseguir algo casi perfecto.

Entre la ciudad y la playa de Bajamar se halla, encima del puerto, una meseta eminente y espaciosa, llamada de La Caldereta. Es verdad que este sitio está pegado, por la parte del interior, a una media corona de altas montañas; pero la cumbre de éstas es tan alta y delgada que, además de no poder colocarse allí artillería para ofender a los de abajo, las piezas que allí se colocarían no podrían adaptarse a tanta declinación debajo del horizonte, ni sería de temer su tiro, porque la distancia de la cumbre a este sitio es de 800 pasos geométricos. De este modo, la cumbre más bien sirve de protección muy segura. Así, este sitio de La Caldereta, fuerte por naturaleza, según cuanto más arriba acabamos de indicar, sirve al mismo tiempo para tres objetos, porque domina todo el espacio del mar donde puedan anclar los navíos, alcanza la ciudad y sus calles principales hasta el castillo de Santa Catalina, y la playa de Bajamar, que toma su principio a la base de este mismo sitio. Por todas estas razones se le debe atribuir mucha importancia, y fortificarlo en la forma que se ha visto en el plano. También podría servir de retirada para la gente inútil, caso de ocurrir que el enemigo sea tan poderoso que pueda, después de haber

desembarcado en cualquier parte de la isla, llegar a espaldas de la ciudad por otras partes. Ello sería de grandísimo provecho y seguridad, porque esta gente, que a cada rebato huye con miedo a las montañas, para emboscarse, como unos animales, pueden ser muy útiles al enemigo, para obtener con ellos lo que desease.

La otra playa, en el extremo que se llama Barrio del Cabo, por no hallarse completamente fuerte por su naturaleza, también se puede fortificar fácilmente, conforme se ve en su dibujo, que sigue; y también se podrían mejorar las trincheras que ya tiene, y los bastiones que están sobre la marina, levantando sus parapetos y terraplenando o bajando las torres, en consideración de la artillería enemiga, de modo que quede la ciudad fortificada hacia el mar, y protegida por La Caldereta.

Esta fortificación y defensa supone que el enemigo venga con armada poderosa, determinado a desembarcar; porque, si imaginamos que se trata solamente de defenderse contra piratas que andan robando, seguramente, sin ponerse en algún riesgo de consideración, no tendríamos que fortificar con tanto cuidado. En tal caso, teniendo en cuenta el número de los defensores de esta isla, bastaría que en las dichas dos playas se hiciesen algunas trincheras, detrás de las cuales esperasen a que el enemigo desembarcase, para poder después salir fuera en un instante y pelear con el enemigo en la misma orilla; sin tener que exponerse, todos en fila a lo largo de la costa, y sin ninguna protección, al tiro de los enemigos, como lo hacen en todas sus defensas, fundándose en la experiencia de los gomeros, que unas pocas veces mataron a unos cuantos franceses que habían desembarcado sin orden e imprudentemente. El cual, aunque pueda ser que dé resultado, no por ello debe aprobarse

razonablemente; prueba de ello son los lanzaroteños, quienes tantas veces trataron de hacer lo mismo con sus enemigos, y tuvieron lo peor.

En efecto, nadie que tenga espíritu sano se expondría (digo en circunstancias como ésta) desde lejos al tiro de los arcabuces, haciendo blanco con su propio cuerpo; y mucho menos, cuando el enemigo está en mar, de modo que no se le puede dar asalto. Esta clase de defensa parece irracional y fuera de cualquier instinto natural. Sobre esto, además de cuanto se ha dicho y de muchas más razones que se podrían aducir, sólo se indicarán aquí tres argumentos por los cuales no se deben sacar los hombres fuera de sus alojamientos o de las trincheras, como es costumbre de todos los buenos capitanes en tales ocasiones. El primer argumento es que quien espera al enemigo defendiéndose, ofende; y, si se halla superior en fuerzas, no debe estimarlo. La segunda, si es inferior al enemigo, con mostrarle la propia debilidad se le invita, se le anima, y se le asegura con respecto a algunas dudas que quizá había concebido. La tercera es que, en el supuesto de que las fuerzas fuesen iguales, con no ser vistas, en las cosas dudosas se consiguen mejor las cosas con los engaños. Por lo tanto, si debemos dar crédito a la razón, se debe abandonar tan bárbara defensa, cuando no se tienen ni siquiera lanzas para rechazar al enemigo después de desembarcado, ni clase ninguna de disciplina, en tales ocasiones. E incluso si estos isleños tuviesen mejor orden, tampoco sería razonable que saliesen de sus plazas, en lugar de esperar que se les asalte, puesto que la defensa es el principal cometido de quien espera.

Prospettiva dell'Isola della Palma



Perspectiva de la isla de La Palma

APÉNDICE

De la isla Antilia o de San Borondón

Descripción del mar Atlántico

La isla de Puerto Santo

La isla de Madera

Las Salvajes

La costa de Berbería

CAPITULO I

De la isla Antilia o de San Borondón, que no se halla

NADIE duda que por este gran mar Océano se hallan todavía más islas desconocidas, que hasta ahora no se han encontrado, por no hallarse recorrido por todas sus partes. En efecto, la navegación que de España, de Francia y de Inglaterra se hace a las Indias, sólo pasa por algunas partes determinadas; de modo que no se pueden descubrir todas las islas y tierras que se ocultan en la soledad de las partes más secretas y menos hospitalarias de este vastísimo mar; islas que fueron ya anunciadas por el famoso Séneca en su tragedia de Medea.¹

² Se trata de los célebres versos de SENECA, *Medea*, que, según parece, tuvieron una influencia decisiva sobre Cristóbal Colón:

Venient annis
saecula seris, quibus Oceanus
vincula rerum laxet, et ingens
pateat tellus, Tiphis qui novos
detegat orbes, nec sit terris
ultima Thule.

Reproducimos la propia traducción del Almirante, tal como consta en su *Libro de las Profecias*: «Vernán los tardos años del mundo, ciertos tiempos en los cuales el mar Oceano afloxará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra, y un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón, que obo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo, y entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras» (Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 2497, fol. 55 vº).

Sin embargo, algunos afirman que esta isla,¹ fue hallada por los romanos, cuando, empujados por la casualidad, o quizá movidos por una ciencia certera, atravesaron tan dudoso elemento hasta descubrir las primeras islas del nuevo mundo y la de Santo Domingo. En esta última se han hallado monedas de Roma con la efigie de aquel grande César que, abrazando todo el mundo con la voluntad y con la ciencia, quiso su grandísima y felicísima suerte que llegase su reverencia hasta los antípodas. Antes de César, la gloria del descubrimiento de esta isla Antilia se atribuye a los cartagineses, según lo que nos dejó escrito Aristóteles. Sin embargo, los modernos la atribuyen a los portugueses, y a los piratas ingleses y franceses, los cuales, empujados por recios temporales, llegaron muchas veces hasta ella.

Según las más seguras observaciones, esta isla tiene 264 millas de largo y 93 de ancho. Se extiende de sur a norte, y termina casi en 34 grados de latitud hacia norte, y en 29 con 17 en su parte austral. Su longitud, desde el meridiano de La Palma a Occidente, es de 3 grados y 43 minutos, lo que hace una distancia desde La Palma de 70 leguas españolas, que son 240 millas italianas.

Afirman algunos autores que Tolomeo hizo mención de esta isla, porque Aprositus, que él nombra como a una de las Afortunadas, quiere decir «lugar a que no se puede llegar» (otros interpretan: «lugar que no se muestra»). La razón de ello dicen los piratas que es que las aguas corren allí con tanta furia que, si el navío que entre en la corriente

¹ Sobre la isla de San Borondón, cf. B. BONNET REVERON, *La isla de San Borondón*, en «Revista de Historia», II (1937), pág. 227-35; y III (1929), pág. 3-11; y E. BENITO RUANO, *La octava isla. San Borondón, en Canarias*, en «Boletín de la Real Sociedad Geográfica», 1950.

no se da cuenta, en poco tiempo se aleja tanto de la tierra, que la pierde de vista. Por cuya causa, muchos han partido de estas islas Canarias para buscarla, y, al verse rechazados y empujados por la corriente de las aguas, no comprendieron qué era y pretendieron que aquella isla era encantada y que no se podía hallar.

Escribe Pedro de Medina, sevillano, en el libro de las *Cosas maravillosas de España*, con la autoridad de un antiguo Tolomeo dedicado a un papa llamado Urbano, que en el tiempo en que los moros pasaron el estrecho de Gibraltar y empezaron a apoderarse de España, muchos españoles huyeron del furor de aquellos bárbaros y se recogieron a esta isla, donde fabricaron siete ciudades. La principal de ellas tiene un arzobispo, y cada una de las otras seis, un obispo; por lo cual la llamaron los franceses isla de las Siete Ciudades. Gerardo Piamontés¹ la coloca, con evidente error, a 1500 millas de distancia de La Palma, en 29 grados y medio de altura del polo, en su Geografía del mundo. También refiere el mencionado Medina que la gente vive en aquella isla cristianamente, y tienen abundancia de todas las riquezas del mundo. Y, por creerse que estas cosas son dichas por San Isidoro, me decidí poner aquí abajo las mismas palabras latinas, así como están escritas en Tolomeo:

«Ista isla Antilia aliquando a Lusitanis est inventa; sed modo quando queritur non invenitur. Inventae sunt in illa gentes, quae Hispanica lingua loquuntur; quae tempore regis Roderici, qui ultimus Hispaniarum tempore Gothorum rexit, ad hanc insulam a facie barbarorum qui tunc Hispa-

¹ Gerardo Piamontés es sin duda el compatriota de Torriani, Gerardo de Cremona el Joven, más conocido con el nombre de Gerardo de Sabbionetta, traductor de Avicena y de Pedro Apiano.

niam invaserunt fugisse creduntur. Habent hic unum archiepiscopum cum sex aliis episcopis, et quilibet illorum suam habet propriam civitatem; quare a multis insulam Septem Civitatum dicitur. Hic populus christianissime vivit; omnibus divitiis saeculus huius plenus».¹

Año de 1525 vieron esta isla unos marineros portugueses, viniendo de Lisboa a La Palma. Desembarcaron en ella, para adobar su navío, que hacía demasiada agua; y refirieron cómo estaba atravesada por un río, y llena de árboles muy grandes y muy espesos; y la situaban en 220 millas de distancia de La Palma, en la cuarta entre oeste y oeste noroeste. Con esta noticia, Hernando Troya y Hernando Álvares, palmeros, reunieron alguna gente y navíos para ir a hallarla; y después de haber navegado por algunos días, sin llegar a verla, volvieron a sus casas.

Año de 1554, según me refirió Pedro de Medina,² sacris-

¹ «Esta isla de Antilia fue descubierta hace mucho tiempo, por los portugueses; pero ahora, cuando se la busca, no se halla. En ella se han visto gentes que hablaban español; dicese que huyeron a esta isla de los bárbaros que invadían España, en tiempo del rey Rodrigo, que fue el último rey godo de España. Tienen allí un arzobispo con seis obispos, y cada uno de ellos tiene su propia ciudad; por cuya razón muchos la llaman isla de las Siete Ciudades. Este pueblo vive cristianamente; está lleno de todas las riquezas del mundo».

² Pedro de Medina fue cura del Sagrario de la catedral de Las Palmas; y autor, entre otras obras que desconocemos por completo, de una comedia «muy buena», que se le encargó representar para la fiesta del Corpus de 1580, por acuerdo del Cabildo catedral de 25 de enero de 1580. En 1585 actuaba como apoderado de Juan Núñez de la Fuente, gobernador de Tenerife y de La Palma. Los hechos que consta haber referido a Torriani parecen más que dudosos. El homicida Ceballos no nos es conocido; pero bien podría tratarse de una confusión con el Licenciado Ceballos, nombrado oidor de la Real Audiencia de Canaria por Real

tán mayor de la catedral de Canaria, vino a Canaria un hidalgo español llamado Ceballos, quien por un homicidio se había huido a Francia, y andaba navegando junto con otros franceses. Éste afirmaba que había estado varias veces en esta isla, y que la última vez que allí estuvo, hicieron en ella los palos de su navío. Decía que hasta el mar llegaban las espesísimas selvas, llenas de infinidad de pájaros, tan simples, que se dejaban coger con las manos. Decía que se había acercado a una grande y hermosísima playa, y que en ella había visto pisadas de gigantes, gran humareda en la lejanía, y en la orilla del mar pedazos de piñatas y de platos vidriados, parecidos con los nuestros.

Año de 1556, Roque Núñez, portugués, junto con dos hijos suyos y con un cura de La Palma llamado Martín de Araña,¹ salieron de La Palma para descubrir esta isla. Después de haber navegado toda la noche y el día siguiente, la vieron al caer de la noche; y, siguiendo su viaje rumbo a la tierra, surgió debate entre el cura y Roque Núñez, sobre quién de ellos debía desembarcar primero; y, como no se pusieron de acuerdo, volvieron a La Palma, sin conseguir completamente lo que buscaban.

Provisión de 10 de diciembre de 1553 y que llegó a Las Palmas a principios del año siguiente. No sabemos nada sobre los demás pormenores biográficos del Licenciado.

¹ Roque Núñez nos es desconocido, a no ser que se trate del personaje de este nombre y apellido, quien tuvo una hija, Catalina, bautizada en la iglesia de los Remedios de La Laguna, en aquel mismo año de 1556, el 12 de marzo. Martín de Araña pertenece a una familia conocida de La Palma, y posiblemente es padre, o por lo menos familiar de Juan Araña, vecino de Santa Cruz de La Palma, quien falleció en dicha ciudad a 13 de diciembre de 1616, y tuvo por hijo natural a otro Juan de Araña, alcalde de San Andrés en 1625, casado con una hija del regidor Matías González Manosdeoro.

El mismo año, al pasar de La Palma a Tenerife fray Bartolomé Casanova, de la orden de San Francisco, afirma que vio esta isla, con dos montañas muy altas, mientras se hallaba frente a la punta de Teno, a más de 300 millas de distancia: altísimas montañas debe de tener, mucho más que el Pico de Teida, puesto que llegan a verse tan altas en aquella distancia; siendo así que, si bien pensamos, y por más que sean altas, la redondez de las aguas debería cubrirlas. Además de ello, la parte que es más cercana a Tenerife queda ocultada por La Palma, y la otra parte, que se extiende en dirección de la Madera, es tan alejada, que sin duda no es posible verla.

Año de 1560 llegó con tempestad a La Palma un navío francés, cuyos marineros refirieron que habían estado en aquella isla, en donde habían hecho el palo mayor de la nave. Contaban que habían dejado allí una cruz grande, junto con una carta y con algunas monedas de plata. También afirmaban que no está en más distancia de La Palma, que lo que se puede navegar en un día y una noche.

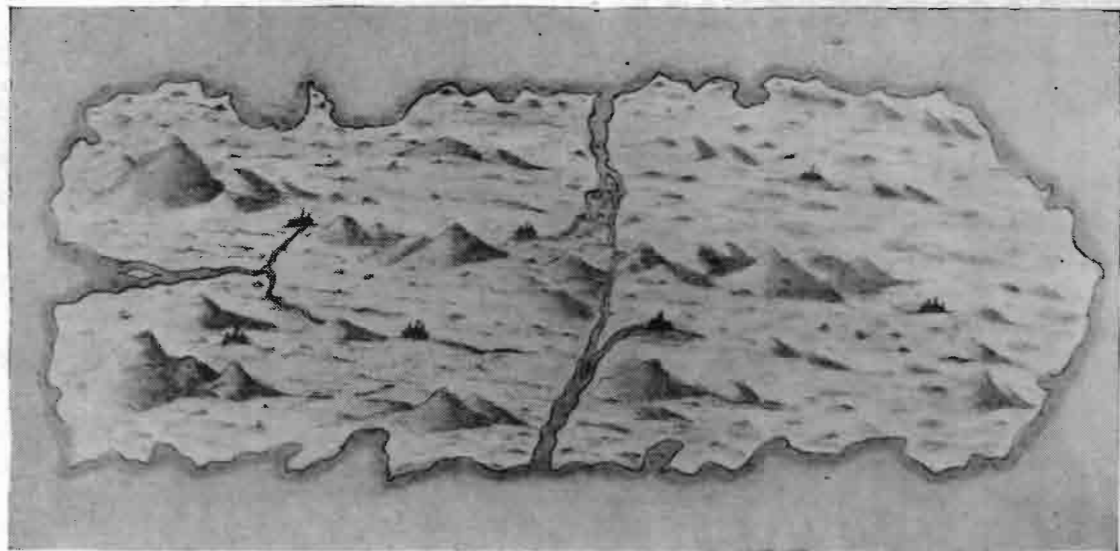
Año de 1569, el doctor Pedro Ortiz,¹ inquisidor de Canaria, hizo información que un tal Marcos Verde, de Tenerife, al volver, junto con muchos otros, de Berbería, donde habían ido con el marqués de Lanzarote para rescatar moros, llegó a una isla diferente de todas las demás que se

¹ Torriani copió mal el nombre. Se trata de Diego Ortiz de Funes, licenciado en Teología, inquisidor de Canaria en 1568-80. De la redacción de Torriani resulta que la información hecha por el Ldo. Funes en Tenerife vertió sobre el viaje de Marcos Verde, pero en ausencia de éste, quien por aquella fecha había fallecido. ABREU GALINDO, III, 25 (pág. 341), copió mal la misma fuente, pues indica que Marcos Verde fue uno de los interrogados.

saben. Allí echaron el ancla en la desembocadura de un río, al anochecer, porque, como no conocían la tierra, no se atrevieron a desembarcar. Pero, durante la noche, el viento que salía de aquel barranco, junto con la corriente del mar, hizo que el navío se alejase tanto de la tierra, que dejaron de verla. Tanto él como sus compañeros pensaron que aquella isla era la Antilia, que vulgarmente en estas islas Canarias se llama San Borondón.

Al año siguiente, el doctor Hernán Pérez de Grado, regente de la Real Audiencia de Canaria, hizo información que ciertos marineros portugueses habían llegado a aquella isla, en la cual vieron bueyes, cabras, ovejas, pisadas de hombres grandes, y en lo lejos grandes humaredas. Tres de ellos desembarcaron, y los otros fueron arrastrados por la grandísima corriente del mar, de modo que, después de haber vuelto varias veces y no hallar ninguna isla, aquellos tres quedaron perdidos. Al saberse esta noticia en La Palma, Hernando de Villalobos¹ con otros se fue a buscarla; y después de haber navegado algunos días sin verla, volvió a casa con las manos vacías. Espero en Dios no suceda lo mismo a un hidalgo amigo mío, que se llama Galderique

¹ La expedición de Hernando de Villalobos no nos es conocida documentalmente. Sin embargo, debían de ser compañeros suyos, el licenciado Melchor de Lugo, médico en La Palma, y Jaques de Monique, quienes fletaban un navío de Miguel Pérez mareante, en La Palma (ante Fernán Pérez) en 18 de mayo de 1570, para con él y con toda la gente de él hacer viaje para la isla de San Borondón; y Lucano de Riberol, hijo del Licenciado Bernardino de Riberol, el conocido autor, quien también quiere ir a «el descubrimiento de la ysla de San Borondón» y, por si «la dicha ysla se descubriese y el dicho Lucano de Riberol fuese a dar dello noticia a Su Majestad», tomaba dinero prestado, para los gastos de su viaje a Sevilla, ante el mismo escribano, en 23 de mayo de 1570.



Mapa de la isla de San Borondón

Pagés,¹ de la isla de Tenerife, quien piensa ir a buscarla, este mismo año en que estamos.

Juan Acles,² inglés, tío del conocido Francisco Drake, estuvo varias veces en Tenerife, y contó a una persona principal que había estado tres veces en esta Antilia. Afirmaba que estaba dividida por un gran río, como Inglaterra, y que estaba llena de selvas muy espesas, y de pájaros y de animales cuadrúpedas, y muy hermosa a la vista. Decía que la corriente del mar es tan fuerte en aquellos parajes, que los marineros que la hallan, si no tienen buena práctica, en pocas horas la pierden de vista. A aquella isla decía él que sólo llegaban los piratas; porque éstos, como no siguen un rumbo determinado, algunas veces, para no arriesgar sus árboles y sus antenas, corren allí donde casualmente los lleva la tempestad, en las partes más aisladas del mar.

¹ Galderique Fonte y Pagés, hijo de Gaspar Fonte de Ferrera, regidor de Tenerife, y de Marina Pagés, nacido en 1561, fue heredero del mayorazgo fundado en 1519 por Miguel Fonte, catalán. Falleció en 1606, en Sevilla. No sabemos nada de sus proyectos de viaje a San Borondón; pero si sabemos que fue marino, y capitán de una nao con que hizo varios viajes de Garachico a Indias, por lo menos desde 1590.

² O mejor John Hawkins, sobre cuyas actividades cf. A. RUMEU DE ARMAS, *Los viajes de John Hawkins a América*, Sevilla 1947.

CAPITULO II

Descripción del mar Atlántico

EL oceano que se extiende entre África y España, más allá de los dos promontorios de Cantín y de San Vicente, hasta el primer meridiano (que se dijo pasaba por estas islas) se llama el Golfo de las Yeguas;¹ este mar es tempestuoso y de difícil navegación, porque en él se encuentran y se reúnen las dos corrientes, la que sale del mar Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, con la que des- de el Septentrión baja hacia sur.

La otra porción de mar, que baña las partes de Berbería, entre el cabo Cantín y el trópico del Cáncer, se llama Atlántico, por los dos famosísimos montes que, frente a estas islas, forman el extremo de toda la tierra de África, por este lado de Poniente. Estas aguas también son tempestuosas, porque al pasar el agua, por su natural movimiento, de

¹ Cf. la explicación que de este nombre da GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, II,9 (edición de J. Amador de los Ríos, vol. I, Madrid 1851, pág. 36): «Aquel espaço e golpho de mar que hay desde Castilla a estas islas, se llama el Golpho de las Yeguas, a causa de las muchas dellas que allí se han echado. Porque, como es tempestuoso mar, en mucha manera más que desde allí adelante hasta las Indias, e de más peligro, acaesció en los principios que esta tierra se poblaba, que, trayendo los ganados e yeguas desde España, todas las mas dellas se quedaron en aquel golpho, por tormentas, o por se morir en el viaje».

Levante a Poniente, y al estrecharse entre las unas y las otras islas, forma grandísimas corrientes. La una, que es famosa, se halla entre Canaria y Tenerife; y la otra, entre Tenerife y La Gomera. Éstas, con su choque, hacen las aguas tan blancas y llenas de espuma, en una distancia de ocho o diez millas, al interior de los dichos canales, que los navegantes, al verlas blanquear desde lejos, tienen todo el tiempo para bajar las velas. Por aquel espacio de mar se navega con muchísimo cuidado, para no hundirse. Lo mismo se hace al pasar cerca del valle del Bufadero, en Tenerife, entre Santa Cruz y la Punta de Anaga; donde la corriente golpea con tanta fuerza, que algunas veces las barcas y los navíos que llevan las velas altas están en peligro de perderse.

Este mar tiene poco fondo, como lo demuestra el bajío que se extiende desde el Roque de Levante hasta tierra firme. Es muy abundoso en varias clases de peces, sobre todo entre Fuerteventura y Berbería, en cuyas partes vienen cada año navíos de España y de Marsella, para pescar. Además de una infinita cantidad de peces grandes y pequeños, también hay grandísimas ballenas, de las cuales procede el ámbar. Porque, como casi todas ellas mueren entre ciertos peñascos de tierra firme, en estas islas sólo se halla el ámbar en las playas de Lanzarote, Fuerteventura y Canaria, en pedazos pequeños, de color negro o pardo. En otros tiempos se hallaban pedazos tan grandes, que uno solo, vendido en España al precio de dos escudos la onza, valió treinta mil escudos; y se comprende que, de haberse vendido al precio de doce escudos la onza, como hoy día se vende comúnmente en estas islas, hubiera valido bastante más. El fondo del mar en algunas partes es arenoso, como entre la ciudad principal de Canaria y su puerto, o entre Lanzarote y la Graciosa. En lo demás, se supone que es limpio, y lleno de

árboles que dan la goma de ámbar, y de otras clases de plantas, que dan las habas marinas; cuyas dos cosas constituyen el alimento de las ballenas.

En la isla de Canaria, en su costa este, ciertos pescadores vieron en años pasados a un hombre marino,¹ debajo del agua, sentado en la entrada de una cueva. Decía que no tenía diferencia con nosotros, más que en los pies y en las manos, que eran como aletas de peces. En Lanzarote, a la parte del Poniente, también se ha visto por tres veces otro hombre marino parecido, saliendo del mar para sentarse al sol encima de una piedra alta. Estaba totalmente cubierto con bellísimas escamas blancas, encarnadas y azules, con los pelos y la barba larga. Las manos y los pies tenían forma de aletas de pez; pero los que lo vieron pensaban que debajo de las aletas tenía manos como las nuestras, y pies, porque sin ellos es de creer que no hubiera podido caminar con tanta agilidad.

Este mar Atlántico, con viento este es hinchado y amarillo; con viento sur es encarnado y plácido; con viento del Poniente es muy tempestuoso; con noreste es rompiente; con norte, áspero y claro; y con noroeste tiene olas muy grandes y negras. Su mayor flujo tiene nueve pies de altura, y el ordinario por lo menos seis.

¹ Los navegantes de aquellos tiempos llamaban hombres marinos a las focas.

CAPÍTULO III

Descripción de la isla de Puerto Santo, por Aldo da Mosto¹

ESTA isla de Puerto Santo es muy pequeña. Tiene unas quince millas de circuito. Hace veintisiete años que ha sido hallada por las carabelas del mencionado señor Infante. Él es quien la mandó poblar con portugueses, porque antes nunca había sido poblada. Es gobernador de la misma un tal Bartolomé Pollastrello, hombre del dicho señor.²

Esta isla produce trigo y avena por su uso. Es abundosa en carne de buey, de puercos salvajes y de infinidad de conejos. También se halla en ella sangre de drago, que nace de algunos árboles; es decir que es una goma que echan aquellos árboles en cierto tiempo del año, y se saca de esta manera: se da un golpe con la hacha al tronco del

¹ En este capítulo, como en el siguiente, el autor reproduce textualmente los párrafos de Alvise Ca da Mosto, sobre Puerto Santo y Madeira, porque según él mismo indica en su dedicatoria, no había visitado estas islas. Después de copiar al autor veneciano, introduce algunas observaciones, que tampoco parecen personales, y que encabeza con su nombre, para distinguirlas del texto de Ca da Mosto. Debe entenderse, por consiguiente, que todo el texto del viajero veneciano refleja el estado de cosas por él conocidos a mediados del siglo XV. *Aldo da Mosto* es error, en lugar de *Alvise da Mosto*.

² Más correctamente Bartolomé Perestrello, cuya hija fue más tarde esposa de Cristóbal Colón.

árbol, y al año siguiente, en cierto tiempo, aquella hendidura echa goma. Ésta se cuece y se purga y se hace sangre. Dicho árbol produce un cierto fruto, que al mes de marzo es maduro y muy bueno de comer; se parece con las cerezas, pero es amarillo. Es de notar que alrededor de esta isla se halla pesca abundante de tiburones y de doradas, viejas y otros peces muy buenos.

Esta isla no tiene puerto; pero tiene buen fondeadero, cubierto contra todos los vientos, menos el levante y el siroco, y el austro y siroco; que con tales vientos, la estancia no sería segura; pero, de todo modo, tiene buen atracadero. Esta isla fue llamada Puerto Santo, porque fue descubierta por los portugueses el día de Todos Santos. El miel que se hace aquí se cree que es el mejor del mundo; pero no se sacan grandes cantidades.

Leonardo Torriani:

Esta pequeña isla fue hallada por los portugueses, año de 1428, el día de Todos los Santos, y por ello fue llamada Puerto Santo. Es redonda, tiene un circuito de 15 millas, y el diámetro más o menos el tercio. Es llana, salvo que encima del puerto tiene un montículo de tan difícil subida, que sirve de retirada para la gente, cuando existe el temor de los enemigos. Este sitio se cierra con una puerta, y es inexpugnable, aunque no tenga más defensa que la natural.

La villa es de 300 fuegos y está situada en la parte alta del puerto. En toda la isla no hay otra poblacion, más que algunas casas de labradores. Tiene muy pocas aguas, y casi saladas. Cuando falta la lluvia, es estéril y de poca producción; porque en nuestros días no se recoge más que trigo, que basta, y uva, que, por ser poca, no se transforma en vino. Dista de la punta de San Lorenzo de la Madera en 42 millas, de África en 330. Está situada en 1 grado 45' de longitud, y 32 grados 45' de latitud.

CAPITULO IV

Descripción de la isla de Madera, por Alvise da Mosto

DESPUÉS, a 28 de marzo, salimos de dicha isla, y aquel mismo día llegamos a Moncrico, que es uno de los puertos de la isla de Madera. Ésta se halla a 40 millas de Puerto Santo, y la una se puede ver desde la otra, si el tiempo es sereno. A esta isla de Madera el dicho Señor la mandó poblar con portugueses, hace unos 24 años, que antes nunca había sido habitada; y nombró por gobernadores de la misma a dos caballeros suyos, de los cuales el uno se llama Tristán Teixeira, que tiene la mitad de la isla, por la parte de Moncrico, y el otro llamado Juan Gonzales Zarco, que tiene la otra mitad, por la parte de Funchal.

Se llama isla de Madera, que quiere decir isla de los leños, porque, cuando por primera vez fue hallada por los hombres de dicho señor, no había un solo palmo de tierra que no fuese cubierto con árboles muy grandes. Los primeros que la habitaron se vieron precisados a pegarle fuego, que duró ardiendo por la isla mucho tiempo; y fue tan grande aquel primer fuego, que me han dicho que el mencionado Juan Gonzales, que se hallaba allí, fue obligado, con todos los demás, con sus mujeres e hijos, huir su furor y refugiarse en las aguas del mar, en donde se quedaron en el agua hasta el cuello, por espacio de dos días y dos noches, sin comer ni beber, que de otro modo hubieran muer-

to. De este modo limpiaron gran parte del bosque, haciendo tierras para labrar.

Esta isla está habitada en cuatro puntos. El primer se llama Moncrico, el segundo Santa Cruz, el tercero Funchal, y el cuarto Cámara de Lobos. Y, aunque haya también otras moradas, éstas son las poblaciones más importantes. En todo puede haber unos ochocientos hombres, de los cuales unos cien de a caballo.

La isla tiene un circuito de 140 millas. No tiene ningún puerto cerrado, pero tiene buenos fondeaderos. Es país feracísimo y abundoso; y, aunque sea montuoso, como Sicilia, sin embargo es muy fértil. En cada un año se recogen treinta mil fanegas venecianas de trigo, poco más o menos. Sus campos solían rendir sesenta por uno; pero al presente se ha reducido a treinta y cuarenta por uno, porque los terrenos se van agotando cada día más. El país es abundoso en aguas de fuentes, que son muy hermosas. Tiene en todo ocho ríos bastante grandes, que atraviesan la dicha isla; y en ellos están edificadas algunas sierras, que continuamente trabajan madera y tablas de toda clase, con que se provee todo Portugal, y también otras partes. De todas estas tablas, dos clases me parecen de mayor interés; la una es de cedro, que tiene mucho perfume y se parece a la de ciprés; se hacen de él tablas muy hermosas, largas y anchas, y cajas y otros trabajos. La otra clase es de tejo, que también son bellísimas, y de color de rosa.

Por hallarse en ella tantas aguas como se ha dicho, el mencionado señor mandó poner en esta isla mucha caña de azúcar, que ha dado gran resultado. El azúcar que se hace es en cantidad de cuatrocientos quintales, entre refinados y remieles; y, por cuanto me parece entender, con el tiempo se hará mayor cantidad, por ser el país muy conveniente

para tal cosa, por el aire caliente y templado, que nunca se experimente frío de consideración, como en Chipre y en Sicilia; y con este azúcar se hacen muchos dulces, blancos, de excelente calidad.

Se producen cera y miel, pero no en mucha cantidad. También se hacen vinos bonísimos, con ser lugar nuevo; y salen en tanta cantidad, que bastan para los de la isla, y también se transportan para fuera. Entre estas vides, el dicho señor mandó poner plantas o injertos de malvasía, que mandó tomar de Candia, y que se da muy bien aquí; y, por ser el país tan fértil y bueno, las parras producen casi tanta uva como hojas; los racimos son muy grandes, de dos o tres palmos de largo; y me atrevo a decir que los hay de cuatro palmos; que es la más bonita cosa del mundo, el verlos. También hay uva negra, de parra, sin pepita, de muy buena calidad. Se hacen en esta isla arcas de tejo hermosísimas y muy buenas, y se envían fuera; y también hermosas cajas para ballestas, y fustes para las mismas.

Se hallan pavos salvajes, entre los cuales hay algunos blancos. No hay perdices ni otro venado, salvo codornices, y abundancia de puercos salvajes en las montañas. Digo que he entendido contar a hombres de esta isla dignos de crédito, que decían que al principio había en ella muchísima cantidad de palomas (que todavía las hay); y que entonces los iban a cazar con un cierto lazo que le ponían con una maceta, que cogía la paloma por el cuello y la tiraba abajo del árbol, y la paloma no tenía miedo; lo cual ocurría, porque la paloma no sabía qué cosa era el hombre, ni solían tenerle miedo. Y bien se puede creer, porque me han dicho que en otra isla nuevamente descubierta usábase de igual modo.

Dicha isla es abundosa en carne. En ella se hallan, en

proporción con el país, muchos hombres ricos; porque allí todo es un jardín, y todo cuanto se recoge es oro. Hay en esta isla conventos de frailes menores de la observancia, que son hombres de vida santa. He oído decir a hombres de crédito y principales, que han visto en esta isla, con la templanza del aire, agraz y uva madura en Semana Santa, o sea, por toda la octava de Pascua de Resurrección.

Leonardo Torriani:

Esta isla pertenece a la corona de Portugal. El infante don Enrique la mandó poblar por portugueses, año de 1428. Antes de aquella época no se sabe haya sido poblada en algún tiempo. Lo que también se verifica por el espesor de las selvas, de que estaba tan llena, que (según Alvise da Mosto lo refiere), se entró en ella a base de incendios, para dar lugar al cultivo de los terrenos. Es áspera y montuosa, más o menos como La Palma; pero tan llena de número infinito de ríos, que con ellos, con la fuerza de la antigua feracidad del suelo y con la industria de los pobladores, ha venido a ser la más hermosa, la más rica y la más poblada de cuantas islas hay en este mar, desde Inglaterra. Produce mucha cantidad de azúcares, los mejores del mundo, y vinos en abundancia, que superan con mucho lo que en su tiempo había visto Alvise da Mosto. También ha aumentado mucho su población, que ahora llega a unos nueve mil hombres de guerra, además de tres compañías de soldados castellanos, que el rey tiene por guardia de las fortalezas y de la ciudad.

El comercio es muy importante, y se hace con navíos que vienen a esta ciudad de Funchal de todas las partes del África cristiana, de Italia, España, Francia, Alemania y Escocia, de modo que se le ha apodado de «pequeña Lisboa».

De todos los ingresos y contribuciones y décimas, tanto de las cosas que entran como de las que salen de la isla, como también de las décimas y primicias de la Iglesia, es dueño el rey, quien después paga al obispo mil quinientos escudos al año, y a los canónigos setenta y cinco, como antes lo hacían los reyes de Portugal. De todos estos ingresos, su Majestad paga la décima parte a los descendientes de los dos hidalgos, Tristán Teixeira y Juan Gonzales Zarco, que fueron los primeros que descubrieron esta isla, conservando el acuerdo que se hizo entre los mismos y el mencionado infante don Enrique. Estos ingresos, en el mejor momento de los años pasados dicen que han llegado a ochenta mil escudos al año, y al presente es por lo menos de sesenta mil. De ahora en adelante se supone que será bastante menos, porque ya esta isla, así como las Canarias, viene a menos. La causa de ello es que, siendo montuosa, con la falta de los bosques que tenía, las aguas llovedizas y la inundación de los ríos llevan la tierra al mar, de modo que quedan al descubierto los huesos de las montañas.

Esta isla tiene 63 millas de largo, 145 de circuito. La altura del polo sobre su capital es de 32 grados y seis minutos. Su mayor día es de 14 horas y diez minutos. La ciudad está situada en 43 minutos de longitud y en 32 grados de latitud, en el extremo del tercer clima, en una llanura alrededor de la bahía que allí forma el mar, entre dos peñascos y la punta de Garajo. Tiene 2500 fuegos, y dos iglesias muy hermosas y devotas, y dos castillos: el uno en su centro, en la costa, que defiende el puerto y las calles, y el otro en un extremo, cerca de la punta mencionada, con bastantes piezas de artillería. Se llamó Funchal de *Funcho*, que es hinojos, de que dice que estaba lleno aquel lugar, antes de edificarse la ciudad.

Machico tuvo su nombre de un hombre de Vizcaya, llamado Machin por haber sido éste el primero que estuvo en aquel lugar, y por cierta historia suya amorosa; es lugar de 200 fuegos. Santa Cruz tiene 300 fuegos. Canizo son dos villas pequeñas, que tienen juntas 200 casas. San Gonzalo, San Roque, Nuestra Señora, San Martín, San Antonio, Campanario, y Nuestra Señora de Gracia, tienen cada uno de 50 a 60 fuegos. Todas las demás poblaciones son más pequeñas. Esta isla cuenta con 18 ríos entre grandes y pequeños.

CAPITULO V

De las Salvajes

SON éstas dos isletas, que se extienden de Levante a Poniente, a una distancia de 7 millas la una de la otra. La que está al Levante tiene un circuito de 10 millas, y la otra casi de 12, pero está ligeramente debajo del agua, encima de la cual sólo se ve una pequeña punta, que tiene un circuito de poco más de una milla. Se llamaron así, Salvajes, por estar lejos de la tierra de África y de las demás islas, en dirección sur y norte, despobladas, y con mucho peligro para la navegación de la parte de poniente.

Tienen infinita cantidad de grandes pájaros marinos, y de conejos. No tienen aguas dulces, salvo que en cierta parte de una de las islas brotan algunas gotas de agua, con las cuales se sustentan algunos pajaritos, llamados canarios, que cantan muy dulcemente. Los isleños de Madera vienen aquí, en ciertos momentos del año, para cogerlos, y los mandan a vender en muchas partes.

Estas islas ¹ están en 80 millas de distancia de Canarias, en 150 de Madera y en 300 de Berbería, y en casi 30 grados de latitud. Vienen observadas por los marineros que navegan de Canaria a España, y de Portugal a Canarias.

¹ *Estas islas*: el autor habla de *esta isla*, en singular.

CAPITULO VI

De la costa de Berbería

LA costa de Berbería que está frente al mar de Canarias, entre los dos montes Atlas, está despoblada. Es tierra baja, arenosa, tétrica, y llena de matorrales que llaman médanos.¹ Tiene pocas aguas, salvo algunas lagunetas y pozos casi salados, en que los árabes dan a beber a su ganado. La mayor parte de los árboles que crecen aquí son tamariscos y anafis, que es una especie de árbol que produce ciertas bayas encarnadas y pequeñas, parecidas a la pimienta, de que comen los moros. Hay cebada, y poco trigo, porque estos bárbaros no tienen afición a la agricultura, sino que se contentan...²

¹ *Pieni di cespugli chiamati medanos*. El autor puede haberse equivocado con respecto a la significación de la palabra española; pero parece cierto que la costa de Berbería, frente a Canarias, se llamaba en aquella época Médanos.

² Aquí termina el manuscrito autógrafo de Torriani.

Voces indígenas

- Acof, 210.
 Acorán, 94, 116.
 achemen, 212.
 Achguayaxerax, 179.
 achicaxana, 178.
 achimençey, 1, 8.
 Achinech, v. Chinechi.
 Achuhuran Achuhacanac, 179.
 Agarfa, 203.
 Agogné i acoran i guatzhagua
 chacognamet, 178.
 aguahæ, 203.
 aguamames, v. guamames.
 ahemen, 203.
 aho, 40.
 aicà, 203.
 aítitú, 203.
 alemalai, 203.
 almogaren, 103, 111.
 altahay, 74.
 altiha, 74.
 amodeghe, 110.
 anepa, v. anzpa.
 anzpa, 178.
 Arabisenen, v. Atabicenen.
 Aranfaibo, 213.
 Argodei, 205.
 Arguaicha fan Ataman, 179.
 Armaxes Guaixiraxi, 179.
 Atabicenen, 97.
 Atacaycate, v. Atazaicate.
 Ataman, 179.
 Atazaicate, 97.
 aten, 203.
 Atguaychefanataman, 179.
 Atmayceguayaxiraxi, 179.
 Azuquahe, 224.
 Begnesmet, 179.
 Benahoare, 221.
 benisahare, 213.
 beñesmer, v. Begnesmet.
 caifagh, v. faicagh.
 cidhiciquitza, 178.
 chaxiraxi, 179.
 Chinechi, 172, 184.
 demacihani, 203.
 efequenes, v. fquenes.
 Eheida, 180.
 Eraoranhán, 204, 213, 214.
 faicagh, 95, 103, 105.
 fe, 172.
 fenere, 203.
 fquenes, 73.
 gama, 110.
 Garoe, 215.
 gayre, 102.
 guaíota, 180.
 guamames, 212.
 guatatiboa, v. guatibao.
 guatibao, 213.
 Guayaxiraxi, 179.

Guayota, v. guaiota.
guere, 203.

Haguanran, 224.
haguayan, v. Haguanran.
haran, 203.
haran, 212.
haruuiti, 203.
Hirguan, 201.
hua, 203.

Iruene, 224.

magodo, 110.
maicá, 203.
Maoh, 27, 83.
maoh, 41.
maragá, 203.
mencey, 177.
Moneiba, 213.
mulan, 212.

neigá, 203.
nuza, 203.

Ochoron Achaman, 179.

Sabor, v. sambor.
sambor, XLI, 110.

tabicena, 97.
tainaste, 201.
tamarco, 107, 201.
tamogonte en Acoran, 95.
tauas, 110.
tausas, 101.
tener, 172.
Tenerife, 172.
tigotan, 224.

vacaguare, 225.

zinu zinuha, 203.
zu, 203.

Índice de nombres propios

- Aberbequeie, 204.
 Abona, T, 177, 183.
 Abreu Galindo (Fray Juan de),
 XXXI-IV, XXXVI, XLII, 4, 5,
 14-6, 20, 23, 28, 29, 32, 33, 40-2,
 45, 63, 66, 67, 72-6, 80-3, 88, 90,
 92, 95-9, 102, 103, 106, 107, 109-
 14, 116-22, 127, 130-34, 136-8,
 143, 169, 172, 176, 179-87, 200,
 201, 210-4, 219-21, 224-6, 255.
 Abstenehita, H, 214.
 Acaimo, 177, 188.
 Acaymo, v. Acaimo.
 Acentejo, T, 184, 186.
 Acles (Juan), v. Hawkins (J.).
 Acof, H, 210.
 Acosta (Álvaro de), XX.
 Adargoma, 98, 132.
 Adeje, T, 177, 183.
 Adexe, v. Adeje.
 Adriático (mar), 56.
 Afortunadas, islas, XXXIX, 3-8,
 10, 12-4, 24, 25, 28, 66, 67, 88,
 141, 171, 180, 209, 221, 251.
 África, 4, 5, 18-21, 24-6, 29, 43,
 44, 67, 78, 88, 128, 144, 147, 258,
 262, 266, 269.
 Agacensie, v. Aguacencia.
 Agona, G, 203, 204.
 Aguabahanhizan, 204.
 Aguaboreque, 204.
 Aguacencia, 225.
 Aguacoromos, 204.
 Agualeche, 204.
 Aguanahuche, 204.
 Aguassona, 177.
 Aguna, v. Agona.
 Albano (cardenal), v. Buenaven-
 tura (S.)
 Alberto Magno, 23, 46, 68, 140.
 Alegranza, 6, 11, 26, 32, 33, 63,
 210.
 Alemania, 142, 222, 266.
 Alfonso, rey de Portugal, 132.
 Alfonso, intérprete, 38.
 Algaba (Pedro del), 133-5.
 Alguabozegue (Fernando), v.
 Aguaboreque.
 Almenara, v. Melenara.
 Alone, isla, 63.

Los números en cursiva indican las notas. Los nombres indígenas se mencionan en la forma que usa Torriani.

Los nombres tópicos de las islas vienen seguidos por la indicación de la isla a que pertenecen (C, Gran Canaria; F, Fuerteventura; G, La Gomera; H, El Hierro; L, Lanzarote; P, La Palma; T, Tenerife).

- Alonso (María Rosa), 229.
 Álvarez (Hernando), 253.
 Álvarez Delgado (Juan), XXXV, 4, 8, 113, 203.
 Amaluige, 205.
 Amagro, 122, 138.
 Amanhuy, 204.
 América, 21, 22, 36, 207, 243, 250, 258.
 Amoco, H, 211.
 Amuhaici, 204.
 Amurat, v. Morat Arraez.
 Anaga, 183, 188, 191, 259.
 Anaxagoras, 104.
 Ancite, 138.
 Ancones (Los), L, 48.
 Andalucía, XXI.
 Andenes (Los), P, 223.
 Anglia, v. Inglaterra.
 Aníán (estrecho de), 228.
 Anno de Viterbo (Giovanni anni), 18.
 Antilia, isla, 250-7.
 Añazo, T, 183.
 Anofo, 212.
 Aparisi y García (José), XVI.
 Apiano (Pedro Bennewitz), 38, 252.
 Apio, H, 210.
 Apropositus, isla, 172, 251.
 Aquilea, 21.
 Arabia, 18, 40, 93.
 Aragón, 30. -Rey de A., v. Pedro IV.
 Aranjuez, XIX.
 Araña (Juan de), 254.
 Araña (Martín de), 254.
 Ararat, monte, 173.
 Argodei, G, 205.
 Argote de Molina (Gorzalo), 48, 148.
 Argual, P, 222.
 Arguín, 6.
 Ariosto (Ludovico), XXXVII, 105, 128, 129, 140, 141.
 Aristóteles, 20-4, 103, 251.
 Arrecife (el), C, 154, 167.
 Arrecife, L, 49, 51, 52, 55, 62.
 Artemis, 123.
 Asia, 18, 147.
 Asteheyta, v. Abstenehita.
 Atabara, 225.
 Atabicenén, 97.
 Atacaycate, v. Atazaicate.
 Atanau, 225, 227.
 Atazaicate, 97.
 Atbitocazpe, 177.
 Atidamana, v. Attidamana.
 Atlántico, océano, 7, 23, 89, 176, 258-60.
 Atlántidas, islas, 5, 88, 89, 90.
 Atlas, monte, 4, 5, 18, 19, 26, 175, 270.
 Atogmaroma, 225.
 Atos, monte, 173.
 Attidamana, 96.
 Augusto Octaviano, 24.
 Auhagal, 204.
 Autolola, 20.
 Avicena, 23, 140, 252.
 Axer, P, 227.
 Azanegh, 177.
 Azuquahe, 224, 225.
 Babelon (Jean), XIV.
 Babilonia, 20, 53, 239, 240.

- Bajamar, P, 246.
 Balbo (Lucio), 64.
 Baleares, islas, 15.
 Barbaro (Daniel), 21.
 Barbaro (Ermolao), 21.
 Barros (Juan de), XXXIV, XXXV.
 Battelli (Guido), XVI, XXI.
 Beatas, islas, 4.
 Becker, XXII.
 Bedestra, 225.
 Bediesta, v. Bedestra.
 Bedis, 18.
 Belin de Padua, 180
 Benchomo, rey de Taoro, 183-6.
 Benítez Padilla (Simón), XXV, XXVII.
 Benito Ruano (E.), 94, 251.
 Bennewitz (Pedro), v. Apiano.
 Bentacaze, 225.
 Bentagai, 98.
 Bentagoihe, 96, 97.
 Bentagor, 98.
 Bentomo, v. Benchomo.
 Berbería, XXI, 43, 186, 255, 258, 259, 269, 270.
 Bergamo, 140.
 Bermúdez (Juan), 133-5.
 Beroso, 18, 19, 101.
 Betancuria, F, 70, 81, 84, 85.
 Béthencourt (Jean de), XXXIV, 15, 30, 32, 33, 37-40, 43, 80, 81, 82, 120, 123, 187, 204, 206, 207, 212, 214, 217-20, 226.
 Béthencourt (Maciot de), XXXIV, 40, 43.
 Betis, v. Guadalquivir.
 Betzenuhya, v. Detzenuhia.
 Betzenuria, v. Detzenuhia.
 Birdi, XII.
 Blanca, isla, 6.
 Blanco, cabo, 6.
 Blandano (San), v. Brandán (S.).
 Bobadilla (Beatriz de), 137.
 Bojador, cabo, 26.
 Bolonia, XV.
 Bonnet (Sergio F.), 207.
 Bonnet Reverón (Buenaventura), 186, 251.
 Bourdon (L.), XII, XIII, XXV, XXVI, XXII, 229, 230, 233, 234.
 Bracamonte (R. de), v. Braquemont.
 Brandán (San), 94, 172, 180.
 Braquemont (Robin de), 30.
 Bristol, 40.
 Buen Paso (Nuestra Señora de), G, 208.
 Buenaventura (San), 82.
 Buenavista, T, 195.
 Bufadero, T, 259.
 Bugio (Sao Lourenço do), XXI, XXII.
 Burgos, XVI.
 Buridan, 68.
 Bute (Lord), XII.
 Ca da Mosto (Alvise), 6, 261, 263, 266.
 Caballos (cabo de), 5.
 Caballos (Puerto de), 190-2.
 Cabeza Seca, XXII.
 Cabilonense (obispo), v. Germain (J.).
 Cabo (Barrio del), P, 247.
 Cabo Verde, islas, 6, 22, 207, 228.
 Cádiz, 8, 10, 29, 32.

- Cairasco de Figueroa (Bartolomé), 14, 92, 148, 151.
 Caitafa, 98.
 Calafat, 44.
 Caldera (La), L, 51.
 Caldera (La), P, 222, 227.
 Caldereta (La), P, XVIII, XIX, 246, 247.
 Camacho (Juan), 143, 144.
 Cámara de Lobos, 264.
 Campanario (Madera), 268.
 Canaria, v. Gran Canaria.
Canarien (Le), crónica de J. de Béthencourt, 38, 42, 219.
 Candia, isla, 47, 265.
 Canizo, 268.
 Cantábrico (océano), 7.
 Cantín, cabo, 6, 258.
 Capraria, isla, 6-10, 67, 78, 79.
 Capri, isla, 78.
 Cardano (Girolamo), XXXVIII, 149.
 Cardones, F, 74.
 Carlo Magno, XXXVII, 128.
 Carlos V, XIV, XV, 16.
 Carlos IV, rey de Francia, 30.
 Carlos VI, rey de Francia, 30.
 Cartagena, XX.
 Cartagena de las Indias, 228.
 Cartago, 24.
 Casanova (Fray Bartolomé), 255.
 Casas (Bartolomé de las), XXXIV, XXXVII.
 Cascaes, XXII.
 Casitérides, islas, 7, 15.
 Casperia, isla, 78.
 Castiglione (Baltasar), 137.
 Castilla, XXI, 16, 30, 132, 258.
 -Rey de C., v. Juan I, Juan II, Enrique II.
 Castro (Fernando de), 132, 205.
 Catalina, reina de Castilla, 30.
 Cazorla (Próspero), XXVIII, 87.
 Ceballos, 253, 254.
 Celso (Julio), 112.
 Centejo, v. Acentejo.
 Cerda (Luis de la), 28, 117.
 Cerne, isla, 6.
 César (Julio), 251.
 Cicerón (Marco Tulio), 77, 149.
 Cíclades, islas, 64.
 Gioranescu (A.), 187.
 Claudiano, 238.
 Clemente VI, papa, 28.
 Clusio, 19.
 Cofanto, monte, 239.
 Coimbra, XII, XXII, XXV-VII.
 Colcos, 66.
 Colón (Cristóbal), 21, 250, 261.
 Comera, 18.
 Comersolo, 19.
 Confital (El), C, 154.
 Corazón, isla, 6.
 Córdoba (Fernando de), 47.
 Corralejos, F, 80.
 Corraletas, v. Corralejos.
 Cortés de Estopiñán (Bartolomé), XVIII, 148.
 Coruña (La), 205.
 Cremona, XIV, XVI, XVII.
 Cuco, XXI.
 Cuesta (La), T, XX, 192.
 Cueva y Benavides (Luis de la), 151, 162, 168, 170.
 Curzola, 56.
 Chalon-sur-Saône, 180.

Chaves, XXXIV, XXXVII.
Chedey, v. Ehedei.
Chil y Naranjo (Gregorio), 169.
Chimenchia, v. Himenechia.
China, 36.
Chio, isla, 79.
Chipre, isla, 265.
Chiurrón, 143.

Dacia, 142.
Dalmacia, 56.
Damietta, 147.
Daute (San Pedro de), T, 195-7.
Dentici (Fabricio), 201.
Detzenehuya, 177.
Diego de Alcalá (San), 84.
Diego Cuscoy (Luis), 113.
Dinamarca, 142.
Diodoro de Sicilia, 19, 24.
Dionisio de Halicarnaso, 20.
Dogali, 44.
Doramas, 98.
Doramas, C, 91, 92.
Drake (Francis), 227, 228, 257.
Dulcigno, 56.

Echentire, v. Ehentire.
Echeyde, v. Eheide.
Ega, isla, 79.
Egeo, mar, 78.
Egonaiga, 96, 97.
Egonaygachesemedan, v. Ego-
naiga.
Ehedei, 224, 225.
Eheide, 176, 180.
Ehentire, 224, 225.
Eiunche, 204.
Elba, isla, 78.

Enrique II, rey de Castilla, 29.
Enrique II, rey de Francia, 227.
Enrique, rey de Portugal, 133.
Enrique, infante de Portugal, 266,
267.
Eratostenes, 140.
Escobar de las Roelas (Catalina),
43.
Escocia, 142, 266.
Escorial (San Lorenzo del), XXV,
100.
Espanochi, v. Spanocchi.
España, 29 31, 36, 42, 43, 46, 64,
71, 80, 90, 128, 134, 136, 138,
142, 151, 171, 187, 189, 201, 207,
210, 227, 250, 252, 258, 259,
266, 269.
Española (isla), v. Santo Domingo.
Espinosa (Fray Alonso de), XI,
XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXVI,
XLII, 148, 171, 172, 176-87.
Estacio Seboso, 3, 10, 37, 67, 78.
Estopiñán (Bartolomé de), 182,
183.
Estrabón, 3, 4.
Estremoz, XVII.
Estromboli, 63.
Etala, isla, 78.
Etiopia, 18, 20, 23.
Etna, 46, 172, 239.
Eugenio IV, papa, 133.
Euquerio, 68.
Europa, 147.

Famara, L, 46.
Farinelli (A.), XXII.
Fasela, 239.
Felices, islas, 14.

- Felipe II, rey de España, XIV, XV, XVII, XXV, 100, 227.
 Felipe IV, rey de España, XXIII.
 Felipe de Bergamo. v. Foresti.
 Fernández de Lugo (Alonso), XLI, 137, 182-7, 226.
 Fernández de Oviedo (Gonzalo), 21, 112, 258.
 Fernando el Católico, rey de Aragón, 16, 130, 132, 182.
 Ficino (Marsilio), 93.
 Filipinas, islas, 228.
 Finisterre, 45.
 Flandes, 142, 189, 222.
 Fonte (Miguel), 257.
 Fonte de Ferrera (Gaspar), 257.
 Fonte y Pagés (Galderique), 257.
 Foresti (Jacobo Filippo), 140.
 Francia, 28, 30, 42, 43, 81, 117, 189, 222, 250, 254, 266. -Rey de F., v. Carlos IV; Carlos VI.
 Francisco de Sao Bento (Fray), XXVI.
 Frías (Juan de), 135.
 Fuerteventura, XXXVII, 8, 9, 11, 26, 40, 42, 43, 63, 66-9, 70-87, 91, 92, 102, 113, 114, 127, 130, 149, 212, 259.
 Funchal, 263, 264, 266, 267.
 Gáldar, C, 19, 97, 102, 120-7. -Guanarteme de G., 88, 132-8.
 Galicia, XXI, 7, 227.
 Galíndez Carvajal (L.), 30.
 Galle, isla, 78.
 Gando, C, 117, 120, 127, 130, 181.
 Garachico, T, 193-7, 257.
 Garajo (Punta de), 267.
 Garcagua, 225.
 Garehagua, v. Garcagua.
 Garibay (Esteban de), XXXIV.
 Garzas, isla, 6.
 Gemma Frisio, 21, 38, 79.
 Geniguada, 131.
 Génova, 242.
 Gerardo Piamontés, v. Gerardo de Sabbionetta.
 Gerardo de Sabbionetta, 252.
 Germain (Jean), 180.
 Getulia, 15, 18.
 Gibraltar, 6, 21, 26, 28, 147, 252, 258.
 Gilolo, islas, 9.
 Gini (Corrado), XXVI, XXIX.
 Giuntini (Francesco), 22.
 Gomera (La), XX, 8, 9, 11, 18, 26, 27, 42, 136, 137, 142, 172, 182, 189-208, 210, 218, 234, 241, 259.
 Gómez Escudero (crónica atribuida a Pedro), 122, 131, 136.
 Gomidafe, 96.
 González Manosdeoro (Matías), 254.
 González Zarco (Juan), 263, 267.
 Górgonas, islas, 6, 15, 25, 27.
 Gótico (mar), v. Norte.
 Graciosa, XXXVIII, 11, 26, 33, 36, 46, 210, 259.
 Graevius (I. G.), XV.
 Gralhegueya, v. Gralhequia.
 Gralhequia, 200, 204.
 Gran Canaria, XX, XXXIII, 8, 11, 11, 15, 16, 19, 21, 24, 26, 35, 42, 88-172, 182-5, 192, 201, 227, 259, 260.
 Granventura, isla, 78.

- Grimaldi (Andrea), 241.
 Guadalete, XXIII.
 Guadalquivir, XXIII, 32.
 Guadarrama, rey de Lanzarote, 38, 40.
 Guanapay, L, 49, 59-62.
 Guanarame, 29.
 Guanarteme, v. Gáldar, Telde.
 Guanarteme (Fernando), 138.
 Guanhoben, 98.
 Guevara (Antonio de), XXXIV.
 Güímar, T. 177. -Rey de G., v. Acaimo.
 Gumidafe, v. Gomidafe.
 Haiz, 23.
 Halhagal (Pedro), v. Auhagal.
 Hanón, 6, 25.
 Hapio, v. Apio.
 Hardisson (Emilio), XXVII, 82.
 Hardisson (Rafael), 202.
 Haría, L, 46.
 Hauche, 204.
 Hawkins (John), 257.
 Hefestios, montes, 239.
 Helesponto, 63, 66.
 Hera, isla, 64.
 Hércules (estrecho de), v. Gibraltar.
 Hernández (Antón), 210.
 Hernández de Lugo (A.), v. Fernández de Lugo.
 Hernández Saavedra (Pedro), 43.
 Herrera (Diego de), 43, 120-30, 134, 136, 226.
 Herrera (Juan de), 100.
 Herrera (Sancho de), 43.
 Herrera y Rojas (Agustín de), marqués de Lanzarote, 43, 255.
 Hesiodo, 101.
 Hespérides, islas, 6, 15, 27, 176.
 Hesperio, monte, 239.
 Hespero, cabo, 6, 24.
 Hibernia, 142.
 Hierro (El), XXXI, 8, 9, 11, 26, 27, 42, 45, 67, 142, 149, 199, 204, 208-20, 222, 223, 228, 234, 244, 245.
 Himenechia, 184-6.
 Hipalan, v. Ipalan.
 Hipócrates, 47, 144.
 Homero, 3, 12, 13, 23, 88, 90, 139.
 Horacio, 140-2, 145.
 Igalgan, 204.
 Ilescás, XXXIV.
 Imobat, rey de Taoro, 177.
 India, 9, 18, 228.
 Indias Occidentales, v. América.
 Inglaterra, 37, 142, 189, 227, 250, 266.
 Ipalan, G, 203, 204.
 Isabel la Católica, reina de Castilla, 132, 137.
 Isabel, intérprete, 38.
 Ischia, isla, 78.
 Isidoro (San), 23, 252.
 Isletas (Las), C, 166.
 Italia, 71, 142, 266.
 Jámbolo, 24.
 Jandía, F, 70, 79.
 Jone, 204, 214, 218.
 Jónico, mar, 78.
 Josefo (Flavio), 115, 140.
 Juan I, rey de Castilla, 29.
 Juan II, rey de Castilla, XXXIV, 30, 133.

- Juan de Sacrobosco, 22.
 Juan de San Torcaz (Fray), 84.
 Juanelo, v. Torriani (Giovanni).
 Juba, 3, 4, 8, 15, 20, 90, 172.
 Juguero, v. Zuguiro.
 Junonia Mayor, 8, 9, 19, 221.
 Junonia Menor, 8, 9, 198.
 Justinian, 180.

 Lacunense (crónica), 30, 122, 136.
 Laguna (La), XVI, 70, 171, 184-6, 188, 189, 254.
 Lami (Alessandro), XIV.
 Lanzarote, XXXVII, 8, 10, 11, 26, 29, 31, 34-74, 83, 93, 127, 134-6, 144, 209, 219, 222, 259, 260.
 Marqués de L., v. Herrera y Rojas (Ag. de).
 La Salle (Gadifer de), 42.
 Lasca (La), C, 154.
 Lázaro vizcaíno, XLI, 219, 220.
 Lebedo, isla, 63.
 Leclerc (François), Pie de Palo, 227.
 Lefranc (Amaro), v. Hardisson (R.).
 Leiria, XXII.
 Lemnos, isla, 63.
 León Africano (Hassan ibn Mohammad al-Wassân al-Fâsi), 5.
 Leonardo da Vinci, XXXVIII.
 Letancourt (Juan de), v. Béthencourt.
 Líbano, monte, 173.
 Libia, 10, 18.
 Licia, 239.
 Liguria (mar de), 78.
 Limoges, 39.

 Lisboa, XII, XVI, XIX, XXII, XXVI, 253.
 Livio (Tito), 19.
 Lobos, isla, 11, 26, 63-6, 68.
 Lombardía, XIV, 107, 113.
 López de Gómara (Francisco), 117.
 Lopez de Illescas (Diego), 124.
 Lugo (Alonso de), v. Fernández de Lugo (A.).
 Lugo (Melchor de), 256.
 Lugo (Pedro de), v. Fernández de Lugo (A.).
 Luján (Diego de), v. Luján (P. de).
 Luján (Pedro de), XXXIII, 112.

 Llaguno y Amirola (Eugenio), XIV.
 Llul (Ramón), 84.

 Maclovio (San), 94, 172, 180.
 Machico, 268.
 Machin, 268.
 Madera, XXVII, 6, 10, 27, 45, 66, 205, 255, 261-9.
 Madrid, XVII.
 Magallanes (Fernando de), 9.
 Magallanes (Estrecho de), 26, 228.
 Maggiorotti (L.), XXI.
 Magnasors, isla, 78, 83.
 Mahan, 74.
 Maluccello (Lancilotto), 37.
 Mancha (Canal de la), 227.
 Maninidra, 98, 185, 186.
 Manoel (María), XXII.
 Manrique (Antonio María), XII.
 Mantua, 91.
 Marche (Le), 53, 205.

- Marco de Benavente, 78.
 Marín y Cubas (Tomás), 169.
 Mario, 78, 238.
 Mario (Domingo), 78.
 Marseille, 259.
 Martín V, papa, 39.
 Mascona, F, 66, 70.
 Masegue Conche, 204.
 Matanza (La), T, XLI, 186.
 Matritense (Crónica), 43, 136.
 Mauritania, 4, 15, 56, 27.
 Maurolico (Francesco), 180.
 Mayantigo, 225.
 Meca (Meça), v. Messa.
 Médanos, 270.
 Medina (Pedro de), XXXIII, 252.
 Medina (Pedro de), 253.
 Medina Sidonia (duque de), 42, 182.
 Mediterráneo, mar, 19, 147, 258.
 Mejía (Pedro), 63.
 Mela, v. Pomponio Mela.
 Melenara, C, 117.
 Mendo (Fray), 39.
 Mendoza (Lope de), XXIX.
 Messa, 5.
 Milán, XV, XVI, XVII.
 Millares Carlo (Agustín), XXXIV, XXXVI.
 Millares Torres (Agustín), XII.
 Mimerahana, 203.
 Modón, 78.
 Mojica (Miguel), 137.
 Molucas, islas, 36, 228.
 Moncrico, 263, 264.
 Mongibel, v. Etna.
 Monique (Jacques de), 256.
 Montaña Clara, isla, 11, 26, 33, 210.
 Montaña Roja, L, 66.
 Morat Arraez, 44, 48.
 Morea, 79.
 Morel (Bartolomé), XXXVI.
 Mosto (Aldo da), v. Ca da Mosto (A.).
 Mulagua, G, 203, 204.
 Münster (Sebastián), 217.
 Naga, v. Anaga.
 Nanni (Giovanni), v. Annio.
 Nápoles, 91.
 Narváez (Francisco de), XXI.
 Nea, isla, 63.
 Nebrija (Antonio de), 15, 38, 90.
 Negros (Caleta de los), T, 190, 191.
 Nenedan, 98.
 Niebla (conde de), 43, 218.
 Nilo, 24, 140.
 Niño de Zúñiga (Gabriel), XX.
 Nivaria, isla, 8-10, 172.
 Niza, 92.
 Norte (mar del), 142.
 Nuestra Señora de Gracia (Madeira), 268.
 Núñez (Roque), 254.
 Núñez de la Fuente (Juan), XVIII, XX, 253.
 Núñez de la Peña (Juan), XI, 45, 187.
 Olimpo, monte, 173, 239.
 Ombrión, isla, 8, 9, 37, 67, 209.
 Oraham, 204.
 Orán, XX.
 Organos (Punta de los), G, 199.
 Ormel (Fernando), 205, 206.

- Orosio, 238.
 Orone, G, 203, 204.
 Orotava (La), 177, 184, 190.
 Orotava (Puerto de la), v. Puerto de La Cruz.
 Ortega (Benito), XVI.
 Ortiz (Pedro), v. Ortiz de Funes (D).
 Ortiz de Funes (Diego), 255.
 Ovidio, 5, 22, 68, 139, 141, 233.

 Pagés (G.), v. Fonte y Pagés (G.).
 Pagés (Marina), 257.
 Palma (La), XVII, XX, XXIV, XXXIX, XLI, 8, 9, 11, 19, 26, 27, 45, 130, 136, 138, 142, 171, -3, 182, 199, 221-48, 251-6, 266.
 Palmas (Las), XII, XX, XXV, XXVII, XXXV, XXXVIII, 92, 131, 151, 68, 170, 253, 254.
 Palo (Punta del), C, 166.
 Panaetius (Lucas), 93.
 Panecio, v. Panaetius (L.).
 Papagayo (Punta del) L, 49, 63, 66.
 Papirio Cursor, 112.
 París, 45.
 Paso Alto, T, 190-2.
 Pauly, 112.
 Pedro IV, rey de Aragón, 28, 117, 136, 137.
 Peñalosa (Bartolomé de), 148.
 Peraza (Hernán), 207, 226.
 Peraza (Hernán), 136-7.
 Peraza (Inés), 82.
 Peraza de Ayala (Guillén), conde de La Gomera, 207.
 Pérez Vidal (J.), 202.

 Pereira (Gabriel), XII.
 Perestrello (Bartolomé), 261.
 Pérez (Miguel), 256.
 Pérez de Grado (Hernán), 256.
 Petrarca (Francesco), 144, 201, 222.
 Pie de Palo, v. Leclerc (F.).
 Pintuaría, isla, 172.
 Picatoste (Felipe), XIV.
 Pigafetta (Antonio), 9, 217.
 Píndaro, 176.
 Platón, 67, 139-41, 143, 148.
 Plinio, 3-5, 8-10, 12, 19-21, 35, 37, 46, 47, 63, 64, 67, 78, 79, 90-2, 171, 172, 209, 217, 221, 238-40.
 Plutarco, 4, 10, 12, 66.
 Pluvialia, isla, 10, 37, 67, 78.
 Polión (Marco), v. Vitruvio Polión.
 Polonia, 142.
 Pollastrello (Bartolomé), v. Perestrello (B.).
 Pomponio Mela, 3, 4.
 Portugal, XXI, XXII, 30, 189, 264, 267, 269.
 Pozo (El), H, 210.
 Provenza, 92.
 Puerto de la Cruz, T, 197.
 Puerto Rico, 227.
 Puerto Santo, 6, 10, 66, 261-3.
 Purpurarias, islas, 8, 15, 209.

 Quimera, monte, 239.

 Realejos (Los), 193, 194.
 Rejón (Juan), 130, 132-6, 182.
 Resta (Jerónimo), XVI.
 Riberol (Bernardino de), 256.

Riberol (Lucano de), 256.
 Richeroque, F, 80.
 Río de Oro, 177.
 Rocca di San Leone, 53, 205.
 Rodolfo II, emperador, XVII.
 Rojo, mar, 89, 147.
 Rosa Olivera (L. de la), XIX, 187.
 Rouen, 30.
 Ruan, v. Rouen.
 Rubicón, L, 39, 46, 80, 135.
 Rumeu de Armas (A.), XII, XIV,
 XVI, XVII, XVIII, XXXII, XL,
 168, 192, 197, 227, 228, 257.

Sacci (B.), XV.
 Salazar (Elena de), XXXV.
 Salazar (Jerónimo de), XIX.
 Salvajes, islas, 6, 8, 269.
 San Antonio (Madera), 268.
 San Borondón, isla, 63, 250-7.
 San Buenaventura, isla, 82.
 San Cristóbal, v. Laguna (La).
 San Gonzalo (Madera), 268.
 San León, v. Rocca di San Leone.
 San Lorenzo, punta, 262.
 San Lúcar de Barrameda, 32.
 San Marcial, v. Rubicón.
 San Martín (Madera), 268.
 San Niccolò, 56.
 San Pedro de Daute, v. Daute.
 San Roque (Madera), 268.
 San Roque, T, 70.
 San Sebastián, G, 207-8.
 San Vicente, cabo, 258.
 Sánchez Cantón (F. J.), XIV.
 Sannazaro (Azio Sincero), 91, 215.
 Santa Clara, v. Montaña Clara.
 Santa Cruz (Madera), 264, 268.

Santa Cruz de la Palma, XIX,
 XXIV, XXXV, XXXVI, 227, 242,
 243, 254.
 Santa Cruz de Tenerife, XX, 183,
 185, 180-2, 259.
 Santa María, isla, 63.
 Santa María de Betancuria, v. Be-
 tancuria.
 Santiago, isla, 228.
 Santo Domingo, isla, 227, 228,
 251.
 Sapiencia, 78.
 Sarmiento (Constanza), 43.
 Sauces (Los), P, 222.
 Saumaise (B.), 67.
 Sauraria, isla, 67.
 Sebenico, 56.
 Seboso, v. Estacio Seboso.
 Sedeño (crónica atribuida a An-
 tonio), 136.
 Segalá y Estalella (Luis), 13.
 Sendro, 169.
 Seneca, 250.
 Serra Ráfols (Elías), 80.
 Sertorio, 4, 10, 128, 144.
 Sevilla, XVIII, XXIII, 29, 187, 256,
 257.
 Sicilia, XV, 37, 240, 265.
 Siete Ciudades, 252, 253.
 Silano (Marco Junio), 64.
 Silos (Los), T, 195.
 Silvá (Barranco de), C, 117.
 Silva (Diego de), 120-7, 136.
 Simancas (Archivos de), XXIV, 87.
 Sixto IV, papa, 83.
 Sixto V, papa, 84.
 Solino (Julio César), 3, 4, 141, 222.
 Sores (Jacques de), 227.

- Sosa (José de), 122.
 Sousa Viterbo (F.), XVI, XVII, XXII.
 Spanocchi (Tiburzio), XXI.
 Steffen (Max), 210.
 Suárez de Figueroa (Fernando), 151.
 Tacande, P, 229.
 Tacito, 239.
 Tacuitunta, H, 214.
 Tajo, XXII.
 Tamacanea, 524, 225.
 Tamanca, v. Tamacanea.
 Támara (F de), XXXIV.
 Tamonante, 75, 81.
 Tanausu, v. Atanausu.
 Taoro, 177, 186. -Rey de T., v. Benchomo.
 Tara, 169.
 Tarha, v. Tara.
 Tasso (Torquato), XXXVII, XXXIX, 13, 14, 33-5, 473, 174, 241.
 Tazacorte, P, XIX, 222, 226.
 Tazzacorte, v. Tazacorte.
 Tea, isla, 64.
 Tebicena, 97.
 Tedote, P, 224.
 Teguisse, L, 40, 43, 45, 48-50, 55, 60.
 Teguse, 40, 48.
 Teguseo, XXVII, 228, 234.
 Teide (Pico de), 172-6, 180, 135, 222, 255.
 Teixeira (Tristán), 263, 267.
 Telamón (conde de), v. Cerda (L. de la).
 Telde, C, 92, 97, 102, 117, 132, 154, 169, 170. -Guanarteme de T., 88, 125, 126, 131.
 Temiaba, v. Teniaba.
 Tenerife, XII, XVIII, XX, XXII-IV, XLI, 8, 10, 26, 35, 91, 94, 113, 130, 136, 138, 142, 149, 171-98, 201, 222, 223, 227, 242, 243, 253, 255, 257, 259.
 Teniaba, 225.
 Teno, isla, 79.
 Teno (Punta de), T, 235.
 Teofrasto, 47.
 Teon (isla), 63.
 Tera, isla, 63.
 Teracia, 63.
 Terceras, islas, 63.
 Teuguia, v. Tihuya.
 Thieme, XXII.
 Tiagua, P, 223.
 Tibiabin, 75, 81.
 Tihuya, P, 226.
 Tinguaro, 184.
 Tinisuaga, 225.
 Tirahana, v. Tirajana.
 Tirajana, C, 118, 121, 125, 126.
 Tirma, 122, 124, 138.
 Tirrénico, mar, 78.
 Toledo, XIV, XVII.
 Tolomeo, 3-5, 18, 22, 24, 27, 78, 79, 147, 172, 221, 251, 252.
 Torre (Giannello della), v. Torriani (G.).
 Torriani (Bárbara Medea), XV.
 Torriani (Bernardo), XVI.
 Torriani (Diego), XXII.
 Torriani (Gabriel), XV.
 Torriani (Giovanni), XIV-XVI.

Torriani (Juan), XXII, XXV.
Toscana, 19.
Tostado (Alonso), 112.
Trogo Pompeyo; 238.
Troya (Alonso de), XXXV.
Troya (Antonio de), XXXI, XXXV,
XXXVI, XL, 214.
Troya (Catalina de), XXXVI.
Troya (Elena de), XXXVI.
Troya (Francisca de), XXXVI.
Troya (Hernando de), 253.
Troya (Luis de), XXXVI.
Tucidides, 238.
Tulio (Marco), v. Cicerón.
Turriano, v. Torriani.

Umiaga, 122.
Umiaya, v. Umiaga.
Unihepe, 204.
Urbano, papa, 252.

Valtarajal, 80.
Valverde, 211.
Varrón (Marco Terencio), 24, 95.
Vélez de la Comera, 19
Ventacayce, v. Bentacaize.
Ventagahe, v. Bentagoihe.
Ventomo, v. Benchomo.
Ventura, isla, 82.
Vera (Pedro de), 135, 136.

Verde (Marcos), 246.
Verdes (Cueva de los), L, 49, 59.
Verneau (René), XII.
Vesubio, 63, 239.
Viana, XXI.
Vicenza, 9.
Victor (Mariano), 239.
Victoria (La), T. XLI, 186, 187.
Vieira de Silva (Aug.). XXI.
Viera y Clavijo (José de), 28, 40,
45, 184.
Villalba (P. L.), 202.
Villalobos (Hernandos de), 256.
Virgilio, 23, 19, 175, 176, 238.
Visconti (Gian Galeazzo), XV.
Vizcaya, 29.
Vizeu, XXII.
Volcano, v. Vesubio.

Woelfel (Dominik J.), XII, XV,
XXV-VII, XXIX, XXXII, 6, 8, 10,
12, 13, 15, 17, 19, 22, 25, 40, 43,
53, 79, 83, 113, 422, 141, 165,
168, 169, 203, 209, 221, 225, 233,
234.

Wyssowa, 112.

Yone, v. Jone.
Yuste, XV.

Zuguiro, 225.

Explicación de los grabados

Algunos dibujos del manuscrito de Torriani contienen un texto explicativo, que hemos considerado oportuno traducir, no sólo para aclarar mejor los detalles de sus ilustraciones, sino también por los datos, algunas veces bastante curiosos, que se pueden sacar de este texto.

Las inscripciones de un corto número de láminas no han podido transcribirse, porque habían sido parcialmente cortadas por la cuchilla del encuadernador del manuscrito, o porque la fotografía no permite distinguir las letras.

En lo que sigue, las frases impresas en letra cursiva, no son de Torriani, sino nuestra explicación.

Teguisse

La villa de Teguisse es la principal de la isla. Allí mora el Marqués, con la gente de tráfico y los mercaderes. Tendrá unas 60 casas habitadas, y otras tantas arruinadas por los moros, y dos iglesias: la parroquial, y San Francisco. Está sobre una pendiente que baja hacia Oeste, y está casi por todas partes dominada por un padrastro. Por el lado de Arrecife tiene la montaña de Guanapay, donde está la fortaleza de la villa, a una distancia de un poco menos de una milla de las casas. Por la parte de Levante está a una distancia de casi una legua del mar. Allí desembarcaron los moros la última vez, donde ellos dicen Los Ancones. Hacia el Sur está el puerto de Arrecife, a dos leguas. Otros puertos y playas donde se puede desembarcar fácilmente: uno que se llama La Bufera, a dos leguas y media; la playa Chamada, 3 leguas; del Papagayo, siete leguas; de Arvalo, cinco leguas; y el camino que de todos estos puertos y playas conduce a la villa es casi llano, porque pasa entre las montañas, a través de llanuras y cultivos.

Arrecife

Esta isla es la más cercana a Africa, entre las Canarias habitadas. Tiene un circuito de unas 20 leguas y es casi cuadrada. Hacia Levante tiene tres islas, la Graciosa, Santa Clara y Alegranza. A la parte del Poniente está una isla desierta, llamada Lobos, situada entre Lanzarote y Fuerteventura. Todas las montañas de esta isla son volcanes nacidos en diversas épocas, porque los cráteres que llevan encima, y la materia que se ve que salió de ellos y corrió hacia el mar, demuestran lo mismo que se vio en La Palma hace tres años. Esta isla tiene pocos barrancos, y entre las montañas se extienden hermosísimas llanuras, en donde el depósito de las aguas llovedizas y de las cenizas de aquellos volcanes, da una cosecha abundante de trigo y de cebada. Produce mucha carne y mucha sal. No tiene más que una palmera; y por no haber agua de fuentes, la que se bebe es agua recogida durante las lluvias en ciertas lagunetas que los habitantes llaman *maretas*: es excelente, limpia, sana y muy ligera. La templanza y la salubridad del aire son tales, que los hombres viven largos años ignorando las enfermedades graves. Desde esta isla se solían hacer las entradas en Africa, que está en unas 18 leguas de distancia, para hacer presa; y la muchedumbre de esclavos moros que se llevaban de allí ha crecido tanto, que casi toda la isla está habitada por ellos. Son bautizados, se alimentan con harina de cebada mezclada con agua, que ellos llaman *gofio*, y con carne asada; y por esto dicen que son sanos y dispuestos.

Esta isla tiene nueve puertos más importantes, por donde puede desembarcar el enemigo. El más cercano a la villa se halla a una legua de distancia hacia Oriente; éste, que se llama Arrecife, está a dos leguas de la villa y es el principal. Allí vienen las naves con mercancías; y para la defensa de este puerto estaba la fortaleza dibujada, que fue incendiada por los moros, hace dos años. En un espacio de 16 años, éstos han saqueado la isla tres veces, a causa de las entradas y de los saqueos que hacían en las partes más cercanas de Africa el Marqués de esta isla con los isleños.

Esta fortaleza ha sido hecha solamente para la defensa de las naves y barcos que están en el puerto. Aunque pequeña, es suficiente y bastante fuerte, por hallarse sobre una isleta y lejos de la tierra unos 300 pasos, y otros tantos de la gran isla. En una gran distancia en su alrededor está rodeada por tantos bancos y escollos, que ninguna nave enemiga puede acercársele para hacerle daño, mientras que ella domina todas las partes cercanas.

El parapeto de las cortinas tiene dos pies de alto, y como no protege ni a los defensores, ni la artillería, no pudo defenderse hace dos años, cuando los moros la quemaron por dentro. El daño aumentó por parte de la isleta del muelle, que había sido presa, y, por estar cerca de la fortaleza, desde allí hacían daño con los arcabuces a todos cuantos subían a la fortaleza para defenderla. Como la forma y la cabida de la misma son suficientes para defensa del puerto, convendrá quitar la isleta del muelle, reedificar la fortaleza por dentro, y elevar el parapeto hasta la altura de cinco pies, dejando las aspilleras de cañones para la artillería.

Betancuria

La isla de Fuerteventura se extiende entre Canaria y Lanzarote. Tiene 25 leguas de largo y seis de ancho, y como mínimo 4. Está a 16 leguas de distancia de Canaria y a 3 de Lanzarote. Abunda en carne, trigo y cebada. Tiene poca agua; no tiene árboles. La mayor parte de la isla está sin cultivar y sirve sólo para pasto de los animales. Su villa se halla en un valle. Tiene unas 150 casas y está dividida por un barranco. Por la parte Oeste y Norte tiene un llano espacioso, que defiende la villa de debajo y no tiene padrastros ninguno. Allí está dibujada la fortaleza que me parece conveniente para defender y abrigar mil almas, que es cuanto puede haber en todos los diversos lugares de la isla.

Esta villa se halla 4 leguas al Este del puerto llamado Pozo Negro, 2 del puerto llamado Peña al Occidente, y 7 del puerto llamado Corralejos al Norte, cerca de Lanzarote.

En estos pueden entrar galeras y naves grandes y desembarcar cómodamente; y los enemigos pueden dirigirse a la villa por caminos llanos y fáciles.

Las Palmas

a, Santa Ana, la catedral. —*b*, San Francisco. —*c*, Santo Domingo. —*d*, los Remedios. —*e*, la Concepción. —*f*, San Justo. —*g*, varadero. —*h*, Espíritu Santo. *i*, San Sebastián. —*l*, San Lázaro el viejo. —*m*, el nuevo. —*n*, Nuestra Señora de los Reyes. —*o*, murallas. —*p*, fuerte de Santa Ana. —*q*,... —*r*, Audiencia y casa del presidente. —*s*, casa del obispo. —*t*, plaza. —*u*, Audiencia vieja. —*x*, plaza de los Alamos... —*z*, montaña de San Francisco. —*8*, montaña de San Lázaro. —*2*, montaña de Santo Domingo.

La Laguna

Esta ciudad es de mil fuegos, situada en una llanura ancha y espaciosa encima de las montañas, hacia el Norte. Por efecto de los vientos del Norte que la azotan continuamente y por hallarse en lo alto, hay mucho frío, nieblas, vientos y lluvias y grandes intemperies. Sus casas tienen fachadas muy húmedas por el lado Norte y la mitad de las calles está llena siempre con hierba fresca. Los edificios son bajos y tétricos, y cada uno tiene al interior un jardín con árboles, de modo que vista desde lejos, encima de alguna montaña, tiene buen aspecto.

Por el lado Este y Norte, hacia Santa Cruz, está a una legua del mar, y de Garachico nueve. Tiene 1500 pasos de largo y 1700 de ancho, y un circuito de 5600.

La laguna es la concentración de las aguas de los montes vecinos. Tiene poco fondo, y se seca durante el verano. Es de mucha utilidad para el ganado. Tiene un circuito de 2700 pasos. La ciudad tiene un padrastro hacia Levante, llamado San Roque.

A, los Remedios. — *B*, la Concepción. — *C*, San Agustín. — *D*, Santo Domingo. — *E*, San Francisco. — *F*, San Miguel. — *G*, Plaza del Adelantado. — *H*, Plaza de los Remedios. — *I*, por donde viene el agua. — *L*, por donde sale. — *M*, Hospital. — *N*, San Sebastián. — *O*, San Juan. — *P*, San Cristóbal. — *Q*, San Roque. — *R*, Santa Clara. — *S*, Ciudad vieja. — *T*, Fuente seca. — *V*, Molinos. — *X*, Casas de...

Santa Cruz de Tenerife

Éste es el más importante para el tráfico y el comercio de la Ciudad, que está a una legua de distancia. Toda la defensa de este puerto se considera en relación con esto. La villa de Santa Cruz es de unos 200 fuegos, habitada por marinos y pescadores. Del Puerto de los Caballos al Paso Alto es buena playa limpia, donde el enemigo puede desembarcar; pero no más allá, ya que al Norte de Paso Alto hay montañas muy altas, así como más allá del Puerto de los Caballos hacia Sur.

Las artillerías no pueden llegar de la fortaleza al Paso Alto ni a la caleta de los Negros, porque las impiden algunas casas; y tampoco llegan al Puerto de los Caballos, porque está lejos. En este último puerto desembarcaron los cristianos conquistadores de estas islas.

El espacio comprendido entre los dos barrancos es por donde puede caminar el enemigo hacia la ciudad: es lugar casi llano, con pendiente suave hacia el mar.

D es una fortaleza en proyecto; la plaza es para dos piezas de artillería.

Arriba a derecha dice:

Nueva fortificación en proyecto.

Abajo a derecha:

Fortaleza como está. *Y encima:*

Plano de la fortaleza de Santa Cruz, con adición del proyecto de la nueva fortificación.

Garachico

A, fortaleza. *-B*, Santa Ana. *-C*, Santo Domingo. *-D*, Hospital. *-E*, San Telmo. *-F*, San Sebastián. *-G*, San Pedro. *-H*, Los Reyes. *-I*, Plaza. *-K*, Puerta. *-L*, Pescadería. *-M*, Fuente. *-N*, Rocas. *-O*, Ingenio de azúcar. *-P*, Desembarco.

Garachico es villa de 400 fuegos. Es poco montuosa, y se halla debajo de montañas muy altas, aunque por aquella parte no le puede venir ningún daño. Su comercio es muy importante, ya que allí se cargan más vinos que en ninguna otra parte de todas las islas. Por el lado del mar está bien defendida, porque está rodeada por un malpaís (que así le dicen allí), que son piedras quemadas por los volcanes antiguos, que impiden el desembarco. La entrada del puerto es estrecha, y está tan azotado por el mestrál y la tramontana, que las naves que están en el puerto cuando dominan estos vientos, se echan todas a perder inevitablemente.

San Pedro domina Garachico, y si el enemigo desembarcase por aquella parte, al cogerlo, tendrían bajo su fuego la fortaleza, el puerto y toda la villa.

San Sebastián de la Gomera

a. Iglesia mayor. *-b*. San Francisco. *-c*. San Sebastián. *-d*. Torre y plaza de la artillería. *-e*. Eminencia. *-f*. Nueva fortaleza alta, que se propone. *-g*. Nuestra Señora del Buen Paso y la fortaleza baja que se propone.

La Palma

Esta isla es la penúltima de las Canarias hacia Occidente. Tiene por este lado El Hierro, al Sur La Gomera, al Este Tenerife, y está a unas 18 leguas de distancia de ésta última. Su mayor largo es de diez, y su mayor anchura de siete leguas, y el circuito de 24. El polo se eleva a 28° y medio sobre su horizonte. Abunda en vino, azúcar y trigo,

y produce toda clase de frutos, aunque no en gran cantidad, por la poca agua y los asperísimos barrancos y montes. Su clima es templado.

Entre las cosas dignas de memoria encierra 20 volcanes, nacidos en distintos tiempos; y aunque la antigüedad haya perdido el recuerdo y los vestigios, se reconoce facilmente que toda esta isla ha sido quemada, y más modernamente por la parte del Sur, donde nació un volcán el 19 de mayo de 1583. Este creció en 15 días hasta más de 200 pasos geométricos, y actualmente aun tiene fuego y encima se le ve el humo.

M, caldera en un llano espacioso rodeado de montañas casi en su mayor altura. En su medio se halla una laguna, y en su alrededor bosques aspérrimos de palmeras, que no dan frutos, y su entrada es tan estrecha y fuerte, que los isleños la consideran como su última salvación.

ALDE son las montañas más altas, donde salen dos fuentes casi contiguas, la una extremadamente fría y la otra caliente, celebradas por los poetas.

ABC son las montañas en que algunas veces llueve con maná, pero no se recoge.

DEHI son bosques de dragos, y en todos los demás montes de la banda Norte son de tiles y de altísimos pinos.

Las villas tienen pocas casas, que están muy esparcidas. Los puertos de mar son fondeaderos abiertos, donde los botes y las naos cargan los frutos de la tierra con dificultad; y aunque no tengan interés para desembarcar gente, en la mayor parte de ellos muchas naves pueden permanecer al ancla durante las tormentas.

La Caleta del Palo es el mejor puerto de todos para desembarcar; es bastante extenso y tiene buen abrigo durante todo el año. De allí se puede caminar a la ciudad por el camino que pasa por debajo de Breña Alta, por una distancia de dos grandes leguas, con menor impedimento que por cualquier otra parte.

Santa Cruz de La Palma

Esta ciudad será de unas 800 casas, y tiene poco más de 600 brazas de largo. Tiene 8 iglesias, 3 fortalezas y 4 plazas.

A, la iglesia mayor, llamada San Sebastián.

B, Santo Domingo.

C, San Francisco.

D, Hospital.

E, Santa Catalina Mártir.

F, San Sebastián.

G, San Telmo.

H, Muelle.

I, Santa Agueda, protectora de la ciudad.

L, Plaza de la ciudad.

M, Plaza del Muelle.

N, Plaza Borrero.

O, Plaza del Cabo.

P, Fuerte de Santa Catalina.

Q, Fuerte del Muelle.

R, Fuerte del barrio del Cabo.

S, Caldereta.

T, Encarnación.

En el ángulo de la izquierda arriba: Perspectiva de la nueva fortificación.

En la parte baja: 1. Planta de la nueva fuerza que se propone.

2. Fuerte del Muelle.

3. Fuerte de Santa Catalina.

4. Fuerte del barrio del Cabo.

SUMARIO

Introducción

Proemio

I.	Si las Islas Canarias son las verdaderas Afortunadas	1
II.	Del número de las Canarias y de sus nombres	3
III.	Por qué estas islas fueron llamadas Afortunadas y después Canariás	12
IV.	Quiénes fueron los primeros habitantes de estas islas	17
V.	De la situación de las islas Canarias, y bajo qué signo del zodiaco están colocadas	26
VI.	De las conquistas de estas islas	28
VII.	De las primeras tres islas desiertas	32
VIII.	De la isla de Lanzarote y de sus nombres y cómo Juan de Letancurt la ganó sin combate, y lo que en ella se hizo	38
IX.	Del gobierno, costumbres, idolatría y descendencia de los mahoreros y lanzaroteños	40
X.	De quién es al presente esta isla, y de sus habitantes y las costumbres de los mismos	42
XI.	Descripción de Lanzarote y su fertilidad	45
XII.	Descripción de la villa de Teguiise, de la montaña y fortaleza de Guanapay, de la Cueva de los Verdes y de los vecinos que hay en esta isla	49
XIII.	Descripción del puerto de Arrecife y de su fuerza	51
XIV.	Discurso general de la fortificación de estas islas	53
XV.	Sobre edificar la villa encima del Arrecife, y sobre su fortificación	55
XVI.	Sobre la reedificación de la fortaleza del puerto y sobre lo que se le debe añadir	57

XVII.	Sobre reedificar la fortaleza de Guanapay, para que con ella y con la entrada del puerto se pueda defender la gente, mientras se edifica la nueva villa	59
XVIII.	De la isla de Lobos	63
XIX.	Del canal que divide las dos islas de Lanzarote y Fuerteventura	66
XX.	Descripción de la isla de Fuerteventura y su fertilidad	70
XXI.	De los primeros habitantes de Fuerteventura, sus costumbres e idolatría	72
XXII.	De los señores y señoras de Fuerteventura, antes que fuese conquistada, y de la justicia que hacían	75
XXIII.	De los nombres antiguos de la isla de Fuerteventura	78
XXIV.	De la conquista de Fuerteventura	80
XXV.	De dónde tuvo origen este nombre de Fuerteventura	82
XXVI.	De la villa de Santa María de Betancuria y del convento de San Francisco y de dos frailes que vinieron a esta isla	84
XXVII.	De la fortificación del valle de Santa María de Betancuria de Fuerteventura	85
XXVIII.	De la Gran Canaria y su descripción	88
XXIX.	De los habitantes de Canaria, antes de que fuese conquistada	93
XXX.	De los canarios antes de tener reyes, y cómo un capitán se hizo señor de toda la isla, y de dos hijos que tuvo y gente de guerra, y de algunos hombres famosos entre ellos	96
XXXI.	De las moradas de los canarios	99
XXXII.	Del gobierno, justicia y sacrificio de los canarios	102
XXXIII.	De la nobleza de los canarios	105
XXXIV.	Del traje de los canarios	107
XXXV.	De las armas de los canarios y sus fuerzas y peleas y ejercicios	109

XXXVI.	Del casamiento, oficios, pescas, barcos y modos de sepultar de los canarios	112
XXXVII.	Cómo los canarios aumentaron tanto, que les vino a faltar el mantenimiento, y de la ley que hicieron y del castigo que les vino de Dios	115
XXXVIII.	De la armada que vino a Canaria, año de 1344	117
XXXIX.	De la guerra que hizo Diego de Herrera a la isla de Canaria	120
XL.	De la guerra que hizo Fernando, rey de España, a la isla de Canaria	130
XLI.	De la felicidad de Canaria	139
XLII.	De la calidad y costumbres de los canarios	146
XLIII.	Descripción de la Ciudad Real de Las Palmas	151
XLIV.	De la fortificación de la Ciudad Real de Las Palmas	153
XLV.	Opinión contraria sobre la fortificación de la montaña de San Francisco	162
XLVI.	De la fortificación del puerto de Las Isletas de Canaria	166
XLVII.	Del lugar entre el Real de Canaria y el torreón de San Pedro	168
XLVI.	De la ciudad de Telde	169
LIXXII.	Descripción de Tenerife	171
L.	Del Pico de Teida de Tenerife	173
LI.	De los antiguos pueblos de Tenerife	177
LII.	De la conquista de Tenerife	182
LIII.	De la ciudad de San Cristóbal de la isla de Tenerife	188
LIV.	Del puerto de Santa Cruz de la isla de Tenerife	190
LV.	De la villa de Garachico de Tenerife	193
LVI.	De la fortificación de Garachico	194
LVII.	De San Pedro de Daute, en Garachico	196
LVIII.	Descripción de la isla de La Gomera	198
LIX.	De los antiguos gomeros	200
LX.	De la conquista de la isla de La Gomera	205

LXI.	De la villa de San Sebastián de La Gomera	207
LXII.	De la isla del Hierro	209
LXIII.	De los antiguos isleños del Hierro	211
LXIV.	Del Arbol Santo de la isla del Hierro	215
LXV.	De la conquista de la isla del Hierro	218
LXVI.	Descripción de La Palma	221
LXVII.	De los antiguos palmeros	224
LXVIII.	De la conquista de La Palma	226
LXIX.	Del nuevo volcán de La Palma, o monte Te- guseo nacido	229
LXX.	De la ciudad de Santa Cruz de La Palma	242
LXXI.	De la defensa y fortificación de la ciudad de Santa Cruz de La Palma	244

Apéndice 249

I.	De la isla Antilia o de San Borondón, que no se halla	250
II.	Descripción del Mar Atlántico	258
III.	Descripción de la isla de Puerto Santo, por Aldo da Mosto	261
IV.	Descripción de la isla de Madera, por Alvise da Mosto	263
V.	De las Salvajes	269
VI.	De la costa de Berbería	270

Voces indígenas 271

Índice de nombres propios 273

Explicación de los grabados 287

Sumario 295

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE
GOYA ARTES GRÁFICAS
EL DÍA 23 DE DICIEMBRE DE 1958
SIENDO JEFE DE LA SECCIÓN DE CAJAS
D. ADOLFO CASTRO PÉREZ
Y JEFE DE ENCUADERNACIÓN
D. RAUL RUIZ DARIAS
Y OTROS COLABORADORES DE CALIDAD



GOYA EDICIONES

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



297173

BIG 964.9 TOR des